



Marcelo Figueras
Aquarium



Lectulandia

Una novela hermosa y cargada de simbolismo sobre la soledad del hombre moderno y la violencia en Israel.

La mujer de Ulises huyó a Israel con los pequeños hijos de la pareja. Como Orfeo, como Dante y Virgilio, ahora Ulises Rosso tendrá que atravesar su propio infierno para tratar de recuperar lo que más ama. Empezará el viaje a una nación dislocada por la paranoia, rota por una violencia que no cesa. Sus guías serán Irit Rosenblum, una artista que ni siquiera habla su idioma, y el taxista Fayeq Haridi, tan astuto como entrañable.

Italo Calvino aseguraba que en este mundo es necesario «buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio». De eso trata Aquarium: cuando ya no quedan esperanzas, en medio del sinsentido, más allá de la alienación del lenguaje, contra toda lógica, contra el desamparo, contra la muerte y el odio, un hombre y una mujer, Ulises e Irit, reinventarán el amor.

Lectulandia

Marcelo Figueras

Aquarium

ePub r1.0

Titivillus 03.09.16

Título original: *Aquarium*
Marcelo Figueras, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Yo te inventaré palabras insensatas que comprenderás.

JACQUES BREL, *Ne me quitte pas*

Primera Parte - La sombra de tu sombra

No necesitábamos diálogo. Teníamos rostros.

Billy Wilder, Charles Brackett,
D. M. Marshman Jr., *Sunset Boulevard*

Capítulo uno Ulises

1

En Madrid, mientras espera el vuelo de El Al, lo obligan a quitarse los zapatos. También reclaman su cinturón. Les muestra el vientre desnudo, un gesto entre la burla y la entrega. Ahora le piden que se mueva: el mostrador del fondo, aguarde a ser llamado. Por un momento el ridículo es más fuerte que el miedo. Se desliza por el aeropuerto calzado con medias.

Ocho hombres revisan el equipaje. Guantes entalcados. Destripan las valijas, hemorragia de colores, una manga exánime asomando por la herida.

No tarda en ubicar su maleta. El empleado la vacía dentro de un canasto como quien se deshace de la basura. La pelota que había armado con sus medias rebota en un borde y rueda por el suelo. Quiere avisar de la pérdida pero alguien se interpone. Otro empleado lo interpela desde el mostrador, aspecto y acento de espía ruso. El distintivo del pecho ofrece la prueba, tiene nombre de agente de la KGB.

Boris le pide su pasaporte y su *boarding pass*. Se detiene en la lectura del documento, actúa como si dispusiese de todo el tiempo. Quizá busque información secreta, sensible al infrarrojo de los Boris del mundo.

Al fin alza la vista. Boris lo compara con la foto, se cerciora de que sean el mismo. Se le ocurre que no lo son, más allá de las apariencias. Queda poco de aquel que era un año atrás, cuando se sometió a la cámara curiosa.

Oye la pregunta por su nombre. Aunque el dato figura en el pasaporte dice sin protestar: Rosso Ulises Jorge tal como está escrito, el apellido en primer término — un ariete.

El espía quiere saber más. Qué va a hacer a Israel, dónde piensa hospedarse.

Pronuncia las respuestas que preparó con ayuda de una guía turística.

Aunque Boris lo mira con desconfianza Ulises no se amilana. Su deseo de llegar a Israel es tan imperioso que torna nimio el dilema. Verdad o mentira se vuelven irrelevantes, lo importante es la persistencia de la visión.

Boris desaparece detrás de una puerta, llevándose el pasaporte. Al instante se presenta una mujer con el uniforme de la aerolínea (según el distintivo se llama Sami), que reitera las preguntas. Cuál es su nombre. Si vive en Madrid o está en tránsito desde Buenos Aires.

Contesta de manera mecánica. Le gustaría saber qué estará haciendo Boris con su pasaporte azul, a qué prueba lo someterá del otro lado de la mampara.

Sami toma nota de sus respuestas, o finge hacerlo.

El hombre que la reemplaza no es Boris pero trae el pasaporte de regreso. Se lo devuelve y le pregunta su nombre, mientras esculca el equipaje de mano que ya le han revisado tres veces. Saca la cámara del bolso, la novela de Graham Greene que

acaba de comprar.

Ulises está harto de la farsa pero aguanta. Sin siquiera saberlo se ha preparado para la ordalía: en la universidad, durante la práctica privada y sobre todo en la cárcel. Puede mirar a los ojos y mentirle a cualquiera, sin que su pulso se altere. Ha tenido los mejores maestros.

¿Motivo del viaje?

Turismo.

¿Conoce a alguien en Israel?

Cómo dijo, perdón, no lo oí.

Si tiene allegados en Israel. Asociados. Familiares.

British Airways anuncia la partida de su vuelo número...

No.

Le entregan la valija vacía y el canasto lleno. Guarda todo hecho un bollo. Un relámpago lo sorprende. Boris le saca fotos. Con la cámara de Ulises, que encontró sobre el mostrador al volver. Se asegura de que la Minolta no sea una bomba, las bombas no tienen obturador ni disparan luz de flash.

El proceso es absurdo, piensa Ulises. Ha sorteado los controles a pesar de que nunca dejó de mentir. Esa idea le sugiere la sonrisa con que posa para la foto, Boris se da por contento al tercer clic.

Ulises empacó la cámara a último momento. Es parte de su disfraz, no tiene intención de visitar el Muro de los Lamentos.

Las medias no están en el canasto. Eran su único par además del que viste, aquel con que caminó por Barajas como si fuese el living de casa. Quiere reclamar pero los empleados desaparecieron, la representación ha terminado. Inclina su cuerpo sobre el mostrador, no ve nada en el piso. Un policía se acerca, pregunta si tiene algún inconveniente.

Dice que nada, que ninguno, y se mueve rumbo a la puerta de embarque.

Cuando llegue a Israel será un hombre sin mujer, sin hijos y sin medias.

De niño le gustaban las iglesias. Las veía parecidas a naves del espacio.

Una asociación inevitable. La Iglesia nos dispara al Cielo y los cohetes también, lo Alto como obsesión —como blanco. De ahí la tendencia a construir templos con forma de huso, adosados a una plataforma de lanzamiento: las torres respondían a los criterios del Plan Apolo.

En la teología del Ulises niño, Dios era un extraterrestre.

Conocer iglesias por dentro cimentó esa noción. Apenas puso pie en la nave lo conminaron a practicar gestos misteriosos. Según entendió, la función de estos signos era comunicar la pertenencia a la tripulación.

Había entrado en otro universo. Flotaba allí un aroma carismático, ni masculino ni femenino, que atribuyó al Todopoderoso.

Durante los oficios miraba en derredor, absorbía detalles del edificio fantástico. Habitado a la novedad de la arquitectura de Buenos Aires, los pliegues de cada templo lo remitían a una cultura sincrética. Arcos de medio punto, ventanas ojivales coloreadas por *vitraux*, columnas con capiteles y columnas de luz: todo lo catapultaba a otro estado del alma. Eran construcciones que gritaban su deseo de elevarse. Estaban a un tris de levitar, de cortar raíces con el suelo.

Poco después de la primera comunión sus padres lo llevaron a Luján. La basílica lo dejó sin aliento. Nunca había visto nave más grande ni más —el adjetivo adecuado era *aerodinámica*.

Como sus padres se confesaron decidió imitarlos. Larga fila de penitentes. Cada confesionario era una cápsula. Entrar al módulo lunar con pecados y salir sin ellos, por eso los astronautas daban esos saltos en el Mar de la Tranquilidad: liberados de su carga se volvían livianos como globos.

Se arrodilló sobre la felpa descolorida por la contrición.

El cura (hasta ese momento no conocía otro sacerdote que el padre Manolo, que era simpático y español, en ese orden) olía a heladera después de un corte de luz. Ulises empezó a desgranar pecadillos y el cura lo interrumpió. Preguntaba algo que debía ser cuestión de vida o muerte, a juzgar por su urgencia.

Quería saber si se había tocado *ahí*.

Lo primero que hizo fue decir que no. La negativa sonó indignada en sus labios, el cura sugería que tocarse *ahí* era grave y Ulises quiso defender su inocencia. (Años más tarde, durante la dictadura, un obispo le preguntaría si era de izquierda. Sin darse tiempo a pensar, el adolescente Ulises respondió con el mismo «no» espantado. Por aquellos años ser de izquierda era tan inapropiado como tocarse *ahí*.)

El *ahí* que desvelaba al cura era el del sexo. Territorio sur en el mapamundi de su cuerpo —lo Bajo, en oposición a lo Alto señalado por las cúpulas.

¿Acaso debía ignorarlo, aun cuando formase parte inseparable de su ser? ¿Cómo

orinaría de allí en más sin estrujarse, cómo lavaría las partes sin recurrir a las manos?

Comprendió por qué no le permitían levantar vuelo, por qué las naves que visitaba no iban a ninguna parte.

La repetición de objetos en cada iglesia escondía un mensaje, que sólo entonces pudo descifrar. Los rostros dolientes de las vírgenes. Los pies sangrantes de los santos. El hombre clavado en la cruz, esto es, amarrado a un árbol, condenado a permanecer en tierra para siempre, sin posibilidad de elevarse, de llegar a astronauta —y todo por haberse tocado *ahí*.

Ahora vuela a diez mil metros sobre el Mediterráneo. Ha logrado despegar al fin, lanzar su rebelión contra la gravedad.

Segunda botellita de vodka. Se dispone a leer, la novela de Graham Greene arranca así: «Una historia no tiene principio ni fin».

Se queda varado a las pocas páginas. El blanco de la hoja se lo devora todo, las palabras se desintegran ante sus ojos. Ligero caso de fotofobia, Dios creó los Ray-Ban al final del sexto día —en procura de descanso: demasiada luz en el Reino de los Cielos.

El avión se estremece pero no parece moverse. Ulises está suspendido en la troposfera, el nombre científico del limbo. El aire enrarecido de la cabina se ensaña con su cuerpo. Suda a pesar del frío, se le resecan las mucosas. Ya nada resulta fácil, ni siquiera el automatismo de la respiración.

Si le permitiesen fumar... Tampoco tiene cómo intoxicarse: ni píldoras ni papelinas, no podía exponerse a un escándalo en el aeropuerto. Se pregunta qué ocurrirá si empieza a gritar como un poseso. Quizá le otorguen la gracia de un Valium que lo tumbe por el resto del vuelo. Pero el viaje es breve aun cuando se le antoje eterno. No debe llegar narcotizado al control de inmigración. Allí lo espera un nuevo interrogatorio. Otros Boris. Tiene que estar lúcido, recordar sus parlamentos.

La mujer de adelante se queja. Habla en otro idioma pero sus gestos son elocuentes. Le pide que deje de sacudir su rodilla, un pistón contra el respaldo. Durante un instante le concede indulgencia. Al minuto se le torna imposible. Necesita permitirse esa dosis de descontrol. Lo ayuda a descargar, a quemar energías que de otra forma producirían combustión.

Por fortuna el avión está semivacío. Se lleva la botellita de Smirnoff y también la novela. La frase donde naufragó resuena en su cabeza. «Qué retorcidos somos los humanos», reflexiona el narrador, llamado Bendrix. «Y aun así dicen que nos ha hecho un Dios.»

Fila 22. Asiento D. La Fortaleza de la Soledad.

Se consagra al cielo a través del filtro de sus gafas. El imperativo de tranquilizarse, de vaciar su mente. Asociación libre, cualquier idea es buena en tanto lo aleje de la trampa. Recuerda haber hojeado el *Atlas Internacional de las Nubes*, sus clasificaciones más obvias.

Stratus cumulus cirrus nimbus. Mammatus pileus nebulosis floccus.

Suenan a fórmula mágica. Una defectuosa, o mal conjurada, dado que no le proporciona alivio alguno.

También hay nubes en la troposfera de su mente. Pero éstas son negras.

Finalmente sucumbe a la tentación. Saca la foto de la billetera. Sus dedos tiemblan, la foto cae entre sus piernas —justo *ahí*.

La palabra griega *daimon* significa «genio, espíritu guía». Sócrates define a su *daimon* como «esa especie de voz que comenzó a manifestarse cuando era un niño», previniéndolo contra el error pero sin ejercer coerción. Apuleyo dice en *El asno de oro*: «Los *dáimones* tienen naturaleza animal, mente racional, un alma sujeta a pasiones, un cuerpo etéreo y son inmortales».

En tiempos clásicos, griegos y romanos vivieron convencidos de tener un *daimon*. Algo parecido a un ángel protector, que no se apartaba nunca de su lado —salvo en la hora de la muerte.

La negación del *daimon* se inició con el cristianismo. La Iglesia (el más ubicuo de los villanos, para Ulises) combatió esa idea apenas comprendió que cuestionaba su autoridad.

Admitir la existencia de una entidad que alienta al individuo a buscar su destino, esa «otra Voluntad» de la que hablaba el poeta W. B. Yeats, era peligroso. De ahí a la rebelión contra el dogma había sólo un paso. Por eso la Iglesia se apuró a fulminar el concepto, tachándolo de herejía.

Temerosa de sus ecos, ordenó la destrucción de las esculturas grecorromanas a fines del siglo IV. Hasta entonces las estatuas con rasgos humanos incluían una segunda figura, o al menos un segundo rostro: el del *daimon* del ciudadano o héroe representado. El mandato eclesial fue terminante al respecto. De un extremo a otro del Imperio, los soldados removieron el *daimon* que formaba parte indisociada de cada imagen. Rompieron esa porción de la estatua o le borrarón el rostro a martillazos.

Insisto en el hecho porque suena increíble: un ejército imperial decretó la guerra a las estatuas, movido por una orden divina. Los escépticos pueden consultar las crónicas, pero las pruebas físicas son todavía más elocuentes. Los museos de Europa están llenos de esculturas con estas heridas.

Aun así, la creencia sobrevivió. Se la puede rastrear en Goethe, en los románticos ingleses de los siglos XVIII y XIX —Shelley, por ejemplo.

Yeats estaba convencido de poseer su propio *daimon*. Tenía nombre propio, lo llamaba Leo Africanus: el León de África.

Durante su paso por la universidad Ulises estudió lo daimónico según Jung. Es la inquietud que impulsa a lo desconocido, conduciendo a la autodestrucción o al conocimiento. Señala el imperativo del viaje, la transición entre inocencia y experiencia. Pero con el tiempo Ulises olvidó los detalles. Como se olvida casi todo lo que estudiamos y también aquello que no podemos interpretar, todavía, en la clave de nuestras vidas.

Si se lo preguntasen (en este mismo instante, cuando mete mano entre sus piernas para rescatar la foto), Ulises manifestaría no saber nada sobre la cuestión. En algún

sentido estaría diciendo la verdad. El cerebro se ha convertido en el menos fiable de sus órganos.

Pero yo sé. Es mi deber. Yo soy el escritor. O si prefieren, el *daimon* de Ulises.

Por eso me consta que al ver la foto algo se remueve en su alma. Las aguas estancadas de aquel conocimiento, otra asociación inevitable: lo que va de los rostros borrados de las estatuas a las facciones que él mismo arrancó del retrato original.

Deja caer la cabeza, el golpe seco del cadalso.

Todos los caminos conducen a sus hijos. A Tadeo, a Alicia —los rostros de la foto que deja boca abajo, sobre la mesita del avión, como el naipe al que se apuesta la última esperanza.

¿A qué se llama *inocencia* en estos tiempos?

Durante su formación Ulises adhirió a la acepción más común: inocencia es un estado luminoso, del que somos expulsados cuando el pecado avasalla. Lo perverso de esta visión es que supone que la batalla está perdida de antemano. Para la fe cristiana el hombre nace pecador. Una mancha original, que acarrea por el hecho de pertenecer a esta especie. Así, aun cuando suele asimilarse infancia a inocencia, la religión sostiene aquello que el cura insinuó a Ulises: que tal cosa no existe.

Que nadie es inocente. Nunca. Ni siquiera de niño.

Desde el incidente del confesionario Ulises asumió su culpa. Dejó la cápsula sintiéndose sucio. La autoridad religiosa lo había enfrentado a un espejo donde se descubrió indigno.

Cargaba con esa culpa a toda hora, un apéndice nuevo. (Como aquel que sobresalía justo *ahí*.) ¿Cómo recuperaría la inocencia cuando ni siquiera podía identificarla, su rostro borrado a martillazos?

Trabajaba para la revista de la escuela cuando inquietó al obispo con su interrogatorio. El prelado contraatacó, sugiriendo que su entrevistador simpatizaba con ideas de izquierda. Entendió que las preguntas no son inocentes. Lo que preguntamos nos desnuda.

Al estudiar Psicología cambió de paradigmas pero no de convicción. Ya no atribuía la culpa al pecado sino a la ruptura de las normas. Aun así seguía venerándola como noción rectora.

A veces pensaba que le debía su identidad. Que sólo seguiría siendo quien era en la medida en que la padeciese. Una relación proporcional entre términos: más culpa, más Ulises.

Durante años creyó que violar convenciones lo alejaría del espectro de la inocencia, de modo que ya no volviese a asolarlo. Beber fumar drogarse. El sexo recreativo asociado a la infidelidad. La sobreactuación de la rebeldía que reprimió durante la dictadura.

Así descuidó su carrera, se malquistó con el mundo. La frase de Jung en *Símbolos de transformación* le sentaba como traje a medida: «El *daimon* nos derriba, nos convierte en traidores a nuestros ideales y a nuestras más queridas convicciones — traidores a las personas que creíamos ser».

Ulises nunca lo vio bajo esta luz, pero el casamiento con Gaby también responde de modo larvado a su adicción (a esta altura ya es lícito llamarla así) a la ruptura de las convenciones. Gaby es de origen judío. El pacto que sellaron proscibía las ceremonias en cualquiera de los templos y protegía a sus niños de la fascinación por las naves espaciales, de la tentación de subirse a una de ellas, del inevitable desengaño.

6

En este momento la vida de Ulises suena así: como si escuchásemos *Metal Machine Music* de Lou Reed y *I Sing the Body Electric* de Weather Report al mismo tiempo. La superposición es intolerable, pero el motivo de la inocencia asoma en unos fraseos del saxo de Wayne Shorter.

Ulises da vuelta la foto y se abandona a su hechizo.

Es una foto que ha sido reencuadrada. Ulises le arrancó una parte en Buenos Aires, quitó la imagen de Gaby.

Se ha quedado tan sólo con el primer plano de los niños. Tadeo, de cinco años. Alicia, de dos. El momento en que los mira coincide con un acople, al aproximarse el minuto dieciséis del vinilo de *Metal Machine Music*. (Lado A o B da igual, duran lo mismo.)

La disonancia tapa todo, Ulises siente la ausencia cortando hasta el hueso. Pero el ruido no es eterno. Cuando el reloj marca dieciséis minutos y un segundo, desaparece. Ésa es la razón de su existencia, el acople existe para que ocurra lo que ocurre cuando deja de sonar. Entonces el saxo de Shorter se desprende del lastre y trina, elevando a Ulises con él.

Era en Tadeo y en Alicia en quienes pensaba, a pesar de que todavía no existían, cuando salió a las calles para oponerse al alzamiento de 1987. Una facción del ejército se había pintado la cara y tomado las armas, resistiéndose a ser juzgada por los crímenes de la dictadura.

El gobierno democrático tambaleaba. La fecha parecía elegida por su dramatismo, otra encrucijada como la que el cura le había presentado: transcurría Semana Santa, el eco de aquellos días en que Cristo fue amarrado al madero, abismado en la Tierra.

Ulises no quería más culpas sobre su espalda. Estaba decidido a arriesgar la vida con tal de que los Tadeo y Alicia por venir (los Tadeo y Alicia que en el peor de los casos otros engendrarían) ya no padeciesen la culpa-taladro que lo perforaba desde su infancia.

Parafraseando a W. H. Auden: la loca Argentina lo hirió, impulsándolo a la política. (*Mad Argentina hurt him into politics.*)

Fue uno entre miles que salieron con la luna. Armados con sus lenguas, blindados por los huesos del pecho. Ocupando una ciudad que oponía construcción a lo que alguna vez fue barro. Eran ríos de lava, los cauces confluían en la plaza de Mayo. La marcha imitaba la curva del tiempo —nadie podía ver su principio ni su fin.

Pero el presidente Alfonsín ignoró la crecida. Mientras la gente se arriesgaba para manifestarle apoyo, se reunió con los militares y prometió impunidad.

Puede que al capitular haya salvado algunas vidas. Lo indiscutible es que empujó a millones al barro del siguiente silogismo:

Estos militares son culpables, estos militares no pagan pena alguna. Ergo, si

nosotros no purgamos pena alguna somos tan culpables como estos militares.

En la teología del Ulises adulto, Cristo despierta del sueño de la muerte para descubrirse clavado al madero. Dentro de un edificio que no despega. Adorado por gente que se niega a desatarlo.

Otro convicto de las leyes de la gravedad.

Ahora Ulises vuela en un avión de El Al, rumbo al aeropuerto Ben Gurion. Después de escapar durante años de su propia vida, *fato profugus*. Pero todo el que huye corre en círculos. Tarde o temprano debía caer en su propia trampa.

Ese tiempo es hoy.

Si estuviese en condiciones recordaría una frase de Rollo May que leyó cuando estudiante: «La nuestra es una era de transición, en la que los canales normales para utilizar lo daimónico han sido negados; y en tiempos semejantes lo daimónico tiende a expresarse de manera destructiva».

O se acordaría de aquel diagrama que fotocopió una vez, preparándose para un examen. El círculo dividido por la mitad. La parte superior dice apenas: Cielo. Una vez que el Solitario sufre la Caída (una vez que rueda hasta la mitad inferior del círculo, perdiéndose a sí mismo) lo espera una serie de desafíos, simbolizados por palabras que inducen espanto. Desorden, Caos, Terror, Misterio, Tierra Baldía, Pozo, Océano, Pantano, Extraño, Bruja, Fantasma, Tragedia, Catarsis, Verdad — INFIERNO.

Le convendría recordarlo, porque en ese diagrama está cifrado su destino.

Pero este Ulises descarnado no puede pensar. Ni leer. Ni dormir. Su cabeza no tolera su propia masa. Está a punto de hacer implosión, es casi una supernova. Ya no recuerda nada que no sean sus hijos, su visita al módulo lunar, las mentiras que repetirá cuando vuelvan a interrogarlo.

Es un milagro que atinase a subir a esta nave de El Al, para despegar en busca de algo que ha perdido —o que quizá no tuvo nunca.

La casa que dejó atrás no está en orden, como pretendió Alfonsín durante su discurso, sino arrasada por la mugre y ante todo: vacía.

Transcurre septiembre del año 2000. Estertores del siglo. Es el fin de una era.

Y Ulises es su último hombre.

Ésta es la más improbable, la más insensata historia de amor.

Quedan advertidos.

La azafata entrega un cuestionario para que los pasajeros evalúen el servicio de El Al. Ulises piensa que lo que está siendo evaluado, en todo caso, es su persona. En la última casilla le preguntan si es judío, musulmán, católico, protestante u otro.

Ulises marca: *otro*.

Capítulo dos Irit

1

Cuando era pequeña dibujaba todo el tiempo. Apoyaba la mano derecha sobre el papel para asegurarse de que no se movería, y con la otra (Irit era zurda) garabateaba alrededor. La mayoría de sus dibujos orbitaba en torno a un espacio vacío. Los papeles repetían su *terra incognita* en el ángulo inferior derecho, el blanco había ido creciendo con su mano.

No tardó en convencerse de que estaba dotada para el arte, tal como sus padres pregonaban desde siempre. Egresó con honores de la Escuela Vital de Tel Aviv y alquiló un local. Una mercería sobre la calle Florentin que llevaba años cerrada. La encontró llena de planchas de tela, texturas que nunca había vestido. Nunca se deshizo de ellas. Formaban parte del ADN del lugar, un cubículo blando. Era su cuna y su taller a la vez.

Lo primero que hizo fue pintar los cristales de la vidriera, para garantizarse intimidad. Prefirió hacer eso antes que tapiarlos con papel. Formas abstractas, ondas que se desplegaban como señal de radio. Había abusado de los azules de manera inevitable, le sobraban acrílicos en esa gama: cobaltos, eléctricos, celestes. Para entonces ya se había pasado a la escultura. O «trabajo con la materia», como prefería llamarlo. A fin de cuentas eso era. Lidiar con la materia, practicar extrañas cópulas.

Ganó menciones y un par de premios. Nunca dejó de extrañar el espacio en blanco que tanto le gustaba de sus dibujos. Las esculturas carecían de *terra incognita*.

Conservó el local pero se desentendió del arte. El trabajo en el instituto le llenaba el alma. Se imaginaba adoptando a cada niño sin hogar. Les enseñaría a crear colores, a ver con las manos. Nina decía que a todas sus asistentes les pasaba lo mismo al empezar. A las pocas semanas anunciaban su renuncia. Se iban a vender *lingerie*, el encaje es más agradecido que la franela de los huérfanos.

Sin embargo perseveró. Pospuso su arte a cambio de la fantasía de esculpir vidas. Cuando sentía sed de una experiencia estética, se sentaba en la oscuridad del local a ver la calle. La gente pasaba del otro lado de los cristales azules, modificando su obra. La pintura se deconstruía y reconstruía todo el tiempo.

La primera vez que vio a aquel que se convertiría en su marido ocurrió allí. Le gustaba decir que lo había descubierto dentro de su obra, lo cual no dejaba de ser cierto: había pasado delante de la vidriera, caminando con lentitud. Un rostro bello y ensimismado. Lo recordaba porque cerró su mano sobre un control remoto imaginario. Quiso congelar su obra en ese instante. Titularla *El joven Neptuno*.

Cuando a los pocos días lo vio otra vez, el corazón saltó dentro de su pecho. ¿Podía alimentar la esperanza de que se tratase de un caminante consuetudinario, alguien que paseaba por allí de manera regular? No recordaba a qué hora había

ocurrido la visión inicial, por ende ignoraba si esa hora coincidía con la de su segunda visita. Desde entonces lo esperó en silencio.

Nunca volvió a verlo pasar.

El encuentro fue providencial. Si aquel día no hubiese regresado tarde al local, su vida habría sido otra.

En ese tiempo había vuelto a los lápices. Solía decir que debía ese impulso a la aparición de su marido, aunque no era cierto de manera estricta. Cuando lo vio por primera vez estaba dibujando, sentada sobre el suelo del local. Pero se permitía el beneficio de la duda. ¿Quién podía asegurar que no lo había visto ya antes, que no había pasado otras veces delante de la vidriera sin que ella lo registrase, sugiriéndole que estaba a un paso de la obra soñada?

El periodista preguntó algo que ella no registró. Se había distraído con un detalle de la muestra, debía corregirlo antes de que abriesen las puertas. ¿Sería tan amable de repetir la pregunta?

El muchacho volvió a su libreta, releendo una anotación que había creído dejar atrás. Esas notas que había preparado eran un consuelo. La mayoría de los periodistas circulaba por sus muestras con un gesto de asco apenas velado, preguntando tonterías para disimular su falta de interés.

La pregunta soslayada se refería a la diversidad de registros. Allí había esculturas debidas a técnicas sobre metal pero también pinturas. La palabra que el muchacho empleó fue *heterodoxia*, cuando Irit la oyó comprendió que ya la había oído la primera vez. El periodista se aferraba a la palabra *heterodoxia* como a un salvavidas, la tenía anotada en su libreta.

Cada obra es una historia y cada historia reclama su medio. Hay historias que sirven para un cuento, otras para una obra de teatro o un largometraje. Hay historias que el metal cuenta como nadie, otras que no precisan más que un par de dimensiones espaciales. Todo lo que hago es recurrir al material que la historia demanda. No tengo miedo de que me acusen de diletante.

La palabra *diletante* sedujo al periodista. La escribió de inmediato.

Irit se levantó del sillón. Estaba irritada, le había servido al enemigo su cabeza sobre bandeja. No necesitaba verlo para estar segura, el muchacho subrayaba algo sobre el papel. Le había proporcionado la ecuación que la definía, *heterodoxia = diletantismo*.

Se lanzó a caminar por el salón. Vestía de negro de pies a cabeza, una gota de tinta.

Cada escultura la llamaba a su campo magnético. Irit aceptaba el refugio durante segundos y después aceleraba de manera imperceptible, buscando el puerto de otra pieza. Había algo espasmódico en sus movimientos, de sobreviviente de un bombardeo en espera de un nuevo raid.

El periodista entendió que la entrevista proseguiría si se avenía a acompañarla.

Se movió con aprensión, las esculturas parecían dispuestas a atacarlo. Había muchas piezas metálicas, llenas de puntas, de filos, de bocas erizadas de dientes que se abrían en superficies inesperadas: la materialización de un impulso agresivo. Algunas parecían haber adquirido forma a causa de un estallido. La explosión Irit.

Tratando de congraciarse, le dijo que ella no se parecía a su obra.

Es obvio que usted no ve lo que yo en el espejo.

Conminado a mirarla (había un brillo esmaltado en sus ojos, de cobre a la intemperie), el muchacho se ruborizó. En presencia de Irit, ningún espejo enseñaría otra cosa que no fuese un rostro precioso y altivo, aunque castigado por los

elementos; las facciones de una Venus rescatada por marineros, al cabo de un largo sueño en el fondo del océano.

Tengo miedo de tropezar con una escultura y morir despedazado.

Puedo intentarlo yo, si quiere. Eso le proporcionaría un título. «Artista muere a manos de su propia obra.» Por favor, no tome en serio nada de lo que digo.

El periodista dejó de escribir. Al ver su confusión Irit sintió culpa.

Le aclaré que no servía para este juego. ¡No tengo nada que decir!

Eso es refrescante, replicó él. La mayoría de los artistas tiene más discurso que obra.

Yo sé que lo que hago es absurdo. ¿Jugar con elementos, mientras el mundo se incendia? A veces pienso que la mejor parte de mi trabajo es su inutilidad. Su gratuidad. No me diga que cree que una obra de arte puede cambiar algo.

El periodista había dejado de seguirla. Al darse vuelta vio que se había quedado atrás, contemplando una de sus obras. La tarjeta pegada en su base la identificaba como *Pieza N.º 88 - Sin título*. Sugería una *pietà*: una figura de hierro fundido, engarzada a un bloque tallado sobre alabastro; materia porosa. Las formas humanas se prolongaban una en la otra, como si constituyesen un sinfín. Pero aun así se hacía imprescindible una segunda mirada para distinguirlas. Eran figuras estilizadas, que estiraban la noción de lo humano hasta el límite. La clase de formas que Miguel Ángel habría intentado, de no haber muerto mientras trabajaba en la *Pietà Rondanini*.

Esto es distinto, dijo él.

Eso es viejo, dijo ella.

Durante un instante temió que el muchacho hubiese sido concienzudo de verdad, y hurgado no sólo en su obra sino además en su vida. En ese caso la siguiente pregunta sería inevitable, querría conocer la historia detrás de esa escultura. Ligar la pieza con su tragedia era una tentación demasiado grande o bien un trámite elemental, como sumar dos más dos. Había hecho todo lo posible para dificultar esa mirada. Ni siquiera había bautizado la obra, que figuraba con el número que le había adjudicado en un catálogo antiguo.

El periodista tomó un nuevo apunte y continuó el recorrido.

Irit sintió alivio. No tenía el menor deseo de hablar de su marido muerto.

Capítulo tres Ulises (II)

1

Ya era de noche cuando aterrizó en Tel Aviv. Lo más sensato habría sido quedarse allí, pero sucumbió al antojo de ver Jerusalén. Había leído que las distancias eran exiguas. De oeste a este en un rato, de norte a sur en horas. Israel era el mundo y el mundo no era más grande que un escenario.

El viaje en taxi costó 240 shekels. No sabía cuánto permanecería en aquel sitio, debía racionar su dinero. Terminó en un hotel de la parte árabe, el New Metropole, en el número ocho de la calle Salah Eldin. No tenía agua caliente (el conserje no podía darse el lujo de encender la caldera, tratándose de su único huésped), pero no le importó.

Tampoco había televisión en su cuarto. Ni cortinas. El sol lo despertó a primera hora.

Todavía era temprano cuando llamó a la embajada. Preguntó por un funcionario llamado Ariel Broitman. Había hablado con él varias veces desde Buenos Aires. Mientras lo pasaban de un interno a otro descubrió que sus medias apestaban. Era un percance, había perdido su par de recambio en algún lugar de Barajas.

Cuando al fin atendió, Broitman dijo con acento porteño.

Parece que estuvieras *re-cerca*.

Respondió que en efecto estaba allí.

Ulises se ofreció a acercarse a la embajada. Broitman prefería que se viesen afuera. Como Ulises estaba en Jerusalén, el diplomático decidió hacer uso de un vehículo oficial.

Se encontrarían en un café llamado Al Omal, sobre la calle Ha-Nevin, a pasos de la Puerta de Damasco. Ulises se sintió estúpido al preguntar cómo iban a reconocerse. El trámite remitía a una película de espías clase B, ya se había sentido así en presencia de Boris.

Cuando Broitman le dijo que no se preocupase porque él lo reconocería, dejó de sentirse estúpido para sentirse inquieto.

2

El café Al Omal ni siquiera era un café. Se trataba de un mostrador con sillas de plástico sobre la calle.

La Puerta de Damasco estaba plagada de soldados. Cascos cubiertos por redes, fusiles M16. Había hecho bien en llevar la cámara, se sentía protegido por la parafernalia del turista.

Era un viernes a media mañana. La explanada se había llenado de viejos que jugaban al *tawla* y de taxis Mercedes Benz. Se identificaba a los conductores palestinos con facilidad: la patente de sus vehículos era verde, colgaban rosarios de los espejos.

Broitman se demoraba. La melaza del café atraía a las abejas.

Se echó atrás en su silla, cruzó una pierna. Entonces recordó: no llevaba medias. Trató de cubrirse con el pantalón. (El talón de Ulises.) Se sentía fuera de lugar desde su llegada, pero ahora se había superado: vestía chaqueta, camisa y zapatos sobre sus pies desnudos.

Vos sos Ulises, dijo Broitman.

El típico rusito del Once. Debían haberle dicho Colorado toda la vida. Parecía más joven de lo que insinuaba por teléfono, su voz sonaba a tano viejo, a murciélago fumador. El detalle de la escarapela en la solapa también era simpático. ¿Cuánto hacía que no veía a nadie llevando la escarapela porque sí, en un día que no conmemorase fiesta patria?

Se le ocurrió que la usaba para sugerir neutralidad. Broitman era argentino además de ser judío, y eso debía protegerlo de las agresiones.

Caer en Israel como paracaidista había sido una locura, le dijo el diplomático. Esas cosas tomaban su tiempo, debió haber tenido paciencia. Para colmo la situación ardía, acababa de estallar la Intifada y los recursos del Estado estaban volcados a la defensa. No había empleados para rastrear el paradero de chiquitos argentinos, por más que la madre fuese judía.

Porque vos sos *goy*, dijo Broitman.

Sonaba a reconvención, le insinuaba que se había metido en el círculo equivocado. El lazo del Estado israelí con las criaturas era más importante que el del padre carnal, sudaca y para peor *goy*.

Ulises era un infiel.

A falta de esperanzas que ofrecer, Broitman lo acompañó a la Ciudad Vieja.

El ruido los despellejó al cruzar la Puerta de Damasco. El mercado era un organismo vivo. Ninguna mano consagrada a la holganza. La orquesta de compradores interpretaba un *tutti*, en pos de fruta madura o del punto corrido que justificase un descuento.

Poseídos por el dios del comercio, los vendedores se entregaban al éxtasis de la lengua. Idiomas como flechas, algunos de sus dardos daban en el blanco del turista adecuado. Otros se limitaban al idioma internacional, diciendo sólo aquello que todos comprendían. Shekel dollar. Sony kodak panasonic. Best price guaranteed.

Las ofertas llegaban en carritos que confluían en las rampas, disputándose el paso a las cornadas.

El sol se había cascado, vertiendo sobre Jerusalén su yema ardiente.

Ulises descubrió un mundo aparte, preservado en el tiempo como insecto en ámbar. Las calles de piedra estaban percutidas, una mancha por cada era: grasa de oveja, agua de azahar, sangre, Coca-Cola.

Cafés y barberías no parecían haber cambiado en el transcurso del siglo. Lo único que se había modificado era la publicidad y los equipos que atronaban con su música. Occidente se colaba en Oriente, lo moderno adhiriéndose al cuerpo de lo eterno como rémora.

Broitman aprovechó el paseo para agobiarlo con consejos. Insistía en tutearlo, a pesar de que Ulises conservaba la distancia del trato formal.

No salgas nunca sin tu pasaporte. Cuando te canses del color local andá a un *shopping* y comprá un teléfono. Acá cerca hay un *mall*, sobre la calle Jaffa. Apenas entres te van a preguntar si estás armado. No te asustes, no es una encuesta para terroristas. Se lo preguntan a todo el mundo.

Después metió mano en un bolsillo y le ofreció una escarapela.

Va bien con el detalle de la cámara. Con esa pinta tuya vas a tener problemas. Sos tan morocho que los israelíes te van a creer musulmán. Y por la ropa que usás, los musulmanes van a creer que sos judío.

Ulises ignoró el obsequio. Se sentía a gusto en su condición de descastado. Ni cristiano ni protestante ni musulmán. Ni argentino ni palestino ni israelita. *Otro*.

Broitman le sugirió prudencia al circular por los barrios árabes. Le convenía desprenderse de sus Ray-Ban. Esta gente cree que la verdad está en los ojos. Aquel que los vela tiene algo que ocultar.

Caminaban por calle estrecha cuando se vieron frenados por un tumulto. Un grupo de palestinos protestaba, interpelando a soldados que fingían no oír. Se limitaban a contemplar un horizonte imaginario, los nudillos blancos sobre sus fusiles.

Broitman explicó que la puerta que guardaban era uno de los accesos a Al Aqsa. Los soldados tenían orden de controlar el paso a la mezquita. Debían vedar la entrada a los musulmanes menores de cuarenta y cinco, parecían creer que a los cuarenta y seis se deja de luchar.

El día anterior habían bombardeado a un líder de la OLP desde un helicóptero y se esperaban represalias. De ahí las medidas preventivas del ejército.

Ulises manifestó su desconcierto.

Si el tipo era de la OLP, los que lo bajaron fueron los israelitas. ¿Por qué no dejan rezar a los musulmanes, entonces?

Qué lindo momento, dijo Broitman. Tu primer contacto con la lógica de este lugar. Me siento participando de un bautismo.

Los musulmanes propinaban empujones que los soldados repelían, utilizando armas como bastones.

Ulises se quitó los anteojos.

Advirtió que Broitman se acodaba en el umbral de una casa como si contemplase una *performance* callejera. Su tranquilidad lo forzó a controlarse.

Al verlos allí un viejo los increpó. Los había confundido con periodistas, Broitman vestía traje y escarapela y Ulises llevaba su cámara colgada al cuello. Registrando desamparo en los ojos de Ulises, el viejo probó suerte en otro idioma.

This is the occupation!

El inglés de Ulises era paupérrimo, pero aun así registró la queja.

Broitman le preguntó si estaba seguro de que quería quedarse.

Ulises no respondió nada, otorgando con su silencio.

Le pidió que entonces repitiese las siguientes palabras.

Mish.

Mish.

Yu-hudi.

Yu-hudi.

Palabras mágicas. Significan *no soy judío*. Pueden salvarte la vida.

Esto va para aquellos que necesitan precisiones. Los discípulos de Tomás el incrédulo, que meten sus dedos en la herida para probar la verdad —aun al precio de producir dolor.

Ulises tiene treinta y siete años. Mide un metro setenta y cinco. Es acuariano, o búfalo de acuerdo con el horóscopo chino. Cabello abundante color castaño, veteados por prematuras hebras blancas. Sus ojos se ven negros bajo luz artificial, en realidad son marrones y el sol les da un toque de miel. Debajo de la pupila derecha hay una mancha, un satélite que sólo enseña cuando eleva la vista al cielo.

Tez morena, de esas que se broncean fácil. Nunca se ha roto hueso alguno y no tiene cicatrices, más allá de una que data de su infancia: se cortó el talón con un vidrio jugando al fútbol. El mismo talón que quiso ocultar mientras esperaba a Broitman.

Ha leído mucho, quizá demasiado, en busca de una síntesis que sigue resultando esquiva. Historia literatura biología. Memoria prodigiosa para esas cuestiones, y otra muy distinta (caprichosa, llena de agujeros) para los hechos de su propia vida.

Lengua filosa, que por lo general no prodiga. Funciona en dos modos y sólo en dos: cuando tiene algo que decir o cuando se decidió a incendiar Roma.

Su cordialidad no borra la sensación de que nunca está del todo allí. Se comporta como si su presencia física fuese un inconveniente, un desperfecto que trata de subsanar mientras finge participar de la conversación. La clase de persona que después de haber sido presentada formalmente sigue inspirando la pregunta: ¿quién es ese hombre?

Ahora está por debajo de su peso: setenta kilos, unos gramos menos por las mañanas. No se debe a que haya alterado sus costumbres alimenticias, sino a la angustia y el mono inducido por falta de drogas. Les temía tanto a los perros del aeropuerto que sólo empacó ropas nuevas, adquiridas después de su despedida de la cocaína. Por el momento se limitó a aumentar su consumo de alcohol y cigarrillos. Más adelante, cuando entre en confianza con Broitman, le pedirá que compre *hashish* en su nombre.

Se pregunta todo el tiempo con quién jugará Tadeo, si Alicia lo llamará por las noches como solía hacerlo. A menudo se despierta creyendo haberla oído y se descubre solo. En una habitación que no es la suya. En medio de una ciudad desconocida, bajo protección del león de Judea.

En los peores momentos calcula el tiempo que tardará Alicia en olvidarlo. Si demora en encontrarlos, la obligará a enfrentarse a un desconocido.

El espejo le revela que sus ojeras son más oscuras cada día.

Ya no se ve a sí mismo en el reflejo, sino a un criminal.

Capítulo cuatro Irit (II)

1

Nina la invitaba a bailar todas las semanas. Pero Irit se rehusaba.

Lo había intentado una vez después de la muerte de su marido. Sólo logró sentirse peor. La discoteca estaba llena de jovencitos, chicos y chicas en edad de prestar servicio militar. A la mañana siguiente, desflecados por la resaca, volverían a empuñar sus M16.

La violencia del lugar la enfermaba. Era un virus que llegaba por vía aérea. Su marido fue tan sólo una víctima más.

Esa muerte removi6 una venda de sus ojos. Ahora veía la omnipresencia del impulso agresivo, como si hasta entonces hubiese sido ciega a los colores y una cirugía le hubiese devuelto la percepción. Irit sabía que ciertos colores se ocultan en otros: hay rojo en el marr6n, hay amarillo en el verde. Fue así que entendió que la violencia era el color escondido. Estaba en todas las gamas del espectro.

Nacida en Bruselas («*dans le plat pays*», como cantaba Jacques Brel, que nació muy cerca: en Schaerbeek), Irit llegó a Tel Aviv a los cinco años. No conservaba recuerdos de su experiencia belga más allá de los que recogió al visitar a sus abuelos, una canasta de frutos ex6ticos que apenas mordisqueaba.

Ésta era tu casa, le decía la abuela Mimi, mostrándole una fachada que le resultaba indistinta. Éste era tu parque preferido, le decía el abuelo Yves, señalando un carrusel que no tenía registro de haber montado.

La nitidez con que los viejos experimentaban el recuerdo le inspiraba ternura, pero no podía conectar con esos hechos. Su mente había hecho *tabula rasa* al llegar a Tel Aviv. Borró cada detalle de su encarnación previa para aferrarse mejor a la vida nueva.

La muerte de su marido produjo un efecto similar. A nadie le sorprendía que hubiese olvidado anécdotas que ellos preservaban. Le atribuían la amnesia al shock, a efectos secundarios de la medicación.

¿Cómo había logrado vivir allí tanto tiempo, sin percibir lo que ahora padecía?

La violencia estaba en todas partes. Empezando por el dios a quien veneraban. Yahweh había sido el primer genocida. Quiso eliminar a la especie humana por no conformarse a su expectativa, dispensándole el diluvio. Después asesinó a los primogénitos de Egipto, le impidió a Moisés llegar a la Tierra Prometida —¡torturó a Job para ganar una apuesta!

Violenta había sido la forma en que se adueñaron de esa tierra. Y violenta era la condición de su permanencia. Hombres y mujeres obligados a convertirse en soldados. Irit había aprendido a ensamblar un M16 en segundos. A decodificar cuerpos de acuerdo con sus puntos vulnerables. Todos los niños, sin excepción,

jugaban en las inmediaciones de algún arsenal.

El virus formaba colonia en cada pliegue de la existencia. En la forma de conducir, por ejemplo. Irit había viajado lo suficiente para juzgar con propiedad (conocía Roma, que a este respecto es un desmadre), pero no sabía de otro sitio donde los vehículos circularan de manera más desahogada. Conducir requiere la capacidad de ver al mismo tiempo hacia delante y hacia atrás, mientras se maniobra en el presente. En Israel había demasiada gente que miraba sólo hacia delante, o que se abstraía contemplando el retrovisor.

Experimentaba violencia en el miedo que exudaban las muchedumbres, temerosas del zarpazo terrorista. En la negociación fáustica con su nacionalismo. Y en su aceptación de la agresión como parte indivisible de la fe, que en tantos idiomas se llama aún «piedad». Cualquiera que tuviese el mal tino de circular durante el *shabbath* podía ser lapidado por los ortodoxos. A su amiga Gali le habían roto la nariz de una pedrada.

Lo único que Irit conservó de su experiencia belga fue el lenguaje. Podía pasar meses sin hablar en francés, pero cuando la agresividad del ambiente la sobrepasaba volvía a cantarse la vieja música. Un caracol que revierte al interior de su concha.

Su madre la atosigaba. Desde el incidente que la dejó viuda insistía para que tomase precauciones. Llegó al extremo de enviarle un vendedor de armas a domicilio. Irit ni siquiera lo dejó entrar.

Como concesión aceptó un regalo. Un aparato que producía descargas eléctricas. Se llamaba Bearsare Superbeam. Según el folleto, lanzaba rayos a ciento ochenta y seis mil millas por segundo.

Le causó gracia el comentario de su madre al obsequiárselo: el Bearsare Superbeam era «el dedo fulminante de Dios».

Irit sabía que la intención de Nina era presentarle hombres, por eso evitaba la discoteca y negociaba un café, o a lo sumo una visita a su casa. Le había dicho que no estaba preparada para conocer a nadie, pero su amiga no se daba por vencida. Irit agradecía el humor de Nina, que siempre encontraba alguna forma de aguijonearla y de hacerla reír al mismo tiempo; le decía, por ejemplo, que si seguía así su madre dejaría de comprarle armas y le regalaría un vibrador.

Todavía no era tiempo, respondía Irit.

Le prometió que cuando lo fuese, sería la primera en enterarse.

2

Lectora militante, en los últimos años Irit se dedicó a un único subgénero: el de los textos que acompañan los medicamentos.

Cambió las emociones de Stendhal por nociones como somnolencia, ataxia, diplopía, disminución de la libido e hipersalivación.

Dejó atrás los personajes de Hugo para prendarse de otros que la cortejan a diario: Diazepam, Temazepam, Oxazepam.

A menudo encuentra párrafos que le parecen dignos de la literatura: «A continuación de una sobredosis con benzodiazepinas debe inducirse el vómito si el paciente está consciente, o lavado gástrico garantizando la protección de las vías aéreas si el paciente está inconsciente».

En *La insoportable levedad del ser*, Milan Kundera concibió un apartado para explicar por qué Sabina y Franz nunca terminan de entenderse, a pesar de que son amantes y se profesan un afecto genuino. Lo llamó: *Un breve diccionario de palabras malentendidas*. Irit leyó la novela cuando era muy joven y no ha vuelto a abrirla. Pero esta distancia es tan sólo aparente, dado que los libros que nos conmueven nunca dejan de reimaginarnos, de reescribir nuestras historias. Nos influyen con la contundencia de lo vivido.

Irit no se molestaría si yo recurriese a un glosario para contarla. Por el contrario, entendería la cita y disfrutaría de la relectura. Sólo que en este caso debería llamarlo *Un breve diccionario de heridas*, ya que todos (Irit, Ulises, Kundera, yo) podríamos ser explicados mediante el estudio de las heridas que propinamos y nos propinaron durante la existencia.

A fin de cuentas fuimos concebidos en una herida, y a través de una herida salimos al mundo.

3 Arte

Para Irit el arte es una herida abierta.

No había creado casi nada memorable (la acusación de diletantismo le pesa desde una de sus primeras muestras, las críticas son heridas que nunca cicatrizan) hasta que la tragedia la dotó de una visión. Es verdad que todavía sigue pintando, la pintura significa un respiro, su movimiento de diástole. (Ver más adelante, en el apartado dedicado a la letra C.) Pero sólo se siente creativa cuando ataca el metal.

Ronda los suburbios de Tel Aviv en su camioneta, un ave carroñera cebada en los desechos del consumo. Los recoge de basurales y desarmaderos. Se atavía como un guerrero (delantal de cuero, guantes, un casco de metal) y carga contra la materia como si viese a un dragón. A veces trabaja con una maza, a veces con soplete. Otras recurre a prensas, dobla acero como si fuese papel.

Ojalá reservases algo de esa energía para otras cosas, le dice Nina. Te dejas ir cuando trabajas pero no cuando vives.

Ésa es la idea, responde Irit.

Cuando se aboca a esta tarea el influjo de los psicofármacos se desvanece. El metal perfora su nirvana, la electricidad de su alma encuentra conducto y se descarga a tierra.

Al término de la jornada disfruta de un breve alivio. Y después las aguas vuelven a cerrarse sobre su cabeza.

4 Arte (bis)

Además de foco, la tragedia le confirió notoriedad. Aquellos que no la conocían la identifican hoy sin problemas, cuando alguien aclara:

Es la artista a la que le mataron el marido.

Al principio sentía rabia. Le prestaban atención por todos los motivos equivocados.

Lo que hoy siente está más cerca de la ambivalencia. Irit entiende que la chispa que le valió la atención de los medios es la misma que la convirtió en artista: el efecto de la violencia sobre su vida.

En los viejos tiempos trabajaba con calma. Creaba universos con paciencia de hormiga. Cada decisión equivalía a un punto sobre la tela, al estilo de Seurat. Aislada era apenas una mancha, lo que contaba era el conjunto, el todo que trascendía la sumatoria de las partes.

Ahora se deja poseer por una fiebre. La batalla parece perdida de antemano, nadie sobrevive a un pulso con un erizo de metal. Pero Irit ya no siente miedo. Golpea quema rompe. A la vez que se golpea se quema y se rompe, Irit no frena para restañarse. Cuando el frenesí cede se aparta del bloque por primera vez, desembarazándose de su obra.

Nunca puede reconocerla. Prefiere pensar que el objeto se materializó solo, reclamándole acabado final.

Durante algún tiempo consideró la idea de abandonarlo todo. Le disgustaban los cuchicheos durante las exposiciones, la clase de visitantes que atraía. También la sublevaba la idea de haberse convertido en un vómito negro, una creadora de monstruos. Superado el alivio que sucedía al parto, sus obras le inspiraban horror.

Con el tiempo advirtió que la gente las encontraba catárticas. Irit traducía sobre la materia lo que muchos sentían. Sus esculturas expresaban la angustia de la inmersión en la violencia y a la vez sugerían una reacción, anticuerpos metálicos abalanzándose sobre tejido infectado.

(Un crítico las describió con agudeza: «Engendros dignos de Hieronymus Bosch, escapados del lienzo y reptando por doquier... Su tridimensionalidad produce escalofríos».)

Al fin decidió seguir. Tenía la esperanza de que se tratase de una fase, que superaría tarde o temprano.

La tragedia la había desalojado de su zona comfortable. Estaba explorando su *terra incognita*, lo que existía debajo del blanco de sus dibujos.

5 Corazón

A los cuatro años le detectaron un soplo.

Pronto entendieron que la anomalía era de otra índole. En una mujer de su estatura el corazón pesa 250 gramos. El suyo pesa 280, superior al promedio de los corazones masculinos.

El defecto era congénito y no degenerativo. Mientras observase cuidados elementales (como protegerse de patologías respiratorias, a las que era propensa dado que el corazón creció a expensas de los pulmones), podía llevar adelante una vida normal.

Los Rosenblum apuraron entonces la decisión que habían considerado por otras razones, entre ellas económicas. Cambiarían la humedad belga por el sol de Israel, movidos por el corazón de Irit.

Le realizaron chequeos durante años, hasta que se independizó. Sus padres ya no pueden forzarla a acudir al médico. Eso no les impide que la persigan cada semana para que lo haga. Son más persistentes que la sed.

Irit fue criada entre algodones, lo cual le sugirió que era débil o al menos delicada. La mayor parte de las personas inicia relación con su mortalidad al promediar la vida, pero Irit acarreaba desde niña la sombra del final. A diferencia de los amigos de su edad, que vivían como si fuesen a durar para siempre, Irit nunca se permitió la ilusión de la inmortalidad.

Cuando le reveló la peculiaridad de su corazón, Nina se echó a reír.

Aunque divertida por la reacción (la gente solía espantarse al oírla, como si fuese a caerse muerta ahí mismo), Irit quiso saber cuál era la gracia que Nina le veía al asunto.

Nina le dijo que eso explicaba muchas cosas.

Por ejemplo qué.

El hecho de que seas tan enamoradiza. La herida del pecho te domina, cuando debería dominarte la herida entre las piernas. Pero ante todo explica por qué eres tan exasperante. Puro corazón... ¡No conozco a nadie que me saque de quicio con tanta facilidad!

Según Nina, Irit era exasperante debido a una condición clínica.

6 Disco

Lo cual nos conduce a aquella vez que Irit fue con Nina a una disco.

Nunca comprendió el encanto del asunto. Le gusta bailar (le gustaba, en esa vida anterior de la que todos le hablan), pero las discotecas le resultan alienantes. Suelen estar atestadas de gente que traba las evoluciones sobre la pista. La música suena demasiado fuerte, imposible oír lo que se dice. Además, se dificulta ver, a causa de la oscuridad y de los efectos estroboscópicos. Tampoco se puede confiar en el olfato: el ambiente está tan cargado de fragancias (femeninas y masculinas, no así el perfume que Ulises atribuía a Dios), que nadie distingue quién huele a qué cosa.

Pero esa vez aceptó. Nina venía insistiendo, se le ocurrió que a partir de entonces desistiría al comprobar que se aburría como una ostra.

Se quedó en un sillón bebiendo su copa. Aunque la medicación le prohibía la ingesta de alcohol, la situación excepcional requería medidas excepcionales.

Viendo a la multitud rebotar sobre la pista (los bajos golpeaban como su corazón), se sintió como una adolescente en el parque: disfrutaba del juego de los niños, sabiendo que ya no volvería a participar de sus rondas ni a permitirse su exuberancia.

En ese instante Nina se desprendió del torbellino de los bailarines, arrastrando a un muchacho de la mano.

ÉSTE ES JON, EL PRIMO DE SARA, grita Nina. ¡ES INGENIERO!

CASI INGENIERO, aclara Jon, incómodo ante la descripción. ¡ME FALTA UN SEMESTRE!

Jon parece tener ojos verdes. También parece capaz de combinar los colores de sus ropas. Y además parece oler a fragancia de Ralph Lauren.

QUERÍA DECIRTE QUE ME GUSTA MUCHO LO QUE HACES, se precipita Jon ante su silencio. ¡AUNQUE TODAVÍA NO TUVE TIEMPO DE VER LA MUESTRA NUEVA!

Irit mira a Nina con fuego en los ojos. Le molesta que haya adelantado la historia de su vida. Prefiere relacionarse con gente que no sepa quién es ni qué ha padecido, por lo menos hasta que haya probado que merecen la confianza.

¿QUIERES BAILAR?

NO, GRACIAS. SÓLO VINE PARA CUMPLIR CON MI CUOTA DE SUFRIMIENTO DIARIO.

... PODEMOS CONVERSAR, SI PREFIERES.

DIME LA VERDAD, JON: TÚ ERES UN *JOBNIK*, ¿NO ES CIERTO?

Jon cae en la trampa antes de que Nina le advierta del peligro.

¡CLARO QUE NO! ESTOY EN UNA UNIDAD ESPECIAL: ¡SOY UN FRANCOTIRADOR, UN *SNIPER*!

Irit vuelve la mirada a Nina y le dice.

NO TE PREOCUPES POR MÍ, ME IRÉ ENSEGUIDA.

Jon mira a Nina, preguntándose qué hizo mal.

Nina lo despide con un gesto, como si se deshiciese de un mal lacayo.

Jon se retira con cierto alivio pero Nina vuelve a la carga.

ÉSTE ES UN PAÍS DE SOLDADOS. SI PRETENDES RELACIONARTE CON HOMBRES QUE NO MANEJEN ARMAS, DEBERÍAS LIMITARTE A LA FRANJA ETARIA ENTRE CERO Y DOCE. QUIERO DECIR, SIEMPRE Y CUANDO LAS ARMAS DE PLÁSTICO NO TE MOLESTEN.

NO VAMOS A REPETIR LA DISPUTA DE SIEMPRE, ¿O SÍ?

QUIZÁS HAYA LLEGADO LA HORA DE QUE VIVAS EN OTRO PAÍS.

SI SUPIESE DE ALGÚN SITIO QUE NO ESTÉ INFECTADO POR LA VIOLENCIA YA ME HABRÍA IDO HACE TIEMPO.

Nina decide que hablar es inútil. Agarra a Irit de la mano, con la intención de arrastrarla hasta la pista.

La fuerza con que Irit se resiste la sorprende.

NUNCA BAILAMOS, la oye gritar. NUNCA FUIMOS DE VACACIONES. ¡NUNCA COMPRAMOS MUEBLES!

Nina asume que Irit habla de su marido muerto.

Afloja la presión pero no la suelta, no es momento de dejarla a la deriva. Opta por sentarse a su lado en el sillón, quiere obsequiarle el calor de su cuerpo.

La fragilidad de Irit se evapora en un segundo. Ha caído al mar pero está rodeada de salvavidas. Flota aferrada a la balsa química, al alcohol, a Nina, a la fortaleza que la tragedia probó que tenía a pesar de la herida del corazón.

No tengo derecho a hacerte esto, dice ahora, en el tono normal que la proximidad permite. Si quieres que sea feliz, ve y diviértete. ¡Tú sí que eres una bailarina!

Nina la besa como a una hija y se levanta, sin animarse todavía a soltarle la mano.

Tienes razón. Tanto *pas de bourrée*, *grand plié*, *grand jeté*, *rond de jambe*... Creo que me metí en asistencia social sólo para incordiar a mi madre.

Ya puedes soltarme. Te prometo que no me ahogaré.

Nina obedece. Al instante empieza a moverse allí donde está, produciendo las posiciones del ballet que ensayaba cuando niña.

Su poder de hacer reír a Irit sigue intacto, la risa las alivia a ambas. Nina regresa a la pista sin dejar de saludarla.

Irit se queda en el sillón. Sigue bebiendo.

Y se ahoga.

7 Disco (bis)

Horas después se despierta sobresaltada. Está en uno de los baños de la disco, sentada sobre el retrete, con las piernas cruzadas como un Buda.

Son más de las siete de la mañana. *Maudites pilules.*

Estira las piernas acalambradas y quita el cerrojo.

La disco está vacía. La puerta de acceso es de cristal blindado, del otro lado hay una cortina de rejas asegurada por cadenas.

Nina estará furiosa. Creerá que ha faltado a su promesa, le juró que no se iría sin ella. En efecto, no hay mensajes de Nina en su teléfono. Trata de ubicarla. Le responden sus contestadores, el del móvil, el de la casa. Debe estar durmiendo. Quizás haya peregrinado al oasis de otra cama.

La opción es llamar a la policía. Pero no quiere exponerse a preguntas que no desea responder. Piensa en los psicofármacos, en el alcohol en cóctel con su sangre. No necesita otro escándalo.

En ausencia de la turba el salón se ve enorme, el interior de una pirámide. Elige una entre cien botellas, se sirve una copa.

Después va al centro de la pista. El resplandor del día incipiente se cuele a través de la puerta, destella en la bola de cristales. Al fondo hay un muro en comba cubierto por espejos. Son más de veinte, franjas de medio metro de ancho que multiplican su imagen.

Nunca estuvo más flaca. Un signo de admiración en busca de su frase.

Las pestañas postizas eclipsan el brillo de su mirada. Parece ciega, un epígono de Edipo: donde debe haber luz sólo hay manchas negras, no logra ver en los espejos los mismos ojos con que se está viendo.

Se pone de costado, constata en el reflejo la longitud de su trenza. Llega casi a la base de su espina, un récord: tan larga como la ausencia de su marido. El movimiento que hizo para verse la inspira. Lo repite, el gesto se asemeja a un paso de baile que los otros espejos imitan.

Piensa en algo que leyó en un libro de Oliver Sacks. (Ella no recuerda cuál pero yo sí: está en *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero.*) Sacks dice que los enfermos de Parkinson se liberan de sus tics cuando bailan. Al zambullirse en el movimiento inducido por la música, dejan de sufrir descargas y fluyen con el ritmo. Se pregunta si le ocurrirá lo mismo, si olvidará la tormenta de su alma mientras baila.

La melodía que emerge en su cabeza la sorprende. Es una canción que siempre detestó, *Born to Be Alive*. Una confección ridícula, suena a autoparodia y nunca más que en la intervención del barítono, esa voz de trueno que dice: *born to be alive*. El título mismo es un absurdo. Nadie nace para estar vivo, en todo caso nace *porque* está vivo, la frase debería ser otra, nacemos para morir: *born to be dead*, ésa es la verdad.

No se explica por qué esa canción horrible, pudiendo haber elegido tantas otras.

Tampoco advierte que el *beat* multiplica por cuatro el ritmo de su corazón. Odia la canción pero está bailándola. El cuerpo se adelantó a la cabeza. Tomó decisiones de manera independiente, respondiendo a una voz que se ha comunicado en frecuencia inaudible.

La actividad física despeja su mente. El efecto es similar al que le producen sus entreveros con el metal, pero sin la violencia.

Ahora inventa coreografías. Se convierte en línea de coro, muchas Irit danzando en los espejos. La sincronía es perfecta, un número musical al que sólo le faltan lentejuelas para deletrear Broadway.

Sacks tiene razón. Uno sólo es normal cuando baila.

Somos testigos de la Danza de Irit del Regreso a la Vida.

Aunque ella aún no sepa que de eso se trata.

Capítulo cinco Ulises (III)

1

La celda era mínima. Concebida para un animal de otra especie.

Ulises tocaba el techo con sólo levantar la mano. Para cubrir el ancho del cubículo bastaba con extender los brazos.

El colchón estaba reseco, un detalle por el que se sintió agradecido. Apoyó la espalda contra la pared y cruzó las piernas. La idea de rozar el suelo con pies descalzos le producía aprensión. Habían vuelto a quitarle los zapatos y esta vez no vestía medias.

En una de las esquinas había un bebedero de metal, salpicado con manchas amarillentas. Podía embocarle un escupitajo sin moverse de su asiento.

Comprendió que se le habían adelantado en el pasatiempo.

El subsuelo de la estación policial tenía aspecto de búnker. Su celda carecía de ventilación. Allí abajo el calor era el prisionero más antiguo.

Las paredes estaban cruzadas por leyendas. Caracteres inescrutables como runas. Los dibujos y signos, en cambio, adquirían la relevancia del lenguaje universal. Esvásticas, genitales masculinos y pechos femeninos. Un policía violado por un punk. Había registrado grabados similares a miles de kilómetros, en la prisión donde trabajaba.

Durante el trámite que concluyó con su encierro no vio a nadie en las otras celdas. No había nada que oír más allá de su respiración densa y el eco del aire acondicionado. El sonido se filtraba desde otro ambiente. Le recordaba la existencia de un universo distinto, que había requisado todo aquello que podía proporcionarle alivio.

Cuando le preguntó a Broitman cómo se decía «hijos» en hebreo obtuvo una respuesta a regañadientes. El diplomático intuyó que iba a meterse en problemas, por eso le obsequió la palabra junto con el discurso. La búsqueda estaba en marcha. Debía ser paciente, dejar que el expediente siguiese su curso natural.

Pero para Ulises la espera no tenía nada de natural. Lo natural era el contacto con sus cachorros, la posibilidad de protegerlos de la lluvia, de alimentarlos. De tolerar sus torpes juegos.

A pesar de sus protestas los policías lo despojaron de los zapatos, del teléfono, del reloj y del pasaporte. Después lo condujeron a empellones por una escalera, hasta que los escalones se agotaron.

En ese fondo languidecía ahora. Tan cerca de sus hijos y tan lejos a la vez, dentro de una jaula demasiado pequeña.

2

Había elegido una calle populosa. Interpelaba a los caminantes, les preguntaba por los niños. Tadeo y Alicia. *Yeladim sheli*, sus hijos. La gente ni siquiera miraba la foto. Lo esquivaban como si estuviese enfermo.

La única que se apiadó fue una anciana. *You go, police*, repetía mientras señalaba en dirección al oficial apostado en una galería.

No tenía intención de acudir al policía. Broitman había sido explícito. El trato con las autoridades debía quedar en sus manos, el peso de la embajada en la negociación era su mejor carta. Por eso mismo rechazó la idea de un investigador privado. Si las autoridades advertían maniobras a sus espaldas se irritarían; y no les convenía tenerlas en su contra.

Ulises toleró la negativa por una razón más simple: no estaba en condiciones de pagarle a un profesional durante mucho tiempo. Si Broitman no intermediaba se toparía además con dificultades para explicarse. Las posibilidades de encontrar un detective que hablase español eran escasas y su inglés no daba para tanto. Sólo recordaba palabras elementales, *umbrella, rain, boat*.

Hizo un alto, su cuerpo le pedía un café.

Encima del mostrador encontró una guía telefónica. Le sorprendió que los nombres figurasen en letras romanas.

Casi sin darse cuenta fue en busca de la letra G. El apellido de Gaby era Goldman, con una sola ene.

Los Goldman reinaban indiscutidos durante diez páginas. El batifondo de la máquina de café le permitió arrancarlas.

Desconocía el nombre de los parientes de Gaby en Israel. Ella no solía hablar de su familia cercana (las cosas nunca se recompusieron desde su matrimonio con Ulises) y mucho menos de los consanguíneos de allende el océano. Lo único que podía hacer era llamar a todos los Goldman, uno por uno, esperando que reconociesen el nombre de su mujer.

Significaba una tarea titánica, goteo de tormento chino.

Todo lo que Ulises estaba en condiciones de gastar era tiempo.

Llamó a los primeros (Aaron, Adam, Agatha Goldman) antes de darse por vencido. Repitió como idiota los nombres de Gaby y de los niños, las palabras *yeladim sheli*. Todos terminaron por colgarle. La comunicación era imposible.

Le quedaba otro recurso. Las direcciones de los Goldman figuraban en la lista. Si mostraba la foto su intención se aclararía. Aun cuando no pudiese explicarse con palabras, percibiría si esa gente conocía a los pequeños.

La verdad vive en los ojos.

Empezaría por Jerusalén, donde estaba su hotel. Después seguiría por Tel Aviv, ciudad de la embajada.

El asunto requería planificación. Pero Ulises no resistió la tentación de recorrer la lista en busca de una calle conocida. Dio con un tal (¿o era *una* tal?) Liev Goldman que vivía en Jaffa, la calle de entrada al centro comercial donde había comprado el teléfono.

La casa de estos Goldman quedaba a muchas cuadras, pero no se acobardó. Caminaría.

3

El ruido de una llave lo llamó a su presente. Un instante después Broitman asomó detrás de las rejas. Parecía divertido por la situación. No pronunció palabra hasta que los dejaron solos.

Yo sabía que ibas a armar quilombo, dijo al fin. Pero nunca creí que lo hicieras tan rápido. Eso de emprenderla a golpes contra la puerta fue expeditivo. La *yikse* se cagó toda. Creyó que eras el primer terrorista en atacar a las patadas.

Ulises no se movió del camastro. Rostro y cuello brillaban a causa del sudor. Broitman pensó que estaba en presencia de su versión de cera, una obra robada al museo Tussauds.

Convencí a esta gente de que retirase los cargos. Menos mal que no eran los Goldman que buscabas. Si los hubieses encontrado te habrían dejado adentro para proteger a Gaby, mientras tramitaban una orden judicial para que no te acerques a los chicos.

Ulises persistió en su inmovilidad. Interesado en el diamante que dibujaban sus piernas al sentarse a lo Buda.

Broitman chasqueó los dedos.

De inmediato Ulises replicó.

Decime: ¿tenés hijos, vos?

La sonrisa de Broitman huyó de su cara por primera vez.

Me estás subestimando. Y eso no colabora con el comienzo de una bella amistad. ¿Qué te creés, que si tuviese hijos te entendería mejor? Puedo ponerme en tu lugar sin estar en tu lugar. Eso se llama empatía. *Capacidad de una persona de participar afectivamente de la realidad de otra.* Te permite simpatizar con alguien sin necesidad de saberlo todo. Yo no te pregunté qué hiciste para que tu mujer tomase una decisión tan drástica. Cargar a los pibes, subirse a un avión.

El golpe tomó a Ulises por sorpresa. Quiso defenderse, pero Broitman ya se le había adelantado.

No te gastes, no es asunto mío. Todo lo que cuenta es que te asiste el derecho. No existen denuncias en tu contra, no sos insolvente. Tu reclamo es válido ante cualquier tribunal y por eso contás con el apoyo argentino. Pero aunque vos no lo creas, yo le estoy poniendo una garra extra a la cuestión. ¿Sabés por qué? Porque creo que tu deseo de recuperar a los pibes es sincero. Lo único que pido es que me concedas la misma buena fe.

Hizo una pausa que aprovechó para reponer la sonrisa en su estante y preguntar.

¿Empezamos de nuevo?

Volvió a pasar la mano a través de las rejas. Esta vez le proponía un apretón.

Ariel Broitman, Embajada Argentina, mucho gusto. Los amigos me dicen Ari. Estoy acá para ayudarlo.

La payasada de Ari perforó la coraza de Ulises. Bajó del camastro y estrechó su mano. Pero en vez de hacerlo a la usanza común, la agarró como si planease jugar con ella un pulso. Después se la llevó al pecho, aplastando a Ari contra las rejas.

¿Vas a encontrarlos o no?

A pesar de la incómoda posición Ari no depuso su sonrisa.

Por supuesto. Pero para que eso ocurra necesito que atienda a estas consignas. Primero. Esto no es Flores, ni Palermo, ni Almagro. Esto no es Lomas ni Santos Lugares. Esto es Israel. Un país así chiquitito, rodeado por un mar de enemigos. Acá nadie sube a un colectivo sin preguntarse si volará por los aires. Acá el que no está paranoico está internado, por anormal. Conviene que sepa que cualquier gesto intempestivo puede ser interpretado como violencia —y en consecuencia, suscitar violencia en gente que, a diferencia suya, está preparada para ejercerla.

Ulises soltó la mano de Ari, que sin embargo no se apartó de las rejas.

Segundo: ármese de paciencia. Cómprese libros de budismo zen o cuente hasta mil cada vez que haga falta, pero cálmese. Aprenda a respirar. Le conviene, porque esto va para largo. Y por último, tres: consígase un hobby. Algo que hacer, una ayuda para distraerse.

Ari dio dos pasos hacia atrás y giró sobre sí mismo, un paso de baile.

Yo hago tap, por ejemplo. Maravillosa escuela en Tel Aviv.

Zapateó un poco y volvió a girar.

Ayuda a focalizar en otra cosa. A mudar la mente de la locura.

Después optó por un paso que le permitió deslizarse hacia la puerta de salida. Golpeó tres veces.

Ulises le preguntó qué hacía.

¿Qué te pensaste, que te iba a sacar? Acá la policía se parece a la de New York porque comen *bagels*, nomás. Agradecé que me dejaron verte por privilegio diplomático. Pero aunque zafaste de la denuncia te ficharon como molestia pública. ¿Vas a tener que pasar la noche adentro! Aprovechá para ejercitar tu paciencia. Uno, dos, tres. Cuatro, cinco, seis.

El ruido de la llave en la cerradura.

Ari insinuó una figura final y desapareció a través de la puerta.

Poco después apagaron las luces.

Para ese entonces había perdido la noción del tiempo. El sol no llegaba a lo hondo de la catacumba. La comida que le sirvieron aportó extrañamiento: los ingredientes sabían exóticos, no pudo determinar si había consumido merienda o cena. Por eso agradeció la oscuridad, que restablecía un patrón de orden. Existía algo parecido a la noche y acababa de comenzar.

Pensó que sus ojos se habituarían a las tinieblas. No tardó en comprender que la oscuridad sería absoluta, hasta que alguien dispusiese lo contrario en el universo que había quedado más allá de sus sentidos.

No recordaba haber experimentado negrura semejante en años. Tal vez no la hubiese conocido nunca. Algo de luz se cuele siempre donde estamos, hasta en lo profundo del vientre materno; somos seres traslúcidos, figurines de alabastro.

Se preguntó si adquiriría formas monstruosas de permanecer en esa tinta, al igual que los peces abisales.

La oscuridad lo sorprendió tumbado en la cucheta. Sintió un ramalazo de pánico. Había sido arrojado a un abismo que recorría en caída libre.

Decidió sentarse. Aun cuando ya se había afirmado sobre sus pies extendió los brazos en busca de asidero. Se golpeó los dedos contra una pared, dio contra una superficie helada, se abalanzó en busca de agua. La mugre del lavatorio había dejado de perturbarlo.

Se preguntó si en Devoto las noches serían tan absolutas como la que estaba viviendo. Aquella prisión era inmunda pero tenía ventanas. La mayoría de los internos habitaba en pabellones, siempre había alguno que encendía una linterna o fumaba a escondidas.

Cada vez que su profesión salía a luz la gente formulaba las mismas preguntas, un morbo común a hombres y mujeres. Querían saber cómo eran los criminales que frecuentaba.

En realidad buscaban confirmación, esperaban que Ulises certificase cuán distintos eran de todos ellos. Aun los más iluminados preguntaban con la ilusión de que abonase sus sentimientos.

En el fondo seguían siendo lombrosianos. Estaban convencidos de que la criminalidad era una mancha de nacimiento, un rasgo que saltaba a la vista como el acné o la psoriasis.

Había aceptado el trabajo a conciencia, abrazándose a su ingenuidad sin pensar en espinas. Quería aliviar la carga de aquellos que, como en el cuento de Poe, habían sido amurados en vida. La mayor parte de ellos había sido marcada a fuego para ese destino, mucho antes de caer en prisión.

Pronto entendió que su afán no tenía futuro. Al menos en el contexto de esa institución, una colonia digna del empleado de seguros de Praga.

Cuando llegaban allí por lo general ya era tarde. El sistema había cumplido su parte con eficiencia, fabricando pobres a destajo, cebándolos con mierda y manteniéndolos en el corral (literalmente, *acorralándolos*) a garrotazos. Los que terminaban presos eran aquellos que insistían en retobarse: desesperados, o bien gente que había sucumbido a sus demonios. En cualquier caso tratarlos se volvía difícil. Habían dejado de concebirse como humanos tiempo atrás, en una hora que no lograban recordar.

El primero en usar la picana en interrogatorios fue el hijo del Poeta de la Patria, Leopoldo Lugones. Comisario emérito, Leopoldo junior hizo gala de un genio oscuro que aplicó a otra familia de metáforas. Se le ocurrió que si las descargas eléctricas convencían a las vacas de moverse, persuadirían a los humanos de hacer lo que fuese.

La idea fue algo más que una solución a contingencias de la labor policial. Desnudaba una concepción del orden social que, más allá de maquillajes, nunca había desaparecido del todo.

Existen hombres humanos y también hombres-reses.

El sistema funciona mientras los hombres-reses observan sumisión. Pero empieza a fallar cuando crece el número de los que, habiendo entendido que sus vidas valen cero, se lanzan a una loca estampida.

¿A quién podía sorprenderle que, en lugar de someterse una vez más a la pedagogía del garrote, la asumiesen como propia para golpear del modo más indiscriminado: apaleando todo y a todos, empezando por sus propias familias?

Algunos colegas de Ulises se habían rendido ante esta realidad. Antes que terapéutico, entendían que su rol era burocrático.

Vidal se lo expuso una vez en la vereda, al término de un día negro.

Doctor en Psicología, autor édito y ex catedrático, Vidal era un personaje digno de Malcolm Lowry. Siempre afable, un tanto entrado en carnes (tenía algo de Santa Claus de civil), engullía anfetaminas como confites en presencia de guardias y de prisioneros.

Aun así las autoridades lo trataban como Abraham bajado del cielo. Ulises sólo podía conjeturar la trama de lealtades que unía a semejantes figurones. En el microcosmos de la prisión, uno es tan bueno como los favores que dispensa.

Lo que Vidal le explicó fue que su tarea no se diferenciaba del reciclaje de basura.

Los presos están acá para decirse inocentes. Los psicólogos estamos acá para apelar a la civilidad de una población que es incivil, en ambos extremos del bastón. Si el preso es potable mantenelo en terapia, para preservarlo de la picadora. Ésos son nuestras botellas de plástico, nuestros cartones, nuestro papel: reciclables para otra guerra. Si un preso te cae mal o te amenaza, transá con los guardias para que lo ablanden. Ese tipo tiene que ir a la quema. Y si uno te cae bien o te ofrece dólares, declaralo inimputable y mandalo al loquero. Dopado hasta el moño, y gratis. Mi vacación soñada.

Durante algún tiempo pensó en denunciar a Vidal. Terminó concediéndole la impunidad que se ofrece a santos y enajenados.

6

Al principio respondía entusiasmado si alguien se interesaba en su tarea. Prodigaba anécdotas, contaba sus proyectos. Pronto empezó a desconfiar de las preguntas. A lo sumo contestaba con monosílabos: sí, sí; no, no. Ya había entendido que nadie le demandaba historias edificantes ni razones para la esperanza. Todo lo que pedían era que justificase sus prejuicios, de los que nunca abjuraban. No importaba si el convicto Equis era o no redimible. Su interés pasaba por el número de puñaladas que había propinado: ¿era verdad que había golpeado cien veces, como se pregonaba en los noticieros?

Con el tiempo optó por ignorar los reclamos. Sus interlocutores alzaban la voz, persuadidos de que no los había oído. Ante la persistencia de su silencio sucumbían al bochorno (Ulises había perdido la capacidad de avergonzarse, se sentía intocable) y optaban por cambiar de tema.

Discutía con Gaby por esa causa. Ella decía que la gente había empezado a evitarlos. Ulises incomodaba con democrático desprecio a familiares y amigos. Se limitaba a fumar y beber sin parar, de ser posible en un rincón oscuro. Cociéndose en sus propios humores. De tanto en tanto sonreía como un lobo, inspirado por una idea que se cuidaba de compartir.

Una amiga de Gaby confesó que prefería verla a solas. Ulises la incomodaba porque miraba «con ojos de Hannibal Lecter».

Se fingió ofendido. Le molestaba que esa mujer cuestionase su buen gusto. Nunca comería algo tan bajo como un ser humano.

Desde ese momento produjo excusas. Inventaba tareas que decía pendientes, para apartarse de los compromisos sociales. Prefería tolerar las protestas de Gaby a exponerse al riesgo. Quiso protegerla de su padecimiento, ocultarle el tormento a que lo sometía la cháchara de esos encuentros. Tenía la sensación de que la gente hablaba de modo más estridente cada vez. Sus gritos lo castigaban —se sentía una piñata.

Si su cabeza se abría no sería Venus quien saliese.

Durante un tiempo pensó que tenía un tumor. La causa de sus alucinaciones. Todo se volvía tenebroso menos la piel de los comensales, que viraba al rosa. Un color mórbido. Como de cerdo mamón hirviendo en un caldero.

Apartaba la mirada pero todavía podía oír. Y las palabras lastimaban aún más. Se mordía los labios para no involucrarse, pellizcando hasta sacarse sangre. No se sentía en condiciones de soportar otra vez los mismos argumentos, repetidos *ad nauseam*. Hombres humanos expresando su avidez de sangre. Reclamando el sacrificio de los hombres-reses que habían enloquecido dentro del corral. Prescribiendo recetas para la sociedad toda desde el naufragio de sus vidas.

Al preservarse de esos encuentros los síntomas desaparecieron.

Pero en un casamiento ocurrió lo imperdonable.

La que se casó fue una ex compañera de Gaby. Ulises faltó al templo pero encontró a su mujer en la puerta del Tattersall, donde hasta los camareros vestían mejor que él. El sitio era un palacio del siglo XIX, Ulises se sentía un polizón.

La novia les presentó a una tía que compartía su mesa. La vieja se encendió como guirnalda al saber de Ulises. Es psicólogo, trabaja con los presos, dijo la novia. La tía escupió la pregunta sin respirar, quería saber cómo era «esa gente». Gaby lo salvó del vía crucis desviando la conversación, nadie se rehusaba a comentar la ceremonia.

Ulises se concentró en el vino, un cabernet añejo. Casi negro de tan oscuro. Era delicioso a la vez que agresivo, aspereza de arena.

Pero la vieja insistía. Gaby volvió a levantar el escudo, esta vez con agobio.

Un esfuerzo inútil. A los pocos minutos la tía cargó nuevamente.

Qué apasionante lo tuyo, querido. Esa gente. Decime cómo son.

Monstruos, dijo Ulises. Gente ignorante e irredimible que viola a su hija y después riega las plantas mientras toma mate. Tipos que pagan a un travesti por sus servicios y lo matan para no hacerse cargo de su transgresión. Que se emborrachan hasta perder el habla y duermen mientras su bebé se prende fuego. Que no entienden qué cosa es una venérea hasta que la pija se les cae a pedazos, la misma pija con que preñaron a la cuñada a quien mataron por no haberse cuidado.

La tía estaba blanca como el mantel. Gaby lloraba en silencio.

Son monstruos, insistió. Habría que matarlos a todos y esterilizar a su descendencia, es la única manera de estar seguros. O lobotomizarlos, de esa forma habría sobreabundancia de servicio doméstico. Una operación sencilla. Yo le agregaría ablación de las cuerdas vocales para que no vuelvan a decir lo de siempre, lo que repiten como loritos. Aunque los hayan pescado serruchando un cuerpo se sientan ahí con cara de nada y me lo largan, el mismo libreto, lo aprendieron mirando basura por televisión.

Soy inocente. Soy inocente. Soy inocente.

La silla de Gaby estaba vacía. Algunos de los comensales protestaban en voz baja. La mujer que acompañaba a la tía dejó caer la palabra *fascista*, que le arrancó a Ulises una carcajada. Se había convertido en experto en este tipo de reacciones. Cuando la gente oye que otro verbaliza sus pensamientos oscuros se finge ultrajada. Sobreactúa una indignación que no siente, para desmentir la imagen que el espejo devuelve.

Mientras hablaba había visto moverse más de una cabeza, en señal de asentimiento. Si hubiese presentado un documento reclamando muerte para secuestradores, pungas, violadores, *dealers*, asesinos, *fiolos*, drogadictos e invertidos (los hombres-reses que se apartaron del redil, monstruos todos ellos, *sus monstruos*), la mayoría habría ofrecido su firma. Aun al precio de las lágrimas, de la vergüenza de

Gaby.

Entonces hizo algo para lo que nunca encontró explicación.

Se puso de pie y derramó la copa sobre su pecho. Con lentitud. Disfrutando de las miradas azoradas.

En contacto con la tela de la camisa el vino se volvió carmesí.

Ulises pidió permiso (pura ironía) y salió de allí. Las voces se acallaban a su paso. Había batido su propio récord, velocidad en trasladarse del cenit al nadir, el punto más bajo de la esfera celeste.

¿Qué estarían haciendo sus monstruos ahora, bajo otras estrellas y en otra estación? Lo de siempre, imaginaba. Fumando un porrito. Hojeando una revista porno. Cogiendo en silencio.

Por primera vez en su vida sintió que los envidiaba.

Se refregó contra la cucheta sobre la que había vuelto a tumbarse y al instante estornudó. El colchón desprendía un polvillo que le producía alergia.

Limpio su nariz con el dorso de una mano. Como no logró secarse del todo, recurrió a la otra. Ya no estaba aferrado a nada.

Había dejado de caer.

Capítulo seis Ulises (IV)

1

Las palabras son una construcción, al igual que las moléculas. Nadie sabe por qué los átomos que forman una molécula se asociaron de esa manera y no de otra. No obstante, una vez dada su organización persisten en ella a través del tiempo.

No existen certezas sobre el origen del nombre Jerusalén. Karen Armstrong dice que su raíz está en un dios de origen asirio, Shalem, lo cual no dejaría de ser irónico: *Rushalimum* significaría «Shalem ha fundado». No Yahveh ni Dios ni Alá: Shalem. Verdadera o no, esta interpretación tiene coherencia histórica. Jerusalén nunca se adecuó a expectativas ajenas.

Para los judíos la ciudad es *Yerushalayim*. De acuerdo con algunos estudios este nombre-molécula resulta de la combinación de dos átomos, *yerusha*, que significa legado, y *shalom*, que significa paz. Hay quien pretende que el segundo átomo corresponde a *shalem*, que en hebreo significa «completa», o «en armonía», o bien «sin defecto». En cualquiera de los casos, los sentidos confluyen.

Para los musulmanes la ciudad se llama *Al-Quds*, o en todo caso *Urshalim-Al-Quds*, dado que Shalim o Salem es uno de los nombres originales de la ciudad, tal como se lee en el Génesis. El significado del nombre es inequívoco: en árabe, *Al-Quds* es La Sagrada.

La diferencia que supone la articulación en dos lenguas es superficial. Una ciudad sagrada no puede ser sino un legado de paz para la humanidad. Ambos idiomas hablan de la misma cosa a su manera, así como nombre y sobrenombre definen una identidad única.

Estamos ligados a estas configuraciones de modo indisoluble: a las palabras-molécula, a la estructura atómica. Nadie puede separar un nombre de su significado original y salir impune; desnaturalizar una palabra supone bombardear su núcleo con neutrones, el equivalente de la fisión nuclear.

2

Las palabras pesan porque no han sido acuñadas por azar. Su forma suele estar cargada de sentido. Por ende no debería ser considerada a la ligera.

En *A través del espejo*, Alicia le pregunta a Humpty Dumpty: «¿Debe un nombre significar algo?». A lo que el gigantesco huevo responde: «Por supuesto que sí... Mi nombre significa mi forma».

Jung señala que muchos términos conservan residuos onomatopéyicos aún hoy. Por ejemplo, los sonidos asociados al movimiento del agua: en alemán, *rauschen*, *rieseln*, *Rhein*, *rinnen*; en inglés, *to rush*, *river*; en francés *ruisseau*, *rivière*; en español, *arroyo*, *río*.

De ahí deriva una interpretación del incidente de la copa de vino.

Sin siquiera darse cuenta Ulises asumió la carga de su apellido. Eso significa *rosso* en italiano.

Al marcarse, al manchar su pecho, se convirtió en Ulises el Rojo.

Yo tengo además otra interpretación. Pero por el momento me la reservo, porque sólo cobra sentido en el final de la novela.

3

Ulises detestaba Jerusalén. Era el laberinto que había devorado a sus hijos.

La primera vez que anduvo a solas por la Ciudad Vieja se perdió. Al principio se despreocupó, cualquier calle le daba igual. Tenía la esperanza de encontrar a Tadeo y Alicia a la vuelta de la esquina, probabilidades matemáticas: tarde o temprano debía dar con ellos.

Al rato de girar en falso comenzó a ahogarse. Le parecía que las calles, estrechas de por sí, se angostaban a su paso.

Para peor se enquistó en una zona de carnicerías y pescaderías. Torsos colgando de ganchos, cuencas que vigilaban su andar, lubinas congeladas en la mueca postrera. El olor a muerte le cerró la garganta. Sus pies resbalaban sobre piedras engrasadas.

La salvación arribó usando un disfraz, ataviada como un grupo de turistas. Cruzaron el umbral que conducía a la iglesia del Santo Sepulcro. Una puerta diminuta como el ojo de una aguja.

Nunca había pisado templo más humano. Pequeño y contrahecho, sin ventanas ni nave central, con el espinazo partido por una estructura convulsionada. Capillas internas, escaleras que conducen a ninguna parte. El Gólgota bajo techo, un memorial griego señalando el Centro del Mundo.

Se topó una y mil veces con los mismos turistas. Allí adentro no había rutas inequívocas. Una promiscuidad que espejaba la de las paredes, recamadas de signos católicos y griegos y ortodoxos rusos.

La superposición producía efectos insólitos, que seguramente habían sorprendido en su ocasión a aquellos que batallaban por su influencia en el templo, fuesen de una u otra confesión, monjes o reyes cruzados.

Todo lo que está vivo procede de la cópula, pensó Ulises.

Si existe alguna riqueza en nuestro interior es hija de la mezcla.

Los días que siguieron a su liberación transcurrieron con lentitud. Se comunicaba a diario con Ari. A veces se encontraban en el Kan Zaman, el restaurante del Jerusalem Hotel. Ari lo alentó a moverse en la ciudad, a perderle el miedo. También le enseñó a jugar al backgammon en el Jaber Coffee Shop, mientras fumaban un narguile con gusto a manzana.

Cuando disponía del auto de la embajada lo sacaba a dar vueltas. Armaba cigarrillos de *hash* mientras controlaba el volante con las piernas, un talento peculiar. Una vez lo llevó al mercado de Makhane Yehuda. Mirasen para donde mirasen, todo lo que veían eran judíos ortodoxos.

Parece una película, dijo Ari. *La invasión de los judíos del espacio exterior. O Los usurpadores de yarmulkes.*

Ante la ausencia de novedades hablaban de bueyes perdidos. Así se enteró de que Ari estaba casado con una americana, que había flipado cuando se instalaron en Israel.

She's trying to out-Jew the Jews, dijo, porque estaba pensando en su mujer y porque la idea quedaba mejor expresada en inglés. Traducida perdía algo de gracia: *Se volvió más observante que la mierda*. Lo suyo, agregó Ari, era el judaísmo pluscuamperfecto.

Las conversaciones se parecían cada vez más a las que entablan los amigos, incluyendo la exhortación final. Ari suplicaba que no se metiese en problemas. Ulises prometía comportarse, cosa que hacía a medias.

En ausencia de Ari enseñaba la foto a cuanta persona se viese obligada a hablarle. En los bares, en la farmacia donde compró polvo cicatrizante.

Durante el día vigilaba las casas de otros Goldman (Bela, Louis, Yuri) en la esperanza de cruzarse con Gaby y los chicos cuando llegasen, o saliesen, del lugar. Como no quería que volviesen a denunciarlo por fisgonear, iba y venía mil veces por la misma cuadra. La clave era mantenerse en movimiento.

Se le despellejaron los pies en cuestión de horas. Ya no podía posponerlo más, subió a un taxi rumbo al *mall* y compró un par de medias.

La primera vez que visitó el *shopping* de Central Station encontró un tumulto. La gente formaba fila ante un guardia de seguridad. La mayoría portaba un arma, que entregaba a cambio de un recibo. Ari lo había informado sobre esta práctica, así que no se sorprendió. Pero el espectáculo de la anciana esgrimiendo una Glock lo impresionó igual. Recogería el arsenal a la salida, después del té con *rugelach*.

Cuando llegó su turno, el guardia cambió de idioma para interpellarlo. *Good morning, sir. Do you carry a gun on you?* Lo había catalogado como extranjero aun antes de que abriese la boca, era un ojo entrenado.

Ulises abrió las solapas de su chaqueta. No llevaba debajo más que su camisa

transpirada.

El correr de los días ablandó su corazón. Todavía quería odiar a la ciudad, pero ya no lograba hacerlo de manera convincente.

Vagaba entre vendedores que ofrecían aceitunas y chicles Wrigley, remeras de Pokemon y *keffiyehs*, dulces que se convertían en almíbar al calor de la boca.

Al cansarse recalaba en el Hospicio Austríaco. La cafetería era un oasis. Allí estaba a salvo del bullicio de las calles, siempre había una brisa serpeando entre los árboles. Bebía un té mientras adivinaba los titulares de los diarios. El mundo que existía más allá del alcance de sus brazos se había vuelto difuso, no lograba convencerse de su importancia. Hasta las fotos de la Sección Internacional parecían desplazadas de Espectáculos. Le transmitían el aire afectado de la pantomima.

Terminó entendiéndose con un gato atigrado que rondaba el jardín a todas horas. Presionaba por un bocado con agresividad insólita. A Alicia le habría encantado, pensaba. Los camareros aseguraban que no habían visto nunca a la niña, juzgando a partir de la foto que portaba en lugar de un arma.

Le gustaba andar de noche, cuando los negocios habían cerrado y los tenderos levantaban sus puestos. La gente se encerraba a ver televisión. Había antenas coronando cada techo, brotaban hongos satelitales en los aleros. A excepción de ese detalle, y de los carteles de publicidad, la Ciudad Vieja seguía siendo un calco de lo que siempre fue.

Hojeando un libro descubrió cuán poco había cambiado. Le llamó la atención una foto de los años treinta: los soldados británicos palpaban a los árabes en busca de armas, en la Puerta de Jaffa. Lo mismo que hacían ahora los soldados israelíes en Damasco.

La Ciudad Vieja no era lo único que se negaba a cambiar.

6

Se le ocurrió hacer algo drástico para sustraerse a la nueva rutina.

Una tarde de holganza (Yuri Goldman salió de vacaciones en una *van* cargada hasta el techo; Ari pidió que no lo llamase antes de la noche), buscó un taxi con rosario en el espejo y placas amarillas. Los choferes palestinos con esa identificación tenían permiso de trabajo en Jerusalén pero podían aventurarse en otras áreas, donde a menudo vivían. Beit Jala, por ejemplo. O Beit Sahour.

Se dejó caer en el asiento trasero y le preguntó al hombre de dónde era, con su inglés digno de Tarzán.

Me?, dijo el taxista. Se llamaba Fayeq, según constaba en los documentos del vehículo. La identificación incluía una foto del rostro que lo estaba mirando: bigote fino a lo Errol Flynn, cabello raleado, un lunar en la mejilla con forma de huella digital. *From Ramallah!*

Ulises le pidió que lo llevase allí. Esperaba resistencia pero no la hubo. Fayeq se limitó a pedirle que se quitase sus anteojos oscuros.

El camino estaba bloqueado. Fayeq no se alteró. Enseguida divisó en la calle a un muchachito, lo convocó con gesto ávido. El chico conversaba con el conductor del Volkswagen de adelante. Al ver el llamado respondió con otro gesto, Fayeq y el mocoso dominaban la misma taquigrafía.

Military blockade. All roads, closed!, dijo Fayeq, proveyéndolo de explicación innecesaria. *But we'll get through, don't worry!*

Seguía observándolo en el espejo retrovisor. Tuvo que combatir su impulso de volver a colocarse las gafas.

French?

Ulises dijo que no.

Italiano!

El chico abordó a Fayeq en ese instante. Sus indicaciones fueron breves, el taxi giró en U y retomó el camino. Ulises no tardó en divisar al Volkswagen conocido. Era evidente que habían utilizado los oficios del mismo consultor.

Se sorprendió cuando el Volkswagen salió de la ruta, remontando una loma sin trazas de camino alguno; pero se sorprendió más cuando Fayeq replicó la maniobra. Avanzaban a campo traviesa. Levantando polvareda, mordiendo piedras que salían disparadas en todas direcciones. Ulises miró a través de la luneta trasera. Otros autos rodaban sobre sus huellas, una caravana improvisada.

Fayeq conducía con toda naturalidad, tarareando la canción de Whitney Houston que emitía la radio del Mercedes.

Tardaron unos diez minutos en salir a una ruta asfaltada.

Ah, Ramallah!, dijo Fayeq, con orgullo de nativo.

Ulises pensó que visitaba un pueblo fantasma.

Vio un estadio de fútbol cubierto de agua. El espacio del campo se había convertido en un lago artificial.

El taxista insistía con las preguntas. Ante la confesión de su argentinidad reaccionó con gozo. Hablaba algo de español, había vivido en Chile trabajando para un primo. Quiso saber si era *jornalista*. Ulises se tomó un instante para pensar qué respondería. Terminó diciendo lo más simple, había viajado a buscar a sus hijos.

Fayeq movió el dial hasta que dio con una canción en español.

Si me dejas no vale. Fucking Julio Iglesias.

Mientras paseaban por Ramallah se le ocurrió que era lógico que los palestinos arrojasen piedras. Eran la única cosa que allí abundaba.

La ciudad entera estaba en ruinas.

Fayeq quiso mostrarle un barrio residencial. *Casas lindas, many, molto!*

La ruta estaba flanqueada por casas de dos plantas. Le explicó que esos chalets habían sido bombardeados el día anterior. Pensó que Fayeq deliraba, las casas seguían allí, incólumes. Pronto descubriría la marca encima de las ventanas: un triángulo negro que revelaba la acción de las llamas.

Le preguntó si podían detenerse.

Fayeq lo acompañó. La puerta de uno de los chalets estaba abierta.

El interior de la casa era una boca negra. En el techo de lo que debió haber sido el comedor había un ventilador. Sus aspas de hierro se habían derretido a causa de la explosión, una flor marchita.

A través del hueco en la pared se veía el puesto militar. Un tanque hacía maniobras al otro lado de las vallas, con la torpeza de un cascarudo.

Fayeq recurrió a varios idiomas para explicar algo que Ulises entendió así: los soldados telefoneaban para dar el ultimátum, le avisaban a la familia que faltaba poco para el bombardeo y que si no se iban, morirían.

Ulises entró en una habitación pequeña. El interior había sido pasto de las llamas. Lo único que quedaba de la cama era un elástico de metal. Vio restos de juguetes desparramados por el suelo, el chasis de un automóvil, piezas de un Meccano.

La valija de cuero estaba chamuscada pero entera. Levantó la tapa.

Zapatos de niño. Más de veinte pares, resecos y retorcidos por el calor.

Le pidió a Fayeq que lo sacase de allí.

Esa misma noche en Tel Aviv, mientras viajaba en ómnibus rumbo a la cita con Ari (la excursión a Ramallah había arrasado con el dinero destinado a extras), se le cruzó que no volvería a ver a sus hijos. No confiaba en el gobierno israelí, tampoco estaba seguro de que Ari fuese el mejor tábano. En su condición de doble agente, privilegiaría la relación entre ambos Estados.

De no mediar un dato milagroso se vería obligado a abandonar la búsqueda. O a encontrar un trabajo que le permitiese prolongar su estadía. La visa de turista sólo le concedía tres meses de gracia.

Tocó el bolsillo de su pecho para darse ánimo, guardaba allí la foto de Tadeo y Alicia y el papel donde Fayeq tradujo el mensaje que le había dictado.

Mis hijos son argentinos, los extravié en este país, ayúdeme a buscarlos. ¿Los reconoce?

Debajo de la inscripción en árabe había escrito la transcripción fonética, para repetirla cuando peregrinase por barrios musulmanes.

Todavía recordaba la última, desastrosa visita a sus suegros, antes de emprender el viaje. Sara trató de impedirle el paso. Cuando quiso darse cuenta ya estaba adentro, había empujado la puerta con Sara y todo. Su suegro amenazó con llamar a la policía. Sostuvo por enésima vez que no tenían derecho a apartarlo de sus hijos, pero no lo oyeron. Para colmo Sara dijo: ¿Viste que Gaby tenía razón? ¡Es violento, no lo dejes que nos mata!

No tuvo más remedio que irse. Si lo denunciaban se iba a meter en problemas, la mancha jugaría en contra de su reclamo judicial. Ya se imaginaba el testimonio de los viejos, jurando que los niños estaban más seguros en Israel, a prudente distancia de un padre semejante.

¿Qué clase de vida llevarían allí, donde hasta las ancianas estaban armadas? Viajar en ómnibus era traumático, un terrorista podía volarlo por los aires en cualquier momento. Aun cuando llegara a destino, el hecho de moverse en compañía de tantos soldados (su ómnibus estaba lleno de chicos con metralletas, la mitad del pasaje) le parecía insano.

Los soldaditos habían empezado a mirarlo de reojo y a cuchichear. Al principio creyó que observaban a alguien más pero no era así, lo miraban a él. Detrás había más soldados y alrededor sólo mujeres, dos señoras y una chica que le recordaba a la Venexiana Stevenson que acosa al Corto Maltés en la historieta de Pratt. Pensó que sus propios rasgos llamaban la atención. Ulises era moreno, Fayeq le había dicho que podía pasar por palestino de no ser porque usaba ropa de marca.

La angustia había pintado anillos en torno a sus ojos. Para peor tenía calor, no se acostumbraba al clima de octubre. Las cejas no frenaban el sudor que caía desde su frente, obligándolo a parpadear como loco.

Uno de los soldados le dijo algo que sonaba agresivo.

No te entiendo, hermano. *Not understand.*

El soldadito levantó la voz, lo increpaba en hebreo.

No soy de acá, dijo Ulises y metió la mano dentro del saco en busca del pasaporte.

Le saltaron encima como fieras.

Algunos soldados lo agarraron desde atrás, otros lo amenazaban con sus puños y todos gritaban a la vez: las mujeres, los soldados y el conductor. Se le ocurrió que no lo mataban tan sólo porque era difícil, el ómnibus lleno de gente les impedía maniobrar sus armas.

Aun cuando comprobaron que no tenía explosivos, lo trataron con furia. Salpicado por los escupitajos de cada grito.

Si Venexiana no hubiese intervenido en su favor, ni siquiera lo habrían dejado bajar del vehículo.

Capítulo siete Irit (III)

1

Le bastó un vistazo para convencerse de que el hombre no era un terrorista. El comentario del soldado la había asustado. Preguntó en voz alta si ese «cabeza de toalla» no cargaría explosivos.

Irit se tranquilizó al ver al acusado. Durante un instante creyó que lo conocía, que lo había visto en alguna parte. El hombre ni siquiera era palestino, tenía un aplomo propio de Occidente. Lo único explícito era su sufrimiento, lo leía en el rostro desencajado y cubierto de sudor. Irit pensó que lo mortificaban los comentarios. El soldadito lo increpaba, decía que no le tenía miedo, que accionase el detonador. Con esos dichos soliviantó a los demás militares. Algunos le recriminaban su inconsciencia pero la mayoría se plegó al reclamo. Le decían al hombre que alzase los brazos sin hacer movimientos bruscos.

El hombre se defendió en otro idioma, uno que ni siquiera era árabe. Después dijo *not understand*, una frase sin sujeto que transparentaba un precario dominio del inglés.

El soldadito y su compañero se movieron. Ya no lo amenazaban tan sólo con palabras, avivaban el fuego con sus cuerpos.

Cuando el hombre metió la mano en su chaqueta se desató el infierno. Todos se le fueron encima. Hasta las mujeres que lo rodeaban: lo agredían con sus uñas. Creyó que la lincharían a ella también, pero los agudos de su voz la ayudaron a imponerse. Ese hombre era europeo, dijo. Debía tratarse de un turista griego, estaban a punto de producir un incidente diplomático. Los soldados ya lo habían inmovilizado y palpado su cuerpo sin encontrar otra cosa que sudor.

Irit aprovechó la vacilación para hurgar en el bolsillo del prisionero. Sacó una libreta azul, su portada decía *Mercosur, República Argentina, Pasaporte*. La levantó para mostrarla, repitiendo las palabras fundamentales. Pasaporte. Argentina. Pasaporte. La foto de la página tres se correspondía, en efecto, con el rostro de la víctima.

El conductor del ómnibus, que había clavado los frenos, abrió entonces las puertas. El hombre bajó de un salto a la calle.

El vehículo había arrancado cuando Irit comprendió que el pasaporte continuaba en sus manos. Pudo haberlo arrojado, pero un impulso la movió a saltar. Necesitaba enseñarle a ese extranjero que no todos se comportaban como una turba.

El hombre se había sentado en el cordón de la vereda. En estado de shock.

Irit le devolvió el pasaporte. En vez de recogerlo, el hombre la miró.

Ella pidió disculpas, la gente estaba más nerviosa que nunca.

El hombre produjo un gesto complejo: se encogió de hombros a la vez que alzaba

una mano, que desplegó como un abanico; al mismo tiempo sacudía la cabeza, insinuando una negación.

De alguna manera Irit comprendió, el hombre insistía en su incapacidad de entender el idioma.

Ella abrió el pasaporte y leyó el nombre de pila: *Ulises*.

El hombre asintió, ése era él.

Ella apoyó la mano en su propio pecho y dijo: *Irit*.

Él repitió su nombre. Irit volvió a ofrecerle su documento.

Mientras lo guardaba en el bolsillo, Ulises dijo algo que Irit no entendió. Ella imitó el gesto de los hombros y la mano en abanico sin siquiera pensarlo; se había transformado en un código internacional para manifestar desconcierto.

Thank you, dijo entonces Ulises.

La calle estaba vacía. Les convenía moverse, conseguirían taxis en la avenida.

Caminaron con paso lento. Habían andado un par de cuadras cuando Ulises consultó su reloj. Irit preguntó si estaba apurado, después dijo: *Go! Go!* Movía la mano cortando el aire como si fuese la quilla de un barco, quería liberarlo de la obligación de acompañarla. Pero Ulises le dijo que no, suscribía la negativa con todo su cuerpo. Al final encontró una frase que, aunque maltrecha, le servía para insistir: *We walk!*

Tardaron diez minutos en llegar a la avenida.

No había taxis a la vista. Ulises volvió a mirar su reloj, Irit se sintió mortificada, le decía: *Sorry, sorry!*

Cuando le dio vuelta la cara pensó que lo había ofendido pero no, Ulises miraba hacia la esquina, convocado por las luces del café que quedaba en diagonal. Empezó a decir: *Coffee thank you, coffee thank you!*, excitadísimo por su elocuencia.

Pero aunque entendía *coffee* y entendía *thank you*, Irit no decodificó la adición de los términos. La combinación de esas moléculas no producía un significado que pudiese comprender. Al percibir su desconcierto, Ulises se tocó el pecho y después hizo el gesto de pagar, golpeando con un puño sobre la palma abierta. Irit seguía perdida. Ulises insistió: sacó unos billetes de su bolsillo y señaló el café.

Irit trató de negarse, Ulises debía llegar a alguna parte y no quería demorarlo más. *Please*.

A fin de cuentas no tenía nada que perder. Nadie la esperaba en casa más allá del contestador, con el inexorable mensaje de su madre.

OK.

Ulises se lanzó a la calle, satisfecho.

Si Irit no lo hubiese frenado a tiempo lo habría arrollado un auto. Venía a ciento cuarenta por la avenida.

2

Estaban sentados frente a frente, café de por medio. Ulises la miraba como si fuese un objeto de colección. La atención de sus ojos oscuros la perturbaba, no estaba habituada a concitar tanto interés. De repente dijo algo que ella no entendió, pero entre sus frases oyó un nombre: Venexiana Stevenson. Le preguntó quién era. Ulises se embarcó en una larga explicación, sus manos esculpían el aire. Irit estaba tan perdida que soltó una carcajada. Ulises bajó los brazos, renunciaba a seguir intentándolo.

Se reían los dos juntos.

El trueno de un automóvil les recordó el peligro. Irit le sugirió que tuviese cuidado, la gente estaba conduciendo como loca. Con las cosas que ocurrían a diario desde la provocación de Sharon, muchos debían creer que morir en un accidente era deseable. Algo parecido a una muerte natural.

Ulises le enseñó una foto, el retrato de dos niños. El varón se llamaba Tadeo y tenía cinco años (una mano entera), en cambio Alicia, la niña, era bastante más pequeña. (Valía apenas dos dedos.) Irit asumió que eran sus hijos, Ulises y el crío eran dos gotas de agua, fue todo lo que descifró de la explicación. Algo en el talante de Ulises le insinuó que los niños también se emparentaban con su dolor, ese padecimiento que le había resultado manifiesto apenas lo vio, en el ómnibus repleto de soldados.

¿Habrían muerto? Irit sintió miedo de pedir precisiones. Ulises no llevaba anillo pero su dedo conservaba una marca blanca, había tenido uno hasta no hacía mucho. Quizá fuese viudo y su familia entera hubiese muerto en un accidente. La madre iba al volante, por eso la había desterrado de la foto y de su dedo. Ella era la culpable de habérselos quitado, no merecía ni el recuerdo. La cabeza de Irit iba rápida como un auto por la avenida, llenando con su imaginación los vacíos del lenguaje.

Le dijo que sus hijos eran muy bonitos.

Irit no llevaba foto alguna entre sus cosas. Amaba a sus padres y a sus amigos, había amado también a gente que la había dejado o que había muerto, pero no sentía que un retrato ayudase a hacerlos más presentes de lo que ya estaban. Tenía espacio sobrado en su corazón para todos ellos, vivían a sus anchas en esa catedral.

Deslizó un dedo sobre el borde cortado de la foto, deteniéndose en cada risco. Aspereza de pedernal, la chispa no se hizo esperar. Le preguntó si era viudo. Lo suyo era pura desvergüenza, Ulises la miraba sin saber qué decir.

Dejó caer sus dedos sobre la mano izquierda de Ulises, una lluvia breve. Le dijo que lo lamentaba, debía ser difícil criar hijos en soledad.

Ulises miró hacia abajo, confirmando que el contacto era real.

Irit sintió vergüenza, retiró su mano de inmediato.

Qué me ocurre, preguntó en voz alta. Debes creer que estoy loca, que voy por la

vida tocando a cuanto hombre encuentro. Ésa no soy yo, juro que soy distinta, mis amigas dicen que soy una momia. No me gusta ir a bailar, no he estado con nadie desde hace años, mi última pareja era un soldado, un profesional, *fight*. Aquí la gente colecciona razones para morir. Yo no logro hacerlo, las busco pero no las encuentro. Sólo encuentro razones para vivir.

El café había quedado a cargo de una camarera y de un chico de la limpieza. Insinuaban la proximidad del cierre dando vuelta a las sillas sobre las mesas. Irit reclamó la cuenta y se puso a pensar qué haría con Ulises. Las posibilidades de conseguir un taxi a esa hora eran más escasas a cada minuto. Probó suerte con la camarera, que se excusó: había un listado telefónico pero el patrón lo dejaba guardado bajo llave.

Al ver la cuenta, Ulises le ofreció a Irit un manojito de billetes. Ella quiso decirle que no era necesario, pero Ulises insistió —aunque no descifraba las palabras, su tono era imperativo.

Irit escogió un billete, como quien elige una carta del mazo de barajas.

3

Una vez afuera preguntó *where are you staying*.

Ulises frunció el ceño.

Where do you sleep. Irit juntó las palmas de ambas manos y las pegó a su mejilla.
Do you have a house, are you sleeping at a hotel?

Ulises señaló en la dirección por la que habían venido caminando y dijo: *Hotel*.

Después abrió la mano para sacudirla arriba y abajo, le indicaba una distancia que selló con una palabra que ella entendería: Jerusalén.

Irit chasqueó la lengua. La situación era más complicada de lo que había pensado, el hotel de Ulises estaba a muchos kilómetros de allí. Desplegó un gesto hacia la avenida vacía y dijo: *See? No taxis, no buses!*

Ulises contempló el desierto, aseverando; Irit tenía razón. Pero en vez de manifestar preocupación le sonrió. Volvió a hablarle en español, era obvio que estaba diciendo algo que le causaba gracia.

A modo de despedida, Ulises le besó la mano.

Se dio media vuelta y bajó a la calle. Miró primero a un lado y después al otro, estremando precauciones.

Ella lo llamó sin siquiera pensarlo. Cuando se volteó para verla le dijo: *My house!*

A continuación le ofreció su mano abierta.

Capítulo ocho Ulises (V)

1

Cuando Irit sacó su llavero, descubrió que no lo había conducido a una casa sino a un local. No pudo determinar qué se vendía allí, el lugar no tenía carteles a la vista. El frente estaba protegido por una cortina de rejas. Detrás había una vidriera doble, pintada de negro. Irit quitó el candado y recurrió a una segunda llave para abrir la puerta desmontable. El llavero aún guardaba una pieza más, que Irit empleó en la puerta de vidrio. Le indicó a Ulises que entrase mientras volvía a asegurar la reja.

Ulises entendió que la vidriera no estaba pintada de negro sino de azul, con guardas de colores (parecían ondas, el asunto tenía un tufillo marítimo) y figuras geométricas. La luz que se colaba desde la calle encendía los tintes del cristal. La composición le inspiró una sensación de familiaridad. ¿Sería copia de algún cuadro famoso, esos pintores modernos que nunca se comprenden del todo: Klee, Pollock? Recordó lo que había estado pensando cuando Irit anunció la llegada: tenía la sensación de haber visitado esa calle, al volver de la embajada o en sus vagabundeos por Jaffa.

Seguía fastidiado con Ari. Ya había terminado el café con Irit cuando recibió un mensaje. Ari le decía *sorry, demorado, ya llego*. Si Ulises se hubiese presentado a tiempo, habría esperado a su amigo más de una hora. Apagó su teléfono mientras Irit reclamaba la cuenta. La idea de que Ari se asustase por su desaparición le producía regocijo.

Cuando ella le hizo notar que no había taxis en la avenida, le dijo que no se preocupase. En el peor de los casos llamaría a un amigo. Nada lo divertía más que la perspectiva de molestar a Ari a esas horas.

El interior del local era caótico. Parecía haber recibido la visita de un huracán. Vio trastos robados de un desarmadero de autos, chapas de zinc y de aluminio, planchas de cartón y herramientas retorcidas. Vio rollos de tela llenos de polvo, papiros rescatados de la bodega del tiempo. Vio un atril desnudo y una maqueta perforada por púas: un edificio-puercoespín. Vio otras formas sólidas que le sugirieron la noción de una escultura, y pinturas apoyadas contra la pared, y un biombo chino. El suelo estaba tapizado por dibujos con forma de arco iris. Al verlos desparramados pensó en una diana rota.

La lámpara que pendía del techo se había quemado. Irit encendió un velador que estaba en el piso. Su pantalla tenía salpicaduras de acrílico, proyectaba una luz llena de vetas, de nubes, de motas.

Ella se irguió mientras desandaba vueltas del *foulard*. Todos los movimientos de Irit eran lánguidos y elegantes. Igual que los de Venexiana, pensó Ulises no sin sorpresa, dado que Venexiana no podía moverse. Venexiana era un dibujo, un

personaje de historieta. En todo caso Irit se movía del modo en que Ulises imaginaba moverse a Venexiana. ¿Será por eso que nos equivocamos tanto: porque atribuimos a las cosas y a la gente propiedades que no tienen, porque consagramos ciudades a dioses que no las fundaron?

Irit también se parecía a Venexiana en sus rasgos: el pelo corto que arrancaba de un pico en mitad de la frente, la nariz semítica, la delgadez llevada al extremo. Se preguntó si debería cuidarse de ella, Venexiana amaba al Corto Maltés pero lo traicionaba para sacar beneficio.

Lo invitó a ir más allá de la barrera del biombo chino. Atrás estaba el colchón sobre el que dormía, las sábanas seguían arrugadas. No había más muebles que un armario lleno y una silla también cargada de ropa.

Había desaparecido por la puerta del fondo pero reapareció al instante. Dijo algo mientras le enseñaba una lata, Ulises entendió que le ofrecía té. Allí lo preparaban con azúcar y hojas de menta fresca, *nane*: una infusión que era puro perfume.

Mientras Irit se afanaba en la cocina, recogió uno de los dibujos del suelo. En la penumbra lo confundió con un arco iris pero ahora veía que era otra cosa. Una suerte de guarda, gente semidesnuda que luchaba a brazo partido para llegar a la parte superior de la curva, su porción más luminosa: como un bajorrelieve pero dibujado.

Old, dijo Irit al regresar con las tazas.

Le entregó la suya y con la mano libre tumbó la ropa que ocupaba la silla. Después se dejó caer encima del colchón, cediéndole la posesión del asiento.

Ulises le hizo saber que el dibujo le gustaba. Irit respondió con un gesto que pareció altivo, pero Ulises relativizó su propia sensación: la gente elegante como Irit viene mal equipada para expresar modestia.

Irit se mostró intrigada, la sonrisa de Ulises la llenaba de curiosidad.

Me pregunto quién sos, dijo Ulises. Una mujer que pone la cara por un desconocido, que le hace el aguante, que lo mete dentro de su casa... o lo que sea este lugar: estudio, negocio... ¿No tenés miedo? ¿No me tenés miedo? Yo podría ser peligroso. Soy peligroso. Todo lo que amo se descoyunta, todo lo que toco se desmorona. ¿Cómo puede alguien no sentir miedo, viviendo en este lugar? Estoy más asustado yo que vos, seguro. Te veo tan abierta, tan disponible, tan... *acá*, que temo que tu corazón me asesine.

Irit lo oía en silencio, como si entendiese cada una de sus palabras.

No sé qué va a ser de mí, siguió Ulises. No sé si voy a encontrar a mis hijos, y tampoco sé qué voy a hacer si los encuentro. ¿Pelear con la madre para llevármelos a casa? ¿Pactar algún acuerdo de mierda, que me permita verlos una vez al año? ¿O quedarme acá, donde no soy nadie... o peor aún, donde soy la viva imagen del enemigo? Si Boris me preguntase otra vez quién soy, no sabría qué decirle. ¿Qué ves vos en mí? ¿Quién soy yo para vos? Típica suerte, la mía. La única persona que me escucha es una que no me entiende.

Cuando Irit le puso la mano encima, descubrió que había estado moviendo la

rodilla de manera espasmódica. Irit hervía, quizá por el contacto con la taza. Entonces dejó de moverse. Durante un instante creyó que Irit retiraría la mano, después de haberle impuesto la quietud. Pero siguió allí.

Ulises agarró la delgada mano y se la llevó a los labios.

Los dedos de Irit sabían a menta.

Capítulo nueve Irit / Ulises

1

Esa primera noche durmieron vestidos.

Ulises despertó alucinando. Todavía experimentaba el asombro que lo había acompañado a la cama. El contacto con un cuerpo vestido podía ser tan intenso como el sexo.

Irit canturreaba en la cocina. Preparaba tostadas mientras ponía a prueba la memoria de su piel, que retenía los roces de la noche. Sentía el calor de Ulises sobre su costado, un invisible hermano siamés.

La incapacidad de entenderse con palabras había magnificado cada gesto, asumiendo el poder del lenguaje. Irit se sentía capaz de tabular los valores de esa conversión. Una mirada era el equivalente de cien frases. Un movimiento funcionaba como poema. El contacto con su mano era un manifiesto, concebido para fogonear revoluciones.

Desayunaron en silencio. Hacían malabares con los utensilios, que manejaban a ciegas: no distraerían sus ojos de la ocupación de verse. Parecían voraces pero sólo sentían hambre de los gestos ajenos, descubiertos por vez primera bajo la luz del día.

Ella le hizo entender que debía ir a trabajar, le preguntó por su hotel.

Ulises le enseñó la tarjeta del New Metropole. Irit anotó el teléfono y después le cedió el bolígrafo y el papel. Ulises registró allí el número de su móvil. A continuación Irit garabateó el teléfono del local en otro papel, podía ubicarla allí o dejarle mensajes. Ulises preguntó con señas si no tenía un móvil como el suyo. Irit negó con vehemencia, detestaba esos aparatos.

Él le cedió el primer taxi. Se besaron en la calle, mientras el chofer soportaba bocinazos por frenar en doble fila; concebía su pasividad como defensa de los amantes, una rara oportunidad de sentirse heroico.

Ella siguió viéndolo a través de la ventanilla, hasta que ya no lo vio más. La imagen de Ulises en la vereda, recortado contra la cristalería del local, se grabó en su mente.

Por primera vez en mucho tiempo una obra suya estaba completa.

Todavía no había llegado al instituto cuando comenzó a sonar *Ne me quitte pas*. Le pidió al taxista que subiese el volumen. Irit adoraba a Jacques Brel, por belga pero ante todo por poeta. Lo consideraba un gigante del lenguaje. Ciertos versos de la canción, que conocía de memoria, le inspiraron una sonrisa que el taxista atrapó en el espejo: «*Je t’inventerai / des mots insensés / que tu comprendras*». Son los mismos versos que abren este libro: «Yo te inventaré / palabras insensatas / que comprenderás».

A la luz del romance silente le parecieron apropiados. No demorarían en acuñar palabras propias, a partir de significados consentidos. Palabras-molécula para construir la materia de su lengua privada.

La canción se quedó dando vueltas en su cabeza. Esa misma tarde se lo confesaría a Nina, que desestimó de inmediato el rol de Brel en el relato. (Nina no cree en sortilegios.)

Lo que Irit no previó es que la canción la asolaría en otro sentido, que empezó a influirla apenas sonó en la radio. Como ella bien sabía (lo sabía tan bien que se dio el lujo de pasar por alto el significado), *ne me quitte pas* significa «no me abandones».

La canción es un reclamo desgarrador. El amante le suplica a la amada que no lo deje, le promete el Cielo y la Tierra. Al comprobar que el pedido no surte efecto (la amante permanece muda, más allá de los confines de la canción), termina jurándole que de ser necesario dejará de existir: se anulará a sí mismo con tal de que se le conceda la gracia de seguir a su lado. «Déjame convertirme / en la sombra de tu sombra, / en la sombra de tu mano, / en la sombra de tu perro. / (Pero) No me abandones.»

Dado que conocía bien la canción, Irit no podía ignorar su peso, aunque de momento lo relegase al fondo de su mente. Ella creía en las palabras como creemos todos, la más popular de las religiones. No se habría sustraído al influjo de la canción aunque hubiese querido. Nadie niega en un instante un poder al que se ha sometido la vida entera.

Dejó que la canción entrase en su alma porque sonó en el momento exacto. Sentada en el taxi, mientras se abandonaba a la caricia que soplaba a través de la ventanilla, hizo suya la intensidad del amor que describía. Pero al abrazarla se obligó a hacerse cargo de la totalidad de su sentido. No podemos abrazar algo o a alguien en parte. La física nos condena a hacernos cargo del todo, no hay luz sin sombras, no podemos oír sin vibrar.

Ahora avanza por el pasillo en dirección a su oficina, canturreando los versos que quiere oír: *Je t’inventerai...* Lo hace para acallar la otra voz que le suena dentro, su *daimon* recita la súplica del estribillo, le recuerda que hay que cuidarse de las canciones que adoptamos como propias porque pueden adquirir valor profético.

Las palabras no sólo expresan lo que es. También definen lo que será.

3

Apenas Ulises pisó el Metropole, el conserje salió a su encuentro.

Agitaba un papel, el aviso de un restaurante con servicio de *delivery*. En sus márgenes, escritos con trazos que podía atribuir a diversas manos, figuraban los mensajes telefónicos que venía recibiendo sin parar. Todos habían sido originados por la misma persona, que demandaba respuesta inmediata.

Ulises encendió su teléfono móvil. Al instante sonaron campanillas en serie. Tenía dieciocho llamadas perdidas y seis mensajes de voz.

Se tomó su tiempo para responder, estaba disfrutando de la situación. Subió a la habitación, colgó su chaqueta, llenó el lavatorio de agua. Después marcó el número de Ari y se abocó al lavado de sus medias.

Ari atendió de inmediato.

Decime que estás bien. Anoche me clavaste, llamé al móvil, ¡llamé mil veces a tu hotel!

Ulises estaba de buen humor y se permitió la broma.

Me secuestró un comando sionista.

Oíme, boludo, ¿cuántas veces tengo que decir que con estas cosas no se jode, acá?

Ulises soltó una carcajada, con tanta mala suerte que el teléfono se zafó de la pinza entre el hombro y su oreja.

Cayó al agua jabonosa con un *plop*.

Nina se dio cuenta apenas la vio.

Zorra ingrata. Has estado revolcándote por ahí, y yo ni enterada.

Irit intentó desmentirlo pero Nina no estaba dispuesta a creerle. En un momento le agarró el labio inferior como si fuese un caballo.

Te han frotado el morro hasta dejarte roja, ¡lo tienes hinchado!

Ya no pudo mentir. Se llevó la mano a la boca (Nina estaba en lo cierto, sentía sus labios como si fuesen de otra) y dijo.

Creo que anoche di más besos que en mi vida entera.

Nina soltó un grito de alegría. Al instante asomó el subdirector para recordar que las esperaban.

Durante la reunión Nina siguió interrogándola, anotaba preguntas en papelitos que le pasaba con disimulo. Como Irit se negó a responder, escaló su ofensiva. Al final de la hora los papeles no incluían preguntas, tan sólo dibujos obscenos.

Irit toleró la jornada a duras penas. Todavía no había acabado con sus tareas cuando decidió probar suerte por teléfono. Ni siquiera estaba segura de qué le diría, o de cómo se entenderían.

Ulises no respondió en el móvil. Se comunicó entonces con el New Metropole. El encargado dijo no haber visto a su único huésped desde la mañana, *mister Yulisis* dejó su habitación a eso de las once, todavía no ha regresado. Las llaves seguían colgando allí, en el casillero que tenía a sus espaldas.

Salió a la calle sintiendo una vaga inquietud.

Al llegar al local el recuerdo de Ulises disipó esos nubarrones. Su perfume aún flotaba en el aire, dormía en el hueco de su almohada.

Poco después se puso a dibujar. Trataba de reproducir las facciones de Ulises, lo logró a medias la primera vez pero siguió intentándolo. Al cabo de una hora había dibujado docenas de pseudo-Ulises, distribuidos en arco sobre la diagonal de la hoja. Estaba tan entusiasmada que eligió no responder el llamado de Lilly, cuya voz registró mientras dejaba el mensaje de rigor. Su madre le recordaba el cumpleaños de un primo al que más le valía saludar y de paso preguntaba si había ido al médico. Recién entonces cayó en la cuenta: no había revisado el contestador a su regreso.

Lo primero que sintió al reconocer la voz de Ulises fue felicidad. No entendió qué decía pero no necesitaba más: la alegría de Ulises era evidente en la música de sus palabras. Por eso el corte de la explosión resultaba tan brusco. Ulises hablaba con voz amodorrada y dulce, de repente se oía una explosión descomunal, después se hacía el silencio. Al cabo de unos segundos empezaban los gritos que provenían de distintas gargantas, hasta que el tono de ocupado les ponía fin.

Volvió a escuchar el mensaje. ¿A qué hora habría llamado Ulises y desde dónde? Irit marcó su móvil mil veces. ¿Sería por eso que no respondía: a causa de la

explosión que lo había interrumpido?

Su madre le confirmó que un terrorista se había inmolado en una pizzería de King George y Jaffa. Muchas víctimas, un estallido al mediodía, el lugar estaba lleno de gente.

Irit le cortó sin dar explicaciones. Era la primera vez que se maldecía por no tener un televisor.

Se metió en un cibercafé. Un portal de noticias le proporcionó el lugar de la explosión (Jerusalén, la sucursal de una cadena llamada Sbarro's) y un número de muertos y heridos.

Atinó a subirse a un taxi. Visitar el epicentro del atentado no era una buena idea, pero tampoco podía llamar para preguntar por Ulises. Ni siquiera sabía pronunciar su apellido.

Pronto averiguaría qué hospital se había hecho cargo de la emergencia. Seguramente Hadassah. De ser necesario visitaría a cada herido, y hasta la morgue — si es que permitían el acceso de una persona que no acreditaba parentesco con la víctima.

Esa noche Ulises había sido el primero en dormirse. Lo hizo con la boca entreabierta, sus labios expresaban anhelo aun durante el sueño. Estaban tan cerca que percibía la tibieza que exhalaba. Era dulce y olía a menta.

Le habló en un susurro para no despertarlo. Ulises cerró la boca y volvió a abrirla de inmediato, estaba paladeando sus palabras.

Quién eres, le preguntó. De dónde vienes. En qué crees. Qué pretendes ser. Oh, espera. No me importa un demonio. Estás *aquí*.

La esquina estaba vallada. El lugar desbordaba de soldados, de curiosos, de ortodoxos que desgarraban sus vestiduras ante las cámaras.

Aunque no la dejaron cruzar el cordón, divisó los destrozos de la pizzería. Todo lo que quedaba era un amasijo de hierros, el punto de origen de los escombros que habían salido disparados en todas direcciones.

Lo que le quitó el aliento fue algo que tenía más cerca, a sólo cinco metros del cerco que vedaba el paso.

Un teléfono público tiznado de negro. Estaba descolgado.

El tubo se balanceaba en el extremo del cable, sacudido por un viento que olía a muerto.

Segunda parte La sombra de tu mano

Narval (*Monodon monoceros*) m. Cetáceo de unos 6 metros de largo, de cuerpo grueso, liso, brillante, blanco con vetas pardas por el lomo, con un incisivo que puede llegar a medir cerca de 3 metros.

María Moliner, *Diccionario de uso del español*

Capítulo uno David Kaufman

1

David y Miriam Kaufman llegaron a Tel Aviv en 1964. Su primer apartamento fue un dos ambientes en Ben-Yahuda, donde no cabían ni los petates que arrastraron desde New York. Un año después, cuando David se asoció al estudio de contadores, se mudaron a un sitio sobre Pinsker. Quinto piso con ático y vista al mar, en un edificio publicitado como «la Antena de Tel Aviv». La antena existía, enclavada en la terraza: una espina de hierro trenzado, sujeta por cables que cimbraban al viento.

La casa era un unicornio.

Tenían el balcón más amplio del lugar. Miriam desayunaba allí invierno y verano, disuadida tan sólo por las lluvias. Al influjo de ese aire, las pecas que salpicaban su cuerpo se oscurecieron.

David amaba sus manchas. Atribuía esta pasión a un hobby de su niñez, que su padre abortó antes de que floreciese en vocación. A David lo fascinaban los mapas. Soñaba con ser cartógrafo.

En plena infancia, mientras sus amigos colgaban *pin-ups* o banderines deportivos, consagró la pared de su habitación a otra clase de imágenes. La foto de una tableta hallada en Nuzi, al norte de Irak. Esta reliquia de tiempos de Sargón de Akkad era uno de los mapas más viejos de la historia. Otra foto de su colección mostraba un disco de arcilla: Babilonia rodeada por océanos e islas míticas, el primer mapa del mundo.

Su padre toleró la excentricidad hasta que entendió que iba en serio. Jonah Kaufman era un hombre adusto, que vestía siempre de negro; una torre inclinada. Carraspeaba de manera constante, como si se preparase a decir algo importantísimo que nunca llegaba al trampolín de sus labios.

Trató de disuadir a David apelando al sentido común. Entendía el encanto de ser cartógrafo en un mundo lleno de zonas nebulosas. Conrad lo había expresado en *Heart of Darkness* por boca de Marlow: «Me perdía en las glorias de la exploración. En esa época había muchos espacios en blanco sobre la Tierra». Pero aquéllos ya no eran los tiempos de Conrad. ¿Cuál era la gracia de dedicarse a los mapas en un planeta dibujado hasta el hartazgo?

David respondió con sensatez superior a sus años. Ese pensamiento ignoraba el hecho de que la Tierra nunca deja de cambiar, ni por un instante. No era una esfera de piedra sino un organismo vivo. Y todo lo que está vivo se está transformando ante nuestros ojos, aun cuando parezca tan acabado como una estatua de Miguel Ángel.

Lo que excitaba a David no eran las glorias de la exploración, sino aquellas de la transformación.

Mosqueado, su padre le presentó un ultimátum.

¿Quieres quemar tus ojos sobre diagramas de tierras ajenas? En ese caso hazlo por tus propios medios. Los Kaufman tenemos mejores proyectos para los ahorros destinados a tu universidad.

Fue así que devino contador. Su padre celebró que quemase sus ojos sobre números que simbolizaban dinero ajeno. Ése era el orden del mundo, cuestionarlo hubiese supuesto *hybris* de su parte.

El tiempo le otorgó consuelo en la piel de Miriam.

Le gustaba hacerla enojar, diciéndole que se había dormido desnuda sobre un mapa cuya tinta estaba fresca. Se sentía capaz de dibujar esos contornos aun en su ausencia: el trazado de la costa, sus islas, las aguas que se oscurecen a medida que aumenta la profundidad —más azules cada vez.

2

A poco de inaugurado, el edificio de Pinsker mostró sus mañas. La antena crujía por las noches como si estuviese viva. Los ascensores se descomponían cada dos por tres, el aire salobre se ensañaba con su mecanismo.

A comienzos de los setenta David pensó en mudarse. El abismo que se abría más allá del balcón había empezado a inquietarlo. Pero al fin entendió que no podía irse. Miriam adoraba ese lugar. Se lo había dicho con todas las letras, cuando todavía hablaba.

La cuenta del Delfinario fue una de las primeras que aceptó, en su carácter de socio de la contaduría. Podría haber delegado la tarea en un subalterno, pero Miriam lo conminó a que la asumiese en persona. Se trataba de una excusa para visitar la playa a diario. ¿Cuánto habrían pagado por una oportunidad así cuando vivían entre las fumarolas de Manhattan? Además, el Delfinario estaba ubicado en el número 1 de la calle Kaufman: un signo inapelable.

Miriam iba a buscarlo a las cinco de lunes a jueves, a las tres los viernes. Lo esperaba en una de las salas mientras contemplaba a los cetáceos. Siempre aprendía algo nuevo, que compartía con David durante la caminata de regreso. Que el nombre griego *delphys* significa «matriz». Que los sonidos que emitían eran los más estridentes del mundo submarino. Que en su origen los delfines fueron mamíferos terrestres —la razón por la que regresaron al mar seguía siendo desconocida.

David la escuchaba en silencio (ése es el rol masculino en muchas parejas, escuchar de manera convincente), y de tanto en tanto expresaba su admiración. Se estaba convirtiendo en una experta. Al llegar a casa bebían una cerveza y hacían el amor con las ventanas abiertas.

Fue su última época de gloria. Miriam estaba más bella que nunca. A los treinta y cinco se había despojado de la fragilidad de su juventud, las vitaminas que el doctor Myers inyectó en Manhattan surtieron efecto en Tel Aviv. El rojo escondido en el caoba de su pelo se volvió brillante, su carne adquirió la tensión de una vela al viento. Por aquel entonces se entregaba al sexo con un abandono nuevo.

David estudió el mapa secreto sin hacer preguntas. No quería romper el sortilegio. Era la primera vez en años que Miriam lo abrazaba sin llorar.

Pronto entendió que el cambio no era un signo de sanación. Miriam ya no lloraba por la más simple de las razones: había empezado a ausentarse, a preparar su regreso al mar primigenio.

Cuando les preguntaban por qué habían dejado América, David hablaba de Dallas. La muerte de Kennedy había marcado un límite, su país había sido envuelto por sombras y ellos buscaban luz, un sitio que encarnase la idea de un futuro. La explicación no suscitaba dudas ni controversias. Por aquel entonces, de Jerusalén a Tel Aviv y de Eilat a Netanya, Israel era la utopía.

En 1967 Sharon, Tal y Yoffe invadieron Sinaí.

La guerra no produjo alteraciones en la vida cotidiana. Tan sólo se convirtió en un tópico, se hablaba de ella en todas las reuniones. Era la tonalidad en que las noticias sonaban eufóricas. Pero Miriam pareció registrarla de otro modo, como si su oído percibiese frecuencias que para otros pasaban inadvertidas. Pequeños contratiempos adquirirían dimensión de tragedia en su cabeza. Por ejemplo que Muna, la chica que cocinaba para ellos, regresase a Gaza a cuidar de sus padres. David consiguió una docena de reemplazos que Miriam rechazó. Decía que ninguna era Muna, de la que hablaba en un pasado inalterable.

David sospechaba que Miriam la creía muerta. Que pensaba en Muna como una baja de guerra.

Una vez David se demoró en las oficinas del centro. Cuando llegó al Delfinario, Miriam ya estaba allí. Le explicó que tenía para dos horas de trabajo. Ella dijo que no se preocupase, que lo esperaría.

Durante ese lapso David condujo una investigación que confirmó su temor. Miriam llevaba seis meses haciendo lo mismo. Aparecía al mediodía en el Delfinario, poco después de que David arribaba desde el centro y se encerraba en su oficina. Los guardias se ofrecían a llevarla donde su marido, pero ella decía que no quería molestar. Se sentaba en una de las salas, contemplando los estanques durante horas.

Cuando David quiso hablar del asunto, ella se negó a dar explicaciones. Un par de veces la oyó musitar palabras extrañas. Al principio creyó que rezaba. Terminó entendiendo que recitaba la taxonomía de los delfines. *Delphinus capensis*, *Delphinus delphis*. *Tursiops truncatus*, *Tursiops aduncus*. *Lissodelphis borealis*, *Lissodelphis peronii*.

David se lanzó a hablar para ya no escucharla. Le dijo del bote nuevo de los Feuer, del inminente arreglo de las membranas de la terraza. Lo importante era llenar el vacío que Miriam construía y que de allí en más seguiría construyendo; un domo de silencio.

Al fin la llevó a un psiquiatra. Ella no protestó, como tampoco protestaba cuando le suministraba su medicación. Las píldoras no hicieron más que estabilizar su depresión. Funcionaba a velocidad crucero, sin picos ni valles.

Con el tiempo los delfines se convirtieron en parte de un elenco acuático. El edificio del número 1 de la calle Kaufman se transformó en el Aquarium de Tel Aviv.

David se retiró en 1995. Desde entonces Miriam se contentaba con ver los videos de divulgación que le compraba cada vez que podía, para que no se apartase del todo de los delfines.

Llevaba décadas sin decir palabra.

Esa tarde de abril fue igual a todas. Desde su retiro, David seguía una rutina fija: dormía siesta, salía a caminar un rato, hacía compras. Pasaba por el *delicatessen* de Morty con alguna excusa que olvidaba al enzarzarse en conversación. Cuando llegaba la hora de cerrar Morty le pedía que se quedase, siempre había alguna mercadería que someter a su paladar.

«¿A que no sabes qué está vendiendo Morty en el *delicatessen* más conservador de Tel Aviv?», preguntó aquella vez a su regreso. El sol ya había caído pero el apartamento seguía siendo azul, sus paredes espejaban el resplandor de la TV: Miriam veía documentales sobre el mar, los miraba a toda hora.

«*Halvah*. ¿Qué te parece? Me dio dos porciones por debajo del mostrador, como si estuviese contrabandeando uranio. Morty, el terrorista.»

El silencio no lo sorprendió. Miriam nunca respondía.

Dejó la bolsa sobre el aparador y se quitó la bufanda. Su precaución había sido justificada, Tel Aviv no se había enterado de la llegada de la primavera. Al colgar la prenda percibió un brillo en su mano. La bolsa de papel refulgía de igual forma. David se chupó los dedos. Un fantasma dulce apareció en su cabeza, convocado por el chasquido de su lengua: sabía a harina disuelta en agua, a azúcar impalpable.

«No huelo nada. ¿Qué cocinaste hoy?»

Sus preguntas eran retóricas, no descubriría el menú hasta que se asomase al living. En los últimos años se habían habituado a cenar a oscuras, delante de la TV. Cada uno tenía su propia bandeja, comían comida azul en compañía de orcas y marsopas, medusas y pulpos, mantarrayas y ballenas. De tanto en tanto David decía algo, sabiendo que Miriam no protestaría. A esa altura conocía los documentales de memoria.

«Djuna abandonó los estudios. Dice que quiere casarse. El problema es que ni siquiera tiene novio.»

Apenas entró en el living percibió la ausencia de Miriam. Un delfín le sonreía desde la pantalla, la cinta estaba congelada por la función de pausa. Ni siquiera había desplegado las bandejas, era evidente que cenarían tarde.

Echó un vistazo hacia el pasillo. La cocina estaba a oscuras.

«Morty no sabe qué hacer. Puso el grito en el cielo cuando Djuna confesó su desertión, y acabó consolándola a su pesar.»

Caminó hasta los ventanales que lo separaban del balcón. Estaban cerrados por dentro. Se sintió aliviado.

«Dice que nadie la corteja. Que si conocemos a algún candidato se lo hagamos saber. Morty, el casamentero.»

Al girar descubrió lo que el sillón le había ocultado. Miriam estaba boca abajo en el suelo, como si se hubiese echado a dormir una siesta.

Pero nadie duerme con los ojos abiertos.

Se echó a su lado sin reparar en el dolor de las rodillas. Quiso tomarla en sus brazos. Pesaba demasiado, tuvo que conformarse con besar su pelo oscuro a base de tinturas. Todavía quería creer que se trataba de un desmayo, pero no encontró pulso en sus muñecas ni en su cuello.

La lágrima con que la regó fue una sorpresa, ni siquiera la había sentido nacer. El cuerpo de David había iniciado el duelo antes de que su mente registrase la muerte.

Empezó a rezar en voz baja. Recordaba la oración de a retazos. *Baruj daian ha-emet...* Su mente se puso en blanco, de allí saltó al Kaddish. *Yitgaddal v'yitqaddash sh'meh rabba, B'al'ma di v'ra' khiruteh...* El dolor bloqueó su canto. Si algo había padecido Miriam era la soledad, que hubiese muerto así resultaba cruel hasta lo intolerable.

Pronto se dio cuenta de que su oración había cambiado. Su lengua estaba consagrada a un mantra distinto, fluía con la naturalidad que el rezo le había negado. *Delphinus capensis, Delphinus delphis. Tursiops truncatus, Tursiops aduncus. Lissodelphis borealis, Lissodelphis peronii.*

Miriam había muerto con el control remoto en la mano.

Le costó quitárselo. Los dedos estaban rígidos. De todas maneras insistió, le parecía impropio que el personal médico la encontrase de aquella manera.

Durante un instante pensó que al apretar *play* Miriam volvería a moverse. Pero los únicos que respondieron fueron los delfines.

Dejó que nadasen en las aguas eléctricas. Lejos de molestarle, el barullo que hacían le sonó reparador.

La voz del relator transmitía calma.

Los delfines tienen un sentido del oído más agudo que el humano. No sólo oyen a través de los orificios que tienen a ambos lados de la cabeza, sino también con la mandíbula inferior. Este hueso conduce las vibraciones sonoras al oído medio. Los dientes están dispuestos de tal manera que funcionan como antenas, recibiendo los sonidos que le llegan del exterior.

Apagaría la TV cuando llegase el médico, el médico llegaría una vez que lo llamase, haría la llamada después de encontrar el número, hallaría el número pegado en la heladera, vería la heladera cuando entrase en la cocina, entraría en la cocina cuando se decidiese a levantarse.

No quería dejarla sola.

No quería sentirse solo.

En 1992 David Kaufman compró dos parcelas en el cementerio de la calle Trumpeldor.

Nunca se lo dijo a Miriam. Cualquier noticia vinculada con la muerte (con la muerte de cualquiera, esto es, con cualquier muerte) la sumía en una tristeza que expresaba sin palabras: en la forma de moverse, de sentarse delante de la TV, de condimentar la cena. Ni siquiera conservó en su casa los documentos que certificaban la operación. Los dejó en poder de Morty, para que Miriam no los descubriese al hurgar en los cajones.

Durante el entierro se felicitó por su previsión. Le había permitido concentrarse en su dolor a pesar del mal trago: sólo tuvo que enfrentarse a trámites elementales y tomar unas pocas decisiones. El resto lo dejó en manos de Eleanor, la mujer de Morty. Para esos menesteres se tornaba imprescindible el buen juicio femenino.

La ceremonia fue sencilla y elegante.

El aviso convocó a gente cuya existencia David había olvidado. Por ejemplo, Ruth Morgensen, que fue amiga hasta que Miriam se encerró en su mutismo. A David le costó reconocerla, el tiempo había sido inmisericorde. Mientras recibía sus condolencias se preguntó si Ruth pensaría lo mismo al verlo. En líneas generales se consideraba en buen estado, pero el mal de las rodillas lo volvía inseguro. Y además, su pelo había encanecido por completo. Aunque su cabellera seguía siendo abundante, se había tornado blanca como la nieve.

Una vez iniciado el ritual se permitió divagar. Pensaba en su propia parcela, ese parche de hierba que la muchedumbre pisoteaba y que se convertiría en su hogar más temprano que tarde. Sensación extraña la de estar parado sobre la propia tumba. Miró en derredor, se preguntaba si existiría otro lote disponible, pero la gente le tapaba la vista. Se aseguraría, apenas concluyese todo, de contar con otra parcela. Iniciaría de inmediato los trámites en New York. En su momento había desechado la idea porque hubiese supuesto una firma de Miriam. Ahora era el único con derecho al reclamo y estaba en posición de presentarlo.

¿Por qué no había considerado esa posibilidad desde el comienzo? La cabeza funciona de manera tan singular, nunca se sabe qué conexiones bloqueará y qué canales abrirá por arte de magia. (David intuía la noción del *daimon*, aunque no la habría expresado de esa manera.) Claro que podía morir antes de que el traslado concluyese, pero confiaba en Morty para que lo llevase a buen término. Se lo revelaría todo a la primera oportunidad.

Sintió el impulso de regresar al apartamento. Ardía en deseos de contárselo a Miriam, la idea la complacería. Así como sabía expresar la tristeza sin palabras, Miriam era elocuente en su alegría: David lo advertía en su forma de cepillarse el pelo, de echarse a tomar sol o de acurrucarse en la cama.

Y entonces recordó. Miriam ya no lo esperaba en casa. Lo que quedaba de ella estaba en esa caja que empezaría a pudrirse apenas la enterrasen. No habría más cenas azules en la Antena de Tel Aviv. No más *Delphinus delphis*.

Morty registró su inquietud. Creyó que se sentía mal y decidió intervenir. Como se encontraban en mitad de la plegaria, le habló al oído.

Si quieres que detenga al rabino, dímelo ya. Después de todo eres tú quien paga.
¡La ceremonia puede esperar!

David lo sorprendió al decirle.

¿Sabías que nuestros átomos no mueren? Quiero decir, nosotros morimos pero nuestros átomos no.

¿Nuestros átomos *qué*?

Son duraderos. Viven mucho tiempo, que algunos calculan en la cifra 10 a la potencia 35. Eso es un montón de ceros.

El rabino empezó a observarlos por encima de sus anteojos. Morty lo ignoró, nada le importaba más que su amigo.

Antes de integrarse a nuestros cuerpos formaron parte de las estrellas, decía David. Después pasaron por muchos organismos. Algunos de tus átomos pueden haber pertenecido a Shakespeare en su momento. Y a Gengis Khan, agregaría yo, para no perder perspectiva. En la vida recibimos lo bueno con lo malo.

Y qué hay con Elvis, preguntó Morty, que empezaba a encontrar sentido a lo que había creído disparate. ¡No me molestaría tener uno o dos de sus átomos!

Imposible. Elvis murió hace relativamente poco. Y el proceso de dispersión de los átomos lleva su tiempo. Varias décadas, cuando menos. ¿Te conformarías con Franz Liszt? Fue algo parecido a una estrella de rock en su momento. Además, Elvis sería contraproducente para tu salud. Tus caderas ya no son lo que eran.

Una inflexión en la voz del rabino los llamó a la cordura. Aun así Morty insistió con el cuchicheo, quería asegurarse de que David estaba en condiciones de seguir adelante.

¿Te sientes bien?

He tenido una visión.

Hombre afortunado. ¡Yo no tengo una de éstas desde los sesenta!

En adelante sólo abrieron la boca para sumarse a las oraciones.

6

Cuando todo terminó Morty lo acompañó hasta Pinsker. Sin decir nada se ubicó a su lado en el ascensor y marcó el quinto piso. Por suerte funcionaba, David no estaba en condiciones de tolerar una ascensión a pie. Asumió que Morty no tenía intención de irse, quería arrojárselo durante las primeras horas de soledad.

David abrió una botella de brandy. Sería una oportunidad ideal para contárselo todo. Pero Morty no le dejó meter baza. Estaba intrigado por las cosas que David había dicho en el cementerio. ¿Existía algo de verdad en su discurso sobre átomos y estrellas, o se trataba del efecto colateral de los calmantes?

No había ingerido pastilla alguna que no fuese medicación para sus piernas. Por lo demás, no había dicho nada que no estuviese probado. David había sido un buen estudiante de Ciencias, todavía hoy seguía coleccionando la sección del *New York Times* que consideraba su favorita.

Es verdad que muchos átomos provienen de las estrellas. No me refiero a las de cine ni a las del rock (no necesariamente, en todo caso, porque la posibilidad existe: partículas que pertenecieron a Buddy Holly, Big Bopper y James Dean ya están consagradas al proceso), sino a las estrellas del firmamento.

Todas las estrellas mueren tarde o temprano. Pero nunca mueren del todo. Al convertirse en supernova y estallar, queda en su lugar lo que se llama una estrella neutrón. Esto es, una estrella que emite radiación electromagnética en forma de ondas de radio. Sólo percibimos estas ondas cuando el rayo de emisión apunta a la Tierra, a intervalos regularísimos —como un reloj atómico.

El resto de su materia se distribuye por la galaxia. Transportada por vientos cósmicos, por ejemplo. Haces mal en reírte, mi querido Morty. Los vientos estelares no son obra del ingenio poético ni tampoco del brandy. Nadie podría inventar algo tan bello. Hablo de una corriente de partículas recargadas, electrones y protones que se aventuran en la nada.

Pero volvamos a los átomos. Al ser capturados por la masa de la Tierra, estos átomos viajeros se integraron a la materia preexistente. Con el tiempo se entreveraron también con la materia viva.

Cuando un cuerpo se desintegra, los átomos que lo constituían se mandan a mudar. Pasan a formar parte de otra materia o de otros organismos, constituyendo una cadena sin fin previsible. Nuestros propios átomos ayudarán a definir otros cuerpos. En el futuro muchas personas recibirán un átomo de Morty el preguntón.

Morty masticó la idea durante unos segundos (ya no se reía, por lo pronto), antes de expresar la persistencia de sus dudas.

Suena a delirio de Shirley *MacfuckingLaine*.

David vio su reflejo en el televisor apagado. La cabellera blanca parecía tener vida propia, como una medusa. Apuró un trago de brandy y dijo.

Es así, de una u otra manera. Todos somos reencarnaciones. Aunque lo seamos durante un tiempo tan corto.

Capítulo dos David Kaufman (II)

1

En el principio fuimos peces. Una célula que nada en la ingle de nuestro padre, un renacuajo en los ovarios de nuestra madre, un pez en el útero. Aun sumergidos, respiramos.

Tiempo después dejamos el mar pero el mar no nos deja. La composición salina de la sangre es idéntica a la del océano.

2

La palabra *aquarium* fue acuñada por Philip Henry Gosse. Nacido en Worcester en 1810, Gosse se consagró como naturalista. Publicó más de una docena de libros de divulgación —entre ellos, uno con el mismo título de esta novela.

Gosse estaba obsesionado por dos cuestiones: la vida en los océanos y Dios.

La primera le valió su fama. La segunda determinó su caída.

De pequeño trabajó como contable en la firma George Garland & Sons. Su primera pasión fueron los insectos, que estudió durante el tiempo que vivió en Canadá y explicó en su debut como autor, *Entomologia Terrae Novae*.

A su regreso a Londres conoció a Emily Bowes, en quien encontró un alma gemela. El fervor que Gosse aplicaba a la difusión del saber lo dedicaba Emily a propagar la fe: llegó a escribir sesenta ensayos inspirados por los Evangelios y algún volumen de poesía devocional.

Cuando se casaron Gosse tenía treinta y siete años y Emily cuarenta y dos.

Gosse pasaba temporadas en St. Marychurch, una finca junto al mar que resultaba ideal para sus estudios. A nadie le sorprendió que se convirtiese en consultor del primer acuario público, inaugurado en el London Zoo de Regent Park en 1853; a esa altura era una reconocida autoridad en la materia.

El libro *Aquarium* se editaría al año siguiente.

Era un hombre severo, que llevaba sus asuntos con escrúpulo. Cuando nació su hijo anotó en una página de su diario: «E. acaba de parir un varón. Recibí una golondrina verde desde Jamaica».

Contemplo una foto de ambos hombres mientras escribo. El cabello de Philip Henry cubre su cráneo como el ala de un cuervo. El pequeño Edmund luce incómodo, viste el cuello duro de los puritanos. Philip Henry tiene un libro abierto en la mano derecha. (Demasiado delgado para ser una Biblia, demasiado voluminoso para una edición de los Evangelios: ¿tal vez *Aquarium*?) De acuerdo con la fecha del retrato, lo que estoy viendo es la imagen de un viudo y de un huérfano.

Cuando Emily enfermó los viajes a St. Marychurch llegaron a su fin. Gosse y el pequeño Edmund permanecieron a su lado durante la agonía, que fue dolorosa y concluyó en Londres. Transido por la pérdida, Gosse le dedicó a su amada un texto que rememoraba sus últimos días sobre la Tierra. Después se mudó a Devonshire y retomó sus estudios, mientras trataba con denuedo de convertir a su hijo en un santo.

Edmund dice que allí, en el sur de Inglaterra, encontró un elemento que le disputaría a Dios la atención de su padre: «Este rival era el Mar».

Así escrito, con eme mayúscula.

En su libro *Father and Son* Edmund Gosse dedica este párrafo, no exento de envidia, a la comunión que sus padres sentían durante la oración: «En retrospectiva, se me ocurre que ese inusual ejercicio de la mente era casi la única relajación que se permitían, y que en su economía ocupaba el lugar que de costumbre, en familias más profanas, se reserva a los naipes o al piano. Era una distracción; los apartaba por completo de sí mismos».

Philip Henry Gosse quiso ser digno de Emily, o al menos eso imagino, cuando escribió *Omphalos: An Attempt to Untie the Geological Knot*.

A mediados del siglo XIX la cuestión de la edad de la Tierra se había convertido en obsesión. En *Omphalos* (que significa «ombligo» en griego) Gosse planteó una respuesta que pretendía ligar la evidencia científica con las pautas establecidas por la Biblia. Como hombre consagrado al saber, no podía ignorar la existencia de los fósiles que aparecían por doquier (por ejemplo, en Devonshire): esos restos sugerían la existencia de un tiempo más antiguo que el del hombre. Como creyente, no podía negar el relato de la Creación acabada en seis días. El ombligo de Adán, su *omphalos*, señalaba el centro del dilema: ¿por qué tenía Adán esa marca residual del contacto con su madre, si no había salido del vientre de madre alguna? Y por extensión: ¿por qué existían esos fósiles que los paleontólogos remitían a eras que la Biblia negaba en su calendario?

En un ensayo de *Otras inquisiciones*, Borges dice que Gosse imaginó «un tiempo rigurosamente causal, infinito, que ha sido interrumpido por un acto pretérito: la Creación». Según Gosse, entre los asuntos a los que Dios se dedicó en aquellos seis días estuvo el de sembrar evidencia de un tiempo que no había existido nunca. «Perduran esqueletos de gliptodonte en la cañada de Luján, pero no hubo jamás gliptodontes», dice Borges. Dios habría dotado a Adán de un ombligo que hablaba de una madre que no existió, para que la Creación no exhibiese marca alguna de su factura *ex nihilo*.

La difusión de *Omphalos* supuso el escarnio para Gosse. Los científicos se rieron de su hipótesis. Y los religiosos se escandalizaron: no podían tolerar que Dios fuese el falsario de quien Gosse hablaba.

Dos años más tarde se publicó *El origen de las especies*.

Silenciado por el éxito de Darwin, Gosse dedicó el resto de su vida a escribir sobre cuestiones religiosas e historias policiales. En el ocaso Dios lo había abandonado, así como a Cristo en la cruz, al igual que el *daimon* de Sócrates se sumió en el silencio una vez que lo hubieron condenado.

Déjenme pensar lo siguiente: que Gosse perseveró porque creía que aunque el mundo entero lo repudiase, su amada Emily estaba orgullosa de él.

Supe del destino de Gosse después de concebir el personaje de David Kaufman. Lo consigno aquí porque es parte de mi tarea, habiendo percibido las simetrías entre una y otra historia.

Este «inusual ejercicio de la mente» que es la ficción entraña ciertas obligaciones. Por ejemplo, la de expresar el asombro que siento cuando la imaginación prefigura la realidad.

Días atrás leí un artículo que comentaba un libro de ensayos de Judith Thurman, titulado *La nariz de Cleopatra*. Autora de celebradas biografías de Isak Dinesen y Colette y columnista del *New Yorker*, Thurman cuenta allí la siguiente historia. A los ocho años escribió una serie de poemas que su madre, Alice, se ofreció a pasar en limpio. Durante el proceso, Alice «escribió media docena de poemas suyos y, comportándose como un tahúr, los mezcló entre los demás». Mediante este acto que Thurman define como perverso y de «plagiarismo invertido», su madre pretendía que en el futuro, cuando Judith los releyese, se convenciese de la precocidad que había exhibido en la infancia.

La historia me encantó. Alice Thurman se había comportado como el Dios de Gosse, fraguando evidencia para convencer de que las cosas habían ocurrido de esta manera y no de otra, jugándose a favor de algo que objetivamente era una mentira, y sin embargo...

A veces pienso que Gosse tenía razón y que las historias reales que avalan esta ficción son más bien *reales*, plantadas por Dios en la Historia como aquellos fósiles que dan fe de un tiempo que nunca existió. Me las habría suministrado para que lo que escribo suene verosímil, para que nadie perciba las costuras de mi confección.

Las de Irit y Ulises, la de David Kaufman (y también la de Danny, el niño que aparecerá en la tercera parte) son historias reales que no ocurrieron nunca.

Todavía.

David tardó en juntar coraje para regresar al Aquarium. Lo ayudó el descubrimiento de que ya no reconocía a los empleados. Eran todos nuevos, desde las chicas que vendían los tickets hasta las mujeres de la limpieza.

Después de la primera vez sus visitas se facilitaron. Ahora acudía al Aquarium diariamente. Almorzaba a las doce frente a la playa y con la lengua entumecida por el helado compraba su entrada. Aun así lo inquietaba la idea de que alguien lo reconociese como ex contador del lugar. Creerían que acudía a recordar épocas doradas. Sentirían piedad por el hombre para quien todo lo bueno ya ha quedado atrás, en la inminencia de la muerte.

David no quería que nadie se apiadase de él. Si malgastaban su piedad al creerlo víctima de la nostalgia, ¿a qué sentimiento recurrirían de saber la verdad?

En los días que siguieron a la muerte de Miriam descubrió que los documentales eran la punta del iceberg. Encontró bibliografía sobre el mar y los acuarios en todas partes, hasta en los cajones que Miriam reservaba para su ropa interior.

Se preguntó cuándo habría comprado esos libros. Estaba claro que había tomado la precaución de hacerlo en su ausencia. También descubrió folletos, que Miriam había conservado dentro de los sobres originales con la carta de rigor. («Muchas gracias por su interés. El Waikiki Aquarium de Honolulu le da la bienvenida a su Club de Amigos.»)

Trató de recordar señales que podía haber ignorado en su momento, indicadores de la seriedad de su entrega al tema. Sin embargo no halló nada. Miriam no se había permitido un solo *faux pas*. Muy por el contrario, había logrado convencerlo de que el excéntrico era él: cada vez que le obsequiaba un video de National Geographic ella le concedía una sonrisa lánguida, como si sobreactuase su agradecimiento.

Durante todo ese tiempo creyó que Miriam veía documentales a falta de mejor opción. Las noticias hablaban siempre de violencia. Las películas dobladas no le gustaban y los subtítulos le arruinaban la vista. Ahora David entendía algo más. Ver documentales era la única actividad que Miriam podía permitirse en su presencia, sin revelar su obsesión. Las fechas del timbrado no dejaban duda sobre la persistencia de su interés: había cartas que databan de 1969, de 1976, de 1984, de 1998.

Miriam había desarrollado una fijación con el mar, los peces, los acuarios. Se había apartado así de los dolores del pasado, a la vez que se protegía del presente.

Desde 1967 Israel se había convertido en un lugar más enloquecido que América. Deberían haberse ido entonces, pero David no sabía de sitio alguno que no estuviese infectado por la violencia; además, le temía a la herida de un nuevo desarraigo. Dedicarse a los documentales era la opción más sencilla. El océano no era patrimonio de nación alguna, buena parte de su superficie carecía de fronteras.

La mayoría de los folletos eran propaganda pura. (El Waikiki Aquarium

mencionaba a Jack London entre sus visitantes ilustres.) Entre los libros había varios de difusión general pero también algunos especializados, más propios de un biólogo que de un ama de casa. Miriam los había leído todos. Estaban subrayados y llenos de anotaciones en los márgenes.

Aprendió entonces que los sumerios conservaban peces en estanques, dos mil quinientos años antes de Cristo. Que los chinos criaban peces dorados durante la dinastía Song. Que en 1856 P. T. Barnum abrió un acuario en Broadway, entre las calles Spring y Prince. (*Grand Aquaria-Rare and Curious Fish*: así lo anunciaba entre sus atracciones, que además incluían a La Gigante Más Alta del Mundo, un toro de tres cuernos y la *troupe* del enano Tom Thumb.) También aprendió que Aristóteles había forjado el término *ictiología* y clasificado ciento quince especies que vivían en el Egeo, diferenciando entre peces y mamíferos acuáticos.

Con la lectura entendió que perseguía algo más que distracción, o la ilusión de una compañía. David había empezado a buscar claves. Se le ocurrió que nadie mantendría en secreto un saber semejante, y durante tanto tiempo, sin tener un buen motivo para ello.

El deseo de entender la obsesión de Miriam lo forzó a volver al Aquarium. Después de leer y releer sin encontrar nada concluyente, sucumbió a la necesidad. Quizá lo que perseguía no estaba en los libros, sino en los estanques que Miriam había contemplado durante años.

A veces los libros le enseñaban cosas ajenas a su búsqueda. (Eso ocurre todo el tiempo con los libros: nos dan algo distinto de lo que esperábamos encontrar.) Aprendió, por ejemplo, que después de tutelar a Alejandro el Grande y de sistematizar todo el conocimiento de su era, Aristóteles había escrito un testamento donde expresaba un deseo simplísimo.

Todo lo que quería era que lo enterrasen junto a su mujer.

6

He aquí las últimas palabras que Miriam pronunció.

Son ángeles.

Después de ese comentario no volvió a hablar.

A David no le sorprendió que callase durante la caminata de regreso, ya se había habituado a la parquedad que Miriam practicaba. Además, aquél era un día especial. Callar suponía la mejor de las opciones, cualquier palabra desataría un vendaval.

Anduvieron como si estuviesen solos a pesar de que se movían juntos; brazos en cadena, un equipo de nado ornamental desplazándose por el andarivel de la calle.

Por la noche advirtió que ella respondía con gestos a sus comentarios. Le preguntó en broma si había hecho un voto de silencio. Miriam asintió. David interpretó que esa respuesta también era una broma.

Al tercer día empezó a preocuparse. Quiso saber si le dolía la garganta. Si se había enojado con él, si estaba tratando de irritarlo.

Miriam se limitó a sonreír.

El médico no encontró nada malo en su garganta.

El psiquiatra se limitó a cambiarle la medicación.

A medida que su extrañamiento crecía, David se esmeró en recordar la voz de Miriam. Nadie olvida la voz que le dijo las palabras más bellas, el timbre en que oyó expresadas las emociones más terribles, pero lo que David buscaba era una modulación concreta. Quería encontrar los últimos sonidos que había oído de su boca, su mensaje definitivo.

No tardó en entender.

La última vez que oyó hablar a Miriam fue en el Aquarium de Tel Aviv, la tarde del 6 de abril de 1969. David cerró su despacho y salió a buscarla por los salones. La encontró contemplando el estanque de las medusas. Dos ejemplares de *Chrysaora quinquecirrha*, corona veteada, cola de vestido de novia. Parecían concentrar la luz sobre sus cuerpos, como si fuesen fosforescentes. El estanque era circular para que no quedasen atrapadas en los rincones, contaba con un sistema que generaba corrientes para que las criaturas pudiesen desplazarse. (Trabajando en un acuario se aprenden cosas que uno no espera, un acuario es como un libro.)

Al visitar el estanque al que Miriam se consagró aquella tarde, las palabras acudieron solas a su mente. Vio a las medusas flotando con gracia (parecían volar) y oyó la frase en la voz de su mujer.

Son ángeles, había dicho. Eso mismo. *Son ángeles*. Después se levantó y le tendió su brazo.

Caminaron juntos hacia la salida. En silencio. Era el 6 de abril.

Cuando Miriam murió (también en abril, en este caso el día 9 del año 2000), hizo el mismo esfuerzo. Quería recuperar su última imagen en vida, algo que oponer a la escena del cuerpo talado, del despojo en el living. No le costó mucho, su rutina se había vuelto predecible como la de un perro. Había despertado de la siesta, tomado una ducha rápida, dicho adiós desde el umbral del balcón. Miriam le daba la espalda, miraba el mar apoyada sobre la baranda. No pudo verla bien, apenas asomó la resolana lo dejó ciego. Se despidió a la distancia. Ella lo miró por encima del hombro. Viéndola con ojos entrecerrados le pareció traslúcida, una figurilla de cristal.

La viudez no alteró sus hábitos. Todavía cenaba delante de la TV, sirviéndose la comida sobre una mesa rodante. Había recuperado el dominio sobre el control remoto. Podía ver las noticias sin que nadie se removiese incómodo a su lado, sin que Miriam bufase, sin que dejase el plato a medio comer. Contemplar a su antojo las miserias del mundo era un privilegio, obtenido al más alto precio.

Esa noche de octubre los informativos hablaban de un atentado. Un hombre-bomba se había inmolado en una pizzería. Lo hizo a mediodía, cuando el local estaba lleno. Las imágenes crudas lo llenaron de horror.

«¿Cuándo terminará esta historia?», preguntó en voz alta. Miriam ya no estaba pero seguía hablándole. Había hablado solo durante tanto tiempo, no tenía motivo para cambiar. El silencio que obtenía por toda respuesta no lo molestaba. Al contrario, lo hacía sentir acompañado. Durante treinta años Miriam había sido el silencio, Miriam *era* el silencio.

«Deberíamos tomar la iniciativa. Nosotros somos más fuertes y más ricos. Deberíamos ser los primeros en decir: basta de violencia.»

La cámara se abalanzó sobre una pierna amputada. Reptaba sobre la calle, una serpiente ciega.

David cambió de control remoto. El noticiero desapareció, una burbuja que estalla. Ahora veía un documental, uno de tantos que había obsequiado a Miriam.

La visión del mar lo tranquilizó. El agua es bella hasta en su versión electrónica. A David no le importaba que ese azul fuese una creación artificial producida por puntitos tricolores, un azul que escondía verdes y también rojos.

Capítulo tres Irit

1

A medianoche el viaje desde Hadassa se hace interminable. Agradece que el taxista se aplica a su tarea, sólo abrió la boca para preguntar destino. No soportaría verse compelida a dar más explicaciones: qué hacía en el hospital, si estaba emparentada con una víctima o había visto algo que pudiese convertirse en la moneda de una anécdota.

La transacción que la une al taxista no es sólo comercial. Cada vez que alguien sube a un taxi está diciendo: *te confío mi vida*, poniéndose en manos de un desconocido. Cuando hablamos no expresamos más que sospechas respecto de nuestros congéneres, sin embargo la vida está hecha de gestos que manifiestan confianza ciega, que supeditan lopreciado al desempeño de otros. Al abordar un avión. En el plato de comida que nos ponen delante. Al dejar a nuestros niños al cuidado de un extraño.

Irit sube la ventanilla, ya no quiere más frío. Le ha llegado la hora de desanudarse. En la penumbra encuentra bálsamo. La luz del hospital le arañó los ojos durante horas.

Sabe que debería sentirse satisfecha. Ulises no está entre las víctimas. Se lo ha hecho jurar a tres autoridades: médicas, militares, gubernamentales.

Todos los muertos y heridos fueron a Hadassa, cada pieza volvió a su dueño aunque más no fuese *post mortem*. No hay brazos ni piernas sin encastre. El rompecabezas está completo.

Pero la búsqueda la expuso al dolor crudo y su cuerpo está pagando la experiencia. Se siente aturdida y sucia, emergiendo de una selva que le pegó su fiebre. Había oído tantos gritos que sus tímpanos se saturaron, veía abrirse bocas como flor ponzoñosa pero no registraba sonidos.

El dolor nos despoja de la forma. Algunas religiones pretenden lo contrario, pero no estamos hechos para esto. Lo que nos salva es la plasticidad, somos agua en esencia y el agua se adapta a todo. Pero en el dolor nos cristalizamos y el cristal se rompe. Frágiles como un huevo. *All the King's horses and all the King's men / Couldn't put Humpty together again*. En el libro de Lewis Carroll, lo primero que preocupa a Humpty Dumpty es la forma de Alicia.

La imagen de la mujer se encendió en su cabeza. Era la madre de un asistente de cocina. Había estado temblando como una hoja, lamentándose y vertiendo lágrimas. Cuando le confirmaron que su hijo había muerto fue como si su cáscara se rompiera. Ni siquiera parecía humana, había revertido a una forma previa: una ameba o un cigoto. Hicieron falta cuatro para sacar a la mujer líquida de la sala de emergencias, y aun así se les escurría entre los dedos.

Al llegar a su casa llamaría a Nina aunque fuese tarde. Contaría lo que hubiese que contar con tal de escucharla, necesitaba la abrasión de su humor.

Casi podía imaginar el comentario. Para una vez que se prendaba de alguien, ¿y ya había querido sacárselo de encima, exponiéndolo a comer la pizza de Sbarro's?

2

Durante un segundo piensa que es una alucinación, que lo que ve a través de la ventanilla es la proyección de su deseo. Pero la visión persiste. Ulises está sentado sobre la calle Florentin, en la vereda del local. Las piernas cruzadas como un Buda, la cabeza apoyada contra las rejas. Parece dormir.

Reacciona de inmediato al sentir sus dedos. Tiene un corte en la frente, sin embargo sonríe como si despertase de un sueño reparador.

Lo ayuda a levantarse. Cuando toca su espalda la mano se le tizna de negro. Se le ocurre que la bomba produjo una herida por la que no pierde sangre, sino color.

Abre la ducha y empieza a desvestirlo. Ulises se comporta con el abandono de un niño. Comprueba que no tiene más heridas. Durante el proceso se siente justificada, está en su derecho de mirarle el sexo. El prepucio intocado es puro extrañamiento, la trompa de un elefantito.

Le cuesta mantenerse de pie, por eso Irit tapona la bañera y lo ayuda a sentarse. Ulises apoya la nuca contra el borde y vuelve a cerrar los ojos. Irit pasa la esponja por su rostro mientras lidia con las dudas. No sabe si dejarlo dormir, teme que entre en shock. Se pregunta si debe llamar a un médico, sólo conoce cardiólogos.

Aumenta la presión de la esponja. Ulises abre los ojos y le sonríe. Parece no albergar duda sobre sus intenciones, asume que sólo busca su bien. Todo lo que tiene para ella son sonrisas, no han intercambiado palabras desde el encuentro en la calle.

Le fascina que no le moleste estar desnudo en su presencia. Un hombre que se entrega sin reclamar reciprocidad. Eso sí que es nuevo, no ha conocido a otro igual.

Hola, extraño. Hola, Humpty Dumpty.

Mi nombre es Irit. Y ésta es mi forma.

Capítulo cuatro Ulises

1

Lo que lo sorprendió al volver en sí fue su propia calma. Había sangre en su frente, consecuencia del golpe contra el teléfono. Pero su pecho no bramaba. Latía igual que siempre, como si no quisiese hacerse cargo de los hechos. Se preguntó si habría sido su corazón el destinatario de la llamada que, a todas luces, nunca había completado.

Alrededor había humo y fuego, cuerpos calcinados y hasta una pierna, la pieza inicial de un juego de rompecabezas. Algo parecido a escarcha caía con lentitud de sueño, mientras los sobrevivientes corrían como locos. Ulises supuso que su tranquilidad tenía que ver con el silencio, el estallido lo había dejado sordo. El único sonido que registraba venía desde adentro, oía su propia respiración. Sonaba como un buzo de profundidad.

Nadie intentó detenerlo mientras se alejaba. Su permanencia allí era inútil, los muertos ya estaban muertos y la pierna no mostraba intención de retornar a su dueño. Decidió irse, tenía cosas importantes que hacer. Recordar quién era, por ejemplo. Y dilucidar qué hacía allí. En ese lugar que volaba por los aires. En esas calles con carteles escritos en marciano.

Empezó a caminar sin preguntarse dónde iría. En la ciudad desconocida cualquier dirección valía cero. Supo, por la presencia del estuche en su cintura, que había tenido un teléfono móvil que no conservaba. Un vistazo al pasaporte le reveló su nombre. Una excursión a su bolsillo lo convirtió en padre.

Por primera vez en mucho tiempo vio la foto sin dolor. Sabía quiénes eran, estaba seguro de que los amaba y de que le faltaban, pero no experimentó la puntada que se le había tornado inseparable de la contemplación. Entendió que existían con independencia de su vida o de su muerte, eran algo distinto de sí mismo aun cuando hubiesen sido creados por el Big Bang de sus entrañas: otra cosa, otros astros. Sintió la tranquilidad que sólo deriva de la aceptación, su corazón latía leve y preciso, un corazón zen. La bomba se había llevado algo más que su audición. Lo había limpiado.

Al caer el sol empezó a sentir frío. Además, la gente lo miraba raro, tenía una costra de sangre encima de la ceja y la ropa sucia.

Subió a un taxi de placas amarillas. Sus labios nombraron un destino que nunca oyó. Dejarse llevar era parte del misterio.

La visión del local le produjo alegría. No estaba muy seguro de qué era pero sintió que había llegado a su hogar. Adentro no había nadie, apoyó su cara contra las rejas y no vio más que negrura.

Decidió esperar. Tarde o temprano ella (porque había una *ella* a quien le había

telefoneado, ahora lo recordaba) llegaría.

Cuando Irit lo despertó, comprendió que era él quien había llegado.

2

Al salir del baño la encuentra desnuda.

Lo espera de pie, en mitad del estudio en penumbras. Detrás de Irit el cristal azul flota como nebulosa. Ella se hace fuerte en el centro de su universo. Atriles, chapas y maquetas orbitan alrededor, las cosas que constituyen su dote.

Disfruta de la torpeza inicial. Todavía está programado para acomodarse al cuerpo de Gaby, a otras alturas y ancho de huesos, otra masa muscular. Esos desacoples, que lo perturbaron durante su saga de infidelidades, sazonan el encuentro presente. Todavía ciegos, sus cuerpos se están reconociendo. Todavía mudos.

La huela de pies a cabeza. Intrigado por el aroma de su cuerpo al natural, se convierte en perro. Encuentra romero en su cuero cabelludo —el romero es bueno para los recuerdos.

Un resabio de sal en los pies, Irit caminante del mar. La sorpresa es el pozo del ombligo, que huele a cardamomo.

Después de las narices prueba con la lengua. Su curiosidad no tiene límites.

Se siente vacío de necesidades, no quiere estar en otro sitio que allí. No lo desvela otro tiempo que el presente.

Desde el Big Bang su universo no deja de expandirse. Está surcando distancias que en otro tiempo habría creído imposibles.

Talk to me, dice ella, tocándose la oreja con un dedo.

Ulises acude al llamado con palabras que acarician.

3

A primera hora de la mañana regresó por sus cosas al New Metropole.

Hasta entonces el conserje se había fingido empleado, tan servicial como inoperante a la hora de resolver problemas. Ahora que intentaba disuadirlo de partir, su actuación cambió de registro. Argumentaba con una energía que desnudaba al propietario. Le ofreció una habitación con televisor por el mismo precio que habían pactado al principio. Como Ulises no se conmovía añadió el uso de la caldera, *hot water, hot!* Al fin aceptó que no ganaría la partida y le propinó un codazo cómplice, mientras decía: *Nice lady, eh, mister Yulisis?*

Aunque sorprendido (¿cómo sabía el conserje de la existencia de Irit?), Ulises no hizo preguntas. Estaba convencido de haberse vuelto transparente.

No era lo único que había resucitado. Las piezas del teléfono móvil, que habían quedado al rayo del sol, volvieron a la vida una vez ensambladas.

Al regresar al local Irit le entregó copia de las llaves. En adelante podría entrar y salir según su albedrío.

Había atravesado el fuego y resultado indemne.

¿Quién era él para sustraerse a la esperanza?

Capítulo cinco David Kaufman (III)

1

El narval era la atracción del acuario.

Un animal exótico. Cuerpo con forma de huso, un incisivo que sin embargo no parecía diente sino cuerno. Surcado por una nervadura que lo recorría en espiral, resultaba idéntico a las protuberancias que las ilustraciones conceden a los unicornios. Eso era el narval a fin de cuentas: un unicornio de mar. Criatura formidable, cuando ondulaba delante del cristal se le antojaba eterna.

Miriam no había llegado a conocerla, se trataba de una adquisición reciente. A veces le daba la sensación de que no sabían qué hacer con ella. Ocupaba por su tamaño el mayor de los tanques y en consecuencia los obligaba a refrigerarlo, el *Monodon monoceros* vive en aguas heladas.

La administración del Aquarium debía estar gastando fortunas. David identificó pronto a un tal Brodsky, dedicado *full time* a las máquinas refrigerantes. Vestía mameluco gris, un *BRODSKY* bordado sobre el pecho. Y detestaba su trabajo de manera evidente. Cada vez que lo pescaba emergiendo de una batalla (entraba y salía de una puerta que decía *sólo empleados*), lo veía protestar entre dientes para un público invisible.

David contemplaba al narval con la atención que muchos dispensan al televisor. Se sentaba en el banco que estaba frente al estanque y pasaba horas sin moverse, salvo que su vejiga reclamase atención o para comprarse un té. Los empleados ya lo saludaban aunque no supiesen su nombre, era una figura de visión cotidiana.

La primera hora de la tarde era el paraíso de los niños. Llegaban a montones vestidos de escuela y se apiñaban delante del cristal, empañándolo con su aliento. Los escuchaba siempre, leían el texto del panel explicativo de manera entrecortada.

Una especie de ce-táceo propia del Ár-ti-co. Su ca-rac-terística más saliente es su largo cuerno, que se pro-yecta desde el lado iz-quierdo de la mandíbula superior. Aunque raro, es posible que una hembra de narval también desarrolle un cuerno. Éste es el caso del extraor-dinario es-pé-ci-men que se exhibe en este Acuario.

Pero sus horas favoritas eran las últimas, poco antes del cierre. A esa altura el lugar quedaba vacío y podía experimentar algo parecido a la intimidad.

Cuando estaba frente al tanque David Kaufman pensaba en muchas cosas, pero siempre regresaba a Miriam. Imaginaba que la visión de las criaturas marinas le había otorgado consuelo; después de todo, Tommy había sido un pez durante la mayor parte de su existencia, nadando en el vientre de Miriam con la calma celestial de las bestias del Aquarium. Su hijo nunca perdió la condición anfibia. Había sido una criatura húmeda y resbalosa hasta que dejó de respirar. La asistencia artificial prolongó su vida setenta y dos horas, en el interior de un habitáculo que tenía mucho de pecera.

2

Contárselo a Morty fue un alivio. Permanecieron en el *delicatessen* después de cerrar. Morty quería que probase vodka finlandesa, acababa de recibir una caja en consignación. Bajó las cortinas y las luces, puso un par de sillas en medio del local y abrió una botella.

Marche una dosis de vitaminas, dijo a modo de brindis.

Por el doctor Morty, la nariz más roja a este lado del mar Muerto.

El primer negocio que Morty montó fue de importación, a mediados de los sesenta. Compraba Chianti en Italia, en sociedad con un tío que había peleado en Anzio, y lo distribuían en Israel. Cuando el tío murió, Morty optó por permanecer en Tel Aviv armando su propia empresa. El *delicatessen* era más seguro y dejaba mayor margen de ganancias.

David sabía que Morty era de New Jersey, pero ignoraba la fecha exacta de su llegada a Israel.

Vine en el 71. De vacaciones con un primo. Y ya no volví a irme. Dije que me había comprometido con la causa de Israel. Por supuesto, ésa no fue la verdadera razón.

Siendo la causa real...

El sexo. Conocí a esta chica, Kitty, que me exprimió hasta que se me secaron los sesos. Recuerdo un fin de semana en la casa de sus padres, que estaban de vacaciones. Ni siquiera hicimos una pausa para comer. Al final se descompuso y tuve que llevarla al hospital. Tenía un principio de deshidratación. Debí haberme dado cuenta, ya no conseguía lubricarla. De penetrarla una vez más le habría prendido fuego. Si le dices a alguien lo que acabo de contarte, lo negaré de plano. ¡No soy yo, es el vodka que habla!

Poco después Morty encontró a Eleanor, con quien acabaría casándose. La convenció de que había venido a colaborar en la construcción de Israel. Llevaba tanto tiempo interpretando ese papel que había terminado creyéndoselo.

Morty Jr. asomó entonces para despedirse. Le dijo a su padre que se llevaba un poco de arenque y unas berenjenas. Morty se lo quitó de encima con un gesto. Un instante después se oyó el golpe de la puerta del fondo.

Le pago sueldo y alimento a diario a su familia. Mi hijo es un descarado. Para mi desgracia no es el único. Cuando llegue a casa lidiaré con Djuna, que volverá a la carga con la tragedia de su soltería y explicará la eficacia del dinero como antidepresivo. ¿Sabes por qué Yahveh nos quitó apenas una costilla para hacer a la mujer? Necesitaba el costillar para satisfacer a nuestros hijos.

Perdimos a nuestro hijo Tommy en 1963, dijo David.

Morty no respondió, entendía que estaba a las puertas de una revelación. Se limitó a llenar las copas nuevamente.

Tenía sólo tres días. Nunca salió del hospital. Del vientre de Miriam pasó a la incubadora. Era seismesino, un pececito boqueando por aire.

Los médicos le dijeron a Miriam que no podía intentarlo otra vez, su presión era demasiado alta. Corría el riesgo de que la historia se repitiese.

Creí que el cambio le sentaría bien, New York era un recordatorio de todo lo que amábamos y que Tommy ya nunca vería.

Durante un tiempo pensé que saldríamos adelante. Miriam hablaba cada vez menos, yo se lo atribuía a la medicación. Le gustaba ir a buscarme al Aquarium. ¡Siempre la encontraba mirando un estanque distinto!

Comencé a regalarle documentales sobre el mar. Ella los veía día y noche, una y otra vez. Las últimas palabras que le oí decir fueron inspiradas por las medusas. «Son ángeles», me dijo.

Nunca entendí su manía, hasta hace poco. Miriam encontraba consuelo en el acuario, o leyendo libros de biología marina, porque Tommy nunca dejó de ser un pez. Nadó seis meses dentro del vientre. Cuando salió lo conectaron a un respirador, los médicos decían que no había terminado de formar sus pulmones. Pero Miriam sabía más y mejor.

Ahora yo también lo sé.

3

No se lo dijo todo a Morty. Nadie es tan sincero.

David Kaufman creyó durante décadas que hacía lo que hacía (levantarse cada mañana, ir a trabajar, conversar con Miriam y por Miriam y también respirar: sobre todo respirar) para distraerse del dolor de aquella pérdida, la tragedia del hijo-pepe que emergió fugazmente para volver a las profundidades. Ahora que Miriam no estaba, entendía que se había equivocado.

Había hecho esas cosas porque la amaba. Y porque todo amor desmesurado entraña una cuota de egoísmo. David no pudo darse el lujo de perderla. La necesitaba y por eso la cuidaba con tanto celo: para prolongar el privilegio de su compañía.

En perspectiva lo de Tommy se redujo a la dimensión de inconveniente menor, como la intervención de urgencia que se llevó su apéndice. Ya ni siquiera recordaba las fechas de su paso por este mundo. Estaba a punto de enterrar a Miriam cuando comprendió que había muerto el 9 de abril, treinta y siete años después de que Tommy muriese.

Su hijo era poco más que una anécdota. En cambio la ausencia de Miriam dolía de verdad.

«Ah, Miriam, Miriam», se lamentó en voz baja. Estaba en el Aquarium, pintado de azul por la luz del estanque. «¿Es esto todo lo que puedo esperar, hasta que la muerte me llame?»

Un golpe sordo lo sobresaltó. El único niño que quedaba en la sala prorrumpió en un grito, escondiéndose entre las faldas de su madre.

El narval había golpeado el cristal. Lo embistió con su cuerno, *blam*, como si quisiese perforarlo.

Pasaron los minutos y no volvió a ocurrir. La criatura nadaba como siempre, dibujando órbitas con su cuerpo de dirigible.

Capítulo seis Irit / Ulises

1

Ella pasó una jornada distraída en el instituto. Terminó pretextando una migraña y saliendo antes de tiempo. Al llegar a casa encontró a Ulises subido a la escalera plegable. Cambiaba la lamparita rota por una nueva, el gesto de un hombre que toma posesión del lugar. Irit sintió el aguijón de la duda. Se preguntó si Nina estaría en lo cierto, si habría cometido un error al abrir su corazón a un desconocido.

Ulises la llamó. Quería que subiese.

Una vez en las alturas, mientras se esmeraban por conservar el equilibrio, Ulises le pidió que observase algo que había quedado abajo, a ras del suelo. Ella no entendió a qué se refería. Todo lo que había dejado atrás era el desorden de siempre: las herramientas, los sobrantes de aluminio y de madera, los papeles desparramados. Al verlo empuñar un lápiz imaginario descubrió que Ulises se refería a sus dibujos.

Irit no registró nada que ya no conociese. El suelo estaba lleno de sus garabatos, esos arcos que le salían cuando escribía alrededor de la mano con que sostenía el papel. Ulises insistió. Señalaba la conjunción de cuatro hojas blancas, empezó a trazar un círculo interminable con su dedo índice.

Circle, dijo ella. Ulises tenía razón, esos cuatro papeles se habían ordenado de tal forma que los arcos se combinaban. Giraban como rueda en torno de un centro imaginario.

Pero Ulises no estaba satisfecho, seguía batiendo en el aire con su dedo.

Perfect circle!, dijo ella.

Ulises sacudió la cabeza. Hizo una V con los dedos, dijo *two* y después corrigió la posición de Irit, para que viese algo que quedaba debajo de la escalera, entre sus alas abiertas. Allí se había formado otro círculo, otros cuatro arcos que se contemplaban a sí mismos. Entendió que Ulises indicaba que los círculos coexistían. Que aludía a su proximidad, a su contacto físico sobre el plano del suelo.

Infinit, dijo Ulises al fin, en un arrebatado de inspiración.

Los dos círculos del suelo sugerían el símbolo del infinito, ese ocho volteado que frecuente los libros de matemáticas.

Irit trazó círculos con su propio dedo y repitió la palabra clave, suscribiendo el acuerdo.

Infinit!

Ulises la besó.

Después del beso ella buscó el cobijo de su pecho. Pasó allí un instante eterno, hasta que levantó la cabeza y dijo algo que Ulises no entendió. Volvió a decirlo, a Ulises le constaba que hablaba en inglés pero se trataba de palabras desconocidas.

Irit decidió cambiar de estrategia. Bajó al suelo y se echó de rodillas. Allí a mano

había un lápiz de carpintero. Dio vuelta uno de sus dibujos y trabajó en el reverso. El lápiz era una herramienta brutal pero le sirvió de todas formas, sus trazos eran ligeros y nerviosos.

Al cabo de unos minutos volvió a las cumbres de la escalera y le enseñó a Ulises el resultado de su afán.

Era el dibujo de un hombre y una mujer. El hombre se parecía a Ulises y la mujer a Irit. Ulises tenía un traje negro, su aspecto era formal. Irit vestía como una novia.

Marry me, dijo ella por tercera vez.

2

Al principio Ulises no supo qué hacer. Repitió la rutina de la foto hasta que asumió que Irit había entendido. Además de tener hijos Ulises seguía casado, no podía casarse otra vez de no mediar divorcio. Su matrimonio representaba una frontera, un país del que se había exiliado pero que no dejaba de existir aunque le diese la espalda.

Sin embargo Irit volvía a la carga.

A Ulises no se le ocurrió otra cosa que recurrir a Ari. Era el único que podía hacer de intermediario.

Irit aceptó a regañadientes. A esa altura estaba arrepentida de su exabrupto, la idea del matrimonio lo había envilecido todo. Ya no podían entenderse como antes, ahora necesitaban un traductor.

Como Ari estaba en Jerusalén (tenía una reunión en el American Colony Hotel), el encuentro ocurrió en el café Al Omal al caer la tarde.

Fue tenso en el arranque. Ari hacía malabarismos para traducir a la vez que trataba de colegir si intermediaba entre locos.

Ulises lo forzó a explicar los pormenores de su circunstancia, a subrayar que su prioridad era la búsqueda de los niños. Así supo Irit de la fuga de Gaby, del secuestro de sus hijos. Por fin le cerraba todo como al final de un cuento. Entendía la tristeza de Ulises en el ómnibus y la forma en que vibraba al contacto, el dolor nos arrebató la forma humana.

Se lo pusiste clarísimo, dijo Ari a Ulises expresándole su acuerdo. ¡Sinceramente, todo este asunto me sonaba chino!

Después fue el turno de Irit. Ulises oyó en silencio las disculpas que expresaba mediante Ari. La propuesta de matrimonio había sido una inspiración de la que no renegaba, pero no había pretendido ponerlo entre la espada y la pared.

Atendiendo a Ari, Ulises comprendió la explicación que Irit había intentado darle una y mil veces (en vano, dado que los gestos no cuentan bien los procedimientos burocráticos) empleando tan sólo señas: le decía que ella tampoco podía casarse por las vías convencionales, dado que Ulises no era judío y en Israel el matrimonio válido es religioso.

Ahora me quedo más tranquilo, dijo Ari a Irit en hebreo. ¡Toda esta historia resultaba un disparate!

Irit sabía que Ari estaba en lo cierto, pero el comentario la ofendió de todos modos. Por eso le explicó que aunque la había retirado, la oferta nunca constituyó un imposible. De haberlo deseado podrían haberse casado vía Paraguay: el trámite costaba dos mil dólares, le constaba desde que su prima se comprometió con su novio palestino. No importaba que Ulises siguiese unido a Gaby en territorio argentino, del mismo modo en que no importaba que el trámite fuese inválido en Israel. La

legislación paraguaya creía ciegamente en el amor, por cuanto lo permitía casi todo.

Cuando advirtió que Ulises se quedaba sin habla (estaba considerando la posibilidad que se había abierto, la puerta que veía donde hasta entonces sólo había visto muro), Irit se levantó de la mesa y le tendió la mano.

Ari protestó de manera formal, lo dejaban solo en el mejor momento y con la cuenta impaga. Pero Irit y Ulises ni siquiera lo oyeron, Ari había sido expulsado de su burbuja.

Los vio irse rumbo a la Puerta de Damasco, perderse entre la gente.

Es así, le dijo en español al cajero, a sabiendas de que no le entendería una palabra. El mundo está como está porque la gente menosprecia el esfuerzo de los diplomáticos.

Pero al final terminamos arreglando todos los quilombos.

3

Ulises se deja conducir hacia la Ciudad Vieja. Al principio cree que Irit busca distracción, huir de la nube que pende sobre sus cabezas desde que dijo *marry me* como la más predecible de las casaderas. Pero Irit lo arrastra con energía, cambia de calles como una bengala. Al fin da con escalones que vienen del cielo. En Habad Road existe una escalera que comunica la calle con los techos de la Ciudad Vieja.

Estoy viviendo una canción de Led Zeppelin, dice Ulises.

Irit lo conduce hasta una balaustrada. Desde allí se ve el mundo entero. Lo que está más próximo son los pasillos de la *yeshiva*, la escuela a que acuden los judíos ortodoxos. Detrás se alza el Domo de la Roca, con su cúpula dorada. (*All that glitters is not gold*, las chapas que visten el Domo son de aluminio.) Ese edificio cobija la piedra sobre la que Abraham tendió a Isaac antes del sacrificio; la misma piedra que Mahoma usó de plataforma, al emprender el ascenso al Cielo. A la derecha se ve la mezquita de Al Aqsa y al fondo el Monte de los Olivos. En el Monte están la Iglesia de Todas las Naciones y el Jardín de Gethsemane, donde Jesús veló la noche previa a su arresto.

Y por encima de todo la luna temprana. Ulises repara en su encanto, allí la luna hace cosas insólitas. Esa tarde es delgada y en forma de u, la pestaña dorada de una bayadera.

Fuman el *hash* que Irit escondía en su bolso.

Ulises se deja calar por la visión. El silencio de Jerusalén invita al recogimiento. Los pocos sonidos que ascienden hasta esas alturas (las voces maternas convocando a la cama, los televisores) funcionan como arrullos.

Empieza a entender lo que Irit pretende al llevarlo allí, al enseñarle la convivencia de los templos. Cuando cae el sol la batalla cesa y los enemigos deponen su odio para concederse horas de amor. Si hasta los conjurados reconocen que hay algo mejor que la guerra, ¿pueden ellos cerrarse a un futuro bajo ese cielo?

En los últimos tiempos había sentido rabia y dolor y miedo y desconcierto y culpa pero nunca emoción, la emoción de habitar el momento, de intuir una verdad más grande que su existencia. Eso es lo que siente entonces, mientras contempla el panorama desde Habad Road. Ni siquiera se mueve, el niño entra al templo y se vuelve estatua, el ruido de un paso rompería el sortilegio.

El cigarrillo arde entre sus dedos. Se deja quemar.

Esto es lo que Irit dijo en las terrazas, aun a sabiendas de que Ulises no comprendería sus palabras.

A esta hora Jerusalén es el sitio más calmo de la Tierra. No se oyen gritos ni disparos ni estallidos. No pasan jets ni zumban helicópteros. ¿Puedes sentirlo? Aquí el silencio es continente.

Al final del día el mundo se olvida de las armas. La noche fue hecha para otra cosa. Para el amor, sin duda alguna. Y también para soñar. Una vez vi una película cuya protagonista decía: somos el sueño dentro del sueño. Mira allí. Es la mezquita. *The mosque*. Ahí está la *yeshiva*. *The religious school*. Y más allá la iglesia, *the church!* Puedes abarcarlas con la misma mirada. Las ves conviviendo en paz, coexistiendo en el mismo plano, y te preguntas: ¿por qué no?

Todos los hombres que amé y perdí estaban consagrados a sus metas. Vivían haciendo foco, ponderando el blanco. Este mundo bendice la iniciativa, pero ¿cuántos de los objetivos que perseguían eran dignos de tal dedicación? En cambio tú has renunciado al mundo. Te bajaste a los tumbos, como bajaste del ómnibus. Vives por vez primera en la ciudad de tus afectos, donde te has perdido. Todo lo que quieres es encontrar el rumbo. Eso es refrescante para mí. Al tiempo que te torna inaccesible.

No puedo amarte de la manera convencional. Pero puedo ser tu aliada. El rol no me molesta. Tu pasión es más real que mi mundo. Por eso voy a ayudarte. *From now on. Me. Help you.*

Te traje a este sitio por una razón simple. Cada vez que me deprimó, vengo aquí y me convengo de que todo es posible.

Es un regalo. Mi regalo para ti. *Remember: Habad Road!*

Por si alguna vez te desanimas.

Capítulo siete David Kaufman (IV)

1

Trataron de concebir entre 1959 y 1962, sin suerte alguna. Hoy es posible clonar ovejas y crear ranas traslúcidas, pero en aquel momento los tratamientos de fertilidad eran primitivos. Tenían más de chamánico que de científico. El doctor Myers arengaba como un *coach* antes de un enfrentamiento: vitaminas y hierro, buen descanso, sexo regulado y a esperar contra toda esperanza.

Una tarde de noviembre de 1962 Miriam llamó al estudio con este propósito: convocar a David a una cita en el Central Park.

David encontró extraña la propuesta, que lo obligaba a trasladarse al otro extremo de la ciudad. Por aquel entonces vivían en el Soho. David tenía oficinas en el Lower East Side, cerca de su casa natal de Canal Street. El sitio había cambiado mucho, ya no quedaban rastros de la comunidad judía a excepción de la sinagoga de Eldridge: se había convertido en una sucursal de China, que le proveía la mayor parte de sus clientes.

Quiso deshacer el encuentro pero fue imposible. Su secretaria se había limitado a registrar el recado y Miriam ya no respondía en el apartamento.

Aunque llegó tarde todavía no había rastros de su mujer.

Se sentó en el borde de la fuente de Bethesda, dando la espalda al lago. No sabía qué hacer con las flores que había comprado para compensarla por la demora. Lo ideal habría sido rosas amarillas, pero no había conseguido más que un ramo de lilas. Los adolescentes lo miraban como si estuviese desnudo. Optó por levantarse para no ofrecer blanco fijo, la acción disimula la vulnerabilidad del que espera.

La fuente de Bethesda era el sitio favorito de Miriam. El ángel que la preside lo había intrigado siempre. Miriam le había dicho que se trataba de la primera obra artística que New York encargó a una mujer, la escultora Emma Stebbins. La estatua de bronce estaba allí desde 1873, protegiendo el Acueducto Croton que garantizó a Manhattan suministro potable.

David tenía la noción de que la imagen remitía a un suceso milagroso, del que lo ignoraba todo. La actitud del ángel promovía el misterio: con sus alas desplegadas y sus rasgos andróginos, acunaba una lila en su brazo izquierdo (por lo menos no era el único en cargar flores por el parque) a la vez que estiraba el otro brazo hacia delante. El gesto que su mano perpetuaba era impreciso. En vez de bendecir las aguas a la manera tradicional, esto es, con la mano abierta, el ángel desplegaba índice y pulgar, como si estuviese buscando otra estación de radio o cambiando de canal en la TV. Así se sentía David en ese instante. Manipulando lo inefable entre sus dedos, tratando de sintonizar el mensaje correcto.

Estoy embarazada, dijo la voz de Miriam a sus espaldas.

David tenía tanto miedo de creer, que Miriam lo comunicó con el doctor Myers desde un teléfono público.

2

Veinte años después visitaron la Bethesda original. Bill Marwick se había retirado y viajaba con su esposa, no tuvieron más opción que hacer de anfitriones durante su estadía en Israel.

Las fuentes de Bethesda estaban dentro de la Ciudad Vieja, cerca de la Puerta de los Leones. Los Marwick eran católicos, quisieron visitar la iglesia medieval construida sobre la cueva en que nació la Virgen; se llamaba St. Anne como la madre de María y resultaba bella en su simplicidad.

Mientras los Marwick oraban Miriam se escabulló. Vagaba por el predio, que incluía las fuentes. No eran gran cosa, un enorme foso que albergaba restos de construcciones en piedra: cisterna, canales, baños. David acortó la distancia que los separaba, el sitio podía ser peligroso.

Se le ocurrió disimular que la vigilaba, recurriendo al folleto que le habían dado cuando pagó la entrada. Aunque al principio sólo fingió leer, no tardó en verse atrapado por el texto.

No decía nada de ningún ángel pero incluía algunos versículos del Evangelio según Juan. Jesús había sido abordado en Bethesda por un hombre que llevaba treinta y ocho años postrado. El hombre explicó que nunca participaba de los baños curativos, porque nadie aceptaba cargarlo durante la ceremonia. (Según entendió, el rito consistía en hundirse en las aguas mientras alguien, no estaba claro quién, las removía.) Cuando intentaba arrastrarse hasta la orilla, se le adelantaban aquellos enfermos que podían hacer uso de sus pies.

Jesús decidió sanarlo, pero antes le hizo una pregunta que David encontró desconcertante: «¿En verdad quieres ser curado?». El hombre había estado tullido durante décadas, ¿cómo podía no ansiar la salud?

Guardó el papel y buscó a Miriam con la mirada. Se le había escapado, estaba del otro lado de la cisterna, contemplando el fondo del pozo. Allí iban los enfermos a quienes se les negaba entrada al Templo, los descastados, la escoria de la Tierra. Acudían a bañarse en las aguas que el ángel había bendecido, contaminándolas con su poder. Ahora no había más que un charco remoto, memento de la última lluvia.

Ángel de la Torah o Jesús de los Evangelios, a David Kaufman le daba igual. Todo lo que quería era que alguien obrase el milagro.

3

El narval se había habituado a su presencia. Durante el día se mostraba inquieto (*inquieta*, se corregía: no debía olvidar que se trataba de una hembra), nadando en zigzag de un extremo a otro. Parecía resentir la abundancia de visitantes, en especial de los niños.

Cuando los colegiales se aplastaban contra el vidrio elegía apartarse. Buscaba el punto más distante del tanque y allí se quedaba. A esa distancia resultaba casi invisible, para frustración del público.

Al amainar el viento de las visitas se permitía volver. Dejaba de viajar como torpedo y flotaba. A menudo lo hacía delante del vidrio, como si le gustase ver además de ser vista.

Su piel era blanca, veteada por algunas manchas sobre el lomo. Cuando la luz le pegaba de lleno, brillaba como si se alimentase de neón.

Una vez que se quedaban a solas, David se permitía hablar en voz alta. Costumbre que no había podido quitarse, después de practicar durante años en presencia de Miriam. Se sentía menos ridículo haciéndolo allí, delante del narval, que en la soledad del apartamento de Pinsker.

Al principio le deseaba buenos días con un susurro, para no escandalizar a la concurrencia. Pero al percibir que la sala se vaciaba a ciertas horas acopió coraje. Con el correr de los días acabó hablando con naturalidad. Ahora esperaba con ansia que los visitantes se fuesen, o que al menos continuasen con su recorrido.

Lo que decía era lo de menos, le ponía sonido al discurrir de su pensamiento. A menudo refería los recuerdos que rondaban su cabeza. Ya le había contado la historia de las dos Bethesdas, al día siguiente le leyó fragmentos de una obra de Thornton Wilder que recreaba la leyenda, *The Angel That Troubled the Waters*.

Otras veces se trataba de detalles cotidianos: el último parte médico sobre sus rodillas, noticias de sus parientes de los Estados Unidos, la vida sentimental de Djuna.

Podía pelar la mandarina que había llevado en un bolsillo y entre bocado y bocado decir.

«¿Cómo terminará todo? Si lo del calentamiento global es verdad, pronto estaremos otra vez bajo el agua. Nos convertiremos en mamíferos acuáticos, como los delfines. Nuestros átomos reencarnarán en peces. Quizás el cielo que buscamos en lo alto haya sido siempre el océano. Quizá los mares, como las religiones, estén destinados a ser uno otra vez.

»A fin de cuentas agua es lo que somos. Sudamos y lloramos agua de mar. Un tomate es agua en un noventa y cinco por ciento. El cuerpo de una medusa es agua en un noventa y ocho.

»Y sin embargo seguimos sabiendo poco y nada del océano. ¡Tenemos mejores

mapas de Marte que de las profundidades!

»*Agua* es un sustantivo incontable.

»Yo ya no tengo nada. He perdido todo lo que me importaba. ¿Qué nombre le pondré a esto que siento, pues? ¿Es aquello que llaman esperanza? Sería una bendición impensada a esta edad. Algo insensato, a juzgar por el estado del mundo. Como la paternidad de Abraham.»

Después de lo cual alzaba un trozo de cáscara y lo miraba al trasluz. Encendida por el contraste, la cáscara revelaba una profusa trama de puntos —como estrellas.

Lo cual podía dar pie a la siguiente conclusión.

«Soy como Ray Milland en *The Man with the X-Ray Eyes*, pero de buena manera: no puedo dejar de percibir el uno que hay en lo múltiple. ¡Ve el firmamento en una mandarina!»

Y así seguía hasta que Brodsky le decía que debía irse, que había llegado la hora de cerrar.

David sabía que no le correspondía a Brodsky recordárselo (para eso estaban los guardias, con quienes ya había hecho buenas migas), pero no protestaba.

Con tal de que lo dejaran frecuentar el acuario, tolerar a Brodsky no le costaba nada.

A veces Brodsky espiaba a David desde el umbral de la sala. Se escondía detrás del muro y lo miraba hablar, aunque a esa distancia no entendiese una sola palabra de lo que decía.

Lo fastidiaba que se quedase allí tanto tiempo, que se adueñase del lugar con la aquiescencia de los guardias. Más de una vez lo había visto leer el diario, como si estuviese en el living de su propia casa. O comerse un sándwich y después una fruta. ¡Ése no era sitio para un picnic!

Pero lo que lo irritaba al punto de volverse fascinante eran los soliloquios del viejo. Por eso se escondía: para verlo perorar, gesticulando delante del cristal como el actor ante el espejo. Algún día le sacaría una foto, ya le probaría a la gente del bar que no estaba inventándoselo.

Viejo loco. Debía estar enamorado del narval.

Lo confundiría con una sirena.

Capítulo ocho Ulises (II)

1

¿Qué estaba haciendo?

Se formulaba la pregunta con asiduidad, en la esperanza de que lo sorprendiese una respuesta distinta. Pero nunca recibía otra cosa que el eco de su temor original: la relación con Irit era insensata, no tenía ni pies ni cabeza. Ulises contaba con un tiempo limitado (su visa expiraba en diciembre, Ari sospechaba que no se la extenderían) y debía dedicarlo a la búsqueda de sus hijos. Cada segundo escamoteado a la tarea era un segundo perdido. Cada shekel malgastado era un signo de irresponsabilidad.

Aun así no se resignaba a la idea de apartar a Irit de su lado.

Le confiaba más tareas cada día, a sabiendas de que esa decisión lo volvería todavía más dependiente. La campaña le rendía así un servicio inesperado. Mientras buscara a sus hijos (lo cual era igual a decir: mientras sus hijos siguiesen lejos), Irit permanecería cerca.

Cuando trataba de justificarse (¿a quién pertenecía la voz que lo atormentaba: a su *daimon* o a sus demonios?), optaba por abjurar de su responsabilidad. A fin de cuentas no se trataba de algo que hubiese planeado. Su conmoción era consecuencia del signo imprevisible del encuentro. Irit había irrumpido en su vida en un momento de raro descuido, descubriendo a un Ulises con las defensas bajas. En esas condiciones se había convertido en un blanco perfecto para sus atenciones.

Ninguna relación lo había perturbado tanto. No desde Gaby, cuando menos. Ni siquiera estaba seguro de que la comparación fuese apropiada. Gaby había conocido a un Ulises entero. En aquel entonces era una estrella en ascenso en la universidad, los profesores se lo disputaban como ayudante de cátedra. En cambio Irit lo levantó del suelo cuando era un guiñapo.

Tampoco podía pensar en términos de futuro. Ignoraba qué sería de su vida si regresaba a Buenos Aires con las manos vacías, tanto como ignoraba qué haría de dar con los niños. Podía terminar viviendo en cualquier parte con tal de no alejarse ni alejarlos de su madre; podía terminar trabajando de cualquier cosa —o haciendo cualquier cosa.

Todo hombre tiene un punto de quiebre. Siempre lo había intrigado la noción del suyo propio, en tanto lo imaginaba remoto como otra galaxia. Ahora que era consciente de que esa grieta podía estar cerca (¿cuántas personas se habrían ahogado de estar en su lugar, boyando a la deriva en aguas procelosas?), su misterio lo seducía aún más.

Como una mujer imposible.

2

Ulises desconfió siempre del lenguaje.

Empezando por su propio nombre. Demasiado pesado. Lo condenaba a vivir de su ingenio, a completar una odisea antes de volver a casa.

Había acordado con Gaby respecto de Tadeo. Era un nombre aséptico, sin carga alguna. Le permitiría a su hijo crear su propia vida libre de ataduras. Pero con Alicia se había descuidado. Gaby insistió, le parecía precioso. Terminó abusando del nombre en su favor: había empujado a Alicia a un pozo insondable, así como Lewis Carroll a su personaje.

Las palabras lo dejaban expuesto. O lo lanzaban a la batalla contra la realidad. Más de una vez la había violentado para que encajase en el agujero del lenguaje, su modelo puro e ideal. Por eso se había aferrado a la práctica de la mentira. Mentir lo despojaba de todo lastre. En su universo gravado por la culpa, cualquier cosa que alivianase constituía un valor.

Su vida entera había sido un aprendizaje del arte de la mentira. Lo habían embaucado sus padres y sus amigos, sus profesores y sus jefes, sus pacientes y su mujer. Lo engañaban los curas y los gobernantes, los periodistas y los historiadores. La trama de mentiras se tornó tan espesa que terminó sustituyendo a la realidad.

En *Sylvie and Bruno Concluded*, Carroll imagina un mapa «en la escala de una milla a una milla». Los granjeros protestan porque el mapa cubriría el país entero, bloqueando la luz del sol. Lo que Carroll pretendía absurdo se había convertido en verdad. El mapa de mentiras había cubierto la realidad entera. En escala uno a uno. Privándonos de la luz.

La dictadura fue su maestra en materia de eufemismos. Bajo su égida no había muertos sino *desaparecidos*. Eran lo mismo que los palestinos para Golda Meir: algo que no existía, que no estaba allí. Desde entonces la muerte había dejado de ser punto final para ser reemplazada por puntos suspensivos. La expresión gráfica de algo inconcluso, liberado por ende del peso de la responsabilidad.

Sus estudios lo convencieron de que el lenguaje ocultaba más de lo que decía. Y la experiencia en la cárcel lo empujó al otro lado del espejo. En el universo de los condenados las palabras constituían una dimensión autónoma, por completo ajena a la verdad. Los presos dejaban de reconocer la potencia confesional del discurso, del mismo modo en que la víctima de un mal neurológico deja de ver un color. Liberados de las presiones ontológicas, cultivaban lenguaje por placer. Decían *engomar* por encarcelar. *Ser gato* significaba ser tonto. *Hacer bondi* era generar caos.

A diferencia de sus congéneres de allende los muros, podían decirlo todo, eran libres de hacerlo sin pagar (más) penalidades. La escasa coherencia en el discurso no era incoherencia sino lógica alternativa. Narraban los crímenes más atroces y se decían inocentes en el mismo párrafo, sabiendo que no incurrían en falta: en el

lenguaje eran libres, el único territorio en que se les permitía reescribir su historia.

Así se manifestó su propia crisis en el comienzo. En el silencio como renuncia al espejismo de la comunicación, un mutismo que Gaby interpretaba como repudio a su persona. Y más tarde en el uso de la lengua como fuerza de choque: dijo las cosas más terribles para reconfigurar el valor de las palabras, una esgrima que Gaby creyó destinada a herirla.

Pero en Israel se había quedado sin razones para mentir. Ahora podía callar sin que nadie lo cuestionase. Ahora podía decir la verdad sin temor al ridículo, a la exhibición de debilidad. ¿Para qué mentirle a Irit, si estaba dispuesta a oírlo todo de sus labios —hasta lo incomprensible?

Había sido alcanzado por la palabra *Ulises*. Se había convertido en un náufrago. Buscaba el camino de regreso a la patria del sentido.

Ulises e Irit no podían malentenderse como los Franz y Sabina de Milan Kundera, porque ni siquiera compartían un lenguaje. La falta de este código en común jugó a su favor, evitándoles el peligro de esclavizarse a las palabras. En consecuencia su relación equivalía a la exploración de un territorio nuevo, sobre el que avanzaban sin reaseguros.

3

El rasgo más desconcertante de Irit era su desprendimiento. Habitado a los dictados de la conveniencia (todas sus relaciones pretendían algo de él, y viceversa, a excepción de los niños: Tadeo y Alicia eran los únicos que lo amaban aunque no hiciese nada para merecer esa efusión), Ulises consideraba a Irit como alguien que no pertenecía a este mundo. Ella no le pedía nada, no esperaba nada. Se limitaba a estar cerca, siempre disponible pero a distancia prudente, evitando que Ulises se asfixiase.

Otra mujer se habría apeado al comprender que se trataba de una relación condenada. Ulises no estaba en condiciones de comprometerse ni de construir futuro. Sin embargo Irit no había puesto condiciones desde la visita a Habad Road.

Parecía haber fundado sus días sobre la asunción de lo peor. Sabiendo que no lo tenía y que no lo tendría, que nunca podría contar con él. Y sin embargo se la veía feliz. ¿Había algo que aprender de su experiencia, de ese puro presente que habitaba? Ulises sospechaba que tener la fortaleza para vivir de esa manera (él no la tenía, de eso estaba seguro) debía ser liberador, y de modo embriagante.

La ayuda incondicional de Irit terminó renovando su fe. Con Ari era diferente, para Ari la cuestión de los niños era una pelota más en su juego malabar, pero Irit se había entregado entera a la búsqueda. Su aplicación tenía mucho de escolar. Le enseñó frases elementales con que abordar a la gente, diseñó afiches con la imagen de los niños y el pedido de ayuda. Cortó pegó fotocopió. Aunque era evidente que el despliegue no supliría los oficios legales, le devolvió algo parecido al equilibrio.

Ulises vislumbraba algo que hasta entonces había considerado imposible: la perspectiva de una nueva inocencia, de que completar un *loop* de su ciclo vital llevase aparejada la posibilidad de empezar de nuevo. Al fin y al cabo estaba llegando a la mitad de su expectativa de vida, cerrando el primer círculo (el cero) para abrir el segundo, aquel que terminaría configurando el infinito.

La satisfacción que sentía al trabajar con Irit tenía mucho de semántica: estaba «haciendo los deberes», «cumpliendo con su tarea». Al convertirse en un buen alumno (en un niño, en un inocente redivivo), aplacaba la culpa que hasta entonces lo había perseguido.

Culpa por no haber despertado a tiempo. Culpa por haber hecho posible el secuestro.

Gaby y Ulises habían tramitado un permiso para sacar a los niños del país. Trataban de evitarse futuras complicaciones: sentían la necesidad de estar preparados para lo peor, en la Argentina nunca se sabe cuándo habrá que salir corriendo con lo puesto. En ese caso Ulises podría adelantarse en la exploración del terreno y Gaby seguirlo una vez resuelta la contingencia.

Tardó en comprender que alguien había escoltado a Gaby al aeropuerto en su ausencia. Alguien que se había hecho pasar por Ulises. Munido con su propio documento de identidad, el duplicado que tramitó cuando pensó que había perdido el original. Alguien que firmó la autorización en su nombre, imitando la letra que tan bien conocía.

El Judas de su mejor amigo.

Ni siquiera pudo gritarle. Se quebró durante la confesión, del mismo modo en que seguramente se había conmovido ante el dolor de Gaby. (Era un flojo, cualquiera de sus monstruos le habría sostenido la mirada mientras decía *soy inocente, soy inocente, soy inocente.*)

Le pidió disculpas a la vez que juraba no estar arrepentido. Había actuado así «por su propio bien». La reacción desmelenada de Ulises constituía la mejor prueba, su primera actitud humana en años. Hasta ese entonces se había comportado como un zombie, un muerto en vida; nadie podía alcanzarlo, nada lo conmovía. Ni el desamparo de su mujer, ni la angustia de sus padres. Los viejos habían llegado a convencerse de que tomaba drogas. Dentro de su pasmo el argumento los consolaba, en tanto suponía una causa racional: la droga explicaba su conducta enajenada.

Su amigo no hoció nunca. Ni siquiera cuando le preguntó qué ocurriría si ya no recuperaba a sus hijos.

En ese caso todos pagarían el precio de sus acciones. Lo cual no borraría el hecho de que Gaby había procedido de manera comprensible. No podía condenarla, Ulises no le había dejado otra salida. Ella lo había intentado todo. Trató de hablarle una y mil veces, consultó a un terapeuta, sondeó a sus amigos y colegas. Hasta intentó darle celos, también en vano: Ulises había encontrado la evidencia plantada (las dos tazas de café servidas en su ausencia, las colillas de Marlboro) y callado una vez más, eligiendo el confort del capullo en que se había convertido su mundo.

Con el tiempo Gaby se resignó al argumento de las drogas, al igual que los demás. Le tornaba más fácil explicar su predicamento a propios y ajenos. El veneno de Ulises se había convertido en tema recurrente. Resultado de la necesidad de simplificar para obtener tranquilidad. La verdad es una sustancia compleja, ¿para qué producirla cuando un placebo consigue resultados?

Ulises imaginaba que habían armado una columna con sus conductas y otra con sustancias ilegales, uniéndolas con líneas de puntos; su autodestrucción convertida en

test de *multiple choice*. Algunos habrían creído que tomaba psicotrópicos recetados por un médico, otros habrían pensado que los presos le suministraban pasta base. (Ésta era una pregunta con trampa, dado que ambas respuestas eran correctas.) ¿Qué mejor forma de explicarse su opacidad, su distancia de todo y de todos, el desdén que se había convertido en su único talante?

No hizo nada para disuadir a su gente del error. Ni siquiera avisó de su viaje a Israel. Nunca entenderían que las drogas no tenían nada que ver con su conducta, que no lo habían forzado a hacer nada ajeno a su voluntad. Eran tan sólo la banda sonora de su film, la música que coloreaba sus explosiones.

En realidad habían funcionado como anestésico. Un paliativo en la hora de la agonía, morfina para los dolores de la era moribunda. Un alivio a la presión de su mente-supernova.

Estrella a punto de estallar.

Capítulo nueve Irit (II)

1

Nina hizo lo imposible para disuadirla de su renuncia.

Primero apeló a la responsabilidad. La labor del instituto se multiplicaría con la Intifada, les lloverían los huérfanos; la necesitaba más que nunca.

Después batió el parche de los sentimientos. Se llevaban tan bien trabajando juntas... Era obvio lo que ocurriría si renunciaba, terminarían distanciándose.

Sobre el final, incapaz de metabolizar la derrota, no dudó en golpear bajo. Le dijo que lo estaba haciendo por los motivos equivocados. Dejando un empleo que la satisfacía para entregarle su vida a otro, ¡y a cambio de nada!

Desplazas tu ternura al sujeto equivocado. Ese hombre no es un huérfano. En todo caso es un fabricante de huérfanos. Su mujer debió tener motivos para abandonarlo. Espera a conocerla antes de decidir. ¿Acaso te consta que no se trata de un abusador, un golpeador —un terrorista?

Irit ni siquiera se molestó en rebatirla. Llenó la caja con sus cosas mientras sonreía. Era una sonrisa que Nina conocía bien. Su mueca filosófica, la que se colgaba frente a lo inevitable, cuando asumía que las cosas eran como eran y ya no serían de otra forma; el truco al que acudía para desencallarse.

Vaya amiga que tengo. Me sacas de quicio y te vas, para que me arranque los pelos a solas. ¡Lo menos que puedes hacer es invitarme a un trago!

Ni loca. Bebida eres aún más prepotente que sobria. Así que dime gracias, te estoy ahorrando el tiempo y la borrachera. Nos vemos pronto.

Irit ya estaba en el umbral con la caja en brazos cuando la oyó decir.

Ese corazón tuyo acabará matándote.

Ojalá el *ben zoná* no te lo haga pedazos.

2 Corazón (bis)

Ignoro quién fue el primero en sugerir que el corazón es epicentro de la vida amorosa. Quizás haya sido un poeta, o un galeno al que la visión de una mujer llevó al borde del infarto. ¿Qué habrán imaginado los antiguos, al percibir que las emociones ponían su pecho en marcha? Lo cierto es que la asociación se tornó duradera, entre otros motivos porque la ciencia terminó avalando su agudeza.

El corazón podría ser definido como un músculo de naturaleza binaria: una unidad que en realidad es doble, que funciona en dos tiempos, que anticipó el código digital en su tránsito del cero al uno (y del uno al cero) y que sugiere, al fin, que nada es a no ser que cuente con su mitad restante o complemento.

El corazón está compuesto por dos mitades laterales, denominadas corazón izquierdo y corazón derecho. Cada una de esas mitades responde a la realidad también doble de la sangre: por una de ellas circula la sangre venosa y por la otra corre la sangre arterial.

A su vez, cada una de estas mitades está dividida en dos: la superior, aurícula o atrio, y la inferior, llamada ventrículo. Una forma elemental pero efectiva de dibujar el corazón sería trazar dos signos de infinito, verticales y superpuestos.

El movimiento que produce también es doble: sístole y diástole. Acción y reposo. Yin y yang, complementación perfecta: el sistema se arruina en ausencia de uno de sus términos.

Por último: el músculo cardíaco es *miogénico*. Un adjetivo interesante. Significa que se excita a sí mismo.

Todos somos miogénicos. E Irit más que nadie.

Capítulo diez Irit / Ulises (II)

1

Tardaron días en empapelar Tel Aviv y Jerusalén con los afiches.

Si ha visto a estos niños, por favor comuníquese a los siguientes números. (El móvil de Ulises, el teléfono del local de Irit.) Generosa recompensa.

Trató de convencerla de que incluyese en el texto la palabra «secuestro». Le conferiría a la cuestión la gravedad del caso. Ulises había comprado diccionarios de bolsillo para circunstancias de fuerza mayor, español-inglés, español-hebreo. Lanzaba palabras sueltas con la velocidad del ninja y sus estrellas de plata: *to kidnap, to abduct, kidnapping, lajtof, jotef!* (Su diccionario de hebreo no incluía *secuestro*, tan sólo *secuestrar, secuestrador.*) Pero Irit no lo entendió, o no quiso entenderlo. Así que la dejó hacer. No tenía derecho a demandarle más.

Ella trabajaba de manera infatigable. Era su cabeza, sus manos, sus pies, su boca. Cuando los soldados se ponían difíciles, los daba vuelta como guantes. A algunos los convencía a fuerza de seducción. A otros los remataba con la credencial del instituto, de la que no se había desprendido al renunciar. Le daba al asunto una pátina de legalidad, aun cuando carecían de permisos.

Hubo muchos llamados pero ninguno conducente. Por lo general danzaban en torno a la cifra de la recompensa. Trataban de evaluar si valía la pena tomarse la molestia.

Uno de los primeros en telefonar fue Ari. Se comunicó al móvil de Ulises. Sonaba entre furioso y divertido.

Buenas tardes, llamo por el afiche. De los chicos no sé nada, pero vi a un pelotudo grande que se les parece bastante. ¿Hay alguna recompensa por entregarlo?

Aunque protestó por la interferencia, terminó resignándose. Como Ulises le hacía notar que seguía sin obtener resultados (nadie psicopatea mejor que un psicólogo), acababa por cerrarle la boca.

2

Irit tenía pensado pegar afiches en Haifa y Eilat, las cotas norte y sur de un país de extremos. Pero los territorios palestinos la preocupaban. Allí había muchos asentamientos judíos en los que Gaby podía haberse ocultado, y en consecuencia haber sido vista. El acceso a esas comunidades no era fácil. Por lo general estaban llenas de ortodoxos que sospechaban de todo y de todos —empezando por los judíos seculares como ella.

Con el mapa desplegado, trató de explicarle a Ulises la importancia de esas poblaciones a la vez que sus dificultades para llevarlo allí. *Me, can't go there. No safe. But you must.*

Ulises asimiló el torrente de signos como pudo, mientras se mordía el labio inferior hasta sacarle sangre.

Después fue a su maleta y regresó con la solución.

Fayeq Haridi, Taxi Service, decía la tarjeta. *All around permits, international prices.*

3

Con Fayeq como guía aficharon Belén y después Ramallah.

Se había ofrecido a llevarlos en el taxi, pero Irit prefirió rentar un Fiat Punto y seguirlo; la ilusión de preservar independencia de movimientos, un mínimo de control sobre sus vidas.

Al principio Fayeq pareció resentir el arreglo, sin embargo se acomodó pronto a sus posibilidades. Llamaba a Ulises por el móvil y conversaba de vehículo a vehículo, en el esperanto que había acuñado para comunicarse con su cliente.

Cuidao *this checkpoint hi-na not good*, no bueno. *We better linhog* poquito más, *yal-la!* ¡Treinta kilometers! *Apres-la, tutto liso...* Uh, listen! Monserrat Caballé wi Freddy Mercury, ¿te gusta? Is-tan-na, is-tan-na...

Fayeq cantaba las canciones de la radio y Ulises ponía el móvil en la oreja de Irit.

Cuando Irit lo oyó por primera vez (en la voz de Fayeq, el estribillo celebraba a la ciudad de Bar-za-lo-o-na), se rió tanto que casi pierde el control del auto.

A mitad de camino hicieron una escala técnica, el taxi necesitaba combustible. Ulises sembró el lugar con afiches. Mientras tanto Irit cruzó la calle, los cristales la atraían con su música hipnótica.

La vereda del negocio estaba llena de objetos de vidrio. Los había de todas formas y colores: botellas y jarras, dijes y esculturas, aretes y floreros. Algunos colgaban del techo, la brisa jugaba a que eran campanas.

Adentro el calor era intolerable. Tuvo miedo de seguir avanzando, todo lo que la rodeaba era frágil.

Apenas sus ojos se habituaron a la penumbra divisó el horno, una criatura de barro con tres bocas rojas.

Un chico atizaba el fuego, las mejillas arboladas de un recién nacido. A un costado había canastos con la materia del sacrificio. Obsidiana, cristal de roca, ágata, ónix. Vidrios rotos y arena.

El viejo se movía como si estuviese en trance. Armado con una vara hueca. Dentro del horno había una fuente de líquido incandescente. Hundió la vara allí, pescando en la lava.

Retorcía la pértiga y el globo de la punta crecía de tamaño.

Materia con la consistencia de la miel. El viejo evitaba que se derramase a golpes de muñeca. De tanto en tanto soplabá por el extremo de la vara. Con cada bocanada el cristal líquido se hinchaba más. Cuando apartaba sus labios para tomar aire se contraía un poco, corazón en sístole.

Poco después retiró el globo y lo frotó contra una chapa. Al bajar su temperatura fijaba la forma que retocaría más tarde, con un par de peculiares tijeras.

Durante el proceso no miró a Irit ni una sola vez. El chico tampoco la había visto. Sólo tenía ojos para su mentor.

Irit se preguntó si la escena que presenciaba estaría ocurriendo en su presente o había sucedido en otro tiempo, que la toleraba en condición de espía. El viejo y el niño repetían movimientos de sus antepasados con la precisión que se reserva al rito. Las fotos que coleccionaba una de las paredes (en sepia, con epígrafes en árabe) sugerían que la empresa era longeva. Hasta ayer se heredaban saberes además de cromosomas, toda certeza sobre el cristal es fenicia en esencia.

Al cabo de segundos el globo volvió al horno. El combate entre el hombre y la materia estaba acotado por el reloj, no podía durar más que el fuego abrasador.

El viejo perseveraba sin apurarse. Se movía con gracia, consciente de que todo triunfo es momentáneo. El cristal nunca se convence de su solidez. Nuestras ventanas son líquidas, fluyen con lentitud insoportable.

Se hace tarde, le dijo Ulises al oído. Llevaba rato allí, había entrado a buscarla sin atreverse a interrumpir la ceremonia.

Irit reparó entonces en la imagen de sus cuerpos. Cada cristal de los que abarrotaban el lugar se había vuelto espejo: vio un centenar de Irit y de Ulises, en versiones libres. Siempre pintados de carmesí, contiguos como libros. Estaban expuestos como un objeto más, un coágulo de vidrio que se enfría en espera de forma.

Contenidos por copas y clepsidras. Prisioneros en el interior de cada lámpara.

Al terminar con los afiches Fayeq los invitó a su casa. Un edificio de dos plantas flanqueado por un jardín de olivos. Abajo estaba el garaje y el cubículo donde secaban las aceitunas. Se accedía al piso superior por escalera externa. Ascendía en paralelo a la ráfaga de la pared, un camino subrayado a trazo de metralla.

Fayeq les presentó a su esposa, que se llamaba Adla, y después a los niños. Seis varones de entre doce y tres años. Estaban habituados a protagonizar el espectáculo, se ordenaron de mayor a menor mientras Fayed los nombraba: Walid Amin Musa Raghíb Ibrahim Faidi. Después los mentó en sentido inverso, de menor a mayor: Faidi Ibrahim Raghíb Musa Amin Walid. El trompetazo del último nombre anunció su liberación. Rompieron filas con el estruendo de un batallón relevado de sus obligaciones.

Ulises no tuvo tanta suerte. Fayeq lo sentó en un sillón que olía a tomates y encendió la TV. Le enseñaba una variedad de canales deportivos tan interminable como tortuosa. La tarde en que le confesó su argentinidad, Fayeq replicó con una única palabra que (estaba convencido) lo decía todo: *Ma-ra-do-o-na*. Desde entonces había asumido que Ulises era un fanático, al igual que el común de sus compatriotas.

Fayeq parecía entender el español, con la única excepción de las palabras con que Ulises expresaba su desinterés por el fútbol. Ahora surfeaba entre estaciones a lo loco (Al Agariya, Al Forat, Al Hidayá, Al Hiwar), mientras daba cuenta de las bondades de su *satellite dish*.

Tengo todo. Bundesliga. Spanish League. Brasileiro *jogo bonito*. English League, Fre... *Voici, Zidane!*

Ni siquiera el té que Adla e Irit sirvieron a cuatro manos lo salvó de la tortura. Las mujeres repartieron tazas y se apartaron al comedor. Conversaban como viejas amigas, en un idioma hecho de jirones.

Ulises bebió en silencio. El cuerpo de Fayeq seguía a su lado pero su alma se había ausentado, capturada por el vórtice de la pantalla.

La casa era simple. Tenía algo del Gran Buenos Aires de los años setenta. En el revestimiento de fórmica del aparador, en las patas cónicas de los sillones, en las fotos familiares montadas sobre bastidores. A pesar de la profusión de niños, el lugar se veía ordenado y entero. Algunos objetos tenían rajaduras que supuso debidas a su entusiasmo: en la esquina del espejo, en la sopera redimida por el pegamento.

A pesar de que disponían de mejores sitios para retozar, los niños no se habían alejado. Los dos mayores miraban la TV imitando la postura de su padre: sentados en el borde del sillón, codos sobre la rodilla y mentón sobre los puños. De tanto en tanto silbaban entre dientes, en aquellos pasajes que el relator subrayaba con su fervor. (Hablen el idioma que hablen, los relatores futbolísticos suenan todos iguales.) El más pequeño estaba en faldas de su madre, diluyendo un terrón de azúcar con saliva.

Los otros jugaban con autos de juguete sobre las alfombras. Uno de ellos, aquel que se llamaba Ibrahim, debía tener la misma edad que Tadeo.

¿Dónde estaría su hijo ahora? Cuando se acercaba a otros niños, ¿en qué idioma se comunicaría?

6

Al oír el estruendo Irit y Ulises se miraron. En cualquier otro lugar habrían pensado en choque o demolición, pero entonces no dudaron: sonaba a bombardeo. Sin embargo Fayeq, Adla y los niños no parecían haberlo escuchado. Seguían cada cual en lo suyo. Hablando de la temporada del marido en Chile, atentos a una jugada peligrosa que nadie sancionó.

Transcurrieron segundos durante los cuales Irit y Ulises desconfiaron de sus sentidos. El segundo estallido sobrevino entonces, produciendo vibraciones en toda la casa. Las cucharas sonaron contra las tazas, en el interior del aparador las copas hablaban entre sí.

Adla percibió la inquietud de sus invitados y llamó a Fayeq a la cordura. El taxista hizo un esfuerzo sobrehumano para despegarse de la pantalla y explicarles lo que los demás tenían por obvio.

Los F16 bombardeaban la zona todos los días a la misma hora. No tenía sentido que se preocupasen, los jets empezaban la faena del otro lado de la colina.

Fayeq los instó a salir al balcón terraza.

You see? ¡Tranquilo, shoof, ber-fecto!

El balcón se abría a una visión panorámica del pueblo, un sembradío de casas que se embellecían a medida que trepaban sobre el monte.

A la izquierda se alzaba la colina más grande. Una nube de humo negro asomaba por detrás, desplegándose con pereza. Ulises se preguntó si el sol había cambiado de curso para ponerse por el norte. El resplandor rojizo se debía a las bombas, que los F16 descargaban con puntualidad.

Uno de ellos se detuvo encima del valle, casi flotando. Después aceleró y se perdió en el cielo de un salto, como si fuese parte de una película a la que le faltaban fotogramas. Que una máquina poderosa se moviese con tanto sigilo le resultó desconcertante.

Todavía tenían tiempo, insistió Adla. Podían terminar el té antes de emprender el regreso, Fayeq los guiaría hasta la salida de Ramallah.

Como Adla se sentó con taza y todo en el balcón, Irit decidió imitarla. Un instante después habían retomado su conversación. Adla decía que Fayeq ganaba buen dinero en Chile, pero no había tolerado la nostalgia.

Mi marido es un hombre obcecado. Cuando le digo que aquí no quedan más que piedras, responde: pero son *mis* piedras.

Fayeq aprovechó la circunstancia para desaparecer, convocado por los avatares del segundo tiempo.

Ulises se quedó afuera, acodado sobre la baranda. Trataba de asimilar la circunstancia que registraban sus ojos. El caserío palestino, digno del pincel detallista de Turner. La luna haciendo nuevamente de las suyas; parecía recién salida del horno

del cristalero. Y a su izquierda el espectáculo de la destrucción, al que no podía negarle su rara belleza.

Los F16 habían convertido la colina en un volcán.

Ya no podía atribuir las rajaduras del living a los niños.

No sabía que hablabas árabe. *You. Speak. Arabic.*

Apenas un poco, responde Irit. *A little bit.* Es imposible no aprender algo cuando uno convive con ellos. Después de todo somos vecinos. Tendría que estar sorda para no terminar entendiendo lo que dicen.

Fayeq había dicho adiós minutos atrás, en la entrada de la ruta. Todo lo que Irit debe hacer es conducir en vía recta hasta el *checkpoint*, que está a cinco kilómetros.

Se encuentran con el atasco casi de inmediato. Al principio no hay sorpresa, la fila de vehículos debe ser consecuencia de la inspección. A veces los soldados se ponen rigurosos. Formulan muchas preguntas, obligan a bajar del auto para revisarlo.

Ulises deja su pasaporte en manos de Irit y enciende un cigarrillo, acomodándose a la espera.

Ni siquiera hay nada para ver. La ruta no tiene iluminación propia, lo poco que se distingue es a causa de la luna y de las luces de posición de los vehículos; se enhebran en un collar interminable.

Pronto oyen el sonido que brilla por encima de los motores.

Ieria, dice Irit. *Shots. Bang bang.*

Ulises quiere llamar a Fayeq. La batería de su móvil agoniza, se corta en mitad del mercado.

Lo curioso es que los vehículos avanzan igual en dirección a la balacera: a paso de hombre, pero sin detener la marcha ni salirse de la ruta.

Pronto están en posición de ver lo que ocurre.

A mano izquierda, por detrás del carril contrario, hay un grupo de adolescentes y niños. Toman carrera hasta la banquina y lanzan piedras por encima del camino.

A mano derecha, casi invisible en las tinieblas, hay un puesto militar israelí. Se destaca a causa de los fogonazos. Es el punto desde el que disparan hacia la ruta, buscando a los lanzadores de piedras.

Esta gente está loca. *Crazy.* ¿No ves que cruzan igual, que pasan entre las balas?

Puedo salirme de la ruta. *Go back, if you want.* Pero no conozco otro camino que éste. Y tampoco sabría regresar donde Fayeq. A quien ni siquiera podemos llamar ya: *your phone, kaput!*

Siguen intercambiando argumentos mientras la fila avanza, gota tras gota. La caravana termina a metros del grupo de lanzadores. El conductor que ocupa el primer lugar aguarda su oportunidad, esperando que el ritmo de los disparos merme. Cuando cree oír un silencio, pisa el acelerador y sale volando. En su despegue quema neumáticos, el ruido ahoga el latigazo de las balas.

Irit se deja llevar hacia la boca del embudo. Pone primera, acelera y vuelve a frenar en espera del próximo tirón. ¿Qué otra cosa puede hacer? Nadie se baja de los autos. Nadie protesta ni pega la vuelta. La gente acepta el trance con la naturalidad

que despierta el contratiempo cotidiano: la demora del tren, la espera ante la caja de los bancos, la fila del supermercado.

Está dispuesta a correr el riesgo (*when in Rome...*), pero se siente responsable por Ulises. A fin y al cabo ella insistió en distribuir panfletos en territorio palestino.

El perfil de Ulises es un camafeo. Se queda escrutándolo, en busca de un gesto que revele lo que piensa.

La situación es propia de un delirio: los chicos desafiando a los fusiles con piedras, los soldados fingiendo que los vehículos son invisibles, los conductores jugando a ser más veloces que las balas. Y sin embargo Ulises no siente miedo. Lo invade una calma que no logra explicarse, pero que agradece: le permite estar alerta, nunca se ha sentido más vivo, más presente, más *uno*.

What do you want to do?

Ulises voltea el rostro para ver a Irit. La encuentra bellísima, sus labios húmedos se han llenado de luz.

Esta gente está loca. Y nosotros también. *We crazy.*

Irit entiende la frase final y la sonrisa con que Ulises la rubrica.

Primera. Acelerador. Freno. Están tan sólo a tres autos del final.

Me siento en la montaña rusa. Subiendo despacito hasta la cima, a punto de lanzarme al vacío.

Otro chirrido infernal, olor a caucho quemado en el aire.

Me hace acordar a los stands de tiro de las ferias. *Amusement park. Sitting ducks?* Sólo que en este caso no disparamos, somos los patos que desfilan ante el cazador.

La cola de la camioneta derrapa al acelerar, al fin se encolumna, sale eyectada hacia la nada.

Sólo queda un auto delante.

Esto es la vida. Este momento. Esta emoción absurda.

Cuando el auto que los precedía parte, se enfrentan al vacío. Entonces la noche se enciende.

Un chico porta el fuego, el otro la botella. La tela húmeda arde en un instante. El chico de la lumbre recula, abriendo lugar para el lanzador.

Lo ven echar el brazo hacia atrás, dar zancadas lentas. En mitad de la ruta se frena, para trazar el arco de luz.

Tan hermoso y tan terrible. Tan inútil.

Irit se pierde en la contemplación. Reacciona al oír la voz de Ulises, que la arranca del dominio de lo eterno convocándola al presente.

Now.

Se hunden en los asientos para no ofrecer blanco de más.

Irit pisa el acelerador a fondo y suelta el embrague.

El chirrido de las ruedas se funde con las risas. No pueden parar, las carcajadas estallan con la molotov y hacen eco a las balas. Niños que acaban de vencer sus miedos, la mejor de las victorias.

La luz de las llamaradas queda atrás en un instante.

Apenas se la ve en el espejo retrovisor cuando Irit vira hacia la banquina y frena. Necesita ambas manos para tocar a Ulises, quiere asegurarse de que está sano. Ulises imita su búsqueda frenética. Todavía ríen cuando ocurre el beso.

No encuentran más herida que la del sexo.

Capítulo once David Kaufman (V)

1

Ah, el tiempo. Mi querido Morty, no conozco materia más maleable. Sensible como la piel de una amante. Lo modificamos aun cuando permanecemos inmóviles, por el simple hecho de seguir respirando. ¿No lo sientes? *Ahora ya es entonces*. Sí, lo sé. Ocurre todo el tiempo.

Aquel joven (contemplaba el infinito desde la Oficina de Patentes de Zúrich: era un genio, sí, pero ante todo era un pésimo empleado), aquel joven, quiero decir, sostenía que el tiempo tiene forma. Como cualquier elemento físico de los que conocemos. Tu nariz roja, por ejemplo. O esta copa vacía.

Prosit. La forma del tiempo estaría entretejida (Stephen Hawking lo dice de un modo que suena a canción de *Mary Poppins*: «inextricablemente interconectada») con las tres dimensiones del espacio. Estas tres dimensiones sumadas al tiempo crean una dimensión nueva. Lo que llamamos *espaciotiempo*.

Tantos siglos buscando la verdad y estábamos descansándole encima. El espaciotiempo se parece a un colchón. Imagina que le depositamos encima un objeto redondo y pesado. La masa de ese objeto hará que se hunda. Si se arroja una bola más pequeña a través del colchón, avanzará en línea recta hasta que el hueco creado por la bola grande desvíe su trayectoria. A esto se le llama «gravedad». Una fuerza que no existe como tal. Es una consecuencia de la distorsión del espaciotiempo, creada por el elemento masivo que reposa sobre el colchón. Eso es lo que produce el sol, en nuestra galaxia. Una distorsión. También podría producirla cualquier otra estrella, en especial si tiene destino de supernova.

No nos cuesta nada asimilar la noción de espacio. Este negocio, por ejemplo. Ya resulta pequeño. Deberías comprar el lote contiguo. Pero la idea de que el tiempo esté imbricado entre las otras tres dimensiones, como un hilo más de su tejido, desafía nuestra inteligencia. ¿Qué hebras del tiempo se entrecruzan aquí, en el exiguo espacio de tu *delicatessen*? Si muevo este frasco de pickles, ¿estoy transformando el tiempo o tan sólo tu pobre sentido del orden?

Einstein sostenía que este tiempo físico, provisto de forma como un ánfora o un piano, se transforma constantemente. Más que transcurrir, ocurre. Y todo a la vez, sin que se pueda dirimir dónde empieza o termina. ¿Acaso el piano no conforma una sola pieza? El teclado suelto no es piano, la pedalera sola no es piano. El presente a secas no puede ser llamado tiempo, el tiempo es todo —pasado, presente y futuro, coexistiendo en simultáneo.

La idea suena insensata, porque estamos cableados para percibir el tiempo de manera lineal. Pero la carretera (como toda carretera, por más que su flecha indique un único sentido) conecta de ida y vuelta. El pasado moldea el presente, el futuro

moldea el presente, el presente moldea el pasado, el pasado moldea el futuro. Es como una familia grande. Todo el mundo desquicia a todo el mundo, por el simple hecho de existir.

Un equilibrio inestable que nunca deja de ser equilibrio. Cada tirón de una hebra del tiempo altera el tejido en su conjunto. ¡No puedo romper una tecla o quitar un pedal sin modificar el piano entero!

Parece un disparate y sin embargo no lo es. El deseo de obtener algo en el futuro (un tiempo que experimentamos como irreal) condiciona mis actos en el presente. Cada cosa que hago se convierte en un atajo hacia un hecho que ya existe, en la porción del tiempo que está más allá de mi percepción. El hecho futuro, esa masa, está esperando que yo abra la compuerta entre dos momentos complementarios: no existiría el uno sin el otro ni el otro sin el uno. Pero el futuro no espera de brazos cruzados: me llama, me seduce —me atrae con su «gravedad».

Qué tarde se hizo. *Hoy* ya es *ayer*. Ocurre todo el tiempo.

Supercalifragilisticexpialidocious.

2

Al cumplirse seis meses de la muerte de Miriam, David Kaufman se levantó con el sol. Desayunó apenas, quería salir temprano en busca de flores.

Miriam amaba las rosas amarillas desde que se convirtieron en su primer regalo. Aquella vez la esperó con el ramo a la vista sobre la mesa del Oyster Bar, dentro de la caverna de Grand Central Station.

Al verlo allí, nervioso y nimbado por el polen, Miriam reaccionó con el humor que por entonces la caracterizaba.

Le preguntó si estaba esperando a su novia irlandesa.

David replicó que había elegido flores doradas como ella, una frase que le producía vergüenza cada vez que la recordaba. Pero la sonrisa que obtuvo en respuesta le probó que había dicho lo correcto.

Miriam se sentó, se quitó los guantes y ya no volvió a dejarlo.

Esa mañana fue el primer cliente de la florería. Compró dos docenas de rosas y se dirigió al cementerio de la calle Trumpeldor.

Lo primero que hizo fue perderse.

No encontraba la tumba. Esto lo abochornaba, dado que el cementerio no era muy grande. Pero no pudo evitarlo, todos los caminos le parecían iguales.

En cada uno de ellos se repetían las mismas variantes: lápidas verticales y horizontales, lápidas con grabados y con fotos, tumbas simples y tumbas dobles. Miriam descansaba en su mitad de un predio doble. La otra mitad seguiría vacía hasta que los restos de Tommy arribasen desde New York, o hasta su propia muerte — aquel que llegase primero.

Le dolía la rodilla. Quiso hacer caso omiso y completar el peregrinaje, pero a los pocos pasos debió resignarse. El bastón no era mágico. Si abusaba de su suerte malograría la otra pierna.

«¿Por qué me la haces tan difícil, mujer? Si estos huesos no me doliesen tanto, me convencería de que he muerto yo también.»

Sintiéndose el más tonto entre los hombres, esperó a que apareciese alguien que lo acompañase hasta la salida.

El muchacho fue amabilísimo. Le dijo que si lo deseaba podía dejar las flores en la tumba de Miriam, actuando en su nombre. Pero David no sabía qué indicación darle, así que no tuvo más remedio que declinar su oferta.

Terminó subiéndose al taxi con las flores en la mano. La mirada del conductor en el espejo lo avergonzó aún más. Debía pensar que se dirigía a una cita amorosa. ¡A su edad!

Cuando le preguntó dónde iba, respondió en un arrebato.

Al Aquarium, por favor.

3

Uno de los guardias lo escoltó hasta el narval y se ofreció a conseguirle un té. Su cuerpo destemplado agradeció la tisana.

La sala estaba vacía a esa hora temprana. Pronto llegarían los contingentes escolares con su escándalo a cuestas.

Apenas el guardia se fue, el narval se aproximó al frente del estanque. Flotaba en presencia de David. Quizá registrase que nunca lo había visto a esas horas, adelantándose al horario que los niños dedicaban a su tortura.

«¿Qué es esto? Flores», dijo David, recogiendo el manchón amarillo que había depositado sobre el banco. Hizo girar el ramo como si manipulase un parasol. Habría jurado que la criatura seguía el movimiento con los ojos.

«No te ilusiones, que no son para ti. Las compré para Miriam. Mi intención era regalárselas, pero no la encontré. Volveré a intentarlo mañana, si la rodilla me deja. Día más o menos... No creo que diga nada si cambio de fecha. ¡Nunca dice nada! Una vez...»

La criatura se echó a nadar con un golpe de cola. Desapareció con tanta presteza que David perdió el hilo del discurso.

«Vaya carácter. Tampoco es para que te pongas así. ¡Me recuerdas a Miriam! Cada vez que se enojaba por algo, me daba la espalda y...»

David calló en mitad de la frase, asaltado por una noción insensata.

Bajó la vista para contemplar las flores. Después volvió la mirada al estanque. Era puro azul, un vacío perfecto.

El Aquarium ya no existe. El atentado a Sbarro's se produjo, pero tiempo después, en agosto del año 2001. Me tomé estas libertades porque pude. En este sentido la ficción y el tiempo se parecen. Sus reglas son mucho más elásticas de lo que aparentan.

Para ser más preciso: inventé este Aquarium antes de saber que, efectivamente, había un acuario en Tel Aviv. Lo único que me importaba era que la idea resultaba plausible. Cualquier ciudad al borde del mar tiene uno, o podría tenerlo. Entonces descubrí que el acuario existía.

En el número 1 de la calle Kaufman.

La primera vez que visité Tel Aviv (fue en septiembre de 2000) no lo vi. Cuando volví siete años después ya lo habían cerrado. El edificio sigue allí, al borde de la playa. A juzgar por sus dimensiones, nunca debe haber albergado un acuario como el que imaginé, con múltiples salas y estanques enormes. Mi Aquarium sugiere una institución educacional, una suerte de museo viviente. Las instalaciones que vi parecen adecuadas a un show, con una piscina hecha a medida de los delfines y sus evoluciones.

Aun así me quedé prendado del logo, que todavía subsiste en un display de la entrada. Dos delfines en pleno salto. Mientras uno se eleva, el otro cae. Una imagen simétrica. Un sinfín. Me pareció que narraba lo mismo que yo, que su melodía armonizaba con las músicas de este texto: la cuestión de los ciclos, la característica binaria de nuestra naturaleza, la retroalimentación —entre pasado y futuro, entre la ficción y la realidad.

Ocurrió tantas veces durante la escritura que decidí hacer expresa la cuestión del *daimon*. Las afinidades entre el narrador y el espíritu antiguo son demasiadas para jugar al desentendido. ¿Acaso no protege el escritor a sus personajes, mientras los empuja a su destino? ¿No los llama al acto con una voz que suele manifestar en tercera persona omnisciente? (Siguiendo a Apuleyo, esa voz carece de cuerpo: todo lo que existe es el texto que pronuncia.) ¿No acompaña a sus criaturas hasta el final, hora en la que se llama a silencio? ¿No participamos los escritores de la naturaleza animal, sujetas nuestras almas a las mismas pasiones? ¿No somos inmortales, en la medida en que nuestra voz nos sobrevive en la encarnación del libro y la reencarnación del lector? Y por último: ¿no obligamos a los involucrados, reales y ficticios, a proceder contra toda prudencia y dar saltos de fe —como los que construyen esta novela?

Promediaba la escritura cuando descubrí que los versos de Brel que abrían el relato decían más de lo que había imaginado. Los puse porque Brel me fascinaba, porque *Ne me quitte pas* establecía el código del romance, porque la referencia a las «palabras insensatas» aludía al lenguaje que Irit y Ulises crearían para hacer posible

su relación. Ahora entendía que los versos *Yo te inventaré / palabras insensatas / que comprenderás* servían también para explicar la estructura de la novela: un vals en tres tiempos.

La primera parte, titulada *La sombra de tu sombra* (otro verso de la misma canción), se correspondía con la proposición: *Yo te inventaré*. Es la parte en que el escritor plantea el mundo que ha inventado: donde presenta a sus personajes, donde echa a andar su historia. Por supuesto, el original francés *je t'inventerai* puede ser traducido también como *yo inventaré para ti*, pero la ambigüedad del *yo te inventaré* me resultaba más rica, en tanto sugiere que al inventar la historia (las «palabras insensatas»), el escritor inventa además a su propio lector.

La segunda parte, titulada *La sombra de tu mano*, se correspondía con el verso: *palabras insensatas*. Es aquí donde David Kaufman pronuncia palabras que nadie puede oír, donde Irit y Ulises dan forma a una relación imposible, donde Fayeq pone a prueba su esperanto *fatto in casa*. (Por cierto, las palabras más insensatas de esta novela están a punto de ser pronunciadas, en el apartado siguiente de este mismo capítulo.)

La tercera parte, titulada *La sombra de tu perro*, se corresponde con el verso: *que comprenderás*. Días atrás vi un documental en que Sidney Lumet, el director de *Network*, *Serpico* y *Dog Day Afternoon* decía: «Se construye el relato en función del tercer acto». (Otra vez el futuro condicionando el presente.) La mayor parte de los narradores procede de atrás para adelante. Sabiendo cuál es el punto al que quieren llegar, diseñan los actos iniciales como el camino más recto hacia el destino elegido. Cuando un final es satisfactorio (no me refiero a que sea feliz, sino a que funcione como *summa*), se debe en buena medida a la cartografía previa. El mapa diseñado para llegar allí debe haber sido inmejorable.

En la tercera parte, que se inicia después de este capítulo, apuesto entonces a que el lector lo comprenda todo. A que viva ese final como inevitable, como una consumación. A que sienta que algo se ha cumplido.

Por supuesto, la formulación en tiempo futuro (*comprenderás*) supone además un acto de fe. No basta con que haga bien mi trabajo. Si no tengo fe en el lector, si no confío en que hará su parte con excelencia, el milagro de la creación conjunta (lo que yo sugiero con mi historia, lo que el lector completa en su alma) simplemente no ocurrirá.

Llegó el momento de las palabras insensatas.

Si le hubiesen preguntado detalles (por ejemplo, cuándo se le ocurrió una idea tan disparatada), David Kaufman habría respondido sin vacilar: una mañana de noviembre del año 2000, en el Aquarium de Tel Aviv.

Llegó temprano, con la intención de compartir un tiempo con el narval antes de que irrumpiese el enjambre infantil. Pero la sala ya había sido ocupada. La presencia de la pareja lo ofuscó, aun cuando distaba de ser una sorpresa. El Aquarium estaba siempre lleno de enamorados. Eran su clientela más fiel, después de los niños en edad escolar y de los ancianos aburridos de leer obituarios.

Había sido así desde un principio. El Aquarium era paseo obligatorio para las parejas que aún no habían sucumbido al sexo. Entretenido a la vez que respetable, les daba carta blanca para tocarse mientras fingían contemplar otra cosa.

Estos dos lo perturbaron por otras razones. En primer lugar invadían lo que consideraba *su* tiempo. Llevaban un buen rato allí, quietos como estatuas. Y parecían dispuestos a quedarse, a pesar de que el reloj no dejaba de correr.

Faltaba menos de media hora para la ofensiva escolar, batallones en miniatura que harían cabeza de playa en cada sala. La inquietud estaba empezando a dominarlo, sentía que las palabras afloraban a su boca como burbujas. Necesitaba hablar de una buena vez, sin arriesgarse a que lo mirasen como si fuese carne de hospicio.

Lo llamativo era que se trataba de una pareja mixta. El joven era palestino, estaba seguro: el color aceituna de su piel, que el cristal del estanque reproducía, le resultaba inconfundible. Y ella era israelita, de hecho se parecía a una prima que Miriam tenía (había tenido) en Newark.

Debían ser muy valientes o muy insensatos para mostrarse en público en esos momentos, con la Intifada escaldándolo todo. Quizá por eso se veían a escondidas, amparados por la tenue luz del Aquarium. Pero de todos modos guardaban distancia. Estaban próximos el uno del otro pero no se tocaban, fingiéndose hipnotizados por el tesoro del estanque.

Parecían empeñados en ignorarse, sus siluetas se recortaban con nitidez contra el azul del cristal. Y sin embargo era evidente que constituían una pareja. Algo en la mudez de sus cuerpos transmitía lo opuesto a la indiferencia: un poder magnético que impedía registrarlos como individualidades. Imaginó que funcionaban como polos: positivo y negativo, norte y sur, términos irrenunciables de un equilibrio.

Los contempló con envidia. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que reaccionó ante un estímulo erótico?

El muchacho rompió su quietud. Se inclinó sobre el oído de su amante durante un segundo, al cabo del cual regresó a su posición anterior. ¿Qué podía haber dicho en un lapso tan breve? Sin duda fue algo decisivo, puesto que la chica se colgó de su cuello. Le dio dos besos cortos, dos picotazos, y hundió la cabeza en el pecho de su

amado sin romper el candado de sus brazos; un ave que reposa en el nido.

David volvió a preguntarse por la palabra dicha al oído. No se le ocurría qué monosílabo podía crear efectos tan extraordinarios. Estaba lanzado a la especulación cuando oyó el llamado de la criatura.

Pensó de inmediato en la música que producen las ballenas. El sonido entre plañidero y lánguido que había oído en tantos documentales. Los videos de Miriam se referían al asunto una y otra vez, analizando la posibilidad de que se tratase de un lenguaje hecho y derecho. La ballena azul era capaz de interpretar una melodía, dejarla inconclusa y retomarla en el mismo punto seis meses más tarde.

Pero David sabía que no había ballenas en el acuario. Eran demasiado grandes para el cautiverio, tenían lenguas del tamaño de un elefante y venas por las que un hombre nadaría sin problemas. Además, nadie parecía haber oído lo mismo que él. La pareja seguía inmutable, un niño pasaba por el umbral de la sala mientras se exprimía la delantera del pantalón.

Cuando volvió la vista al tanque, la pareja había desaparecido. Seguramente habían salido por la otra puerta, mientras David se distraía con el niño que llamaba a su madre.

Casi podía oír el ruido que hacía la idea al volverse consciente, una moneda cayendo en el embudo del peaje.

Se puso de pie con una dificultad que no atribuyó a su rodilla.

Caminó hasta el cristal con pasos trémulos. Esperó en silencio que el narval hiciese un alto en sus evoluciones, suspendido a media agua entre el fondo y la superficie.

Parecía un ángel.

El corazón se le salía del pecho cuando preguntó en un soplo:

«¿Eres tú, Miriam?»

Tercera parte **La sombra de tu perro**

El arte de la pérdida no es difícil de dominar.
Elizabeth Bishop, *One Art*

Capítulo uno Danny

1

El niño apareció al borde de una ruta, en los suburbios de Belén.

Lo encontró el conductor de un camión, que se había detenido en medio de la nada por un desperfecto del pedal de embrague. Al entender que el niño se le aproximaba, el hombre (que era israelita, y transportaba mercaderías de esa bandera) se asustó. Imaginó que provenía del campo de refugiados que estaba cerca, y que lo asaltaría o algo peor. No era la primera vez que lo apedreaban o que le disparaban casquillos con sus hondas. Esos niños coleccionaban balas como otros atesoran estampillas o mariposas.

Le pidió que no disparase. Pero el niño siguió acercándose, como si no hubiese entendido la frase que el conductor pronunciaba en árabe. (Era una de las dos que sabía; la otra, que le había enseñado un colega, era *no soy judío*, y habría constituido una mentira en sus labios.)

Al verlo de cerca se avergonzó de su miedo. Era un niño muy pequeño, no debía tener más de cuatro o cinco años. Su cabello era oscuro pero exhibía hebras decoloradas, quizá por influjo del sol; lo único negro por completo eran las pestañas, una aureola para sus ojos de gamo. Vestía una camisa y pantalones que acababan en las rodillas. De allí para abajo era puro polvo.

La criatura extrajo un papel del bolsillo y se lo ofreció. El hombre miró en derredor para asegurarse de que nadie estuviese vigilándolo, o a punto de emboscarlo. Como no pudo llegar a conclusión alguna, aceptó la dádiva para ganar tiempo.

Era un papelito arrugado y sucio, que exhibía frases escritas con trazos apurados: dos en hebreo, dos en árabe y dos en inglés.

El párrafo en hebreo, que figuraba en segundo término pero que leyó primero porque estaba escrito en su idioma, decía lo siguiente:

Si encuentran a mi hijo con este mensaje en el bolsillo, eso querrá decir que estoy muerto. Por favor, ayúdenlo.

No había firma alguna ni tampoco fecha. El camionero no entendía la frase en árabe pero sabía algo de inglés, lo suficiente para identificar palabras como *son*, *dead* y *help*.

El mensaje decía lo mismo en los tres idiomas.

Quiso devolver el papel pero el niño no lo aceptó. El conductor dudó un instante, todavía temía que le estuviesen tendiendo una trampa. Sin embargo la mañana estaba tranquila. No había nadie más a la vista.

Le hizo un gesto al niño pidiendo paciencia y se tumbó debajo del camión. No le costó nada enganchar el cable que accionaba el pedal. Completada la faena, se sacudió la tierra de encima y descubrió que el niño se había desvanecido.

Un problema menos, pensó.

Trepó a la cabina, que olía a coles recocidas, y lo encontró adentro. En el asiento del acompañante. Con sus piernas cruzadas a lo Buda. Tenía los ojos húmedos de quien se dispone a viajar.

Le ordenó que bajase del camión.

El chico fingió no haberlo oído.

Lo emplazó con un gesto y quiso agarrarlo, si era necesario lo echaría por la fuerza.

El grito que el niño emitió lo frenó en seco. Tenía una potencia insólita para garganta tan pequeña, la contundencia de un golpe.

Lo soltó de inmediato. Se le habían tapado los oídos.

2

Tampoco emitió palabra en el camino. Pero aceptó las galletas que el conductor le ofrecía. Las devoró en un instante y pasó a las migajas que había sembrado en el asiento.

Al llegar al primer control, el camionero planteó el dilema. Hubo ronda de consultas entre los soldados, que coincidieron en este parecer: no podían responsabilizarse por un huérfano. El camionero debía llevarlo hasta la ciudad y dejarlo a cargo de un funcionario del área social.

Ofuscado por el contratiempo (eso le pasaba por hacer una buena obra, ayudar a alguien sólo produce complicaciones), el camionero siguió viaje a Tel Aviv, reprimiendo el impulso de botar al niño en cada curva.

Todavía le zumbaban los oídos.

Una vez en la ciudad condujo hasta el hospital que sabía más próximo.

Entró con el niño a la sala de espera y le indicó que se sentase en una silla. Esta vez no hubo protestas.

El camionero se estaba yendo cuando recordó el detalle. Volvió donde el niño y metió el papel en el mismo bolsillo del que había salido.

Al caer la noche el niño seguía allí.

Viendo que chorreaba orín por una pierna, una enfermera lo abordó. Le preguntó qué hacía en el hospital, si esperaba a alguien, si se sentía bien.

El niño le enseñó el papel que constituía su única identificación.

Transcurrieron dos horas hasta que llegó una asistente social. Ese tiempo fue dorado para el niño. Las enfermeras le proporcionaron una bata seca y lo atosigaron de comida y gaseosas. Pero aunque sonrió en devolución por cada gentileza, no respondió a una sola de las preguntas; de hecho, no pronunció palabra.

Las enfermeras especulaban a sus espaldas. La mayoría estaba convencida de que era palestino o a lo sumo beduino. Algunas remarcaban la información divergente que se desprendía de su piel clara y de sus ropas de marca, sucias pero de calidad. Uno de los internos hizo notar que camisa y pantalones le quedaban grandes, seguramente había robado las prendas. La enfermera más vieja lo rebatió de inmediato. Todas las madres compran ropa grande para sus hijos, en la esperanza de que les dure más.

Tratando de probar la tesis de su ascendencia árabe, una de las enfermeras cambió de idioma. La criatura respondió con la misma indiferencia que exhibía delante del hebreo.

Al llegar la asistente social tenían poco y nada que contarle. El chico no estaba relacionado con ningún interno del hospital, se habían tomado el trabajo de preguntar en cada sala. Todo indicaba que era mudo aunque no sordo. No llevaba encima ningún documento, más allá del papel escrito en tres idiomas.

En lo que a ellas concernía, era como si hubiese caído del cielo.

3

Pasó una semana en el hogar para huérfanos sin que se produjesen novedades sobre su identidad. No había forma de conectar al niño con ninguna denuncia sobre desapariciones. Tampoco parecía vinculado a los atentados y escaramuzas de los últimos tiempos, lo cual no sorprendía a nadie. Mucha gente volaba por los aires sin dejar rastros.

Lo entrevistaron mil veces con resultado nulo. El chico no se relacionaba con sus compañeros del instituto, sin embargo era evidente que no padecía autismo ni retraso. Sus respuestas a los estímulos eran claras y definidas. Pero permanecía indiferente a la letra escrita de cualquier idioma, por más que su edad lo ponía en condiciones de reconocer grafías.

De todos los juguetes que desplegaron en su presencia, sólo desarrolló lazos con una muñeca. Se apegó tanto que cuando quisieron quitársela gritó como un poseso. Tenía una voz agudísima, parecida a la alarma de un camión de bomberos. La empleaba como estilete, un mecanismo de defensa contra la agresión de sus pares. Los adultos también la padecieron en carne propia, cada vez que quisieron abusar de su autoridad.

Si lo hubiesen visto desnudo habrían entendido qué era, la circuncisión (o su ausencia) constituyen datos inapelables. Pero el niño se resistía a que lo tocasen. Como en el hospital, se negaba a que lo desvistiesen pero aceptaba hacerlo a solas. Acudía a las duchas vestido con calzoncillo, que después cambiaba por uno seco dando la espalda a los ojos indiscretos.

Los profesionales del hogar aceptaron el límite. Era obvio que el niño ya no toleraba más violencias.

La muñeca lo acompañaba a todas partes. Dormía abrazado a la figurilla rubia.

Una de las asistentes bromeaba sobre ese asunto, con la crueldad que abunda en la gente que nada a diario en el dolor ajeno. Decía que ya no sólo ignoraban si era árabe o judío, o si estaba perdido en lugar de ser huérfano. Ahora ni siquiera sabían si era niño o niña.

Capítulo dos Irit

1

Construimos con lo que tenemos a mano. Con barro con ramas con piedra. Con palabras-molécula. Con trozos del pasado que arrojamos al caldero de la fundición.

En las primeras páginas de *Sputnik Sweetheart* Haruki Murakami refiere una leyenda. Las puertas de las ciudades chinas eran en la antigüedad sitios simbólicos además de prácticos. Se creía que allí residía el alma de la población. Ésa sería la razón por la cual tantas puertas originales han sido preservadas, aun en ciudades que se han dejado moldear por el tiempo.

La construcción de esas puertas observaba un procedimiento ritual. La gente recogía huesos de los campos de batalla. (Los átomos del tejido óseo eran los únicos apegados a los restos, los otros ya habían reiniciado su ciclo de reencarnaciones.) Después los sellaban en el interior de la puerta flamante. De ese modo se conjuraba al espíritu de los soldados muertos, para que montase guardia junto a los soldados vivos que vigilaban el lugar.

Pero el ritual no terminaba allí.

Una vez amurados los huesos, degollaban a algunos perros y regaban la puerta con su sangre. Al mezclar sangre fresca y huesos secos, las almas de los muertos revivían para consagrarse a su nueva tarea. «Al menos ésa era la idea», dice Murakami.

Esta puerta está hecha de vidrios rotos, obsidiana y arena.

Y regada con sangre, como en la leyenda.

2

Las manos de Irit empezaron solas. Apenas las relevaba de sus obligaciones, se lanzaban a garabatear. Dibujaban en cualquier parte. En los márgenes de su agenda. Sobre vidrios empañados y superficies polvorientas. En las tiras de papel que emitía la máquina después de cada fax. Ráfagas de líneas, una tormenta de puntos, sombreados que daban profundidad de abismo a lo que no podía tenerla.

Cuando Ulises dormía se entregaba de lleno. Transportada a un lugar más allá del agotamiento, se abandonaba a la tiranía de sus manos. De entonces datan bocetos del cuerpo de Ulises, desnudo sobre el colchón, en las posturas del sueño que tanto se parecen a las de la muerte.

Después se dedicó a los niños. Copió la foto una y mil veces. Al principio apeló al realismo. Pronto se hartó del verosímil y probó otros estilos. A esa altura los márgenes y los recibos ya no le eran suficientes. Bocetaba en hojas gigantes y una vez satisfecha saltaba a la tela.

La versión de Tadeo y Alicia que más le gustaba tenía algo del pop de Lichtenstein. Redujo las líneas de sus rostros a su mínima expresión y los rodeó de ondas de agua, inspirándose en *Drowning Girl*. Todavía le quedaban retazos de planchas transparentes, recuerdo de su paso por Vital. Los usó para aplicar puntos Benday: cian, magenta, amarillo y negro que se combinaban para dar azul, celeste, piel. Cuando pensaba en el cuadro lo llamaba *Drowning Boys*, prometiéndose que nunca lo mencionaría ante Ulises de esa manera.

Durante el día sólo había tiempo para dibujar rasgos sueltos. Un bucle de Alicia. El rictus de los labios de Tadeo. Esos trazos bastaban para que conjurase el rostro entero en su mente.

Los dibujos parciales se destilaron hasta comprimirse en un signo. Un solo trazo definía el rizo de la niña. El rictus de Tadeo se convirtió en una única línea, la de separación entre el labio superior y el inferior.

Una tarde le enseñó a Ulises aquellos jeroglíficos. La respuesta fue positiva pero casual, Ulises no entendió que contemplaba marcas propias de Alicia y Tadeo. Era innegable que conocía esos rasgos mejor que nadie. Pero por algún motivo no lograba dar el salto de la abstracción al hecho, de lo particular a lo general.

3

Todo lo que sabía del arte lo había aprendido del contraste entre un poema y su borrador.

Irit había pasado las vacaciones del 97 en las afueras de Melbourne. Una ex profesora devenida amiga la había invitado a su casa, una construcción victoriana que flotaba en un mar de buganvillas.

Una noche de desvelo, mientras su amiga y su pequeña hija roncaban en el cuarto contiguo (la casa era un gineceo), se dedicó a investigar la biblioteca. Allí encontró una edición de los poemas completos de Elizabeth Bishop, a quien admiraba, y a su lado otro libro de Bishop del que nunca había oído hablar: *Edgar Allan Poe & the Juke-Box*, una colección de inéditos, versiones anotadas y fragmentos.

Se dejó tentar. ¿Qué artista se resiste a la posibilidad de espiar el cerebro de un grande mientras crea?

Salió a la veranda con los dos libros y una copa de brandy.

Uno de los poemas más famosos de Bishop, *One Art*, dudaba en su primera versión entre títulos tipeados con mayúsculas. *CÓMO PERDER COSAS, EL DON DE PERDER COSAS, EL ARTE DE PERDER COSAS*. Además, arranca con versos equívocos, que no se refieren a la pérdida anunciada sino a los olvidos que la gente produce a diario: llaves, gafas, bolígrafos que al fin recupera «en el lugar más obvio». Recién entonces Bishop se aproxima a lo que quiere decir: «Soy tan fantásticamente buena perdiendo cosas que todos podrían beneficiarse de mi experiencia».

A partir de allí sigue algo que suena más a lista que a poema, pero que al menos enumera cosas que en efecto perdió, y de manera irremediable. Sin embargo el haberse desprendido de geografías enteras (tres casas, una península, una isla, un continente y parte de otro) no parece haberla preparado para la pérdida que más lamenta.

El poema entero apunta a este desgarró, al que dedica lo que podríamos llamar su Tercer Acto. Es verdad que Bishop mantiene una distancia formal, casi irónica, respecto de esta amante perdida, de quien no menta más rasgos que unos ojos bellos y unas manos «que se veían inteligentes». Pero aun así es innegable que el poema nació de la sangre regada por su ausencia.

Al pasar a los *Complete Poems: 1927-1979* Irit descubrió que su versión final, titulada *One Art*, era otra cosa por completo. Ya a simple vista: el borrador se ordenaba como un bloque de palabras que pesaba en la página, sobre renglones que nunca alcanzan para contener lo que se quiere decir. En cambio *One Art* era escueto y elegante.

Para empezar tenía forma de poema (seis estrofas breves, seis pinceladas), ritmo y rima. Su cadencia invitaba a leer en voz alta. Una de las frases se repetía como el estribillo de una canción: *El arte de la pérdida no es difícil de dominar*.

Aun cuando mencionaba cosas que figuraban en el original (las llaves, el continente), el efecto no era de acumulación sino de alusión. Con la música ocurre algo similar, cuando dos notas simultáneas sugieren al oído la existencia de un acorde completo. Lo que importa no es tanto lo que se menciona (o lo que suena, para continuar la analogía) como lo que se adivina detrás: el bosque que se construye en la cabeza del oyente, a partir del viento que suena entre las hojas.

Los escalofríos empujaron a Irit a volver a la casa. Las estrellas habían sido desplazadas por el preludio de una tormenta. Esto no era insólito, el clima de Melbourne tiene fama de inestable: un refrán le endilga la capacidad de ofrecer cuatro estaciones en un solo día.

Pero Irit seguía temblando aun debajo de las cobijas.

Se pasó la mano por la nuca desnuda y pensó en un erizo. Conmovida, no se le ocurrió otra cosa que atribuir su estado (así lo recuerda todavía hoy, así se lo narra a sí misma) a la intuición que acababa de visitarla. Una visión inspirada por la alquímica conjunción del brandy, la piel a la intemperie y las dos versiones de Elizabeth Bishop.

Esa noche Irit creyó entender que el arte era un ejercicio responsable de la pérdida. Y sin llegar al extremo de las telas blancas de Rauschenberg ni de la pieza silenciosa que John Cage bautizó 4' 33", se prometió desmontar su lenguaje expresivo hasta que no quedase nada que no fuese elemental.

Quería conseguir con sus esculturas lo que Bishop con su poema. Una resonancia que fuese más allá de los confines de su obra, producir vibraciones que no cesen aun cuando ya se ha dejado de leer, de ver, de escuchar. Obras como músculos miogénicos. Que se excitasen a sí mismas, que transformasen la materia inerte con su pasión, como el escultor anónimo del *Ozymandias* de Shelley —que comunicasen la vida.

Sobre otras variantes del arte de la pérdida aprendería más tarde.

4

Como Ulises no reconocía a su hija en la serpentina del bucle, Irit llevó adelante un experimento. Convencida de estar a las puertas de un lenguaje que podía enseñar fácilmente, aprovechó el regreso a la escultura (las telas limitaban la experiencia que perseguía, sus manos reclamaban tres dimensiones) para sugerirle a Ulises una nueva manera de ver.

Le prohibió que la mirase mientras trabajaba. Una vez que arribaba a la versión final, le vendaba los ojos y lo ponía en contacto con la obra. Su intención era que la recorriese con las manos. Las tres dimensiones conceden esa gracia, uno puede palparlas de principio a fin y volver a empezar desde el comienzo: cada pieza es una versión del infinito.

Ulises dejaba correr sus dedos. Al principio lo hacía con torpeza, buscando conectar con alguna forma que su cerebro identificase. Pero al reiniciar el circuito (una sola vez nunca era suficiente) la ansiedad se desvanecía. Ulises empezaba a relacionarse con ese cuerpo nuevo, abriéndose a los códigos que la materia le presentaba. El objeto no tenía por qué ser algo reconocible. Bastaba con que su forma se prestase al tacto, aun cuando produjese emociones distintas, o las compendiasse de acuerdo con múltiples variaciones: volumen, temperatura, solidez, textura.

Cóncavo, convexo. El punto aparte de una arista.

Cada prueba fue más exitosa que la anterior. Ulises ni siquiera se daba cuenta (no podía verse), pero una vez que su alma aceptaba la forma que estaba reconociendo, sus labios se abrían en una sonrisa.

I see, decía cada vez.

Y entonces Irit le quitaba la venda.

Visitaron Be'er Sheva a causa de una llamada fundada en el error. Los niños identificados no eran Tadeo y Alicia sino israelitas, hijos de una familia que acababa de mudarse desde Haifa. Y aun así se les asemejaban, al punto de que Ulises pareció menos perturbado por la decepción que por la semejanza. Irit percibió que le costaba despedirse de ellos, como si estuviese tentado de aceptar sus nuevas formas y adoptarlos como hijos aun cuando no lo eran.

Regresaban al Fiat cuando se cruzaron con el carro. Una plataforma de madera con dos ruedas, mal pintada de verde, de la que tiraba un hombre con esfuerzo de mula. El carro estaba lleno de piedras. En el pescante viajaba un niño de dos años, el rey del espacio infinito.

Irit le preguntó al hombre si estaba vendiendo.

El hombre la miró con miedo. La experiencia le había enseñado a cuidarse de los israelitas, nunca se le acercaban para nada bueno. La gente de los asentamientos podía ser violenta. Estaban convencidos de vivir en el Lejano Oeste, trataban a los musulmanes como a pieles rojas.

Pero Irit insistió. Le interesaba una roca en particular. Un bloque de aspecto marmolado, del tamaño de un torso humano. Trató de moverlo. Era más liviano de lo que aparentaba, lo cual confirmó su intuición.

Bi kam, bi kam.

Un segundo después estaban enzarzados en regateo, a medias en árabe y a medias en un hebreo primitivo. El hombre pretendía que el bloque era mármol. Irit sabía que se trataba de alabastro. Se lo demostró mellando la superficie: lo hizo sin esfuerzo, utilizando el filo de otra piedra.

Empujó hasta una cifra que se volvió definitiva. El hombre se negaba a bajar más el precio, mientras aupaba al niño que se le había colgado del cuello.

Una vez sellada la venta Irit pidió ayuda a Ulises, pero el hombre no permitió que ella participase de la carga. Irit protestó, creía haberle probado que podía lidiar con el peso. Sin embargo el hombre fue terminante por segunda vez. Le confió al niño en brazos durante un instante (se llamaba Zeid, según dijo, a lo que el pequeño replicó en su media lengua: *Zed!*) y se cargó la piedra al hombro. Ulises le prestó sus manos para acomodarla dentro del baúl.

Antes de animarse a moldear el mineral, Irit produjo infinidad de bocetos. Una vez terminada una primera versión, vendó los ojos de Ulises y la entregó a sus manos.

What's this?, preguntó.

Ulises se tomó su tiempo. Fue y volvió sobre la superficie porosa, evaluó la forma (le sugirió un cuerpo en reposo, o cuando menos abatido), se frotó las yemas llenas de polvo.

This is me, dijo.

El proceso se repitió con la pieza de metal. Ulises deslizó los dedos sobre la piel pulida, dio golpes de nudillo que la hicieron vibrar, probó abrazarla. Le pareció delicada e indestructible a la vez.

This is you.

La parte final del proceso se realizó en otro lugar, lejos de la calle Florentin. Irit pactó con el viejo de los cristales, que le permitió usar su horno y la asistió mientras manipulaba las piezas.

Contaba con que el metal se dilatase al calor. Una vez que obtuviese la dilatación soñada lo acoplaría a la pieza de alabastro. Si todo iba bien el metal se contraería al enfriarse; y al hacerlo, encajaría las uñas de que lo había dotado en los orificios abiertos en la piedra. A temperatura ambiente, la pieza compuesta se convertiría en una unidad. Algo que no podría ser separado a no ser que mediase violencia extrema —o el paso del tiempo.

Quedó tan satisfecha con el resultado que pensó en aceptar el ofrecimiento de Ari. Un amigo del diplomático tenía una galería de arte en Tel Aviv. No era la mejor ni quedaba en el sitio más apropiado (la calle Sheinkin se asociaba a la moda antes que al arte), pero no dejaba de ser un escaparate.

Irit le había expresado su negativa y su agradecimiento, explicándole que aún no tenía obra que justificase una muestra.

Ahora era diferente.

Si por ella fuese, habría alquilado una galería para exponer tan sólo la obra que acababa de terminar. Una pieza que debía a su amor por Ulises, a la irrupción de un hombre-mula y a los oficios del viejo domador de fuego.

Capítulo tres Ulises

1

Durante algunos meses trató a un condenado por homicidio. Se llamaba Ravenna. Más que delgado era chato, lo habían armado sin nalgas ni pecho. Peinaba sus tres pelos hacia atrás, la calva parecía un instrumento que pedía ser tañido. Ya se le había metido esa sombra gris bajo la piel, la marca del encierro prolongado. Y todavía le quedaban diez años.

Pena agravada por vínculo. Había asesinado a su esposa.

Le ató las manos con la soga de una cortina, la obligó a arrodillarse (el ángulo de la bala no dejaba dudas) y le disparó en la nuca.

Después le arrancó los ojos.

La fiscalía trató de colgarle un cargo extra por violación, la mujer había sido forzada antes de la muerte. Pero por esas paradojas de la ley, el mismo vínculo que agravaba el crimen eximía al reo de inconducta sexual.

Clamaba inocencia al igual que todos. Decía que alguien había entrado a robar. Cuando volvió a su casa y encontró a su esposa muerta, percibió la falta de algunos objetos: el equipo de sonido, el televisor. Sostenía que el ladrón se los había llevado después de matarla, del mismo modo en que se había llevado el arma homicida —que nunca apareció.

El juez no lo escuchó. Ni siquiera consideró la hipótesis del robo. El ADN del semen hallado en el cadáver habría probado la presencia de un tercero, pero el defensor de Ravenna, nombrado de oficio, apenas protestó. La pericia costaba dinero que nadie quería gastar, la evidencia en contra de su cliente era abrumadora.

Ravenna llevaba un año y medio sin trabajar. En el barrio se sabía que había malvendido sus posesiones: un auto del 83, el reloj de su padre, anillos de un oro dudoso. Regresaba del Centro con las manos vacías, después de jugarse todo en un garito. Su mujer le gritaba hasta quedar sin voz. Al día siguiente lo exponía en su miseria, delante de cualquier vecino que arrimase una oreja.

La policía sugirió que Ravenna había vendido el equipo y el televisor de la manera habitual, perdiendo de inmediato a los naipes.

No descartaban que también hubiese vendido el arma después de usarla, a cambio de los pesos que le encontraron en el bolsillo.

Un vecino declaró que lo había visto salir con la cabeza gacha, al minuto del disparo, y subirse a la chata donde alguien lo esperaba. Pensó que había discutido con su mujer por enésima vez y perdido la cabeza. Aun así no se atrevió a denunciarlo. Ravenna y él pertenecían a la misma cofradía: eran desocupados, parte del grupo (cada vez más numeroso en el confín del barrio) de los hombres-reses. Pero terminó llamando a la policía al caer el sol, cuando vio que Ravenna volvía tan campante.

Enseguida lo oyó gritar. Aullaba como poseído, le puso la piel de gallina al barrio entero.

El vecino tenía una interpretación sobre este proceder. Aunque nadie se la preguntó, dijo durante el juicio que Ravenna debía haberse dado cuenta del moco que se había mandado.

Las cosas que hace la culpa.

La policía lo encontró junto al cadáver. Chorreaba sangre de sus manos y su boca. Le preguntaron si la había matado y no obtuvieron respuesta. Le preguntaron si era el dueño de casa, el marido de la occisa, y tampoco dijo nada. Sólo reaccionó cuando le preguntaron qué había hecho con los ojos.

Se limpió la boca con una manga y confesó.

Me los comí.

2

Ravenna negó siempre el homicidio, pero sobre los ojos no decía nada. Su desmemoria le servía de escudo. La había encontrado muerta, con los globos oculares a punto de salirse de las órbitas. (La imagen se correspondía con la inflamación producida por el disparo.) Sobre lo que ocurrió después no conservaba recuerdos.

Mientras lo trató fue un hombre manso. A veces pensaba que hasta se sentía satisfecho. Su condena lo había librado de la necesidad de mantenerse: el Estado lo alimentaba y lo proveía de vivienda.

Respecto del crimen le confería el beneficio de la duda. Ulises conocía mil y un casos de pobres robando a pobres y tratándolos con saña. Ravenna estaba desocupado y moraba en una casa que ya no podía pagar, pero su equipo y su televisor bastaban para convertirlo en presa.

Lo escuchó con atención sin encontrar nada en que hincar el diente. Su vida calcaba las historias de degradación que había oído tantas veces. Tercera generación de inmigrantes, padre arruinado por la crisis *du jour*, estudios inconclusos. Madre estragada por el alcohol, casamiento temprano, frustración. Vicio. Muerte espiritual.

Lo que le abrió los ojos fue la recurrencia con que Ravenna se refería a sus trabajos. Había sido operario de grúas, empleado en construcciones, limpiador de ventanas. Le gustaba pasar el día en las alturas. Deme una viga, un andamio, y yo soy feliz, se lo juro por Dios: no necesito más.

Cuando lo despidieron de su último puesto sintió que enloquecía. Hacía la ronda por los sitios donde buscaban gente y una vez rechazado se metía en cualquier edificio, tratando de acceder a la terraza. Sólo allí dejaba de ahogarse. Decía que en lo alto se podía respirar. Era lo único que extrañaba del mundo exterior: que estaba más próximo al cielo que la cárcel.

Ulises habló de Ravenna en medio de una sesión. Su analista le preguntó si sabía el significado de la palabra *raven*. No tuvo más remedio que someterse a la revelación. Odiaba estar a merced de códigos que no dominaba, depender de un traductor. Lo hacía sentirse un fraude. Pero una vez en posesión de la llave idiomática fue como sumar dos más dos: la complexión de pájaro, el hábito de las alturas, los ojos picoteados.

Ravenna había enloquecido a la manera de un cuervo.

3

Al principio le contaba a Gaby todo lo que aprendía en la prisión. Descripción de hábitat y fauna, con atención a comportamientos de manada. Crímenes notables, modalidades del secuestro. El diccionario de la jerga. Los ajustes de cuenta internos, la ruta de la droga. La cárcel era una empresa eficaz, márgenes de crecimiento chino.

El tema obligado de todas sus comidas. Si el tópico se agotaba pasaban a cosas mundanas.

La mayor parte de las veces no se agotaba.

Había aceptado el cargo por razones espurias. El doctor Sacco lo ungió como su elegido, no encontró manera elegante de negarse. Situación en la que se apela a la cantinela del lado positivo. Aunque ejerciese durante pocos meses, el asunto brillaría con luz propia en el currículum.

Después de los sustos iniciales (ataque del que salió ileso por milagro, un motín que zanjó Vidal a pura promesa), comenzó a sentirle el sabor.

La cárcel era otro mundo. Se parecía a esos programas que reproducen accidentes en cámara lenta. Uno protesta por su existencia pero no puede dejar de verlos. Catálogo de todo lo que puede salir mal. Nada más fascinante que el fracaso ajeno.

Trabajar allí lo llenaba de adrenalina. Era una forma de estudiar pasiones que no figuraban en ninguno de sus libros.

Ulises había vivido una vida bendita. Tercera generación de inmigrantes, padres profesionales, curva académica ascendente. La dictadura pasó sin dejarle marca, más allá de la mella del miedo. La cárcel era una oportunidad para estar a la altura de su formación, creyente crisálida, mariposa psicóloga. En el ecosistema de su vida, cualquier mitología era válida en tanto avalase el concepto del Bien. (*Entidad abstracta formada por todo lo que es moralmente bueno; ausencia de Mal.*)

Sus ilusiones duraron lo que un estornudo. Volcó su energía a tratar de ayudarlos. Descubrió que los encontraba repugnantes. Pensaba en ellos como *sus monstruos*, aunque se cuidase de repetirlo en voz alta.

Comprendió dos cosas en simultáneo: que habían empezado a fascinarlo y que no tenía posibilidad de producir en ellos cambio alguno.

La que cambió fue Gaby. Apenas quedó embarazada.

Ya no toleraba sus historias. Le producían náuseas.

Cuando llegaba a casa lo mandaba a bañarse y echaba a lavar su ropa. Se le había metido que la cárcel le pegaba su olor.

Ulises no olía nada pero Gaby era implacable. Le decía que apestaba. Lo describía impregnado de un perfume ácido, como de sudor frío. Gaby había olido esa fragancia una vez antes del embarazo, en el cuerpo de un transexual que se desmayó en la calle. Se había quedado a su lado hasta que la ambulancia lo arrastró de allí. Nunca supo qué padecía. Hambre, anfetaminas. Hormonas en mal estado. Temblaba y transpiraba al mismo tiempo, como si temiese haber entrado en la recta de salida.

A partir de entonces Ulises se avino al pedido de silencio. La cárcel se transformó en su mundo privado. A veces tenía la sensación de estar inventándose. Una fábrica de melodrama. Al mismo tiempo podía resultar delirante, el carnaval del mundo. Huelga de hambre para que la autoridad cambiara el suavizante de la ropa. Industria del tatuaje con tinta de calamar. Simulación de mesa de examen, entrenamiento del convicto a punto de devenir abogado.

Cuando volvía a su casa todo le resultaba irreal. Nada más artificial que un mantel de hule, que un pañal descartable, que el *freezer* que transformaba la Era del Hielo en electrodoméstico.

La media lengua de los niños lo tranquilizaba. Si estaba dopado (ocurría a menudo, sus monstruos le daban pastillas como muestra de afecto o en pago por favores) sonaba a murmullo, un agua que corre. Hacer lo mismo con Gaby le costaba un poco de esfuerzo pero al fin lo lograba. Desconectaba el cable del léxico, concentrándose en el sonido a espaldas del sentido.

Pero los chicos fueron precoces. En especial Alicia, que ya a los dos se expresaba con corrección. El lenguaje es una enfermedad de transmisión sexual. Durante algún tiempo trató de abstraerse del discurso a tres bandas. Demasiado trabajo para una mente cansada. La estrella había empezado a colapsar, electrones contra protones como kamikazes, una ola de shock.

Una noche se hartó de que Tadeo corriese alrededor de la mesa. Ya se lo había pedido por las buenas, sentate por favor, tres veces a falta de una. Alicia cantaba una canción, vaso de plástico como recurso percusivo. Mientras tanto Gaby actuaba como si estuviesen solos. Le contaba algo que no terminaba de entender, epidemia vacuna tobogán, relato entrecortado por el *pam pam* del vaso y el ulular de Tadeo-autobomba.

Lo atrapó por el brazo. Ruido feo. Un crac de galleta marinera, su abuela las quebraba para rebozar milanesas. Lo oyó por segunda vez en el hospital, cuando el médico volvió el hueso a su lugar.

Gaby no se lo perdonó. Le importaba poco.

Lo difícil era perdonarse a sí mismo.

Una vez le preguntó a Ravenna si no había considerado matarse.

Su demanda era poco ortodoxa, pero a esa altura el tratamiento lo tenía sin cuidado. El cuervo estaba enjaulado atendido alimentado. Podía preguntarle lo que fuese, no temía contagiarle su peste.

Ravenna dijo que sólo coqueteaba con la idea antes de subir a las terrazas. Una vez arriba la encontraba absurda. ¿Para qué iba a matarse si ya no tenía nada que perder?

Al principio pensó que Ravenna había tenido un lapsus. En el mundo de Ulises la gente se mataba *porque* lo había perdido todo, en vez de citar esa desolación como causa suficiente de su vida.

Le marcó la contradicción pero Ravenna insistió. Se había quedado sin trabajo, su mujer lo detestaba, el desalojo de la casa era cuestión de meses. Tenía poco y muy pronto tendría nada. ¿Qué razón podía existir, pues, para acabar con su vida?

Ulises desistió. Ravenna repetía el silogismo como si su lógica fuese evidente, incapaz de elaborar sobre sus razones. A lo sumo especulaba:

Debe ser porque se te oxigena la cabeza, convencido de que la claridad sólo visita en lo alto.

A falta de palabras con que definir la sensación, Ravenna agitaba los brazos. Tenía la manía de no abrochar los puños de la camisa, ondeaban como plumas.

El *daimon* de Ulises atesoró ese momento. Se lo recordaba a menudo, a sabiendas de que ponía el dedo en una cuestión que Ulises se negaba a resolver. Como la mayor parte de sus congéneres, huía de sus problemas hasta que sentía el mordisco en los talones.

La cuestión de la posesión. La idea de que amar supone adueñarse.

Reclamar lo amado como propiedad, ¿es esencial al fenómeno o más bien su negación?

¿Cuál de estos movimientos marca el clímax del amor: el abrazo o el desprendimiento?

Probar a amar una tierra que no nos pertenece. A una mujer que nunca alcanzaremos.

A otros niños además de los engendrados.

En la hora de la angustia Ulises se acordó de Ravenna. Al salir de Florentin, durante el viaje en taxi, mientras subía los escalones.

Pensaba: ojalá Ravenna tenga razón.

Capítulo cuatro Irit (II)

1

Regresó a un local vacío.

La sorprendió que Ulises se hubiese ido sin avisar, ni dejar nota alguna. Soltó las bolsas de la compra en el piso y acudió al contestador. Anunciaba tres mensajes con un número rojo. Los dos primeros eran de Ari para Ulises y por ende en español. El tercero, también de Ari pero esta vez para ella, le golpeó el corazón.

Irit, soy yo. Estoy preocupado por Ulises. Recibimos una noticia desagradable y ahora no me devuelve los llamados.

Se comunicó de inmediato. Ari estaba en mitad de la explicación cuando encontró el papel hecho un bollo, debajo del carrito con sus pinceles.

Una carta enviada por fax. Conocía el membrete de memoria. El texto estaba escrito en inglés, como todo documento del servicio diplomático, y redactado de acuerdo con los manuales del tacto en el rechazo.

Lamentamos. Infructuoso. Ningún registro o repartición oficial. Presentes circunstancias. Sírvase. Aun así. Reitere solicitud. Oportunidad ulterior. Sinceramente.

Garabateó un mensaje que se hizo traducir por Ari (*espérame aquí ya vuelvo*, para cubrirse en caso de que Ulises regresase antes que ella) y salió en su busca.

Bajó hasta la playa. La visión del mar insondable la acuchillaba, decidió darle la espalda. Mejor investigar en los bares más cercanos, donde los líquidos con que Ulises podía ahogarse venían en porción módica.

Volvió a llamarlo desde cada teléfono público. El servicio la comunicaba con el contestador. Las primeras dos veces dejó mensaje, después se limitó a cortar mientras maldecía.

No sabía lo que hacía. Ulises podía estar en cualquier punto de Tel Aviv.

Si es que estaba en Tel Aviv.

2

Fayeq condujo en silencio durante el viaje. Una perfecta medida de su propia inquietud. Sólo abrió la boca cuando entraban a Jerusalén. Se echó encima del volante como si hubiese visto algo insólito. Irit pensó que se trataba de Ulises, pero lo que Fayeq había visto estaba en el cielo —y pasó fugaz.

¿Ha oído hablar del *sama*? Ave pequeña, de la familia del gorrión. *Passer coeli* según los manuales. *Sama* es expresión de familiaridad, veneramos a esas criaturas. La palabra significa *shamaim*. «Cielo». Es el único pájaro que vuela en línea recta hacia arriba. Sale disparado y asciende, hasta que ya no se lo ve. Como si no tuviese tiempo que perder.

There's a special providence in the fall of the sparrow... Veo que conoce a Shakespeare. Y que la sorprende que yo lo cite. Vivimos encerrados en nuestros territorios, leer es una de las pocas libertades que conservamos. Ustedes leen por placer u obligación, nosotros porque cada libro es un acto de resistencia.

Existen maravillosas traducciones de Shakespeare al árabe. Por ejemplo, la de Jabra Ibrahim Jabra. La hechicera Sycorax, que compite con Próspero en *La tempestad*, provenía de Argelia. Alguna gente piensa que el nombre deriva de *shokereth*, tal como llamamos aquí a aquel que engaña. Otros piensan que deriva de *korax*, cuervo, en idioma griego.

No he visto mejor puesta de *Hamlet* que una en el Negev. Sólo allí se entiende la expresión *quintessence of dust*. Quintaesencia del polvo. Eso es el hombre según *Hamlet*, *Amir al-Danmark*.

Los fantasmas son visitación habitual en el desierto. Ningún beduino se asusta en la Escena Quinta del Acto Primero. Están acostumbrados a ver a los fantasmas cuando bajan y al *sama* cuando asciende. Shakespeare y los Evangelios dicen que la caída de un gorrión es una señal. ¿Cuánto más lo será la visión de su ascenso?

Fayeq volvió a callar hasta que llegaron a la Puerta de Damasco.

Se ofreció a acompañarla, pero Irit quiso ir sola.

Por favor, avíseme apenas lo encuentre, usted tiene mi número. *Salahm aleykum!*

No quiso cobrarle.

Al atravesar el estacionamiento rumbo a la Puerta, Irit descubrió un automóvil lleno de zapatos. Hasta el techo.

3

Por favor, no saltes.

Eso fue lo que pensó al verlo del otro lado de la balaustrada. Ulises había pasado por encima de la baranda. Estaba de pie en el borde de la terraza, contemplando el vacío.

Lo que Irit sentía no era miedo. Entre las terrazas de Habad Road y el suelo no había más que un piso. Aunque Ulises saltase era improbable que muriese, a no ser que cayese de cabeza o se clavase en una verja.

La visión que se desplegaba ante sus ojos (una constelación nueva: la baranda, la silueta de Ulises dándole la espalda, el Domo de la Roca y al fondo el Monte de los Olivos) le sugirió una emoción diferente. Sintió que estaba a punto de perderlo. Aun a su pesar, en algún lugar del alma había empezado a registrarlo como su posesión.

Ulises había cruzado una frontera de metal y veía más allá, un paisaje que ya no podía contenerla. De una forma u otra estaba considerando la posibilidad de partir. Sin ella. Ascendiendo en línea recta para ya no volver, como el *sama* de Fayeq.

Por eso articuló en su mente las palabras que expresaban su deseo. Un deseo (*por favor, no saltes*) que ya no pasaba por el bienestar de Ulises, sino por el suyo propio.

En otro pliegue del tiempo la flecha hace blanco en el talón. Víctima del amor posesivo de su madre, y en castigo a la humillación perpetrada sobre el cadáver de Héctor (un pecado que los griegos llaman *hybris*), Aquiles muerde el polvo.

Capítulo cinco Ulises (II)

1

Entendió que Irit estaba allí aun antes de que abriese la boca.

Era la única que sabía dónde encontrarlo. Ya lo había encontrado mil veces a pesar de su insistencia en partir: en el ómnibus, en la escalera que había abierto encima del infinito, en esas mismas terrazas.

Irit lo salvaba. Ya lo había hecho mil veces a pesar de su empeñamiento en estrellarse: al impedir que el auto lo atropellase, al ayudarlo en la búsqueda de los niños, al pisar el acelerador entre las balas.

Se las ingeniaba para hacer lo correcto sin equívocos, aun cuando ni siquiera podían entenderse con palabras. Ulises sospechaba que la infalibilidad de Irit era hija del desprendimiento, esa capacidad de actuar en favor del otro más allá de su propia conveniencia.

Esa vez tampoco constituía excepción. Irit callaba porque sabía que había llegado el turno de Ulises. Ahora era su momento de decir.

2

¿Oíste hablar de la persistencia de la visión? Es lo que pasa cuando cerrás los ojos pero seguís viendo lo que veías un segundo antes, mientras tus ojos estaban abiertos. Por ejemplo, yo miro el reflejo del sol sobre el Domo, me tapo con la mano... y ahí está, todavía. Dorado como siempre. La cúpula brilla en el interior de mi cabeza.

¿Viste el fax? Dicen que no pueden hacer nada. Mi inglés es una lágrima pero entendí igual. *Lo lamentamos mucho, inténtelo otra vez dentro de seis meses.* ¿Sabés qué sentí cuando lo leí? Nada. Eso es lo peor. Creo que estoy empezando a acostumbrarme.

Maybe I can help you, I thought of something, dice la voz de Irit a sus espaldas. *Me. Help you.* ¿Me comprende?

Help. Claro que entiendo. Como la canción de los Beatles. Hay una canción de *Revolver* en la que Lennon dice: yo sé cómo se siente uno cuando está muerto. Gaby dice que yo parezco muerto, como muerto en vida. Que les contagio a todos mi peste. Me lo puso en la carta que me dejó. Pegada en la heladera con un imán. Como hacía con la lista de las compras. Y yo busco a los chicos igual, pero en el fondo me pregunto si no tendrá razón. Si no estarán mejor sin mí.

Hay algo que me jode, sin embargo. Cada vez que me digo que tengo que parar, que los chicos van a estar mejor con Gaby, me pregunto: ¿y qué hago con esta imagen? ¿Por qué sigo viéndolos cada vez que cierro los ojos? ¿Es un efecto óptico, nomás, o los veo porque los sigo necesitando, porque yo los...?

Ulises calla. El verbo que pretende conjugar en el presente del indicativo se le traba, se atraganta. Hay que cuidarse de los verbos, el único tiempo que cuenta en español es el presente. Corto preciso concreto. Soy. El futuro es siempre impreciso, condicional. *Ocurriría.* O terminado en vocal abierta que revela la duda, el imperio del azar. *Comerá-a-a. Beberé-e-e.* ¿Y el pasado? Un ancla al cuello: lo que va de *ultimo* a *ultima-ba*, esa sílaba añadida es sobrecarga, la gota que rebalsa.

Siente pánico, teme que el presente del indicativo se le esté transformando en pretérito. La gravedad del pasado lo empuja al vacío, lo tienta con la caída, aun cuando la emoción que experimenta debería darle alas. Es una emoción cuyo presente no sabe defender, Ulises no está habituado a vivir el presente, lo suyo es la culpa y la culpa es pretérito imperfecto, una formulación que no tiene fin. *Penaba. Padecía.* Un pasado que nunca termina, convirtiendo al presente en un imposible. Si algo lo sublevaba de la culpa era su anacronismo. Ulises quiere ser hombre del tiempo nuevo pero la culpa lo transforma en pieza de museo.

En la contradicción, sus órganos de fonación se rebelan. Por eso opta por pronunciar palabras a las que está acostumbrado. Expresando rendición, su incapacidad de aceptar el bien que proviene de otros.

No puedo más, bonita. Hasta acá llegamos. *You can't help me.*

Irit no dice nada. Estira los brazos por encima de la baranda y le pone las manos sobre los hombros, dedos de mimbre.

Can't help me.

Tira de él con suavidad, Ulises siente el metal de la baranda contra sus piernas.

Can't.

Irit entrelaza los brazos sobre el pecho de Ulises, se teje a él.

Help me.

Al abrazarlo lo obliga a sentarse sobre la baranda. Ulises ya no se resiste. Se deja acunar.

Así se quedan. Inextricablemente interconectados.

Un eco de la pieza en hierro y alabastro.

Capítulo seis Danny (II)

1

Pasaron tres meses, pero para Nina equivalían a tres años. Tres meses era el tiempo límite. A partir de entonces los esfuerzos que hacían por los niños dejaban de ser enérgicos y se volvían rutinarios. A los tres meses perdían la esperanza de hallar a las familias originales. A los tres meses abandonaban la intención de lograr una cura. A los tres meses empezaban a contentarse con la victoria pírrica de una adopción.

Nina sabía que una adopción era improbable en el caso del pequeño mudo. Nadie quiere a un niño de etnia imprecisa, ya le había ocurrido una vez. Uno de los aspirantes a padres preguntó si un estudio de ADN serviría para determinar la raza del niño en danza. La respuesta había sido negativa. No existe ADN diferenciado para negros, gitanos ni judíos. Nuestros ladrillos son idénticos aun cuando seamos latinos, árabes o chinos.

La pareja retiró su solicitud de adopción.

En condiciones similares, el futuro del niño se volvía indivisible de su presente. Seguiría aferrado a su muñeca rubia, noche tras noche. Con el tiempo su luz se iría extinguiendo. Las miradas de los niños que no reciben amor se opacan, como una pecera pendiente de limpieza.

Y cuando el fulgor se va ya no regresa.

2

A esa altura lo llamaban Danny. Le habían recitado listas de nombres sin que se reconociese en ninguno. Al final le quedó Danny por obra de una mujer de la limpieza. Para ella era «mi pobre corderito», la mujer era musulmana y cordero se dice *daa-nee* en árabe. Danny era convenientemente ambiguo, significaba oveja para los palestinos y Daniel para los judíos —como Daniel el oniromántico, aquel precursor de Freud en el arte de interpretar sueños.

Cuando le pidieron que dibujase a su familia llenó el papel de llamas y hombres de barba que esgrimían armas largas. Las figuras bailaban en la nada, puesto que no había línea de suelo. Tampoco había cielo. El mundo de Danny carecía de sol.

El único elemento desconcertante era lo que parecía ser un par de ruedas. Dos círculos con rayos que confluían en su centro. Ardían en medio de la hoguera. Le preguntaron qué eran. Danny no dijo nada. Insistieron de manera más específica, preguntaron si los círculos eran ruedas en la esperanza de que Danny asintiese o negase con la cabeza.

Todo lo que Danny hizo fue contemplar el dibujo, como si él mismo se cuestionase qué eran aquellos trazos.

No faltó quien, pretendiendo hacer una broma para no exponerse al escarnio, sugirió que se trataba de una visión mística. Ruedas en el cielo, fuego por doquier. El paisaje era apocalíptico, imágenes que visitaban a este Daniel moderno mientras dormía.

En otra ocasión le propusieron que dibujase a su familia en el interior de su casa. Danny dibujó una figura femenina y dos masculinas, visiblemente más pequeñas. Esta desproporción generó nuevas dudas entre los profesionales. No sabían si los dos hombrecitos representaban a Danny y a un hermano, o a Danny y a un padre infantilizado.

Para salir del brete lo instaron a que dibujase tan sólo a su padre.

Danny se quedó con el lápiz en la mano, delante de la nube blanca del papel. Su espíritu se había ido a otra parte.

3

Al principio era el centro de las reuniones de evaluación. Al equipo le encantaba hilar conjeturas.

Estaban los que pretendían que era palestino. Era obvio que su casa había sido bombardeada, de allí las llamas. Los palestinos no tienen F16, tienen hondas y misiles y suicidas explosivos pero nada tan sofisticado.

Otros interpretaban lo contrario. Le habían pedido que dibujase a su familia y Danny había pintado hombres armados. Quizá su padre fuese uno de ellos, el habitante de algún asentamiento.

Cuando Nina advirtió que llegaban al final de una evaluación sin mencionar a Danny, sacó cuentas de inmediato: habían transcurrido tres meses desde su llegada. En ese lapso habían aparecido más niños, habían atendido nuevas emergencias. Danny ya era parte del mobiliario, algo que se daba por sentado. Había perdido la capacidad de inquietarlos.

El director estaba concluyendo la reunión cuando se atrevió a interrumpirlo. No podían olvidarse de Danny, dijo, dirigiéndose también a los médicos, psicólogos y asistentes sociales que se disponían a irse.

¿Quién es Danny?, oyó que murmuraban.

Pasados tres meses de su ingreso los niños se caen del mapa. Nos limitamos a alimentarlos, bañarlos y darles cobijo como a los animales del zoo.

Esta comparación despertó exclamaciones airadas.

El director dijo que estaban haciendo todo lo posible. Su función era velar por las criaturas a su cargo. Encontrar a sus padres o ubicarlas en hogares estaba más allá de su responsabilidad.

Nina oyó los comentarios que los profesionales proferían en camino hacia la salida.

... Podría adoptarlo ella, si tanto...

... *Barbie boy!*

¡Ni siquiera se sabe si es niño o niña!

Se quedó sola en el salón, garabateando tanques en el margen de su agenda. Marchaban en hilera de mayor a menor.

Una familia de vehículos blindados.

Un día acudió a la sala con regalos. Un anotador, una caja con crayones. Quería ver qué dibujaba Danny por propia iniciativa, ahora que los adultos habían renunciado a imponerle consignas.

Danny miró las ofrendas con sospecha y aferró la muñeca con más fuerza.

No te preocupes que no pienso quitártela. Ya he oído tus gritos, mis tímpanos me rogaron que no volviese a intentarlo. Te dejo las cosas encima de la mesa, mira. Tómalas cuando quieras, si es que quieres.

Ahora bien, si tienes intención de conservarlas será mejor que te apresures. Antes de que otro de los niños te las quite, ya has visto cómo son. Creen que todo les pertenece, le meten mano a todo. Y tú ya has aprendido por las malas que no nos pertenece nada, que nada tenemos.

No en balde nacemos desnudos. La mayor parte de la gente interpreta el asunto de manera equivocada. Desarrollan desde pequeños la compulsión de echarse todo encima, hasta que ya no pueden moverse de tanta carga. Qué sería del caracol si su caparazón lo anclase en tierra. Yo en cambio vivo desnudándome siempre, a la primera de cambio. La gente también malinterpreta este asunto. Y ya no me mires así, que me haces creer que me entiendes y me impulsas a decir barbaridades.

Nina salió con toda la intención de espiar a Danny a través del cristal.

Cuando llegó al mirador las cosas ya habían desaparecido de la mesa.

Danny se había sentado encima del anotador, para evitar que se lo quitaran. Tenía la muñeca bajo el brazo y la caja de crayones en la otra mano.

Nina olvidó el asunto durante algunos días. Volvería a su atención de manera sorprendente, en una de sus recorridas por la sala de juegos.

Sintió que alguien tironeaba de su falda. Era Danny.

La llamada la llenó de emoción. Hasta entonces Danny había vivido encerrado en sí mismo. Ni siquiera acudía a sus mayores en caso de necesidad. Se había orinado encima hasta que, después de agotar el catálogo de reconvenciones, alguien comprendió la conveniencia de indicarle el camino al baño. A partir de entonces se había manejado con independencia. Comía solo, se levantaba cuando lo tumbaban (seguía siendo remiso a la efusión del llanto) y se arropaba por las noches sin reclamar atención.

Ahora tironeaba de Nina con una mano y usaba la otra para enseñarle un extraño objeto. (¿Dónde estaba la muñeca? Debía haberla escondido en alguna parte, lo importante era que se había permitido perderla de vista.)

El objeto misterioso tenía forma de resorte.

Hola, Danny. ¿Qué es eso, algo que se soltó de aquí adentro? Perdona. Humor de hospital, es el género más popular en este sitio. ¿Qué es eso, dime? ¿Se le salió a algún juguete?

Nina miró aquí y allá en busca de un objeto desarticulado. Danny volvió a zamarrearla con fastidio, le pedía que lo mirase. La soltó para buscar algo en sus bolsillos. Papeles. Tenía los bolsillos llenos de hojas, sacó un puñado que desbordaba entre sus dedos.

Eran hojas del anotador que le había obsequiado. El resorte era el anillo que las mantenía unidas, lo único para lo cual no había encontrado utilidad alguna.

... Papel, por supuesto. ¿Quieres más?

Danny asintió. Parecía feliz de haber sido comprendido con tanta facilidad.

¿Y crayones también? ¿Qué has hecho con los que te di?

Nina se hizo cargo del bollo de papeles que Danny exhibía como prueba. Todos habían sido dibujados: con animales, con casas, con aviones, con formas abstractas.

Fue entonces cuando Nina concibió la idea. Era descabellada, pero partía de una base de lógica inapelable: ninguno de los implicados tenía nada que perder.

Capítulo siete Irit / Ulises

1

Todo tiene una historia. Hasta la nada.

El desierto fue creado por Mot, el dios del Abismo. Mot tenía un apetito insaciable, dice Irit. Comía carne humana, bebía sangre.

Conmovido por el llanto de las víctimas, Baal lo invitó a deponer su crueldad. Baal era el dios de las tormentas. Cabalgaba en las nubes y lanzaba rayos. Un hacedor de lluvias. El poder sobre el agua le vino de su padre, llamado 'El. Este 'El era la divinidad original del panteón cananita. El Cronos de los griegos, el Saturno de los romanos. Vivía en la confluencia de dos ríos, a los que se atribuía la fertilidad del mundo.

Pero Mot no quiso doblegarse. La primera batalla se dirimió en su favor. Arrancó a Baal de los cielos y lo sumió en el inframundo.

Durante el cautiverio de Baal la tierra fue arrasada por la sequía. Así nació el desierto. Esta nada. Un recordatorio de lo que ocurre cuando se rompe el equilibrio y la Muerte prima en la balanza.

Si le dan la oportunidad lo devorará todo. Lo transformará en arena.

Ya lo ha hecho con las rocas. Con los árboles. Con civilizaciones enteras. Con los huesos de nuestros antepasados.

2

Partieron rumbo a Eilat al amanecer, sin siquiera darse tiempo a desayunar.

Su carrera es contra el sol. Deben atravesar medio país antes de que llegue al cenit.

Irit no quiere que el mediodía los atrape en el Negev.

Habla de dioses insaciables mientras conduce. Su vientre también cuenta historias, narra con rugidos su propia versión sobre la nada.

Ulises escucha ambas músicas. Fuma sin parar, sólo tiene ojos para el paisaje.

Hay poblados beduinos sobre la ruta 40. La mayoría sigue viviendo en tiendas. Tolderíos con antenas parabólicas. La casa ocasional. Un camello a la sombra de una encina.

Como planearon el viaje para un jueves, Ari recomendó una visita al mercado. Lo encontrarían en las afueras de Be'er Sheva, muy cerca del sitio en que abrevó Abraham después de una travesía a garganta seca. La leyenda dice que Abraham en persona plantó los tamariscos de la región. Son árboles simpáticos, los vas a reconocer enseguida, prometió Ari. En vez de copa tienen una melena, una mata de pelo salvaje.

Ari ignoraba que la excursión de Irit y Ulises no era turística.

Ulises mira los tamariscos que se sacuden al borde de la ruta y no los ve. Su mente está en otra parte, en el hombre misterioso que Irit prometió presentarle. *I thought of something*, le había dicho en las terrazas de Habad Road. *Maybe I can help you*.

Ulises tiene una cita en Eilat. Con un hombre del Mossad, el servicio secreto israelí.

3

Al entrar en la ciudad Irit recurre al teléfono de Ulises. Llama a un número que sabe de memoria y recibe indicaciones. Es obvio que conoce el camino que le marcan, asiente mientras sigue conduciendo. Cabeza tamarisco.

Diez minutos después se detienen en un parking. Cuando Ulises amaga bajar lo retiene de un tirón.

We wait. Here.

Irit pone música y cierra los ojos. El viaje ha sido largo y sin escalas, necesita un descanso. Mueve los labios sin emitir sonido, Brel parece cantar a través de su boca. *Une valse a vingt ans c'est beaucoup plus troublant.*

Ulises no puede emular su desconexión, se siente más ansioso que nunca. La música le cripa los nervios, no está para romanticismos ni fiestas de acordeón. Nunca entenderá ese arte de los franceses, capaces de escribir las canciones más tristes del mundo y también las más alegres.

Le dice a Irit que necesita estirar las piernas. *Legs. Walk a little.*

Irit le pide que no se aleje.

Ulises camina entre los autos vacíos. Mira la mole del Meridian Hotel, pueden estar fotografiándolo desde cada ventana.

Finalmente regresa al Fiat. Se sienta sobre el capot ardiente, enciende otro cigarrillo. Cuando oye el timbre del teléfono manotea el estuche, pero el aparato ha quedado en manos de Irit.

La comunicación dura un instante. Poco después una van blanca entra al parking. El vehículo hace un alto junto al Fiat sin detener su motor. El conductor es un hombre joven, pelo amarillo rabioso. Ignora a Ulises como si no existiese y se dirige a Irit. Le pregunta algo que ella responde de manera afirmativa, mientras baja del Fiat y le echa llave.

Irit abre la puerta lateral de la van y le indica a Ulises que suba.

Pelo Amarillo da una orden que Irit traduce en movimiento. Empuja hacia abajo la cabeza de Ulises, ella también se está agachando. La van no arranca hasta que Irit y Ulises se han ocultado por completo, tendidos por debajo de la línea de las ventanillas.

Ulises hace el esfuerzo de registrar el camino por el que andan a ciegas. Cuánto tiempo avanzan en línea recta, si doblan hacia la izquierda o hacia la derecha. Enseguida desiste, el viaje se prolonga demasiado y su capacidad mnemónica es limitada.

Además, Irit lo distrae. Ella le aprieta la mano para inspirarle confianza. La posición en la que viajan es incómoda y ridícula.

I spy, susurra Irit.

Ulises no entiende la broma pero sí la intención.

Están sujetos al protocolo de las historias de espías.

La casa tiene aspecto convencional. Chalet plano, ventanas con párpados caídos, un sendero de lajas a través del jardín. Pelo Amarillo los guía hasta la puerta, que se abre antes de que toquen el timbre.

Los recibe otro hombre joven. Alto (diez centímetros sobre Ulises) y de ojos claros. Carga con unos kilos de más que Ulises confunde con debilidad, hasta que recalibra su mirada. El sobrepeso es la única concesión que ese cuerpo hace a su genética. Sería obeso, sin duda, de no ser por el entrenamiento que revelan sus proporciones, la tensión muscular.

Lo que induce a Ulises a mirarlo otra vez es la cicatriz de la cara. Se abre en el pómulo, traza una curva, muere en la base de la mandíbula.

Irit se le lanza al cuello. Lo abraza. Intercambian palabras afectuosas.

El hombre despidе a Pelo Amarillo. Después los invita a pasar y cierra la puerta con llave y pasador.

Ulises entiende que el hombre se llama Shaul y es primo de Irit —primo se dice *cousin*, una de las palabras que recuerda de las lecciones del secundario.

Todavía no se ha disipado su sorpresa cuando otro pariente se suma a la recepción. Una chica joven, también *cousin*, llamada Rebba. Es la hermana de Shaul: tiene los mismos ojos, estatura y fuerza natural, realzada por una explosión de pelo ensortijado.

Rebba los conduce hasta el living. Un altar al amor creado por el Gran Dios Kitsch. Peluches sobre los muebles. Marcos de fotografías con forma de corazón. Pósters de parejas engarzadas en un beso. Una de esas imágenes tiene título, se llama *The Outsiders*.

Ibrahim se levanta del sofá y los recibe con los brazos abiertos. Ibrahim no es *cousin*, ni siquiera es judío. Delgado, moreno, más bajo que Ulises, Ibrahim es inequívocamente palestino —además de *husband*. El anillo que brilla en su mano izquierda es idéntico al de Rebba, le enseñan ambas joyas al mismo tiempo.

Shaul, Irit y Ulises se sientan en torno a la mesa.

Rebba se coloca sus gafas antes de servirles limonada.

Todavía desconcertado, Ulises advierte que Irit le habla a Shaul de los niños. Le enseña una copia de la foto, los nombra, su voz suena diligente. Shaul interrumpe para hacer preguntas, que Irit responde salvo cuando pide a Ulises que escriba nombres completos y números de pasaporte.

Finalmente Irit calla, sintiendo completada su misión. Shaul la sorprende con una última pregunta que no atina a responder. Ulises la ve sonrojarse, evitar su mirada. Shaul sonrío pero evita presionarla, su voz suena conciliadora.

Después guarda la foto y el papel con los datos en un estuche de cuero.

I'll do my best, le dice, mirándolo a los ojos.

El primo Shaul es el hombre del Mossad.

Rebba conoció a Ibrahim en una panadería. Él alabó sus ojos. Ella respondió invitándolo a salir. Que Ibrahim aceptase sin dudar era una muestra de su coraje. No sólo era musulmán, también era más bajo y más delgado que ella. Si la ofendía o la decepcionaba podía partirlo en dos con su abrazo de oso.

Le bastaron dos citas para decidirse enamorada.

Su familia puso el grito en el cielo. En especial su padre, que se tiene a sí mismo por un hombre religioso. Las parejas mixtas eran anatema. Podían terminar muertas como había ocurrido más de una vez, asesinadas por los intolerantes de uno u otro bando.

Pero Rebba gritó más fuerte. Y cuando Rebba grita la tierra tiembla.

No sólo se avinieron a tolerar el escándalo. También se comprometieron a ayudarla. En especial Shaul, aun cuando eso significase vulnerar ciertas reglas. Shaul sirve a su país, pero en lo que respecta a la vida amorosa de su hermana se considera un agente libre.

Solicitaron un permiso de residencia. El documento que Ibrahim portaba lo habilitaba a moverse dentro de Jerusalén. Visitar a Rebba en Tel Aviv significaba arriesgarse a ser arrestado. Ya había ido a parar a la cárcel dos veces por desafiar esa norma. La última vez estuvo seis meses encerrado. Conviviendo con asesinos, drogadictos y ladrones.

Cada vez que caía preso Rebba viajaba ocho horas para visitarlo. Como no tenía automóvil debía cambiar de transporte público una y otra vez. Aun así el esfuerzo podía ser inútil. A veces le prohibían verlo, alegando razones de seguridad. Ni siquiera aceptaban que le dejase los Marlboro y las barritas de Kit Kat que eran su único vicio.

El permiso nunca llegó a ser emitido. Pretextos burocráticos, dilaciones kafkianas. Ibrahim se arriesgaba a una tercera temporada en la cárcel, esta vez por ocho meses. Si el rumor de su relación con una mujer judía llegaba a prisión, podía ser asesinado entre sus muros.

Shaul los puso en contacto con una abogada israelí. La mujer dirigía una fundación que representaba a parejas que no quieren casarse por el rito ortodoxo, lo cual las deja al margen de la ley.

Lo primero que les preguntó fue si habían considerado la idea de vivir en otra parte. No era una salida fácil (los americanos le habían negado asilo a una pareja árabe-israelí del equipo de negociadores), pero aun así seguía siendo la opción más sensata. Un grupo de musulmanes acababa de golpear ya no al hombre que se había enamorado de una judía, sino a su primo. Lo enviaron a terapia intensiva. Y los intentos de legislar para que las parejas permaneciesen en tierra israelí estaban lejos de fructificar.

Tienen miedo de que los invadan palestinos predispuestos al amor y el matrimonio, bromeó la mujer. Y volvió a plantearles la opción del exilio.

La respuesta de Rebba fue simple.

¿Por qué deberíamos irnos? Éste es nuestro país.

En boca de Rebba el plural es un arma.

La abogada los conminó a cambiarse de nombre y de ciudad. Por eso se mudaron a Eilat. Allí vivían ahora, en situación de clandestinidad.

Rebba perdió contacto con su familia a excepción de Shaul, que estaba acostumbrado a tomar precauciones cada vez que la visitaba. E Ibrahim resignó parte de su identidad. Sus compañeros de trabajo (Ibrahim talla piedras, algunas de sus piezas se destacan en Trumpeldor) están convencidos de que es tan judío como Rebba —el nombre con el que lo conocen en Eilat es un alias.

Aun así no pueden llevar adelante una vida normal. Nada de cines conciertos paseos por el parque. Cada vez que salen a la calle o se suben a un auto corren el riesgo de que les pidan documentos e Ibrahim termine en la cárcel. El casamiento vía Paraguay no lo protege de ese peligro. A los ojos del Estado israelí sigue siendo un ciudadano de segunda.

Trabajaron duramente para reunir los dos mil dólares que costó ese matrimonio. Ahora están tratando de ahorrar los cuatro mil que les han pedido a cambio de un permiso temporal. La primera vez que lo tramitaron fue inútil. En la dependencia oficial les informaron que los papeles se habían perdido. Lo cual los obligó a recomenzar desde cero. Cosa que hicieron, con la tozudez que sólo ameritan las buenas causas.

Cuando Shaul le preguntó a Irit por qué se exponía por un *goy*, ella se sonrojó y murmuró algo ininteligible. Shaul ni siquiera se molestó en pedir aclaración. Con algo parecido a la ternura, repitió aquello que Rebba le había dicho cuando se atrevió a cuestionar su relación con Ibrahim.

Es inútil luchar contra los buenos sentimientos.

Después de la siesta compartieron la merienda. Té, más limonada, *Apfelstrudel* aún tibio. Una vez que terminaron Rebba los echó. Ni siquiera se molestó en disimular qué era aquello que reclamaba su atención indivisa.

Todos los días a la misma hora Rebba e Ibrahim tienen una cita. Se tumban en el sofá, sus cuerpos sugieren el cero y el uno de su universo binario. Encienden la TV y miran una telenovela. Argentina, con subtítulos en hebreo. El título del culebrón le calza a Rebba como un guante.

Se llama *Muñeca brava*.

6

Con la tarde el cielo se despoja del maquillaje. El azul cambia a cada instante, el mapa de la noche estipula profundidades.

Irit conduce sin sobresaltos. Nadie los sobrepasa, no se cruzan con ningún vehículo. Podrían estar solos en el mundo y no saberlo.

Poco a poco el horizonte se desvanece. En cuestión de minutos no existirá nada, más allá del Fiat luciérnaga aleteando en el frasco.

Ulises echa el último vistazo. La luna nueva es torpe, no le concede más que un brillo opaco. Ve farallones de piedra afilados por el viento. Cráteres que podrían contener ciudades. El *wadi* es una cicatriz, lo que resta de la herida del río.

Esto no es desierto, dice. Desierto es lo que describe Heródoto en sus *Historias*, un lugar donde el aire es tan seco que el sol le prende fuego. Desierto es el Nefud de Lawrence, cuyo viento quema las pestañas y deja los ojos al desnudo. Desierto es el Gilf Kebir, de arenas negras surcadas por *wadis* rojos, donde Almásy encontró la Caverna de los Nadadores. En cambio esto es la nada, un paisaje lunar. *Like moon*.

Irit asimila el tono despectivo, algunos de los nombres, la torpe frase en inglés.

Hay quien atribuye los cráteres del Negev a la actividad volcánica. La depresión sería todo lo que queda de aquellas bocas de fuego. Yo prefiero otra teoría, la que sugiere la caída de meteoritos. Las primeras bacterias llegaron del espacio en vehículos semejantes. Me gusta creer que la vida en la Tierra se inició aquí, que el Negev es el escenario del drama del origen. Donde la nada cedió espacio al todo, donde el todo quiso abolir la nada.

El mismo escenario de las batallas entre Baal y Mot. Que se enfrentaron a muerte aun cuando eran hijos del mismo padre. Sí, también Mot era hijo de 'El. Baal y Mot hermanos.

Mientras Irit habla el camino se diluye ante sus ojos. Los faros inventan el sendero a su paso. Sólo ven lo inminente, el resto es incógnita.

Decide desviarse a la altura de Shivta. Allí hay dunas como las que Ulises reclama, la postal del desierto.

Los tamariscos que flanquean la ruta tienen canas. En la noche no temen revelar su verdadera edad.

Look, dice Irit, señalando una alabrada y una torre. *Egypt*.

Ulises le pide que apague las luces del auto. *Lights. Off, please*.

Sin luces la ruta se convierte en universo, el universo en ruta. Vía desprovista de señales, posibilidad. Deberíamos cambiar de relojes, medir kilómetros además de horas. Nuestros átomos tienen camino recorrido, ninguna vida arranca de cero. ¿Y qué hay de la muerte? ¿Es el final del que hablan o el inicio de otra columna de números?

Irit apaga el motor. Los mueve la inercia, otro bólido de metal apuntando a la

Tierra.

El Fiat termina encallado en la banquina. Ninguno de los dos se queja, un accidente deseado. Ni siquiera cuando tratan de volver a la ruta y las ruedas giran en falso.

Ulises regresa con algunas piedras, se las dará de morder a los neumáticos. Entonces descubre que Irit se ha ido. Todo lo que encuentra son sus huellas, un mensaje en morse que lo remite a las dunas.

Deja caer las rocas y sigue leyéndolo. El texto lo ha atrapado, necesita saber qué dice después.

Primero se topa con una sandalia. Después con la otra.

Cinco metros más adelante tropieza con su blusa.

Asciende. El único sonido es el de la arena bajo sus pies. Susurra, le está pidiendo que observe silencio.

Cuando llega a la cima la ve. En la parte más baja de la hondonada, allí donde la arena se impulsa para volver a elevarse. Sólo lleva la falda y el *soutien*. Cruza ambos brazos delante del pecho, como si la embargase una súbita vergüenza.

Al aproximarse descubre que tiritita.

Hace frío, dice Irit. Mierda. El romanticismo tiene sus límites.

Ulises la cobija entre sus brazos. Ella se frota contra su cuerpo, produciendo el mismo susurro de la arena.

See?

Irit quiere que mire en derredor. Ulises entiende *sea*, como en *the sea*, el mar. Al ver el desierto piensa que Irit dice bien. Hay algo de oceánico en el paisaje, de instantánea tomada desde un ojo de buey. El error lo pone en la buena senda, sintoniza con las palabras que Irit pronuncia entre sus brazos.

La arena se comporta como el agua. Obedece al viento con sumisión, el lecho del desierto ondula. Si fijas la vista lo verás moverse, su quietud es tan sólo aparente. Se rompe para rehacer sus simetrías.

¿Recuerdas la primera vez que entraste al mar? La mayor parte de la gente no lo recuerda. Ha olvidado del mismo modo en que olvidó su medio original, ese océano diminuto en el vientre de la madre. El mar es un dechado de fuerzas contradictorias, atrae y repele, eleva y hunde. Nadie puede permanecer indiferente en su seno, nos obliga a actuar. Lo que sí recuerdo es la primera vez que vine aquí. Este sitio también tiene principios de navegación. Es necesario aprenderlos para sobrevivir, de otro modo te ahogarás.

Sé de gente que ha encontrado arpones en estas arenas. Mira allí. A ese tipo de duna alguien la bautizó «dorso de ballena». *La baleine*. ¿Culparías al autor por su analogía?

He aquí un mar sobre el que podemos andar.

El temblor de Irit entre sus brazos acaba por excitarlo. Encuentra un pezón duro como guijarro.

Irit siente dolor y placer al mismo tiempo. La sangre acude a su entrepierna, preparándose a romper.

Capítulo ocho Irit / Ulises (II)

1

Los rescata una camioneta al salir el sol. Transporta tomates de las huertas hidropónicas protegidas bajo tiendas. Le basta un tirón para arrancar al Fiat del pozo.

Irit y Ulises llegan famélicos a Tel Aviv. Se detienen a la vista de un vendedor callejero, que rueda por la calle paralela a la playa. Mientras devoran *bagels*, Ulises divisa el extraño edificio. Las formas circulares, el símbolo de la entrada: dos animales dibujando un cero con sus cuerpos.

Le pregunta qué es.

Aquarium.

Irit se resiste a entrar, están impresentables. Hay arena dorada en cada mata de sus cabellos, incluso en aquellas que suelen ocultarse del sol. Pero Ulises no escucha negativas. Esperan en la puerta a que se haga la hora de apertura, son los primeros clientes del día.

A Ulises le fascina la noción del acuario. Nunca ha visto un tiburón de cerca, una medusa cola de novia, un *Delphinus capensis*. Las criaturas más idiosincrásicas. Todos sus movimientos son gráciles, aun cuando sean contrahechas o voluminosas como una duna. Esa langosta californiana, por ejemplo. *Panulirus interruptus*. Un monstruo digno de película de Godzilla y aun así elegante en sus desplazamientos.

El agua les sugiere la conveniencia de la armonía. Permite que los cuerpos se deslicen en su interior pero frena a aquellos que pretenden avasallar. Es parte de su naturaleza.

H₂O. Los átomos de hidrógeno se aferran al oxígeno anfitrión pero a la vez entablan relación con otras moléculas de agua. Una danza permanente. El contenido de los estanques parece estable y sin embargo cada molécula cambia de pareja millones de veces por segundo. Robert Kunzig dice que se comportan «como si bailasen *quadrille*». Por eso tienden a formar cuerpos, como charcos y lagos, pero no vacilan en separarse cuando un cuerpo extraño se zambulle en su seno. Un instante después retoman el baile, cerrándose por encima de nuestras cabezas: asimilan el golpe y vuelven a buscarse.

Irit y Ulises circulan por las salas, bailando su propia danza.

Ulises se abalanza sobre los estanques con ojos ávidos.

Irit, que está en condiciones de leer, se detiene primero en los carteles con información. A veces elige el texto en hebreo, otras (en compañía de Ulises tiende a funcionar en modo multilingüe) se dedica al texto en inglés. Si encuentra algo que le resulta llamativo, trata de explicárselo. Mezcla idiomas, inventa palabras (Irit españoliza moléculas a su antojo), dibuja el aire con sus gestos. Ulises entiende poco y nada, pero la intención lo conmueve.

Ella tiende a incluirlo. Los átomos de su cuerpo lo invitan a bailar.

2

Cuando entran en la sala del narval la escena se repite.

Ulises camina hasta el cristal y se deja calar por el asombro. Una criatura fantástica. Por sus dimensiones, la forma de huso potenciada por la falta de aleta dorsal, la disposición de las manchas sobre el lomo y el cuerno retorcido.

Se pregunta por qué será que miramos a las bestias marinas de una forma y a los cetáceos de otra. Al común de las criaturas le dedicamos una mirada generalizada, lo que identificamos es el concepto, la idea *barracuda*. A los cetáceos les consagramos una segunda mirada, centrada en sus ojos. Como si además de entender qué son (la idea *delfín*), buscásemos hacer contacto. Ulises ignora el dato de que alguna vez fueron criaturas terrestres, cree que los animales que salieron del mar no desanduvieron camino. Pero si lo supiese lo valoraría en su justa medida.

Irit se detiene delante del display y lee el texto en inglés. *NARVAL. Monodon monoceros... Una leyenda inuit habla de una mujer que se convirtió en narval al caer al agua. Su larga cabellera se habría enroscado en el diente-cuerno, dotándolo así de la torsión que le es propia.*

Esta vez se reúne con Ulises pero no dice nada. La visión del narval le produce una emoción que no sabría expresar en ninguno de los idiomas que domina. Todo lo que acude a su mente es una frase en hebreo, cuya vinculación con el momento ni siquiera puede explicarse.

Ir kedoshá, piensa. Una ciudad sagrada.

3

Ulises no necesita voltear la cabeza para ver a Irit. La contempla en el reflejo del cristal. Registra la O de su boca, sus ojos húmedos, mientras el narval se desliza por detrás como si volase.

La emoción lo sorprende. Le muerde la garganta como una fiera, triturándola con su presión. ¿Cómo puede algo que en esencia es un espejismo (un fantasma sobre las dos dimensiones del cristal, reflejo, pura ilusión) provocarle una reacción tan intensa? ¿Y qué ocurriría si dejase de ver a Irit en el espejo y se atreviese a mirar a la Irit real?

Teme convertirse en piedra, o en estatua de sal. Y aun así la tentación es inmensa. Los ojos se le van solos, está a punto de perder el control sobre su vista, sobre sus músculos —sobre su vida toda.

Hace un último intento por transformar esa emoción en silogismo. Si consiguiese envasarla en palabras-molécula y reducirla a unas pocas proposiciones, podría dominar sus sentimientos en lugar de ser dominado. Un puñado de moléculas debería ser tan sólo eso y nada más.

Se le ocurre una equivalencia de nitidez matemática: el amor que siente por Irit es directamente proporcional a la insensatez de su relación. Pero esta ecuación se le vuelve en contra de inmediato, porque la insensatez de la situación crece a cada instante. Lo que está tentado de hacer es un disparate y ese disparate sólo hace que la ame más. Un puñado de moléculas puede ser mucho más que eso: puede ser agua, arena, vida.

No tiene manera de expresar lo que siente ni siquiera inventando un idioma nuevo. Pero aun cuando no exista forma de nombrar lo inefable hay algo que puede ser verbalizado. La acción a que ese sentimiento nos compele. La aceptación gozosa de sus consecuencias.

Escribe la palabra en el vidrio. Con el dedo. Sobre la mancha que produjo su propio aliento.

Irit empieza a leer aun antes de que haya terminado, Ulises la ve hacerlo en el reflejo. Ella lee pero no entiende, al menos no del todo, siente desconcierto ante la perfección de lo evidente.

Ulises se inclina y le repite la palabra al oído.

El sonido es la clave, el sentido que confirma la realidad de lo visto. Irit cede ante el peso de la prueba.

Se lanza al cuello de Ulises, lo besa dos veces y ya no puede más. Deja caer la cabeza sobre el pecho amado y solloza. Es un sollozo único, que ha estado alimentando durante toda su vida en espera de este momento; había crecido tanto en su pecho que ya le producía dolor. Una vez que lo suelta se siente liviana, casi vacía.

Ulises la ha aceptado. Están juntos al fin.

Mientras lo sostengan libremente, el pacto entre ambos será irreversible. Aunque

el mundo exterior estalle en mil pedazos.

Capítulo nueve David Kaufman

1

¿Eres tú, Miriam?

El narval seguía allí, flotando en el cielo del estanque, como si lo desafiase a preguntar otra vez.

¿Eres tú?

David Kaufman no daba crédito a sus ojos. Ahora que veía a la criatura de cerca, la evidencia parecía incuestionable.

Esas manchas del lomo. Un mapa que había estudiado con detenimiento, impreso sobre otra piel.

El corazón se le salía por la boca. Aun así se forzó a insistir.

¿Eres tú?

Se apoyó sobre el cristal, necesitaba sostén. Sus jadeos empañaron el vidrio.

Al principio pensó que era una ilusión. Lanzó otra bocanada húmeda y la palabra volvió a materializarse. Era la respuesta que había estado buscando.

Yes. Eso era lo que decía sobre el vidrio. Yes.

Pensó que moriría allí mismo. Víctima de un corazón que no había sido hecho para la verdad, demasiado débil para soportar su belleza.

Pero el narval volvió a cantar y David se olvidó de la muerte.

La criatura había retomado la expresión del comienzo, desarrollándola un tramo más. Le dio la extensión y el arco de una frase melódica, estableciendo el final con un silencio. Y después se echó a nadar, perdiéndose en la nube azul.

David estuvo a punto de llamarla con un grito. Lo disuadió la presencia de dos niños que se habían ubicado a su lado, convocados por la fama del unicornio del mar.

Les preguntó si habían oído.

Los niños intercambiaron una mirada desprovista de brillo. Finalmente uno de ellos, el del gorro de Barney calzado hasta las orejas, se atrevió a replicar.

¿Qué cosa? Nosotros no oímos nada.

David se excusó y regresó a su asiento.

El narval no volvería a mostrarse mientras los niños siguiesen ahí.

Empezó a reír y a llorar un poco. Sentía el deseo de contárselo a cuanta gente le saliese al cruce. Visitantes, los empleados del acuario —incluido Brodsky. En la euforia del instante no le preocupaba nada, ni siquiera la posibilidad de que cuestionasen su juicio.

El mundo estaba lleno de cosas que alguna vez parecieron insensatas. Ahora que existían los teléfonos móviles, Internet y el Viagra, ahora que se sabía que todos veníamos de las estrellas y que parte de la estática de la TV es radiación producida por el Big Bang (a Morty le había encantado este dato, cada vez que la programación

se corta vemos la Creación en vivo), no estaba dispuesto a tolerar la mención de imposibles.

Si Garbo había hablado al fin, ¿por qué no podía hacerlo un narval?

2

Lo que Miriam hizo fue dibujarle un mapa.

Al leerle sus libros y sus folletos le marcó un camino. Quién sabe de dónde habría obtenido la inspiración, qué señales-púlsar habrían captado sus antenas: la del edificio, las de su mandíbula inferior.

Este hueso conduce las vibraciones sonoras al oído medio, decía el narrador del documental que había encontrado en pausa. *Los dientes están dispuestos de tal manera que funcionan como antenas, recibiendo los sonidos que le llegan del exterior.*

Los mapas eran códigos viejos como el hombre, probablemente anteriores al lenguaje escrito. Habían evolucionado de manera independiente, en culturas entre las que no existía conexión física. Los chinos utilizaban símbolos y numerales para establecer distancias. Los esquimales tallaban mapas de la costa sobre marfil. Los incas fabricaban mapas en relieve. La gente de Tahití dibujó la geografía del Pacífico para el capitán Cook.

Antes de resignarse a diagramar la Tierra, habían sido ante todo una representación de la mente. La realidad era una consideración secundaria, lo que mostraban era quiénes éramos y qué deseábamos. David no olvidaba el célebre mapa de Mornes, producido en 1761. Describía un continente «lleno de arenas ardientes, bestias salvajes y desiertos inhabitables». Según el texto que acompañaba al documento, la falta de agua forzaba a los animales de todas las especies a reunirse en el mismo oasis. «Tienen relaciones los unos con los otros... He ahí el origen de esos monstruos.»

Miriam había contado con que encontraría el derrotero.

Consciente de que no le serían necesarias, prescindió de las palabras.

3

Todos los mapas medievales incluían el Paraíso.
No eran mapas para navegantes sino para pecadores.
Una historia, dice Murakami, no es algo de este mundo.

Capítulo diez Irit / Ulises (III)

1

Irit hizo sonar el disco de Brel hasta que se convirtió en una broma entre los dos. Apenas oía el piano Ulises protestaba:

Ah, m'sieur Brel encore!, para fingir a continuación algo parecido a un ataque epiléptico. Ella le arrojaba entonces el objeto que tuviese más a mano, o un golpe si es que estaban a la distancia apropiada. Después retomaban lo que estaban haciendo, al cobijo de la música que siempre sobrevivía a sus altercados.

Para Irit *Ne me quitte pas* era una de las más bellas canciones de amor. Tristísima, pero expresiva de una fe tan grande en el poder de los sentimientos que termina imponiéndose a cualquier límite. Es verdad que la voz cantante habla desde la inseguridad, a fin de cuentas le está pidiendo a su amada que no lo deje. Sin embargo Irit estaba convencida de que ese amor no había muerto con la canción. En su interpretación, la amada debía haber vuelto a los brazos del protagonista. ¿Qué mujer podía resistirse a un hombre que le promete «perlas de lluvia / venidas del país / donde ya no llueve»?

Para Ulises *Ne me quitte pas* era el paradigma de la canción romántica: emotiva, circular y pegadiza pero de la mejor de las maneras posibles. Triunfaba donde las demás fracasan para volverse sensibleras. Sus propios gustos iban por otros rumbos. Velvet Underground, el jazz más abstracto, John Cage. Eso no le impidió valorar los méritos de Brel, aun cuando se quedase a las puertas de su poesía. No se preocupó nunca por entender qué decía, pero era sensible al buen melodrama.

Lo que le llamaba la atención de *Ne me quitte pas* era, en todo caso, una anomalía melódica. La canción procede de acuerdo con las normas del género y de repente, de la forma más inesperada, las vulnera al final del estribillo. La lógica interna sugiere que ese estribillo debe tener tres versos y no más. Brel los consagra a una repetición de la frase *ne me quitte pas*. Después de cantarla por tercera vez, cuando la melodía se ha cerrado sobre sí misma y parece dispuesta a retomar la estrofa, Brel sorprende con un cuarto verso que insiste en el pedido: *ne me quitte pas*. Todavía insatisfecho, dedica el primer verso de la estrofa siguiente a una nueva repetición: *ne me quitte pas*. Es así que en dos tramos de la canción el pedido se repite cinco veces, una detrás de la otra, con la recurrencia de una obsesión.

Esta insistencia lo altera todo. Transforma por completo el sentido de la frase «no me abandones», que deja de ser pedido o súplica para convertirse en expresión de una voluntad que no se detendrá ante nada.

Ni siquiera ante el límite de la muerte.

2

Los medios expresivos suelen llegar más lejos que la palabra, tanto en la narrativa como en la poesía. El texto puede expresar algo claro y terminante, pero existen recursos que permiten al artista sugerir algo más, que completa, da una vuelta de tuerca o hasta contradice la carga de lo dicho. Muchos usan estos recursos a conciencia, dotando a su obra de la ambigüedad de lo real. Pero otros lo hacen sin darse cuenta, porque hay un significado que pugna por escapar del confín de su alma; algo que jamás se animarían a decir a cara descubierta.

Irit no sabe si Elizabeth Bishop lo hizo adrede (la escritura de dieciséis versiones sugiere que sí), pero entiende que el texto del poema *One Art* dice una cosa a la vez que su lectura dice algo más. A simple vista, Bishop adopta una actitud zen frente a las desgracias. «El arte de la pérdida no es difícil de dominar; / tantas cosas parecen tan cargadas de la intención / de ser perdidas que su pérdida no es un desastre», dice la estrofa primera. Yendo aún más lejos, recomienda la práctica de ese arte: «Pierdan algo todos los días. Acepten la molestia / de las llaves de la puerta perdidas, de la hora malgastada».

Pero las palabras a que Bishop recurre para la rima cuentan otra historia: *master* y *disaster*, dichas una y otra vez, en ese orden y en el inverso, *master disaster*, *disaster master*. Al repetirse esas palabras devienen frase musical, y su significado (desastre mayúsculo, maestro del desastre) anticipa lo que quizá sea el verdadero sentido del poema.

Los últimos versos refuerzan esta sensación. Bishop confiesa que acaba de perder el amor de alguien y acto seguido afirma: «Es evidente que el arte de la pérdida no es tan difícil de dominar». ¿Cuán evidente puede ser esta verdad, si ha debido decirla otras tres veces antes que ésta? ¿No estará más bien tratando de convencerse de que las cosas son tal como las dice? El verso final abona esta sensación al concluir así: «... aunque podría parecer que es (*¡escríbelo!*) un desastre».

Bishop necesita evidenciar la presencia de una segunda voz (¿la voz de su *daimon*?) que la conmina mediante el uso del modo imperativo a escribir la palabra temida, aquella que sintetiza el estado más profundo de su alma: *disaster*.

Irit no volvió a escuchar *Ne me quitte pas* después de la muerte de Ulises. Pero en los años que siguieron a su pérdida, las dieciséis versiones del poema de Bishop la ayudaron a recorrer las estaciones del dolor.

3

Fue Ulises quien la convenció de que aceptase el ofrecimiento de Ari. Tenía obra más que suficiente, ¿por qué no exponerla si contaba con una galería a su disposición?

Irit estaba abierta a la posibilidad desde que produjo aquella pieza de hierro y alabastro. (La pieza que, en sucesivos catálogos, quedaría nombrada como N.º 88.) Pero no habría puesto en acto su intuición de no haber mediado la insistencia de Ulises.

Para Ulises se trataba de retribución. Quería alentarla a que construyese algo tan sólo suyo, una parcela propia de Irit. Desde que se encontraron había adoptado la búsqueda de los niños como causa personal. Ahora deseaba que Irit se dedicase a Irit, para tener la oportunidad de apoyarla tal como ella lo había apoyado a él.

Sabía a las claras que se exponía a perder movilidad. Si organizaba la muestra, Irit dejaría de ser sus ojos y su lengua y sus brazos durante buena parte del día. Pero Ulises esperaba compensar con la ayuda de sus otros socios. Ari lo asistía en su doble condición de «miembro del cuerpo diplomático de la República Argentina y socio activo del Club de Tobi», una entidad ficticia que transformaba a Irit en la Pequeña Lulú. Y para las actividades extraoficiales contaba con Fayeq, que se negaba a aceptar dinero a cambio de su tiempo desde que entendió la misión de Ulises.

Al respecto fue terminante. A pesar de que tenía a todos sus hijos consigo, Fayeq decía entender muy bien el sentimiento. La mayor parte de sus amigos, parientes y colegas habían perdido algún hijo. Los tres niños en edad escolar también habían perdido compañeros, o tenían compañeros que habían perdido hermanos mayores.

Yo sé qué ocurre qui, *dans mon lev*. Como si te cortasen *feet*, *fi-himt*? Y uno tuviese que seguir caminando así. *With no feet*, sin pies. Cada paso *ti ricorda la blesé*, cada paso un grito, cada paso beji.

Como caminar sobre muñones.

La galería del amigo de Ari era pequeña y estaba bien ubicada. La calle Sheinkin es una de las más transitadas de Tel Aviv, llena de restaurantes y de negocios de marcas internacionales. Lo que le falta en bohemia lo aporta en *trendiness*, la facultad de definir aquello que constituye moda.

El hecho de que la galería estuviese casi escondida (una puerta sin vidriera entre dos negocios, enfrente de un McDonald's) no molestaba a Irit. Más bien la hacía sentir protegida. El largo pasillo que conectaba la puerta con la sala central le parecía apropiado, veinte metros de un tránsito desnudo y necesario. Ayudaba al recién llegado a despojarse de la carga del mundo exterior, a descomprimirse antes de emerger en un mundo nuevo.

La inauguración fue una ceremonia discreta. Un centenar de personas, entre amigos, conocidos y periodistas. Nada mal para tratarse de un domingo 31 de diciembre. Ulises todavía no podía creer que el domingo fuese laborable en Israel, y mucho menos que ignorasen el fin del año calendario occidental. Pero aceptó la decisión porque lo seducía la carga simbólica del acto. Irit merecería figurar en el *Libro Guinness* como responsable de la última muestra artística del siglo —y a la vez, de la primera del siglo entrante.

Los parientes no fueron convocados, Irit no había tenido tiempo de presentarles a Ulises. Lo último que deseaba era pasar la velada en ascuas vigilando a su madre, cuya reacción podía llegar a ser intempestiva.

Lilly Rosenblum sostenía que Irit debía conservarse célibe, esperando el regreso de su novio, aquel militar que desertó para instalarse en México. El hecho de que hubiesen transcurrido dos años desde su partida sin llamados ni mails no significaba nada para la mujer. Mientras no existiese comunicación formal de una ruptura (y Nimrod se había ido sin despedirse, siquiera), para ella el compromiso seguía siendo vinculante.

Una de las citas literarias que Irit recordaba de memoria pertenecía a *The Catcher in the Rye*, la novela de J. D. Salinger: «*Mothers are all slightly insane*», dice Holden Caulfield.

Todas las madres están ligeramente locas.

Ya bastante tenía Irit con los nervios de la inauguración. El hecho de que no fuese su primera muestra no aliviaba su carga. Cada nueva exhibición era una exigencia mayor desde que recibió la herida de las críticas.

La tensión que se soporta al mostrar la obra artística ante el mundo puede ser asesina. Cuando uno fabrica tornillos existe un patrón de medida cierto para la excelencia del producto. Cuando uno produce arte, o algo que pretende acceder a esa categoría, los patrones de medida se vuelven inciertos. ¿Cómo puede un artista estar seguro de que lo que considera valioso será reconocido por los demás? Y si se ha

volcado a fondo en la tarea la cuestión se vuelve aún más delicada. La gente ya no está juzgando un tornillo que puede ser rehecho una y mil veces con la misma máquina o con mejores, sino una expresión de su alma que el artista considera tan sincera como irreplicable.

El mecanismo de la socialización del arte no se diferencia de la venta de esclavos. El artista se ve expuesto, desnudo, en el centro del mercado. Delante de gente que sopesa en segundos lo que ha llegado a ser en el curso de su entera existencia. Un público que no evalúa lo que es, sino lo que puede llegar a valer en términos de cambio. Y si alguien puja por él, se espera que baile de alegría aunque la transacción suponga la renuncia de su libertad: ¡alguien lo ha considerado digno de entrar en su servicio!

Estos pensamientos acechaban a Irit en las horas previas al debut. Trató de mantenerlos a raya. Prefería reservar su nerviosismo para causas más dignas.

Por ejemplo, la reacción de Nina cuando le presentase a Ulises.

Irit conversaba con dos de sus profesores de Vital (el matrimonio Wolfman: ella tenía el pelo teñido de escarlata y gafas de marco blanco, él tenía el pelo blanco y gafas de marco rojo) cuando Nina llegó y vio su oportunidad servida en bandeja.

Ulises era inequívocamente Ulises. Se trataba del único hombre que no tenía aspecto de artista o de crítico: alto, delgado, barba de días, traje oscuro y camisa blanca. Bebía vodka en lugar de champagne y además estaba solo —y a todas luces perdido.

Lo llamó por su nombre. Ulises reaccionó de inmediato, aun cuando la sorpresa de ser mentado por una desconocida se encendió en su rostro. Sólo se relajó cuando oyó el nombre de Nina.

Así que tú eres el culpable. Maldita sea. Eres tan apuesto como ella dijo. Yo también me dejaría secuestrar. Imagino que no serás mormón... No, yo no tengo tanta suerte. Más te vale que la trates bien. Irit es única, la chica del corazón-tambor. Puedo oírla desde aquí, por encima de esta música de ascensor. Cuídala con tu vida. Ella late por todos nosotros.

Ulises recibió la perorata con una sonrisa. Después dijo.

Tengo la sensación de que me estás haciendo mierda, pero de una manera muy simpática. Me alegro de conocerte.

Y elevó su copa para brindar con ella.

Ari hizo su entrada en ese instante. Despachó a Ulises con un saludo para concentrarse en Nina, a quien dedicó palabras y ojos untuosos. Ella replicó con una frase que sonó punzante. Después partió en busca de Irit.

Como Ari se veía desconcertado, Ulises preguntó qué había ocurrido.

La verdad es que no estoy seguro. Le dije que era la obra de arte más linda y me dijo: «Vos no sos tu amigo». Debe ser filósofa. Me gustaría compartir con ella una velada epistemológica.

¿No estás casado, vos?

Yo con mi episteme hago lo que quiero. Te estás aburriendo como un hongo, ¿no es cierto?

Me gusta observar a la gente. Esos dos que hablan con Irit, por ejemplo. Parecen grullas. Fijate: los anteojos alargados, el pelo rojo, las narices puntiagudas. Y si los escuchás hablar, peor. Acerquémonos un poco.

Hablan en hebreo.

No para mí. A mí me suenan a pájaro. Hacemos tanto esfuerzo para diferenciarnos y es inútil. El animal que somos sigue estando ahí, apenas por debajo de la piel.

Lo de la filosofía era una joda. ¿Vos también te me vas a poner metafísico?

Ésa fue la última conversación entre Ari y Ulises.

6

Irit se sentía tironeada por mil emociones. Feliz por la muestra y también en ascuas, la piel hipersensible a la reacción de la gente. Deseosa de saludar a tantos conocidos y a la vez de esconderse debajo de una piedra. Dividida por las atenciones, cuando no deseaba más que estar junto a Ulises.

La circunstancia la forzaba a hacer cosas que detestaba, por ejemplo hablar de sus obras. Los Wolfman le preguntaron por la pieza N.º 88, que imperaba sobre sus congéneres desde el centro del salón.

Tiene un aire intemporal, sugirió Lewis. La majestuosidad de lo eterno. Algo que ha ocurrido y que seguirá ocurriendo.

Un zigurat en miniatura, añadió Hedda, ajustándose sus níveas gafas. Su energía me impulsa a ascender.

Nina la saludó entonces, en mitad del intercambio. Puso una cara que casi la hace estallar en carcajadas y salió corriendo en busca de una copa.

Los Wolfman insistieron, querían saber si habían interpretado bien.

Irit suspiró. ¿Qué podía decir sobre su obra que no fuese una racionalización *a posteriori*? Era la primera en aceptar el desconcierto que ese bloque producía, una turbación que no estaba segura de querer disipar. Por supuesto que la había concebido con una idea en mente, pero estaba segura de que la pieza inspiraba otros efectos además de los anticipados. Sensaciones que no quería impedir al imponer el prisma de su interpretación.

Su mirada se cruzó con la de Ulises. Estaba en un extremo del salón, departiendo con Ari. Lo llamó con un gesto, su mano aleteó con una urgencia que apenas pudo controlar.

Una contradicción. Eso es lo que esta pieza expresa, hasta donde puedo ver. Sugiere algo eterno pero ella misma es temporal, tarde o temprano se destruirá. Muestra un equilibrio perfecto entre dos elementos, un balance que a la vez es precario, puesto que el alabastro es poroso y sujeto a la erosión mientras que el metal resulta impermeable. Todas las obras artísticas se degradan por acción de los elementos, yo sentí el impulso de poner esa degradación en primer plano. ¿Es posible que esta pieza diga al mismo tiempo que todo termina y que nada termina? ¿Será ése el orden secreto de las cosas, el código binario que está en la raíz de toda existencia? Sólo puedo manifestar mi asombro. Miro el bloque y veo que sigue haciéndose, aun cuando mis manos ya no intervienen en su destino.

Ulises deslizó un brazo por su cintura, viento sobre arena.

Le presentó a los Wolfman. Y después le dio un beso que contrabandeaba palabras, susurradas en su oído.

Save me.

Ulises sonrió. Pobre Irit, las grullas le demandaban su alimento.

I can't, admitió con otro susurro.

Y le enseñó el cigarrillo que constituía su excusa.

Outside, dijo. Allí adentro no se podía fumar.

Irit lo dejó ir sin ocultar su decepción.

Come back soon!

Ulises se despidió de los Wolfman inclinando la cabeza. Besó la mano de Irit y se desprendió diciendo.

I promise.

Al ver a Irit junto a la pieza N.º 88 la gente empezó a apiñarse alrededor de ella. Lewis Wolfman le pidió permiso para tocar el bloque. Lo seducía la idea de convertirse en coautor. Una vez que lo hizo otros lo imitaron, raspando la yema de sus dedos sobre el alabastro.

El sonido del disparo los sumió en el silencio. La bossa nova que emitían los parlantes aumentó la sensación de dislocación, una voz de otro mundo.

Irit miró en derredor. Todo lo que vio fue la ausencia de Ulises.

Nadie se cruzó en su camino. La gente no quería salir a la calle hasta estar segura de lo que ocurría, por eso corrió sola por el pasillo. Le gritaban que no se expusiese pero ella no oía. Avanzaba sobre sus tacos con lentitud de sueño. Su corazón se estrellaba contra los huesos del pecho, un accidente con *replay* automático.

Pujando hacia delante por el tubo interminable. Preguntándose a qué clase de mundo nacería esta vez.

Capítulo once Ulises (III)

1

Era verdad que deseaba fumar. Pero la ansiedad que lo lanzó a la calle tenía otras fuentes. Irit le había asegurado que Shaul acudiría a la recepción. Era el único de sus familiares que estaba en condiciones de hacerlo. Rebba e Ibrahim no podían viajar desde Eilat y el resto no sabía nada, ni de la muestra ni del romance.

Tenía la esperanza de abordarlo allí, lejos de la mirada de Irit. No quería distraerla de su ocupación, ni revelar el desasosiego que seguía sintiendo a causa de los niños.

Hasta entonces había usado a Irit como intérprete, pero era hora de que franquease ese límite. Se entendería con Shaul como fuere. En hebreo, en inglés o por señas. Había tomado la precaución de llevar consigo los dos diccionarios, que ocultó de la mirada de Irit en los bolsillos del pantalón. La carga lo hacía sentir a la vez preparado y un tanto ridículo.

La investigación todavía no había arrojado frutos. Gaby procedía con cautela, cuidándose de usar su tarjeta de crédito (que Ulises no quiso anular, en la esperanza de rastrearla a través de los registros de compra) y de involucrar a sus parientes. No había transacción alguna, ni siquiera la adquisición de un teléfono móvil, hecha a su nombre; ni gastos sospechosos de parte de su familia local, identificada como Ilan y Muriel Goldman. Debía contar con la ayuda de alguna persona sin lazos sanguíneos en común, que le estaría dando alojamiento y dinero.

Los registros telefónicos de los Goldman tampoco proporcionaron evidencia. La mayoría de las llamadas recibidas conducían a números conocidos (otros parientes, asociados, amigos), con la única excepción de una serie atribuida a teléfonos públicos de diversas partes del país: Jerusalén, Haifa, Be'er Sheva.

La tarjeta empleada para llamar desde sitios tan distantes era la misma. Ese código había sido utilizado además en tres oportunidades para llamar a Buenos Aires, Argentina.

Al número atribuido a Sara Zvetz de Goldman.

Pero por supuesto, debía haber agotado su crédito con el uso. Shaul estaba seguro de que la tarjeta nueva que ya había efectuado cuatro llamados a Muriel Goldman desde Tel Aviv pertenecía a Gaby. Lo cual quizá no dijese mucho, más allá de esbozar una esperanza: la de que Gaby se hubiese instalado en un sitio definitivo. Acotar la búsqueda a Tel Aviv era mejor que tender redes por todo el territorio. Lo que necesitaban ahora era *savlanut*, paciencia. Ulises debía entender que Shaul hacía su trabajo de manera secreta, en las horas muertas y a espaldas de los otros espías.

Aceptó la circunstancia, mientras trataba de asimilar una noción que trastornaba hasta el más nimio de sus actos —como el de pisar la calle.

Podían estar viviendo allí. En esa misma ciudad. A pasos de distancia.

Noche tibia. No se ven las estrellas desde Sheinkin, ni siquiera con el cielo despejado. Demasiadas vidrieras.

El McDonald's de enfrente es un faro en la noche.

Siente la tentación de concederse el capricho. La idea de un Big Mac se torna agua en su boca. Los canapés de la recepción lo decepcionaron, no le gusta la comida que no puede descifrar. Todo lo que tiene que hacer es terminar su cigarrillo y cruzar la calle.

Pero si entra al McDonald's puede perder su oportunidad con Shaul.

Sin contar con un riesgo aún mayor: el guardia de seguridad. De pie en el umbral, junto a la efigie del payaso Ronald.

Uno de ellos sobreactúa su cordialidad, el otro su fiereza.

Ulises no puede exponerse a ese peligro. Su visa de turista ya ha expirado. En su momento oyó los argumentos que Ari e Irit expusieron para que decidiese a conciencia, pero nunca dudó. No tenía la menor intención de abandonar Israel. Permanecería allí aun al precio de quebrar la ley. Eso era ahora: un ilegal. Como los espaldas mojadas que se aventuraban en territorio americano, como los africanos que desafiaban la mar en cayucos.

Como Rebba e Ibrahim. Clandestino.

La decisión lo había forzado a convertirse en un prisionero. Ya no podía circular por las calles a su albur, exponiéndose a que le pidiesen su pasaporte con sello vencido. La ironía no se le escapaba: justo cuando le decían que Tadeo y Alicia podían estar cerca, se veía obligado a permanecer en reclusión. Y sin embargo se tenía a sí mismo por un prisionero satisfecho, en el mismo sentido que Ravenna. Pasaba el día entero en el local. Acotando el caos que Irit había creado, estudiando su obra. Escuchando música clásica en la radio y a veces Brel, aunque nunca osase confesarlo. Releyendo y subrayando la novela de Graham Greene. «La felicidad nos aniquila: perdemos nuestra identidad», era una de las frases que había marcado. Le sonaba a expresión de deseos.

Todo lo que hacía mientras Irit no estaba podía resumirse en una palabra: esperarla.

A veces corrían riesgos calculados. Irit rentaba un auto (estaba gastando un dineral en esos alquileres, por eso se había prometido comprarse un vehículo tan pronto pudiese: ya le había echado el ojo a una camioneta) y obligaba a Ulises a ocultarse en su interior, como Pelo Amarillo les había indicado. Viajaba tumbado sobre el asiento trasero hasta que llegaban al Negev, o a una playa que no parecía conocer nadie más que Irit —siempre estaba vacía.

Ulises fuma el cigarrillo hasta el filtro. El guardia no se mueve de su lugar. Parece jugar a las estatuas con Ronald McDonald, a ver quién dura más tiempo inmóvil.

Pisa la colilla, enciende otro Marlboro. Se dará ese margen. Si Shaul no ha llegado entonces (si el guardia no se ha movido de su puesto), volverá al interior de la galería.

A Irit no le gustaba nadar. Prefería caminar por la orilla. Cuando Ulises se internaba en las aguas lo esperaba allí, donde las olas lamían sus tobillos.

Casi no hablaban, salvo para las lecciones de hebreo. Irit había empezado por las frases más convencionales. Ulises ya sabía cómo pasar por judío si alguien se les aproximaba. Recurriría a una argucia: *Soy sordo*, diría de manera gangosa, *jeresh, jeresh*, para disuadir a su interlocutor de formular más preguntas.

Pero Ulises quería ir más allá de lo contingente. Aprender a decir algo que fuese tan sólo bello.

Irit sabía de memoria muchos poemas: Shelley, Yeats, T. S. Eliot («*Dry bones can harm no one*», decía en *The Waste Land*: «Los huesos secos no pueden dañar a nadie») y por supuesto Elizabeth Bishop, pero ninguno en hebreo. Salvo el Kaddish. Una oración para los muertos, compuesta en su mayoría en arameo. A Irit la conmovía que a pesar de su uso ritual el Kaddish no se detuviese nunca en la minucia de la muerte. Tan sólo hablaba de la gracia infinita de Dios, Aquel a quien se llama «exaltado» y «santificado».

Ulises le pidió que se la enseñase.

Repitieron el Kaddish sobre la arena. Dos guijarros expulsados de las aguas. Ulises se dejaba abrazar, a Irit no le molestaba llenarse de sal.

Al regresar (Irit siempre al volante, Ulises oculto), ella le pedía que le hablase. *Talk to me*. Ya que no podía verlo, lo menos que podía hacer era prestarle su voz. Sonaba desgajada de su cuerpo, resonando desde lo más hondo de la caja de metal.

Desde esa posición que lo conminaba a la humildad, Ulises hablaba sin detenerse. No sentía vergüenza ni se preocupaba por hacer sentido. A veces descubría en el acto cosas que no estaba seguro de haber sabido, o experimentado siquiera.

Todavía tenía presente el último viaje. El piso del Fiat lleno de arena. Un polvo finísimo, casi inmaterial. Se le iba de manera inexorable, pero siempre quedaba un resto en la palma de su mano. En combinación con el sudor se convertía en una pasta, el barro primigenio.

En el principio había sido glorioso. Una criatura perfecta, no muy distinta de un ángel. Oía la música con que todo vibraba. Hasta que algo se rompió dentro suyo. Aquel cura lo convenció de que siempre había sido una aberración. ¿Acaso los monstruos nacen sabiéndose monstruos? ¿No se toman a sí mismos por normales, hasta que algo o alguien (un espejo, un ser imbuido de la más alta moral) les señala su error?

Desde entonces combatió todo aquello en que sentía la tentación de creer, con tal de preservarse de una nueva decepción. Dios, la familia, la democracia. La psicología, la naturalidad de los afectos. La posibilidad del cambio, que había terminado negando (nada podía cambiar, empezando por Ulises mismo) a pesar de

vivir en un universo que se transformaba a cada instante.

«No sé cuándo me jodí. ¿Sabe alguien cuándo se jodió, acaso lo recuerda?», dijo desde el fondo de la cápsula-Fiat. «A veces le echo la culpa al cura. Otras veces al viejo que me manoseó en la calle. Era tan chiquito, entonces... ¡Tan inocente! Durante algún tiempo temí estar embarazado. Si entendieses te reirías de mí... Nunca se lo conté a nadie. En los peores momentos uno se aísla, corta amarras. Pero siempre estaba esa voz que me alentaba a seguir, que me mantenía vivo. Llamándome a experimentar todo o despedazarme en el intento. Ahora creo que es mi propia voz que suena desde el futuro. Convocándome a dar el salto, a borrar la distancia entre ambos tiempos. Ésa es la voz que me trajo hasta acá. Por eso le estoy agradecido.

»Vos me devolviste la forma humana. Si Boris me viese otra vez no me reconocería. Yo mismo me desconozco en tu espejo. El amor es un fenómeno natural del que no sabemos casi nada. Una señal que hay que aprender a sintonizar, antes de asumir que dominamos su lenguaje. Una fuerza que no existe como tal, pero que lo transforma todo. El amor como distorsión del espaciotiempo... A veces se me ocurre cada cosa. Menos mal que no podés entenderme. Si oyese lo que digo saldrías corriendo.»

La calada final. Pide unos instantes más pero nadie le responde. El *daimon* se silencia porque Ulises está al borde de una experiencia que desconoce: la de la muerte. No puede decir nada relevante al respecto, como tampoco el escritor, que se despega de su criatura al perderla en el Hades.

Ya no hay cigarrillo. Ni tampoco hay Shaul.

Es la hora.

El guardia se dio cuenta de que lo observaba. Sus ojos le devuelven un brillo escrutador. Parece resentir que esté parado allí, haciendo nada, fumando cigarrillos en cadena. Son las únicas estatuas sobre la calle Sheinkin: Ulises, el guardia y Ronald McDonald. El resto de la gente produce ráfagas, pinceladas de apuro.

Todavía tiene humo en los pulmones cuando los ve. La mujer que carga a la niña dormida, el niño que camina a su lado. Serio como un apóstol.

Se deslizan por la vereda de enfrente y entran al McDonald's. Ni siquiera le dan tiempo de usar su voz. Los reconoce demasiado tarde, una vez que traga el humo ya no puede tocarlos con un grito.

Su cerebro se cierra como el obturador de una cámara. Pierde conciencia hasta que se descubre en la calle, a medio cruzar. El automóvil frenó a veinte centímetros, bocanada del radiador sobre su cuerpo. El conductor grita y clava la mano sobre la bocina. Ulises oye poco y nada, todo lo que suena lo hace con sordina.

Los manchones de color adquirieron forma, contornos humanos. Los paseantes de Sheinkin se han detenido para verlo. No hay nada bueno en esos ojos, le recuerdan las miradas del autobús. Deben creerlo enajenado o borracho. Nadie cruza la calle de esa manera sin desprecio por su vida, nadie acepta insultos sin replicar: ésta es la tierra del matar-o-morir.

Cuando llega a la vereda el guardia lo está esperando. Alza una de sus manos, indicándole que se detenga. La otra está en su cintura, sobre la culata de la pistola. Dice algo que Ulises no comprende. Ulises se siente en su derecho de moverse, todo lo que quiere es entrar a McDonald's como cualquier hijo de vecino. Presiona con su cuerpo. El guardia le obstruye el paso mientras retrocede. Como Ulises insiste en la arremetida, el hombre empieza a gritarle.

Le chumba como un perro.

Ulises registra el arribo de la cólera. Sus descargas le contraen los músculos. Manos que se cierran, el prototipo de la garra. Se pregunta qué estará ocurriendo con su rostro, si también transmitirá la agresión del halcón.

Hace un esfuerzo para controlarse.

Argentino. Argentina. *Argentine*.

El guardia no lo oye. De tanto gritar se pone rojo como culo de mandril. Seguro que no le cree. Debe estar pidiéndole los documentos.

Un flash de los setenta, redivivos.

No puede enseñarle el pasaporte. Si lo hace se condenará. Lo subirán a un avión, le prohibirán regresar por los siglos de los siglos. Lejos de los chicos para siempre.

Lejos de Irit.

Debería haberse hecho el sordo como ella le había enseñado. Pero lo olvidó todo en un abrir y cerrar de ojos. Durante algunos segundos había vuelto a ser el viejo Ulises, aquel que se dejaba arrebatar por la rabia sin pensar en consecuencias. Y ahora era tarde.

La bola había sido lanzada. Nadie la detendría en mitad del vuelo.

El guardia ha desenfundado. Un hombre tan joven. Su cara todavía no se habituó del todo a las afeitadas, que le irritan la piel. Debería estar escribiendo poesía o acunando a su hijo.

La gente llora, se cubre la boca mientras mira a Ulises con expresión desorbitada. Una mujer se cae sentada al recular. El hombre que estaba a su lado aprovecha la distracción y se echa a correr, ha visto al demonio y quiere contarlo.

¿Acaso creen que es un terrorista, que pretende volar un local lleno de niños? Ulises no es el Peter Lorre de *M*, *el vampiro negro*, ni siquiera es el Lorre taimado de *Casablanca* aunque sí ha fantaseado con ser Rick Blaine, un hombre solo que vive en un sitio exótico, que tiene bodega propia —que se sacrifica por amor.

Tadeo y Alicia están allí adentro, ¿cómo podría pensar en dañarlos?

Yeladim sheli. Mis hijos. *My son, my daughter!*

El guardia no quiere escuchar. Prorrumpe en nuevos gritos, agita el arma en sus narices.

Los curiosos retoman el movimiento, todos al mismo tiempo. Esquirlas de una explosión que lo tiene por núcleo, una coreografía ajustada al silencio. El guardia debe haberles ordenado que se replieguen sin movimientos bruscos.

Ulises enseña sus manos desnudas pero sigue avanzando. No está dispuesto a que nadie se interponga entre él y sus hijos —no otra vez.

Mira por encima de su hombro, hacia la entrada de la galería. Si Irit o Ari saliesen, si Shaul llegase en ese instante milagroso, podrían hablar por él. Pero no encuentra rostros que no sean desconocidos. Sólo ve facciones descompuestas por el

miedo.

Las más aterrorizadas pertenecen al guardia.

El chico le da pena. No es un ojo entrenado como el guardia del *mall*. Huele a nuevo, su primera temporada en el puesto. Debe estar pensando en su mala suerte, recién empezó a jugar y le tocó la bolilla del hombre-bomba.

Ulises abre los brazos para testimoniar su indefensión. No lleva nada encima, no piensa hacer nada malo. Sólo quiere entrar. Se siente atrapado por una aporía, su problema es lógico. ¿Cuándo llegará donde sus hijos, si cada paso que da es más pequeño que el anterior?

El chico saca del cinto un par de esposas. Eso le disgusta. No quiere que lo esposen, que Tadeo y Alicia lo vean de esa forma, que se convenzan de que es un criminal. Nadie es igual al peor de sus hechos.

Al desviar la mirada hacia el McDonald's descubre que los clientes se han apiñado del otro lado del vidrio. Contemplan la calle tratando de entender qué ocurre, no deben haber descifrado el significado de los gritos.

Hay niños entre ellos.

Los ojos de Ulises buscan a sus hijos. Lo alivia concluir que no están entre los testigos.

El guardia habla con voz que se resquebraja mientras mira más abajo, en dirección al vientre de Ulises. Al ver su propia estampa Ulises repara en los bultos. Los diccionarios llenan sus bolsillos. Español-hebreo, español-inglés. Contiene una carcajada en el último instante. Dios es el más retorcido de todos nosotros, un comediante oscuro.

Diccionarios. *Dictionary, not bomb!*

El chico reacciona ante la palabra *bomb* como si expresase una amenaza, no oye la negativa que la antecedió. Tan sólo se enardece más. Avanza hacia Ulises. Temblando azogado. Con el arma en ristre.

Ulises se abre la chaqueta, enseña el pecho desnudo. El gesto funcionó en el *mall* —pero allí el guardia era experimentado.

Este chico se está cagando de miedo.

Ulises oye su propia voz (le suena extraña) diciendo la frase consabida. Aquella que sus monstruos repetían a destiempo, a pesar de que ya habían sido condenados. Reclamando lo que les había sido arrebatado, cuando eran más pequeños de lo que podían recordar. Impulsados por la temeridad, por la libertad absoluta del que nada tiene. Como el Oliver Twist que desafió a la autoridad pidiendo más comida. Como el Jacob que agredió al ángel para arrancarle bendición. Armados con la frase que creaba universos, que lo empezaba todo de nuevo.

Soy inocente. Soy inocente. Soy inocente.

Oye el *pop*, el ardor no tarda. El viejo lo ha metido en el horno, se prepara para darle forma. Soplará y soplará.

Yitgaddal v'yitqaddash sh'meh rabba.

Se mira el pecho y se confunde. Ha vuelto a volcarse el vino, a marcarse para el sacrificio. Durante un instante no sabe si está en el Tattersall o en Sheinkin.

B'al'ma di v'ra kirutheh.

Ya en el suelo percibe un perfume que no había sentido desde su llegada a Israel. El aroma que antecede a la lluvia, piensa. Sin embargo no es más que la sangre que lo moja.

V'yamlikh malkhuteh.

La vidriera está intacta. Y vacía. Al sonar el disparo han huido en desbandada. Eso le produce alivio, aun cuando entiende que se está yendo.

B'chayekhon uvyomekhon.

El último miembro de una casta en extinción. Muere para hacer posible el cambio.

Capítulo doce Irit (III)

1

He aquí la herida que cierra el diccionario de Irit:

2 *Ulises*

La noche previa a la inauguración la pasaron en vela. Irit estaba nerviosa, no tenía esperanzas de conciliar el sueño. Le sugirió a Ulises que se acostase pero él se encogió de hombros: más que cansado parecía ausente.

Lo vio desaparecer detrás del biombo. Un instante después la luz se apagó.

Irit buscó un libro que ya hubiese leído (hay gente que regresa a ciertos relatos como los exiliados a la patria) y se retiró al salón.

El velador manchado le ofrecía un triángulo de claridad. Quiso concentrarse en el viejo relato pero sólo logró pensar en eclipses, en órbitas divergentes.

¿Cuánto tiempo les quedaba?

Ari era demasiado elegante para admitir la duda, aunque no habría apostado un shekel a cuenta de su futuro. Ulises elegía no preguntárselo, o bien se aprovechaba de la imposibilidad de expresarlo en un idioma que ambos comprendiesen. Nina siendo Nina, se lo había echado en cara de todas las maneras posibles. ¿Estaba dispuesta Irit a aprender español? ¿Pensaba enviar a Ulises a una escuela de hebreo? ¿Acuñarían un lenguaje nuevo, una suerte de esperanto en clave erótica?

El idioma era lo de menos. En esas semanas había comprendido cuán poco se necesita para convivir con alguien en armonía.

Sabía de Ulises todo lo que necesitaba saber. Que lavaba su propia ropa interior. Que convenía dejarlo solo cuando suspiraba. Que era un amante considerado, la esperaba siempre.

La mayor parte de la gente habla mucho sin decir nada. Lo más importante es lo que no dicen, lo que su vida expresa sin palabras. La vida de su madre decía: *He tomado todas las decisiones equivocadas*. La vida de Nina decía: *Le tengo pánico a la soledad*. Para conectar con ambas debía sortear la barrera del lenguaje y entender lo que estaban diciéndole más allá de la hojarasca.

De Ulises la desvelaba otra cosa: ¿qué ocurriría cuando se reuniese con sus hijos? O en el peor de los casos, la contracara de esa moneda: ¿qué sería de él si nunca los recuperaba?

No tenía sentido luchar contra lo inevitable. La pregunta por el tiempo es ociosa, el más inútil de los planteos filosóficos. En un universo en expansión todo tiende a separarse: tarde o temprano estalla, se disgrega y vuela por el cosmos. Nadie puede cambiar este proceso. No queda otra que acompañarlo, dejarse llevar por el viento.

Lo extraordinario es que aun así exista la posibilidad de un encuentro. Materia cruzándose con otra materia, dos cuerpos que se avienen a formar un sistema nuevo. En un universo divergente, una fuerza convergente se parece a lo sagrado. La atracción que retuerce un cero para convertirlo en infinito.

Un sonido la convocó al plano de lo real. Ulises. Le estaba hablando.

Había apartado el biombo a un costado. Estaba sentado sobre el colchón con las

piernas cruzadas. Desnudo. Nunca conoció a un hombre que se sintiese más a gusto con su cuerpo. Tenía el desparpajo de los niños pequeños, que lo visitan todo con su piel.

You reading?

Llevaba media hora clavada en la misma página. Seymour besaba el arco del pie de la pequeña Sybil una y otra vez, como un disco rayado.

Not really.

Light, out. Please!

This one?

Irit apagó el velador.

Thank you!

Qué hombre extraño. Desde que le enseñó a ver con los ojos vendados se había aficionado a la oscuridad. Quería conducir sin luces, cederle a la noche la totalidad del espacio.

Apenas puso pie sobre Sheinkin se topó con el tumulto. Luchó a brazo partido para llegar junto a Ulises. Estaba tendido en un charco de sangre. Las moléculas de este líquido habían abierto paso al clavadista, para después ceñirse al talle de su cuerpo.

Lo custodiaba el guardia de seguridad del McDonald's. El pobre muchacho se había arrodillado. Lloraba como un loco.

Le sorprendió que aferrase un diccionario igual al de Ulises, español-hebreo, hebreo-español. ¿Buscaba palabras para expresar su congoja?

Irit sintió el impulso de consolarlo, pero la apremiaba otra necesidad.

No perdió un instante considerando lo ocurrido. La pregunta sobre el porqué era ociosa, como la pregunta sobre el futuro. Ninguna respuesta lo volvería a la vida. Lo único que importaba era el presente. La oportunidad de abrazarlo antes de que se enfriase.

El porvenir es frío como el espacio exterior, lo que ocurre cuando ya no hay nada que hacer. Lo decisivo es el momento de la fragua, cuando la materia aún es líquida, cuando estamos a tiempo de moldearla.

Debía acoplarse a Ulises. Instarlo a que le clavase sus uñas, a que se enganchara a ella para siempre.

Echarse a su lado fue como entrar al mar. La tela de los pantalones de Irit absorbía la sangre, reclamándola toda. Humedad trepando por sus muslos.

Ulises reaccionó con un escalofrío. Dientes rojos como su lengua, tenía la boca de un predador.

I...

Irit le pidió que no hablase, necesitaba sus energías para aguantar hasta que llegase un médico. Pero aun así él dijo:

I see.

Ulises tenía los ojos cerrados.

Un segundo después levantó su mano y acarició la mejilla de Irit.

No fue el zarpazo de un hombre acorralado ni el estertor de un moribundo; más bien delicado, la ola que llega más lejos sobre la playa.

Cuando los paramédicos intervinieron Ulises ya había muerto.

Irit se quedó en brazos de Nina, viéndolo partir rumbo a la morgue.

Habían coincidido brevemente en un punto del cielo. Ahora su órbita se lo llevaba lejos.

El espacio entre ambos se iba llenando de polvo, de otros astros, de tiempo.

3 *Ulises (bis)*

El *daimon* de Irit privilegiaba dos recuerdos a los que apostaba su pedagogía. Uno era el de ese final, el instante en que Ulises le pintó la cara con sus dedos rojos. Ese gesto la había transformado para siempre. Ya no era Irit Rosenblum sino una obra de Ulises llamada *Irit Rosenblum*: la expresión postrera de su genio.

El otro recuerdo era el de la noche en vela.

Ulises le había pedido que apagase la luz. Ella accedió, imaginaba que era una forma de convocarla a la cama. Pero cuando se hincó frente a él advirtió que estorbaba. Se había interpuesto entre Ulises y aquello que Ulises trataba de ver.

No había nada a sus espaldas, más allá del local en tinieblas.

Le preguntó qué miraba.

Ulises señaló la vidriera pintada.

Really? Es la única de mis obras que se puede ver al derecho y al revés. La realidad y su anverso en simultáneo. Debería volver donde el viejo, pedirle que me enseñe su arte. Sus piezas son maravillosas y efímeras. Como nosotros. No estamos hechos para durar. Pero lo que hacemos nos sobrevive.

Irit se movió de rodillas sobre el colchón, colocándose a espaldas de Ulises. Trataba de ver lo mismo que él veía. No tuvo suerte, se resignó a envidiarlo. Su mirada estaba contaminada por el proceso de gestación: no veía la obra, apenas sus defectos.

Entonces reparó en la imagen del espejo. Era el espejo que usaba para vestirse, uno de cuerpo entero que había colocado junto al sillón. En ese espejo podía ver a los dos, a Ulises y a ella misma, congelados en el acto de mirar. La stampa era un recorte de la realidad, pero lo que quedaba fuera de cuadro se las ingeniaba para insinuarse. Las formas y colores del cristal usaban el cuerpo de Ulises como pantalla, proyectados por la luz de la calle. Creaban un Ulises feral y azul, una criatura salida del mar.

Ella asomaba por detrás en el reflejo, pasándole los brazos por encima de los hombros. La luz imperante anulaba el color de su camisa, volviéndola negra. ¿Quién era ella en ese cuadro: la Circe que apelaba a sus artes para retener a Ulises, o el mástil al que se había atado para no perderse el canto de las sirenas?

Le disgustaba la oscuridad con que aparecía representada, ella no era esa mujer vestida de negro. Decidió desvestirse. Obedecía así al deseo (sentía el impulso de registrar a Ulises con toda su piel, el tacto es mucho más que las manos), pero también a un mandato estético. Necesitaba imitar a la escultura de hierro y alabastro. En esa pieza ella estaba desnuda, la gente piensa que el arte imita a la vida y se equivoca, es la vida la que debe imitar al arte. De esto estaba segura, el arte ocurre cuando atendemos a la voz sagrada, es una proyección de posibilidades: refleja el próximo salto de la evolución, aquello en lo que nos convertiremos el día en que

seamos más fuertes que nuestro peor instinto.

Cuando Ulises murió Irit veló el espejo, le echó encima una sábana blanca. Después regaló la ropa de su ajuar a excepción de la negra: en la ausencia de colores que combinar, podía prescindir de su propio reflejo.

También dejó de cortarse el cabello. Si llegaba a caer al agua y se convertía en narval, lo necesitaría largo para tallar su cuerno.

Navegó el dolor a sabiendas de que llegaría a alguna orilla, tarde o temprano. Con un poco de suerte arribaría a la aceptación que le transmitía *One Art*. No quiso apresurarse, todavía era novata en el arte de la pérdida; con el tiempo llegaría a practicarlo con algo parecido a la elegancia.

En los años de duelo se aferró al borrador del poema. A diferencia de la versión final, esas letras escritas a máquina con errores (el primero de los *nuncas* se leía *nuunca*) nombraban la pena sin sublimarla, con todas las letras y hasta con alguna de más. Allí estaban las palabras-molécula que había que decir, en tinta sobre el blanco del papel. Terminó aprendiéndolas de memoria, podía repetir las en voz alta sin necesidad de la muleta del libro. La ayudaban a no sucumbir a la tentación de huir del dolor.

Trabajó sobre el desgarró como si fuese su mejor obra, se ofrecía al fuego para darse forma. Algún día llegaría a la otra orilla. Entonces descansaría, pondría punto final a su diccionario sobre la arena húmeda y dejaría de pensar en Ulises como una herida.

*Aquel que pierde su vida, etc. —pero aquel que
Pierde su amor —nuunca, no nunca nunca
[nunca más.*

Capítulo trece Irit / Danny / David

1

De las obras expuestas por Irit Rosenblum en su muestra de 2006, la única que no estaba en venta era la pieza *N.º 88*. A pesar de que había recibido elogios que elevaron su cotización (Roberta Smith del *New York Times* dijo que «se balanceaba entre lo geométrico y lo orgánico con aplomo zen»), Irit se negaba a desprenderse del bloque. Parecía decidida a asistir en persona a su degradación. Con el correr de las décadas el alabastro se desgastaría, reduciéndose en tamaño hasta volverse nada. Todo lo que sobreviviría al original sería la forma de hierro, así como ella había sobrevivido a Ulises: sola y desprovista de sentido.

El día de la inauguración Nina pidió licencia en el instituto. No se apartó de Irit ni un instante. Irit parecía concentrada en los pormenores del acto pero Nina sabía más y mejor. La que estaba allí no era Irit sino un sucedáneo, su versión en piloto automático. La verdadera Irit se había quedado en casa, alimentando la angustia con hebras de su carne y ofrendas de sangre, como quien ceba a la fiera que posee por mascota.

Cada muestra implicaba revivir la pérdida de Ulises.

Los papeles desde Paraguay llegaron seis meses después de su muerte, a fines de junio del año 2001. Los conservaba. Había firmado su parte. Lo último que Ulises le dijo fue que volvería pronto, no quería desairarlo.

Nina hizo lo imposible por distraerla. Decía barbaridades con tal de hacerla sonreír. Irit le siguió el juego, al igual que siempre. Se veía más entera que otras veces aunque estaba más flaca. El dolor la había convertido en un junco. Se había vuelto más elástica, un organismo elemental.

La inauguración transcurrió sin sobresaltos. Su *marchand* caminaba por las nubes, había cerrado ventas en tiempo récord. Este furor no representaba nada para Irit, en cambio el regreso del periodista joven constituía un buen augurio. Esta vez no llevaba el anotador en la mano, lo cual era bastante heterodoxo de su parte. Nina la pescó observándolo y se le fue al humo. Le preguntó quién era, quería saber si le gustaba. Irit respondió con una carcajada y después le dijo.

Si sigues insistiendo te haré probar el Dedo de Dios. Bearscare Superbeam, el rayo que fulmina a miles de millas por segundo.

¿Cómo explicarle que no pensaría en nadie más mientras siguiese viendo a Ulises al cerrar los ojos? Cada vez que parpadeaba, Ulises se le insinuaba como un fantasma. Esta vez era él quien le vendaba los ojos y la desafiaba a comprender. El hecho de que no pudiese verlo no significaba que no estuviese allí. Todavía creía percibir su perfume a cada rato. Todavía recordaba su voz, la textura de su piel en la punta de los dedos.

«*Achilles absent was Achilles still*», decía el verso de Homero traducido por Pope. Con sólo cambiar de héroe, la frase expresaba a la perfección el sentir de Irit. Ulises ausente seguía siendo Ulises.

Aquel que la visitaba por las noches, cuando el local quedaba en tinieblas, hablaba en su propio idioma. Le decía que la amaba.

Nunca supo por qué respondió a la invitación de Nina. Quizá porque la sorprendió que no disimulase su intención de conectarla a un hombre. Pero lo que más la intrigó fue el cariz de la cita. Nina estaba convencida de haber tenido una idea brillante, demostración palmaria de que Irit no poseía el monopolio de la genialidad.

Acudía al encuentro de alguien que distaba de ser adulto.

Se quedaron viendo a Danny un largo rato, a través del cristal de la puerta. No había nadie más en la sala, el niño estaba sentado en una silla diminuta. El sitio era un paraíso en pequeña escala: había pelotas, cubos, ladrillos de plástico y aros de enorme diámetro, pero Danny no estaba interesado en otra cosa que no fuese su muñeca rubia. Nina explicó que por lo menos ahora manipulaba sus extremidades, le alzaba los brazos, movía la cabeza. Durante los primeros meses la había dejado rígida, como si no se relacionase con un juguete articulado sino con un trozo de madera.

Irit preguntó si podía entrar.

Danny ni siquiera la miró. La muñeca daba pasos de siete leguas en el aire.

Se sentó en una silla, del otro lado de la mesa enana. No sabía qué hacer con sus piernas, se sentía un saltamontes.

Como Danny no expresó inquietud, se tomó unos minutos para verlo mejor. Tenía rasgos delicados, expresaban una extraña dignidad. Le gustaban sus pestañas. Parecía un cervatillo.

Irit se tomó el pecho para acallar su corazón. Latía de manera escandalosa.

Se le ocurrió que ya conocía al niño, que sabía de su existencia desde siempre. Era una idea insensata, por supuesto.

Nina le había dicho que Danny era un caso perdido. Una experiencia traumática lo había desterrado al interior de su cabeza, sin pasaje de regreso. Pero Irit estaba convencida de que le había hablado de otro niño. El Danny a quien veía, nimbado por la luz diurna, le parecía la más normal de las criaturas.

Irit usó un crayón para dibujar un sol. Después deslizó el papel sobre la mesa, poniéndolo al alcance de Danny. El niño parecía no haber advertido la maniobra. Finalmente batió sus pestañas como si levantase vuelo y clavó la vista en el papel. Dejó la muñeca y eligió un crayón azul. Dio vuelta el dibujo y escribió algo en el reverso. Una vez terminado deslizó el papel hacia Irit, del mismo modo en que ella lo había hecho.

Danny había dibujado un pez, con un trazo que volvía sobre sí mismo hasta cerrarse. Dentro de esas líneas colocó un ojo y unas motas que parecían escamas. Tenía un aire al pez con que se identificaban las comunidades de la cristiandad primitiva. Irit pensó en los símbolos que existían al margen de la Historia, aquellos que tornan prescindible al lenguaje porque expresan algo que está más allá de las palabras, y sobre lo que por ende no existen crónicas.

Al ver el pez recordó el símbolo que Ulises descubrió en el suelo del local, la forma que los dibujos habían armado a sus espaldas. Aquél era un símbolo de infinito y éste también. Ochos volteados.

Uno de los infinitos tenía escamas.

3

Nina siente claustrofobia dentro del auto inmóvil. Le dice al niño que esperará bajo el sol, la coquetería de un bronceado es buena excusa. Lo que desea, más bien, es ver a Irit mientras se aleja. Quiere tener registro de la dirección que toma, para estar preparada si su amiga se pierde.

Irit marcha con su carga en brazos. Para Nina ya es pura espalda, una Venus de Milo. Camina por el lomo de la primera duna y empieza a perderse del otro lado. Pronto es tan sólo una cabeza. Y después nada.

Nina mira su reloj. Le concederá media hora. Pasado ese lapso se dará permiso para inquietarse.

Veintinueve minutos... Veintiocho. Vuelve a hablarle a Danny aun cuando lo sabe dormido, el calor lo volteó durante el viaje.

Su corazón es más grande. No en sentido figurado sino de verdad, se lo dijo el médico. Un caso en un millón. Una vez me lo hizo escuchar, la oreja contra el pecho. Casi me deja sorda. Me dijo, «¿Oíste? Es un motor de dos tiempos. Una parte habla y la otra le responde. Es por eso que no toleramos estar solos. Necesitamos el eco». Corazón-tambor... No sé para qué te digo esto. Seguro que ya te diste cuenta.

Irit aceptó que la acompañasen al Negev pero se negó a compartir la ceremonia. El bloque era más liviano de lo que aparentaba, una de las ventajas del alabastro que había comprado en la calle años antes, cuando Ulises aún vivía. El mineral que hoy pasa por alabastro es un sulfato de calcio, demasiado blando para sus propósitos: se mella con una uña. Irit sólo pudo lograrlo con una piedra. De ese modo convenció al hombre del carro de que no se trataba de mármol, y a la vez probó que había dado con el alabastro de los antiguos, un carbonato de calcio, más duro (y por ende más duradero) que el sulfato.

Mientras trabajaba sobre el bloque intentó explicarle a Ulises que debía su aspecto marmóreo, casi traslúcido, a las características de su formación. El alabastro se acumula como estalagmita, en cavernas de piedra caliza. Por eso las esculturas sugieren que se puede ver a través de ellas. Lo que Irit aprendió sobre la marcha es que al calor (y el hierro al rojo de la pieza complementaria había sido extremo) el alabastro pierde esa transparencia y se vuelve blanco, textura de tiza.

Al principio el cambio la contrarió. Pronto aceptó las ventajas que también había ofrecido. Su palidez le confería un aspecto intemporal: aun cuando la pieza era nueva, parecía haber brotado del fondo de los siglos.

Apenas el terreno se disuelve en arena empieza a cansarse. Las formaciones rocosas quedaron atrás, así como los parches de la vegetación; se parecían a la mata que protegía su sexo.

Avanza sobre dunas de espléndida simetría. No existen más huellas que las de un jerbo y el zorro lanzado en persecución. El viento dejó la marca uniforme de sus

pinceles, ondas que se difunden de manera hipnótica.

Cuando el pecho lanza una puntada se detiene. El terreno es anónimo en todas direcciones, con excepción de las cicatrices infligidas por sus pies.

Se deja caer de rodillas. Siente alivio al depositar el bloque sobre la arena pero no lo suelta. Permanece así durante un rato, prolongando el abrazo mientras descansa la cabeza sobre el tope.

Deberíamos aprender de las cosas que no podemos aferrar: arena, agua —tiempo.

Baal prevaleció al final pero no eliminó a Mot, todo lo que quería era arrancarle un acuerdo. Hay un tiempo para cada cosa, nada más provisorio que la muerte.

Al fin su corazón se llama a silencio. El sitio es tan tranquilo que una vez acallado no queda nada que escuchar. Sol y luna comparten cielo en la mañana.

Se despide de la escultura. Al dejarla en el desierto, convierte al mundo entero en *terra incognita*. Un orbe sin mapas, que es preciso dibujar desde cero.

Emprende el regreso sin mirar atrás.

Borrando sus huellas con nuevos pasos, rumbo al niño que se ha convertido en su hogar.

Al día siguiente de instalados en el apartamento nuevo Irit lleva a Danny al Aquarium. Cumple así con una promesa formulada tiempo atrás, cuando ni siquiera había completado el papeleo.

Le sorprendió que el niño no dejase de dibujar peces. Producía variantes a la técnica del trazo que riza el rizo y se cierra sobre sí mismo, con diferentes colores y proporciones, prodigando escamas. Imaginó que la compulsión escondía algún dato sobre su origen. Pero a pesar de que se lo preguntó más de una vez y de muchas maneras, su respuesta nunca varió. Danny decía que no con la cabeza. Su padre no era pescador. No vivía en un pueblo costero. Ni siquiera conocía el mar.

Fue entonces que Irit le habló del Aquarium.

Danny parece disfrutar del paseo. Se detiene delante de cada tanque, de cada pecera. Irit explica generalidades o lee información de los paneles. El niño la oye en silencio, a veces asiente mientras dibuja: dedica una página de su anotador a cada criatura que lo sorprende. Algunas de ellas desafían sus posibilidades técnicas. No sabe muy bien cómo plasmar un pulpo, una estrella de mar.

En presencia del narval el anotador se le cae de las manos.

Irit señala la pérdida pero Danny no responde. Tampoco parece oírla cuando le refiere la leyenda inuit: la mujer caída al agua, el cuerno enredado en el pelo. Rindiéndose a su fascinación, levanta el anotador del suelo y le dice que lo esperará allí atrás.

Sentada en el banco obtiene una perspectiva (Danny diminuto, el cristal azul, el narval que parece flotar en el aire) que le hace lamentar su olvido de una cámara de fotos. Nunca se compró una pero conservó la de Ulises. Era una de las cosas que debía acostumbrarse a llevar encima de manera constante, si no quería perderse momentos irrepetibles.

Precioso niño, oye que le dicen.

Su interlocutor es el viejo elegante con quien comparte el asiento. Le llamó la atención desde el primer momento, porque olía a un perfume que no había percibido desde sus días belgas. Cabello blanquísimo, algo más largo de lo habitual en la gente de su edad. El bastón que reposa entre sus piernas revela una cierta dificultad para moverse; y aun así se las apañó para recorrer media docena de salones y llegar hasta allí.

La mayor parte de los niños grita de miedo, dice el viejo. Perturbados por formas y proporciones desconocidas, por la superposición de elementos que nunca han visto juntos: ese cuerpo sin aleta dorsal, esas manchas, ese cuerno. Otros golpean el cristal para llamar la atención. Con los puños, con monedas: un ruido horrible y agresivo. En cambio este pequeño se permite contemplar. Es un raro don, en esta sociedad que nos acostumbra a tenerlo todo chasqueando los dedos. Hay algo sagrado en aquel que

espera. Mientras el resto se ocupa de sus afanes, verá cosas que nadie ve.

Dicho lo cual le ofrece un caramelo que Irit acepta.

Danny demora en despegarse del tanque. Nadie lo apura, los dos adultos que velan por él han convenido en la justicia de su causa. Cuando al fin se aparta, camina hacia Irit con la sonrisa del testigo de una maravilla.

Le pregunta si quiere beber algo, o comer un helado.

La palabra *helado* enciende una luz en los ojos de cervatillo.

Eres un privilegiado, dice el viejo. El narval suele esconderse de los niños en el fondo del tanque. Pero contigo ha hecho una excepción. Se ha dejado ver. Y eso es algo que no ocurre todos los días.

Danny mueve los labios sin emitir sonido. Irit lee sin problemas, lo que articuló es una palabra pertinente, ha dibujado *narval* con su boca.

Todavía está pasmada cuando Danny le arrebató la billetera. Había quedado abierta entre sus manos. Danny quiere ver la foto, la tenía guardada detrás del plástico transparente.

Es una de las fotos de Ulises que Boris tomó en Barajas, aquella en que miraba a cámara con una sonrisa sarcástica. Las otras lo mostraban asustado y ojeroso, ésta es la única foto que Irit guarda porque refleja al Ulises que conoció.

Se llamaba Ulises. Era mi marido. Murió hace algunos años. En un accidente. Cosas que pasan.

Irit imagina que el viejo está escuchándola. Es inevitable dada su proximidad, el viejo disimula por educación (está mirando en otra dirección, finge contemplar al narval, canturreándose a sí mismo por lo bajo) pero seguramente escucha cada una de sus palabras. Lo que la sorprende es su propia calma. Ha pasado siglos rehuyendo el tema —pero ya no le molesta hablarlo, ni siquiera en presencia de un desconocido.

Yo sigo amándolo aunque no lo vea. Ulises ya no está aquí afuera, pero vive dentro de mí.

Irit pone la mano de Danny sobre su propio pecho.

¿Puedes sentirlo?

El niño permanece así un instante, vibra con el parche del pecho mientras la mira a los ojos. Por fin quita la mano pero no la retira. Atrapa la mano de Irit con dedos mínimos y la conduce a su propio corazón.

Danny también tiene gente ahí dentro.

Le pregunta si desea acompañarla a comprar el helado.

Danny se niega, quiere quedarse allí.

El viejo se ofrece a vigilarlo durante su ausencia.

Ella quiere traerle algo a él también: un helado, un té.

El viejo dice no necesitar nada.

Insegura, Irit le pregunta si puede caminar.

«Sin tu herida, ¿qué sería de tu poder?» Se lo dice un ángel a un hombre enfermo, en una obra de Thornton Wilder. Le explica así por qué decidió no curarlo. Algunos

somos más útiles con heridas que en perfectas condiciones. ¿Y quién soy yo para desmentir la lógica del Cielo?

Mientras marcha en busca de helado Irit se pregunta si le ha dado a Danny una explicación adecuada. Cuando uno lidia con niños corre el riesgo de ser brutal o demasiado eufemístico. Quizá se ha equivocado al hablarle de la muerte, después de todo Danny sufrió pérdidas recientes y ahora está solo, o al menos tan solo como ella. La condición humana es la más peculiar de las invenciones, cada persona es un individuo perfecto y distinto y al mismo tiempo alberga multitudes: su vida es tributaria de una labor de siglos, es quien es y además es cada uno de los que pergeñaron el lenguaje que usa, de los que crearon los símbolos que nos conectan, de los que desarrollaron las industrias que empleamos.

La existencia nos expresa y expresa a la vez a esas vidas pretéritas, nos parecemos a las cápsulas cargadas de información que se lanzan al espacio. Pero también llevamos entre pecho y espalda a aquellos que nos marcaron desde el nacimiento, algunos a pesar de nosotros, otros por libre elección. Así, aunque nunca dejemos de ser un retrato en una billetera, descubrimos que en combinación con otras fotos creamos ilusión de movimiento: figuras aisladas que se unen en nuestra mente, todo film es un conjunto de fotos en sucesión, fotos individuales que al proyectarse se convierten en algo más que la suma de sus partes. Estamos solos pero nos unimos en nuestro interior, eso es lo que importa: la persistencia de la visión.

El narval nada a metros del cristal, una nube clara atravesando el cielo del agua. Danny contempla a la bestia sin parpadear cuando oye un sonido que le produce sobresalto: tiene algo del ulular de una sirena.

Advirtiéndole su inquietud, el viejo traduce.

Ella dice hola.

Después le ofrece un caramelo.

Coda

1

Los niños se escabullen después del té.

A esa hora su madre se ha cansado de regañarlos. Agradece el silencio en que beben, ojos de un blanco azulino por encima del arco de las tazas. Tragan y resoplan dentro de la caracola. Un rumor submarino.

La casa respira otra vez. Vapor de agua y perfume de menta.

Regresa a la cocina para ocultarse. No quiere que la vean sacar su lengua, la red con que pesca. Uno de los pocos placeres que depara su labor, el aire sabe dulce cuando amasa *halvah*. La flor del gusto se abre en su boca pero el placer es fugaz, un ratón que se escurre por una viga.

Ha lidiado el día entero. La batalla contra el polvo, inmoliéndose contra cada superficie. Sin embargo lo ha hecho a ciegas, puro instinto. En la brega no se permitió la gracia de *ver* su casa, nadie obtiene una visión sin mérito; es algo que sólo puede concederse ahora. Las cucharas acoplándose en el cajón. Las fotos de los ausentes. Las aceitunas secándose en la sombra.

Caminan por las paredes, las aceitunas. Pronto entiende que no es verdad, se trata de la marca de las balas. Su hijo mayor suele decir: ya arreglaré la pared cuando crezca. Si crece, agrega ella siempre en su cabeza, a modo de antífona.

Cuando regresa a la sala encuentra la mesa desnuda. Los niños han cruzado el umbral, deslizándose al otro mundo.

Va hasta la puerta trasera, el gesto es inútil pero forma parte del trabajo. La cortina flamea como una bandera, les concede la bendición del adiós.

Todavía los ve. Más allá de las casas de hojalata del pueblo beduino. Le regalan un terrón de azúcar al camello de Umar, diamante robado de su mesa. Pero ella no se molesta en gritar. A esa distancia pueden fingirse sordos. Cada vez que los contempla piensa lo mismo, no parecen alejarse sino hundirse en la tierra. Al final son dos cabecitas y por último nada.

Diez minutos de caminata hasta la ruta. Y después el desierto.

2

El mayor de los niños está enamorado del Negev. Nació con la placenta pegada al rostro, su madre cree que desde entonces busca repetir la visión inicial: el mundo a través de un velo de arena.

Muchos van al desierto a encontrar cosas, él piensa que van allí para perderlas. Su amigo Jellal le abrió los ojos. Jellal conservaba una caja llena de objetos robados al Negev. Tornillos pañuelos barajas. La cola de una cometa sin cometa. Huesos que atribuía a animales fantásticos. Tenía además tres bolas del color y consistencia de la brea. Desperdicios del motor de los F16, decía; los jets pasan con vuelo rasante.

Los hermanos tropiezan con una bola idéntica. Pero el pequeño desconfía. Es pelo cagado por camellos, dice. La sensatez suena a escándalo en su boca desdentada. El mayor siente afrenta en su falta de fe, por eso retoma la marcha sin hablar. Lo condena a la hoja en blanco de su espalda.

El pequeño se distrae con una canción, palabras que aprendió del vigía del *wadi*. Aunque no sabe qué dicen, mantienen su boca húmeda durante el camino.

Voulez-vous coucher avec moi, ce soir. Voulez-vous coucher avec moi.

Está feliz de producir una sombra tan larga.

Iría a cualquier parte con su hermano mayor, el hombre de la casa. Ni siquiera se inquieta cuando se aventuran tan lejos. Perdiendo de vista el río de la ruta 40, adentrándose en el triángulo de arena.

El desierto esconde una ciudad invisible que sólo su hermano ve. Su cabeza es una brújula.

Durante la expedición camina en sus huellas. Piernas cortas que dan tijeretazos, lo importante es conservar la distancia. La responsabilidad que le cabe llegará más tarde, en caso de que encuentren algo de valor. Los beduinos son avaros con sus emociones pero cuentan con las mujeres y los niños, ellos cantan *ghinnawas*. Y este pequeño es un diapasón. Su voz viaja más rápido que la brisa, el sonido de la alegría.

La paga por este oficio llega por las noches. Después de andar sobre arena se marea en tierra firme, su hermano le tiende la mano para que no tema caer.

Un puente entre cama y cama, digno de los jardines de Babilonia.

3

Esa tarde encuentran algo inesperado.

El bloque está enterrado a medias. El niño más grande cava con las manos sin llegar a su base, la arena que quita regresa al instante. Imagina que es resabio de un tiempo inmemorial. Como aquellas columnas que vio en Mamshit, los restos de la gloria de los nabateos. Pero algo en la forma del objeto lo disuade. No parece haber sido diseñado para sostener nada —nada encima suyo, cuando menos.

Quizá sea una de esas cosas que caen desde el cielo, arriesga el pequeño.

Demasiado grande para provenir de un jet.

Quiero decir esas cosas que caen desde más alto.

¿Un meteorito?

Parte del objeto es de metal. Se lo dice la consistencia (que apenas prueba, la materia arde a causa del sol) y también la música que produce bajo sus nudillos, *clang clang*. La otra parte está hecha de piedra, si siguiese golpeándola la descamaría. El bloque es compacto, podría haber cruzado el firmamento envuelto en una nube de fuego. Pero algo en el conjunto lo perturba. Una delicadeza impropia de un puño que surcó el universo.

Sus dedos se demoran en un canal de la piedra. Le molesta someterse al arbitrio del pequeño porque socava su poder. Sin embargo intuye que el asunto es más grande que su entendimiento.

Le pregunta qué ve.

Dos cabezas.

¿Y aquí?

Una mano.

El hermano mayor se aleja del bloque, busca la perspectiva del pequeño.

Podríamos llevárnoslo, dice el pequeño.

Demasiado pesado.

El tiempo huye sin que lo adviertan. Parecen jugar a las estatuas. Esta inmovilidad es sólo aparente, viajan a la velocidad del planeta. Un mascarón de proa para la nave del mundo.

Al fin el metal se enciende en un destello, reflejo de una estrella temprana. En ese instante recuerdan a su madre sin necesidad de decirse nada.

Durante el regreso el pequeño habla.

¿No tienes miedo de perder el tesoro que hallamos? El desierto cambia de rostro cada día, el camino que hicimos hoy no estará mañana.

Lo que encontramos es una señal, dice el mayor.

¿Qué clase de señal? ¿Como las que jalonan la ruta: Mitzpe Ramon, Ne'ot Shmadar, Eilat...?

Más bien como una antena. O un transmisor. Caído del cielo que existe más allá

de los jets. Cómo saber de dónde viene, quién lo ha enviado. Por eso deberán regresar cuantas veces sea necesario. Para estudiar la figura hasta descifrar su lenguaje, huérfano de palabras. Cuando eso ocurra el pequeño cantará su *ghinnawa*. Mientras tanto seguirá siendo un secreto. Nadie más debe saberlo. Ni siquiera Jellal. Y mucho menos su madre.

El pequeño plantea la posibilidad. Quizá la antena transmita noticias sobre Zeid. El menor de la familia, que desapareció cuando mataron a su padre el picapedrero.

Su hermano lo interrumpe. La idea ya ha pasado por su mente como un F16, no quiere desbocarse. Lo único que importa es que se comprometan a regresar, mañana y pasado y después también, a encontrarse con la señal que el cielo envió. No debe preocuparse por el camino. Aunque el de hoy se borre aparecerán otros. La señal es lo único permanente en ese sitio donde todo cambia.

Un monumento. El corazón visible de la ciudad invisible.

Agradecimientos

No habría escrito esta novela si no hubiera sido por la intervención de Ana Tagarro, que me encargó un reportaje sobre la segunda Intifada para la revista española *Planeta Humano*. Ella estaba al tanto de una historia que yo tenía entre manos, con un palestino entre sus personajes principales; y sabía que me negaba a escribirla sin conocer los perfumes del lugar. Con la mejor de las voluntades me propuso el *quid pro quo*: producir el reportaje para ella, al tiempo que realizaba mi propia investigación. Todavía no escribí aquella novela, que fue el pretexto del viaje. Los caminos del Señor (cualquiera que sea el nombre con que se lo llame) son inescrutables.

Ana contrató además al fotógrafo Pasqual Górriz, a quien vi por vez primera en el café Al Omal. A la hora de conocernos ya esquivábamos culatazos en la Ciudad Vieja, propinados por los soldados que vedaban a los musulmanes el acceso a Al Aqsa. Pasqual fue además mi guía y compañero. Juntos vivimos algunos de los incidentes que aquí se recrean (la casa incendiada y la valija con los zapatitos, el té mientras contemplábamos el bombardeo, la carrera en auto en medio de las balas) y otras tantas que, de manera inevitable, nos transformaron en hermanos de sangre. Admito que Pasqual no es tan bonito como Irit, pero para mí siempre será igual de entrañable.

Otro amigo terminó dándome la llave del relato. Durante un festival de cine en China, el actor Adrián Navarro había experimentado la alienación de moverse en una ciudad por completo ajena, y desprovista de subtítulos. Volvió con la intuición de una historia entre dos personas que, aunque incomunicadas por las barreras idiomáticas, encontraban de todos modos una forma de entenderse. Se nos ocurrió escribir un guión. Mi experiencia durante la Intifada sugirió la época y el telón de fondo. ¿Qué mejor escenario para dramatizar la condición humana que uno donde se apuesta al malentendido y la demonización del Otro?

Aquellos dos personajes, versiones seminales de Irit y Ulises, constituyeron tan sólo el principio. Con la aparición de los otros nació la novela.

Danny surgió de la lectura de un artículo sobre la Guerra Civil Española que publicó *El País Semanal*. Allí se hablaba de un niño solitario, que se había materializado de la nada con un mensaje en el bolsillo. En ese papelito su padre se daba a sí mismo por muerto, y confiaba el bienestar del niño a la amabilidad de los extraños.

Nada puedo decir sobre David Kaufman y el narval. Simplemente aparecieron. Convivo muy bien con el misterio.

Algunos libros fueron esenciales durante el proceso de escritura. *A Short History of Nearly Every-thing*, de Bill Bryson; *The Mapmakers*, de John Noble Wilford; *A History of Jerusalem*, de Karen Armstrong; *Before Their Diaspora*, de Walid Khalidi, y *The Hunt for Zerzura*, de Saul Kelly.

Y también los libros de los autores que cito en el texto: W. H. Auden, Elizabeth Bishop, Borges, Lewis Carroll, Joseph Conrad, T. S. Eliot, Edmund Gosse, Graham Greene (la novela es *The End of the Affair*), Homero, Kundera, T. E. Lawrence, Murakami, Michael Ondaatje, Alexander Pope, Salinger (lo que Irit relee en las vísperas de la muestra es uno de sus cuentos más bellos), Shakespeare, Shelley, Judith Thurman, Thornton Wilder, Apuleyo, Philip Henry Gosse, Stephen Hawking, Heródoto, Jung, Rollo May, Platón, Oliver Sacks, Hugo Pratt. ¡Vaya miscelánea de lecturas!

Y ni hablar de las músicas invocadas: ¿Julie Andrews, Beatles, Brel, Monserrat Caballé, John Cage, Patrick Hernández, Whitney Houston, Julio Iglesias, Labelle, Led Zeppelin, Freddie Mercury, Lou Reed y Weather Report?

Roberta Smith escribió en el *New York Times* el juicio que le atribuyo en la novela, aunque originalmente estaba dedicado a un artista que no es Irit.

Quiero agradecer el apoyo de Fernando Esteves, Pilar Reyes y el equipo de Alfaguara España. A Rosa Junquera, Raquel Abad Pastor, Elena Martínez Bavière, Yolanda Cortés. A Dirk Vaihinger, Wendy Kerstan y Nelleke Geel. A Augusto Di Marco, Julia Saltzmann, Analía Rossi. A Gabriela Franco. A Fernando Cittadini, que cuidó el texto como si fuese propio. A Ravi Mirchandani, mi editor inglés. A mis traductores Sabine Giersberg y Frank Wynne. A mis editores de Grove Atlantic en los Estados Unidos: Morgan Entrekin, Frances Owen, Jessica Monahan, Lauren Wein. A Nicole Witt. A Juan Hitters, por su retrato.

A Andrés Neuman, Juan Gabriel Vásquez, Rodrigo Fresán, Eduardo Hojman, Angelica Ammar, Javier Salinas, Valerie Miles. A Marcelo Piñeyro, Cristina Zumárraga, Isabel Coixet, Pedro Costa, Gerardo Herrero, Francisco Ramos, Juan Gordon, Alvaro Longoria, Ricardo Martínez-Deu. A Cristian Alarcón, Rosana Cortez, Martiniano Cardoso, Marcelo Camaño. A Alejandro Awada. A Pablo Álvarez, Gerardo Marín Martín. A Anna María Rodríguez y Teresa Toledo. A Andrea Maturana, Mayté Bravo, Eduardo Varas. A Rosemary Burnett, Anja Duerrmeier, Lourdes Márquez, Valeria Sobel, Graciela Mochkofsky, Juliana Orihuela, Pablo Ramos, Horacio Verbitsky, Silvina Senn, Amalia Sanz, Isabel de Sebastián, Sven Puchelt, Andy Tepper, Corry von Mayersburg, Elena Rolla, Elsa Drucaroff, Leila Guerriero, Elsa Pagliano, Leo Oyola. A Miriam Sosa, Natu Poblet. A Christian Kupchik, Sergio Olguín, Eugenia Zicavo y el staff de *Lamujerdemivida*. Es bueno tener tanto, y a tantos, que agradecer.

A mi padre, a mis hermanos. A Flavia, mi mujer, que me hace más feliz de lo que ningún escritor podría expresar con palabras. A mis hijas Agustina, Milena y Oriana, la prueba de que hice algo bien en esta vida. Y al recién llegado Bruno: estrella de la galaxia familiar, luz nuestra, alegría sin fin.

Sueño con llevarlos a todos a Habad Road, para mostrarles la armoniosa coexistencia de los templos y orar por una paz fundada en la justicia.